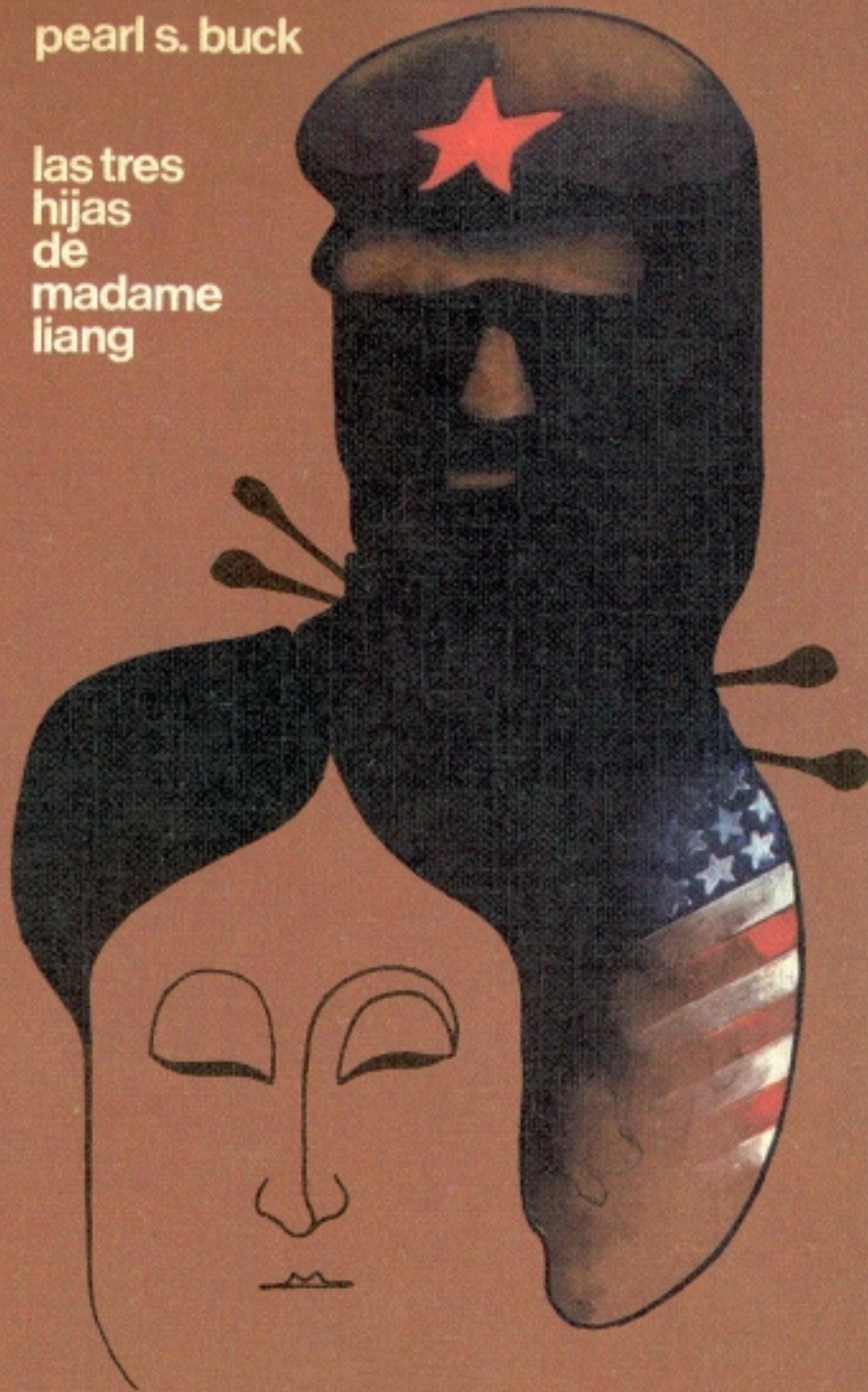


pearl s. buck

las tres  
hijas  
de  
madame  
liang



Pearl S. Buck

# Las tres hijas de madame Liang

Círculo de Lectores

Título del original inglés, **The three daughters of madame Liang**  
Traducción, María del Carmen Azpiazu  
Cubierta, Noguera/Nolla

Círculo de Lectores, S.A.  
Valencia, 344 Barcelona  
1234567892709

© Luis de Caralt, 1970  
Depósito legal B. 22037-1972  
Compuesto en Garamond 10  
impreso y encuadernado por  
Printer, industria gráfica sa  
Tuset, 19 Barcelona 1972  
Printed in Spain

Edición no abreviada  
Licencia editorial para Círculo de Lectores  
por cortesía de Luis de Caralt  
Queda prohibida su venta a toda persona  
que no pertenezca al Círculo

*La Senda que puede trazarse no es la Senda Eterna.  
El Nombre que puede nombrarse no es el Nombre Eterno.*

(Palabras iniciales del «Tao Té Ching».)

Era más de medianoche. Madame Liang dejó a un lado el pincel con que escribía y cerró el cuaderno de contabilidad. La casa estaba en silencio. Abajo, en el restaurante, los clientes se habían marchado, a excepción de unos cuantos que, reacios, no se irían hasta que las luces vacilaran y se apagaran. Se levantó de la silla de ébano tallada, a juego con el enorme escritorio chino que en un tiempo perteneciera a su padre en su distante provincia natal donde pasó su infancia, y se acercó a la ventana. Las cortinas de raso rojo, hasta el suelo, estaban corridas y no las descorrió. Aunque estaba segura en su privilegiada posición de dueña del más elegante restaurante del moderno Shanghai, no hubiera sido prudente, no obstante, el que su silueta se destacara al contraluz. Nunca se sabía dónde podía ocultarse el enemigo. Demasiadas personas sentían celos de la famosa madame Liang que conseguía, nadie sabía cómo, mantener abierto un restaurante cuyo menú diario constaba de los más exquisitos platos para sibaritas. Los cargos públicos más elevados, los comerciantes más ricos, los más altos oficiales del ejército, se contaban entre sus mecenas. Todos eran amigos suyos, o al menos sus clientes. Serena, al parecer imperturbable ante los acontecimientos políticos, entraba y salía como quería. Inevitablemente había quienes la odiaban, porque la envidiaban. Por ello se deslizó tras la cortina y, a su sombra, abrió la ventana.

El aire era suave ante el verano que se aproximaba y un aroma de jazmín ascendía de los jardines. La casa había pertenecido en un tiempo a un rico hombre de negocios americano y a su familia, que habían sido sus amigos. Cuando le confiscaron y cerraron su negocio de importación y exportación, obligándole a volver con los suyos a los Estados Unidos, madame compró la casa y los jardines, situados en lo que había sido la Concesión Británica. Muchos americanos habían vivido en las concesiones francesa y británica de Shanghai, pues nunca habían tenido concesiones de terreno de su propiedad. En los días anteriores al comunismo madame Liang había hecho amistad con algunos americanos y, como le gustaban, envió a sus tres hijas a que se educaran en América. Ahora, claro está, no quedaban americanos en China, y toda una generación de jóvenes chinos crecía sin haber visto una cara u oído una voz americana. Sólo escuchaban palabras de odio contra un pueblo que, en opinión de ella, había sido el menos odioso de los pueblos occidentales. De todos los blancos, sólo los americanos no se habían apoderado de tierras chinas ni habían impuesto crueldades.

Suspiró al recordar a la alegre e impulsiva familia que en un tiempo viviera en la casa: el señor Brandon, su esposa y sus cinco hijos. ¡Cómo habían amado a China! ¡Tanto, que habían amueblado la casa con muebles chinos, colgando de las paredes pergaminos y pinturas chinas! De pronto se les obligó

a marchar, y ella tuvo que ir, apresurada y sigilosamente, a despedirles. La señora Brandon lloró, apoyada en su hombro.

—¡Oh, madame Liang! ¿Nos dejarán volver algún día?

Rodeó con sus brazos a la americana, pero sin responder. ¿Cómo decirle «No volverán nunca»? Así que nada dijo, y los años fueron pasando, cada uno un poco más difícil que el anterior. Pero había enviado a sus hijas con los Brandon, y a veces...

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por Chou Ma, su anciana y fiel sirvienta.

—Señora, ¿por qué se acerca a la ventana? Las cortinas no pueden ocultarla. ¡No, no! Señora, yo misma salí a la calle y vi su forma con mis propios ojos, ¡su sombra!

—Pero al menos nadie sabe que la forma y la sombra son mías.

Pese a todo, salió de detrás de la cortina, y dejó que las manos habituadas de Chou Ma la desvistieran, como preparación para el baño.

—Todos la conocen —replicó Chou Ma— y, ¿quién tiene una figura como la suya? Desde luego les consta que no es la mía y, ¿quién vive en este piso excepto nosotras? ¡Esos malditos lo saben todo!

—No debes insultarles —reprendió madame Liang—. Recuerda que son mis clientes. Y ahora no tengo otros.

—Vivimos entre leones y tigres —asintió la sirvienta con quejumbrosa voz.

—Ten cuidado de cómo hablas —mandó madame Liang.

Así pues, en silencio Chou Ma despojó su delgado cuerpo color crema de la última prenda de seda, admirando en silencio la estructura de finos huesos, los pequeños y redondos senos, la exquisita delicadeza de la nuca.

—El baño está listo. Le prepararé la cama mientras se lava y luego le cepillaré el pelo.

Madame Liang cruzó la habitación hasta el baño. Era una de las pocas, muy pocas personas que aún tenían las comodidades de antaño. Y debía estar agradecida por ello a su esposo, Liang Cheng, a quien había abandonado años atrás. Había sido amigo y seguidor de Sun Yat-Sen, el gran revolucionario y, a los ojos de las nuevas gentes, ella seguía siendo respetada como su esposa, lo que era en realidad, ya que nunca se tomó la molestia de divorciarse legalmente. Pero también tenía que agradecer su seguridad presente a su propio éxito. Los nuevos dirigentes eran chinos, es decir, sibaritas en el comedor. En estos tiempos duros, no era fácil encontrar las tradicionales exquisiteces, el pescado de río de carne blanda, el pato pekinés bien cebado, el jamón de Chinkiang, la sopa de mijo del Norte y los bollitos ahumados, rellenos de cerdo sazonado o con azúcar moreno. Por fortuna, el cocinero permanecía con ella a través de guerras y gobiernos.

La bañera, un recipiente redondo de porcelana, tan grande como una piscina pequeña, una bañera de Soochow, estaba llena hasta el borde de agua caliente. Entró en ella y, sentándose en la postura de Buda, se hundió hasta los hombros en el calor agradable. Agradecía a los ingenieros y fontaneros americanos el que hubieran montado entre los espesos muros de la casa las comodidades de agua y calor, y no tenía sentido alguno de culpabilidad ante los placeres. Mientras escuchaba en dócil silencio charlas vocingleras e interminables acerca de autosacrificios e igualdad, prefería seguir creyendo en privado, como sus padres confucianos la enseñaran, que la vida se había hecho

para gozar de ella, aunque dentro de los límites de las cinco relaciones humanas y que, la igualdad, no era sino el sueño de los inferiores. Había personas tontas, otras no tan tontas, y unas pocas que nada tenían de ello. Ningún gobierno podría alterar esta verdad eterna.

—¡Señora! —llamó Chou Ma—. ¡Oigo pasos!

—Yo no oigo nada —respondió madame Liang, volviendo la cabeza para escuchar—. ¿Están las puertas cerradas?

—¿Acaso dejo alguna vez puertas abiertas? —La voz de Chou Ma contenía un reproche.

—Ve y escucha.

Madame Liang, empero, salió de la bañera, secándose con cuidado. Luego perfumó su cuerpo con aceite de gardenia. Su carne, tan perfumada durante muchos años, había absorbido la fragancia, hasta llegar a moverse en su atmósfera. Hacía tiempo, siendo una novia en una provincia lejana, se perfumó así para su noche de bodas. No eran desconocidos, ella y el impetuoso joven con quien había elegido casarse. Sí, ella le eligió en aquellos días en que juntos estudiaban en la Sorbona, en París, y juntos se convirtieron en seguidores de Sun Yat-Sen. Juntos volvieron a Pekín para decirle que querían unirse a la revolución.

—¡Qué haría yo sin Liang! —comentó más tarde Sun cuando le anunciaron su decisión de casarse—. Y tú, tú eres la esposa que yo habría elegido para él. Eres fuerte... y él... bueno, ¡tiene demasiada generosidad de corazón!

Y volviendo el rostro llamó a un sirviente para que fuera a buscar a la bella joven con la que él mismo acababa de casarse. Cuando hubo entrado le dijo:

—Estos dos van a contraer matrimonio. Se aman al estilo moderno. Hacen muy buena pareja. El es fuego y ella es la tierra.

Aquel mismo día madame Liang había sentido temor por la muerte de Sun; la piel pegada a los huesos, sin carne, los negros ojos hundidos en profundas cuencas. Estaba devorado por cáncer de hígado y tres meses después moría, rebelde y sin perdonar al destino que le condenaba antes de que su tarea hubiese acabado. Tal vez él también lo había notado aquel día, pues había tomado las manos de ella juntándolas con las de Liang Cheng y las suyas propias.

—Llevad adelante la revolución —les ordenó—. Tanto si vivo como si muero, confío en vosotros para que prosigáis lo que he empezado.

Para el día de la boda había muerto. Fue una boda al estilo antiguo, pues ella y Chang volvieron a sus respectivas familias, la de ella en Nanking, la antigua capital en la rica provincia de Kiangsu, la de él en Pekín. Se redactaron los contratos matrimoniales, se intercambiaron regalos. No había vuelto a ver a Chang hasta el día de la boda.

Chou Ma entró en el cuarto.

—Las pisadas se han detenido ante la puerta. Quienquiera que sea estaba escuchando. He mirado por la cerradura y he visto un ojo. El ha visto mi ojo y se ha ido otra vez.

—¿Por qué dices «él»? ¿Acaso puedes saber por el ojo de la cerradura si el espía es un hombre o una mujer?

—¡Pues claro que puedo, señora! —añadió Chou Ma con firmeza—. Era un ojo negro y descarado.

—Hoy día todos los ojos son descarados, y todos son negros, pues ya no quedan extranjeros entre nosotros.

Pero como no quería discutir, madame Liang entró en su dormitorio, poniéndose el camisón de seda blanca que Chou Ma le había preparado. Luego se sentó ante su tocador, y la sirvienta empezó a cepillarle el largo cabello. Aún era negro, pese a que ya tenía cincuenta y cuatro años.

—Este pelo es tan hermoso como en su noche de bodas.

—¿De verdad? —murmuró. Tenía mucho en qué meditar y rara vez escuchaba el parloteo de Chou Ma.

—Aquella noche —continuó ésta, deteniéndose para secarse el ojo derecho con el borde de la manga izquierda—, ¿acaso se puede olvidar? Su señor esperaba ante la puerta. «¡Qué vergüenza! —le dije—. Viene demasiado pronto. ¡Espere hasta que me haya ido!» ¡Quién hubiera pensado que años más tarde, cuando nació la tercera hija, él hubiera...!

—Calla —dijo madame Liang.

Chou Ma obedeció. No habló más hasta que terminó de trenzar el pelo de su señora para la noche.

—Tráeme la caja.

La caja era de madera pulida, con fuertes cierres de latón en ambos extremos. Era tan pesada que Chou Ma tuvo que empujarla por el cuarto, alzándola sobre la alfombra blanca y azul, tejida, hacía mucho, en Pekín.

—Ábrela y cuenta el dinero del día.

Chou Ma obedeció bajo la mirada de su ama.

—Trescientos dólares y cincuenta y cinco monedas —anunció.

—Ha sido la fiesta del ministro la que nos ha enriquecido esta noche —declaró madame Liang—. Ahora cierra la caja y métela bajo la cama, como siempre. Mañana pasa el dinero a la gran caja de caudales de hierro. Cuando vengán a preguntar cuánto, diles que no sabes nada. Yo les diré que, debido a la amabilidad del ministro, enviaré una contribución a la Cooperativa Hungyang.

—Usted siempre tan inteligente, señora.

Chou Ma esperó a que su señora subiera a la alta y antigua cama. Extendió luego las colchas de seda y corrió las cortinas bordadas. Madame había traído el lecho de la lejana provincia donde Cheng había sido gobernador. Allí vivieron juntos durante diez años, hasta que nació la tercera criatura, una nueva niña. Al dejar a su marido se dijo: «No le dejaré mi cama de matrimonio para que duerma con otras mujeres.»

El lecho había llegado a Shanghai por carretera y barco y, durante años, estuvo en el dormitorio de la primera casa que alquilara como restaurante. Al comprar esta casa americana, amueblada tal y como la dejaron, se trajo la cama consigo. A veces se preguntaba por qué, ya que sólo tenía para ella tristes recuerdos. Aquí, detrás de las mismas cortinas de seda, al cabo de diez años de matrimonio, que siguieron a la felicidad del principio, Cheng y ella habían tenido su disputa definitiva. El quiso aproximarse, aquella noche, y ella le rechazó con tono frío.

—Tú y yo hicimos un pacto: que nuestro matrimonio no sería como el de nuestros padres. Yo te dije que jamás viviría como había vivido mi madre, mientras mi padre tomaba una concubina tras otra.

—No me has dado ningún hijo —murmuró el hombre.

—¿Acaso puedo hacer hijos a voluntad? —exclamó.

Más tarde pudo leer en un libro occidental que es el hombre el que determina el sexo de la criatura, pero en aquellos tiempos nadie sabía esas cosas, y ella sólo había sido otra de aquellas mujeres de las que se quejan sus maridos por no haberles dado hijos. Pero ella, por lo menos, había decidido su propio sino y no había aceptado su acusación, mientras traía otras mujeres a casa. En vez de ello, se había inflamado de cólera.

—¿Ya no me quieres?

—Te quiero —insistió Cheng—, pero atiéndeme, corazón. La mujer que está fuera del muro ha concebido ya de mí. ¿Y si es un varón?

—Te portas como si aún estuvieses en París —le espetó.

—¡Aprendí muchas cosas en París! —rió él.

Antes de la última discusión había habido muchas más, pero aquélla fue la definitiva, porque la otra mujer le dio un hijo y, sintiéndose de pronto muy chino, la trajo oficialmente a casa como a su concubina, para que el niño tuviera su nombre y su sitio en la casa, un sitio más elevado que el de las hijas. ¿Acaso no era el varón? Ella no volvió a reñir más con Cheng, ni siquiera cuando le dejó.

—¿Dejo la luz encendida, ya que hemos oído pasos? —La voz de Chou Ma interrumpió sus recuerdos.

Madame Liang lo pensó un instante.

—Deja la lamparita sobre la repisa de la chimenea.

Nunca usaba los hogares de la casa. Había parrillas de hierro, que habían contenido carbones encendidos en los inviernos en que los forasteros aún estaban allí. Cuando venía a cenar con los americanos, como lo había hecho con frecuencia, admiraba las brasas que calentaban las estancias; una costumbre encantadora, pero ¿quién podía comprar carbón en estos tiempos? Y aunque hubiese habido carbón, no habría sido prudente comprarlo. Había que ocultar el lujo. Y sin embargo, no podía vivir sin él. Cuando bajaba al restaurante se ponía sobre la túnica de raso un vestido de algodón, sencillo pero elegante. Decía que su edad le impedía llevar el severo uniforme de guerrera y pantalones que usaban todas las mujeres jóvenes. Lo cierto era que no podría pasarse sin belleza. Había crecido y se había educado en medio de la belleza, ya que su padre había sido un ciudadano rico. ¡Ah, no debía pensar en su padre! Había muerto... no, no quería pensar en ello. Mejor recordarle como era cuando ella era jovencita, inquieta y deseosa de liberarse de las antiguas formas. El se había sentido sorprendido.

—¿Qué te he hecho, hija mía? —le preguntó con tristeza—. ¿Te vendé los pies cuando eras niña? ¿Insistí en que te casaras con el hijo de mi viejo amigo, al que te prometieron en cuanto naciste? ¿Te he prohibido aprender a leer, aunque sea inútil para una mujer? ¿No te he dicho que no tienes por qué casarte con el que te elegí cuando eras una criatura? ¿Y ahora qué..., ahora qué?

—Déjame ir a París —le había insistido.

Y entonces la dejaron ir a París, ciudad de la belleza, donde conoció a Cheng y a Chao Chung, ahora ministro, y a todos aquellos jóvenes de ambos sexos, ardientes con el fuego de la revolución. Años después, al olvidarse la belleza, cuando ésta se perdió entre los fracasos y desilusiones de la revolución, Cheng había escapado para ser gobernador de una distante



provincia, y ella con él. No obstante, en la huida, había vuelto a encontrar la belleza, la hermosura de paisajes brumosos, de jardines en viejas ciudades amuralladas y en los patios de vastas y antiguas mansiones.

Pero una vez más, ahora, la belleza se había perdido. La guerra con Japón y la conquista del país por nuevas y extrañas doctrinas habían dado como resultado esta completa pérdida de la hermosura... ¡Ay, ésta era la destrucción del alma! Conocía todos los argumentos en boga, en contra de la belleza..., gentes mejor alimentadas, corrupción eliminada, puentes construidos, inundaciones controladas, incluso habían desaparecido moscas y ratas..., pero la belleza estaba muerta. Ella atesoraba sus restos: joyas, vestidos, su casa, la música. Abajo había una enorme sala que sólo se utilizaba para grupos privados y fiestas encargadas por los pocos personajes importantes en la cúspide de la estructura gubernamental, cenas para las que su cocinero preparaba delicados manjares olvidados, comidas de sibaritas, que esta generación había olvidado que existían, pero que, al descubrirlas, les encantaban en secreto.

En aquel salón había un piano de cola, un Steinway americano, que dejó la familia Brandon el día que se marchó rápida y secretamente. Por este piano, como por todo cuanto habían dejado, madame Liang les había pagado con una cuenta oculta en un banco de Nueva York. Hacía años, desde que dejara a su esposo y montara su propio negocio, había ido poniendo sus beneficios en dicho banco. El dinero sólo estaba seguro en América y Suiza, y ella eligió América, pues allí deseaba enviar a sus tres hijas, como lo había hecho. Se alegraba de haberlo hecho cuando pudo, pues en la actualidad hubiera sido imposible. Allí, sus hijas habían estado a salvo de la guerra, la revolución y los problemas del pueblo. Y allí estaban aún, seguras. Aquí, ella permanecía sola.

Daba vueltas inquieta, en el gran lecho. Los cobertores acolchados de plumón eran livianos, las sábanas de blanca seda, pero no tenía sueño. La luz de la luna brillaba contra la ventana, tras las cortinas, pues había luna llena. Recordó cómo el mismo astro brillaba en el cielo sobre los jardines de la casa de su infancia. En noches así su padre convocaba a la familia en el patio, donde los lotos florecían en los estanques. Allí se sentaban todos, comiendo golosinas y oyendo la música de la cítara y el laúd. Siempre había músicos entre los servidores. Su padre, encantado con la música, toleraba la pereza, incluso la desobediencia, si había música. Años más tarde, cuando vio un piano por vez primera, cuando escuchó su lírica voz, quedó traspuesto de deleite.

—¿Por qué no me había hablado nadie de este instrumento? —preguntó.

Había ocurrido cuando viajaban en un vapor de río, propiedad de la firma británica Jardine Matheson, pues aquel año a su padre se le había ocurrido ir a Kiukiang, para ascender en silla de manos las empinadas laderas de los Montes Lu, no lejos de la ciudad. Al subir a bordo hubo ciertos retrasos e inconvenientes, pues al parecer no se permitía a los viajeros chinos tomar camarotes de primera. Pero, por ser su padre un hombre poco común, se hizo una excepción, concediéndoseles seis cabinas, separadas de los europeos; seis, porque su padre no viajaba sin sus concubinas favoritas y sin ella, su única hija. La madre, la esposa, no quiso salir de casa.

—Los aires y aguas de sitios extraños me sientan mal —decía siempre.

Pero madame Liang sabía, desde niña, que su madre tenía el corazón destrozado por culpa de las concubinas. Sólo cuando una esposa no amaba a su marido, su corazón no padecía si él traía concubinas a casa.

Su madre había sido una exquisita mujercita de Soochow, de huesos finos, como todas las de allí, con un rostro tan lindo y delicado como el de un niño, y el pelo negro hasta el día que murió, de cólera, a los sesenta años. Pese a su pequeñez y aire tranquilo, tenía la mente de un hombre, y en la ancestral mansión era ella quien mandaba, aunque con suma gentileza.

Así pues, en el barco británico había un piano, y su padre, tras examinar sus maravillas, la red de cuerdas bajo la pesada tapa, los martillos cubiertos de fieltros, el tablero resonante, declaró que en cuanto volvieran a Shanghai, único sitio donde podían adquirirse tales instrumentos, tendría uno. Y allí fueron antes del siguiente solsticio de invierno. Madame Liang, que tenía entonces quince años, fue con su padre a la tienda inglesa, pues era la única que hablaba inglés.

Ya en la tienda, se dirigió a un inglés alto que se les acercó, con aire lánguido, a preguntar qué deseaban.

—Mi padre gusta piano, por favor, señor o señora, según sea el caso.

—Por aquí —respondió el hombre, atónito, pero sin sonreír, y les condujo a una gran habitación llena de pianos.

El padre se sentó, escuchando con gravedad un piano tras otro, mientras el joven tocaba una tonada en cada uno. Al cabo de varias horas se decidió por un piano color de ébano.

—Le felicito, señor —dijo el inglés—. Ha elegido nuestro mejor instrumento.

El precio era elevado, pero en aquellos días el dinero abundaba y el mayordomo que viajaba a todas partes con su padre, pagó el piano con rollos de dólares de plata mexicanos, envueltos en papel de embalar. Era la moneda de la época. ¿Por qué mexicana? Ella nunca lo había sabido. Ahora, claro está, el dinero era chino..., o quizá sólo comunista. Ella acumulaba oro, sin confiar en los nuevos tiempos. Sus mayordomos tenían orden de traerle en secreto oro: joyas de oro de damas ricas otrora, pequeñas imágenes de oro de templos antiguos y objetos de oro de los anticuarios. Guardaba aquel tesoro en un cofre secreto, empotrado en la pared de su dormitorio. El cofre parecía un sitio para guardar cosméticos y perfumes, pero tras las chucherías y bajo la parte inferior, había un hoyo secreto medio lleno de oro. Su pensamiento la consoló y, al fin, pudo dormirse.

—¡Señora, señora! —llamaba Chou Ma.

Ya era de día. Madame Liang dormía profundamente, sus hermosas manos cruzadas sobre el pecho. Chou Ma se las acarició dulcemente.

—Despierte, señora —murmuró—. Llamo a su alma para que regrese a su cuerpo. ¡Ven a casa, Alma! Dondequiera que vagues mientras ella duerme, ¡regresa!

Poco a poco el alma de madame Liang volvió, y al irse despertando, vio sobre ella el rostro ansioso de Chou Ma.

—¿Es ya de día?

—Ay, señora, es mediodía. El de arriba la espera en la Sala del Loto..., el ministro Chao Chung. Está impaciente.

Madame Liang se preparó para levantarse. Conocía los peligros de un súbito esfuerzo en el corazón, los huesos, la sangre y el cerebro. Yació en silencio y sin moverse, hasta que sintió sus pensamientos bullir en el cerebro. Aspirando y expeliendo varias veces, se llenó los pulmones de aire fresco. La sangre circulaba por sus venas y movió los pies, las manos, los brazos, las piernas, hasta sentirse viva y presente. Entonces se sentó, y Chou Ma le frotó durante tres minutos completos los hombros y la espalda. Al cabo de ese tiempo, madame Liang sacó los pies de la cama, posándolos en el suelo alfombrado. Ya despierta y levantada, se movió con rapidez, y en pocos minutos estuvo lavada y vestida con una larga túnica hasta los tobillos y abotonada al cuello. Era de color oscuro, pero se ajustaba a su esbelta figura, realzando la piel clara y los ojos oscuros. Mientras se vestía, bebió té caliente, servido por Chou Ma y algunas golosinas calientes, servidas en una bandeja de laca.

—Así que está impaciente —murmuró mientras Chou Ma fijaba en su pelo la última horquilla de plata.

—Ha venido con un fin.

—Entonces debo prepararme. Debo ser fuerte.

Pero no parecía fuerte cuando entró, unos minutos después, en la Sala del Loto, llamada así porque los blancos paneles estaban pintados con flores y hojas de loto. Más bien parecía frágil y remota, absorta en preocupaciones privadas.

El cuarto se reservaba para sus pocos clientes especiales. Estaba amueblado a la francesa, aunque aquí y allá había alguna hermosa pieza china, una mesa de dos baldas colocada entre sillas rectas, delicadamente talladas, un par de jarros Sung, un caballo de cerámica Tang, en su propio pedestal. Sin una exhibición extravagante, el cuarto tenía elegancia.

El visitante que esperaba era un hombre delgado, guapo, de cabello gris y ojos oscuros, brillantes e irónicos. En estos nuevos tiempos, se encontraban casi como desconocidos, sin hablar apenas de los viejos días de París, o de cualquier vida pasada que hubiesen vivido. Ella se aproximó con la habitual timidez femenina, una figura ligera y graciosa, si bien su porte, normalmente derecho, se mostraba sumiso.

—Ah, madame Liang, ¿se encuentra bien?

El hombre hablaba mandarín, y el acento, culto y correcto, era de Pekín.

—Estoy bien. ¿Y cómo está su Honorable Persona?

Ya no se estilaba el uso de los antiguos títulos honoríficos, pero ella lo hacía a propósito, escudándose en su edad y posición, para no tener así que llamarle por su nombre.

—Estoy bien, estoy bien.

Indicó al hombre que se sentara y luego se sentó ella, en una silla algo más baja. La luz de la ventana daba en el rostro del hombre y, desde la sombra en que ella se hallaba, le miraba, no abiertamente, pues hubiera sido descortés, sino de forma fugaz e indirecta, inclinando la cabeza.

—Vengo como amigo —empezó el ministro. Su voz era llena y profunda, de tono melifluido; una voz que, como ella bien sabía, podía ser a veces un instrumento y a veces un arma.

—Conozco su buen corazón —comentó con dulzura.

—En una conferencia de alto nivel, hace un par de días, se discutió de sus asuntos.

—Me siento honrada —siguió en el mismo tono, inclinando de nuevo la cabeza.

No permitía que sus ojos miraran más allá de la parte superior del uniforme de él, el uniforme corriente de pantalón negro y chaqueta abotonada, de cuello alto. El estilo era el de todos los hombres, pero la tela era de la mejor lana inglesa y el corte disimulaba un aire elegante. Hasta sus zapatos lo eran, sin duda importados de Inglaterra a las tiendas de Hong Kong. Madame Liang dejó que sus ojos vagaran a las ventanas. En el jardín, los bambúes se mecían con la brisa ligera.

—Somos amigos hace mucho tiempo —prosiguió el hombre—, y les dije que yo le transmitiría a usted sus pensamientos.

—¿Pensamientos?

—Nada más. Apreciamos su firmeza. Sabemos que debe sentirse a menudo sola aquí, sin sus hijas.

—No tengo tiempo de sentirme sola. Mi negocio es mi vida. ¿Puedo interrogar si la cena de anoche fue de su agrado?

—Cada plato fue... —alzó el pulgar para indicar su excelencia— soberbio. Pero la echamos de menos. Mientras gustábamos el vino después de la cena, no se reunió con nosotros, como lo hace habitualmente.

—Me dolía la cabeza.

—¿Y esta mañana?

—Ya ha desaparecido.

—Entonces, ¿me permite que siga?

—Desde luego.

El hombre carraspeó, dobló las manos sobre sus piernas cruzadas.

—Lo que tengo que decir, camarada Liang, no es de ningún modo un reproche. Es una llamada..., una llamada a su patriotismo, que todos conocemos tan bien, a su lealtad al Partido, a su...

—¿Qué desean que haga, camarada Chao? —preguntó levantando la cabeza y mirándole de frente.

—Su hija mayor —respondió con brusquedad—, debe volver de América al instante.

Ocultó el súbito temor que le atenazaba el corazón, y su voz sonó tranquila.

—Su educación no está terminada.

—Puede terminarla aquí. Se la necesita.

—Está realizando una investigación.

—Sabemos cuánto hace y dónde está. —Y como para demostrar que nada se le ocultaba, que realmente lo sabía todo, se puso a hablar de su hija.— Su hija mayor, cuyo nombre es Endien, aunque en el extranjero la llaman por su traducción, Grace,<sup>1</sup> es, desde luego, una joven notable. Es Miembro Investigador del Museo Botánico Harvard, de donde es botánico y farmacólogo. Pero también es modelo de alta costura. Sabemos que gana mucho dinero...; la verdad es que tenemos cuenta exacta de lo que gana a la semana. No le envía a usted dinero...

---

<sup>1</sup> Gracia

—No necesito nada —cortó madame Liang.

—Lo sabemos, pero se ha sugerido que, sin embargo, su hija podría enviar parte de su amplio salario como contribución a la causa. El nuestro es un país extenso, nuestras gentes incontables. Tenemos muchos jóvenes llenos de celo que deben ser enviados a enseñar y a trabajar en los pueblos. Hay que alimentarles y vestirles. Nuestros grandes proyectos científicos son costosos. Todo eso se le ha explicado a su hija. No contesta, no presta atención. Ya es hora de que vuelva.

Madame Liang controló sus temblorosos labios.

—¿No echará eso a perder los años que ha empleado en valiosas investigaciones médicas?

—No, porque podemos darle el material. Seguramente, usted ya sabe que está completando su tesis sobre las características y usos de una planta intoxicante que se encuentra en las selvas de América del Sur. No necesito recordarle que ha pasado dos veranos en dicho continente, buscando esa planta. Pero nosotros también tenemos la misma planta, en nuestras junglas del Sur. Yo la he visto; es similar a la mimosa.

—Trabaja con un famoso profesor que...

—No le necesita.

—Pero es que está reuniendo en un libro todos sus conocimientos...

—Nuestros antiguos libros chinos de materia médica contienen más de lo que puede encontrar en cualquier otro sitio. Por eso mismo se le ha pedido que vuelva. Deseamos que estudie nuestros propios libros de medicina y compile, de su rico y antiguo saber, textos modernos que puedan emplearse en nuestro nuevo Instituto de Medicina China de la capital. Ella cuenta con instrumentos y técnicas. ¿Por qué ha de perderlos en material occidental cuando nosotros contamos con la acumulación de siglos? Nuestros médicos siempre se han basado en hierbas. No hay duda de que las gentes de las Indias Occidentales supieron de esa planta, que ellos llaman cohoba, gracias a nosotros. Ya estaba aquí cuando Colón efectuó su segundo viaje, en tiempos de nuestra dinastía Ming. En esa misma dinastía, usted recordará, el gran Li Shih-chen recopiló la vasta *Enciclopedia de Materia Médica*. Si su hija efectuara el trabajo de su vida en el estudio de este tratado, sería un buen servicio para nuestro país. Ciertamente, nuestra enciclopedia está mejor organizada que la confusa literatura del Oeste, aun en esta planta tan sólo.

Madame Liang se llevó a los labios el pañuelito de seda rosa.

—Creo que también está haciendo experimentos con personas enfermas...

—Sí, sí —volvió a interrumpirla—, hace menos de diez años se descubrió que la planta tiene valor medicinal, benéfico para el tratamiento de los dementes. Es bien sabido que muchos americanos se vuelven locos, y no es de extrañar. Aunque nosotros no sufrimos tanto de eso, hay ocasiones en que necesitamos narcóticos. Yo mismo tengo esperanzas de que la cohoba pueda utilizarse en cirugía. Pero yo no soy científico, ¡soy un humilde patriota que desea servir a su país!

—¿Le transmitirá usted mismo la noticia? —preguntó madame Liang, intentando responder a la sonrisa de él.

—Se la invitará oficialmente a regresar.

—Entonces, ¿qué puedo decir yo?

—Escríbale como madre —se levantó—. Dígame que estamos empezando nuestra época más gloriosa. Dígame que necesitamos muchas jóvenes como ella. No podemos perder la mitad de nuestros cerebros nacionales, como hacen los americanos, por excluir a las mujeres. Sacamos a las mujeres de sus hogares para servir a la nación, en especial mujeres como su hija.

—Entonces, ¿no vivirá conmigo?

—Veremos..., veremos. Claro está que tendrá el deber de visitarla.

Se mostraba afable y sonriente, su rostro atractivo, amable, al inclinarse para despedirse. Ella no dijo más, pero le acompañó a la puerta. De pronto, el hombre se volvió.

—Una sugerencia más. No se comunique con ella a través de su cadena especial. Hace once días hallaron muerto un importante eslabón de dicha cadena. Algún desconocido le había apuñalado en el corazón mientras caminaba por un callejón de Hong Kong.

Sonrió, saludó con la cabeza y se fue, antes de que ella pudiera pronunciar palabra. Madame Liang regresó a su asiento y allí permaneció un rato, reflexionando acerca de cuanto había oído. El hombre muerto le era desconocido. Ella no sabía el papel que había tenido en «la cadena», como lo llamara Chao Chung. Pero Chao sabía exactamente lo que el hombre había estado haciendo. Las cartas a sus hijas, escritas abierta y libremente, eran, como es lógico, leídas. Pero había otras cartas, las pocas palabras ocultas en un regalo enviado a través de su hermana, que vivía en Hong Kong... Un pañuelo, una pieza de seda, un par de medias de seda también. Tenía que pensar una carta para advertir a su hermana y pedirle que hiciera saber a su hija mayor, lejos en América, que debía ocultarse en Europa, en África, en algún sitio, en cualquier parte. No debía regresar. Nada más pensarlo rechazó el pensamiento. Dondequiera que se ocultase su hija la encontrarían... y la castigarían. Pero ella no se ocultaría. Le habían enseñado a amar a su país, y a sentirse orgullosa de ser china.

La doctora Grace Liang no se hallaba en sus laboratorios cuando le llegaron las últimas convocatorias. Habían tardado tres meses; llegaron pronto a su dirección primitiva, pero las habían metido en otro sobre y enviado a su estación botánica en la frontera de la selva sudamericana. Acababa de volver de un viaje en busca de cohoba, el árbol parecido a la mimosa. Durante muchas semanas había viajado lejos del alcance de cualquier carta o comunicación, pero esta noche, al regresar cansada y con necesidad de un baño, vio sobre la mesa sin pintar de su pequeño dormitorio de un humilde hotel, un paquete de cartas. Sentóse, sucia como estaba del viaje, cortó la cinta y fue mirando las cartas. ¿Ninguna de la tía de Hong Kong? Entonces no habría noticias de su madre. Siempre se sentía preocupada por su madre, que vivía su vida precaria y capitalista en el desierto comunista. No, un momento, aquí había un sobre, pero ¿por qué de Pekín? Las señas estaban en inglés y chino; las letras inglesas mal formadas y erráticas, pero los caracteres chinos muy bellos y cuidados. Rasgó el sobre y sacó una fina hoja de papel de arroz. Estaba cubierta de caracteres chinos, escritos con la misma clara escritura de pincel que había rellenado el sobre.

«*Camarada doctor Grace Liang*», empezaba bruscamente, al estilo nuevo. Hoy día no se estilaba ninguno de los títulos honoríficos, ninguno de los antiguos y elegantes saludos, ni siquiera para las cartas.

*«Se la invita a regresar inmediatamente a su país natal. Nuestra nueva China necesita de sus jóvenes. Zarpará usted el veinte del tercer mes, por barco, desde el puerto de San Francisco. Tiene el billete pagado, la nave zarpa a la una. A su llegada a Hong Kong saldrá de inmediato para el continente. En la frontera se reunirá con usted un guía que usted no conoce, pero que la conoce a usted. Le entregará un pase de ferrocarril directamente hasta la capital. Esta invitación no debe ser rechazada. Su madre ha sido advertida de su vuelta. Puede quedarse dos días en Shanghai para visitarla y cumplir con su deber de hija. Si prefiere seguir al instante a su puesto, no obstante, daremos nuestra aprobación.»*

Un nombre desconocido firmaba la carta.

La dobló despacio. A su alrededor, tras un breve crepúsculo, la oscuridad de la selva se hizo más densa. Había estado esperando el requerimiento. Lo raro es que no hubiera llegado antes. Supo, desde que decidió ser científico, que más pronto o más tarde la llamada llegaría.

—Oh, ¿por qué insistes en ser científico? —había exclamado su hermana Joy—. ¿Por qué no eliges la música, en vez de eso? Nunca obligarían a un concertista de piano a volver. No serías productiva en la nueva sociedad. Por eso yo he escogido ser artista. ¿Quién quiere un pianista en el nuevo orden? Cualquier cosa, ¡cualquier cosa antes que científico!

Pero, por mucho que amara su piano, no quiso ser otra cosa más que científico. Y estaba también la cuestión de conciencia. Fueran lo que fuesen políticamente las nuevas gentes, por muy profundamente que hubiesen cambiado, ¿no eran su pueblo y su propia generación? ¿Acaso no estaba su deber con ellos, en vez de con los americanos? Consolaba su conciencia reflexionando en el futuro. Cualquiera que fuese tal futuro, sería más útil si se convertía en un buen científico. Durante todo un año luchó contra su propia indecisión sobre si ser o no médico, tal vez cirujano. Tenía manos hábiles, igualmente dotadas para el piano que para el bisturí del cirujano. Pero, al recordar el desagrado de los chinos por la cirugía, eligió farmacología y finalmente, el estudio de plantas curativas. Gran parte de la medicina china estaba basada en dichas plantas.

Un revoloteo de alas cortó sus reflexiones. Una gran falena verde, atraída por la lamparita de su cuarto, golpeaba su delicada cabeza contra la malla metálica de la ventana. Se levantó abrió la red y dejó entrar a la mariposa nocturna, cogiéndola luego entre sus manos ahuecadas para salvarla de morir contra la chimenea de cristal de la lamparita de aceite. El insecto yacía estremecido entre sus palmas, sus antenas desfallecidas, inmóviles las extravagantes colas de sus finísimas alas. Se quedó mirándola un instante, luego se dirigió al lado opuesto del cuarto y la soltó a la noche sin luna.

—*Hu tieh* —murmuró.

Era la palabra china para mariposa. Pero ésta era una falena. No podía recordar si había en chino otra palabra para falena. ¿Se le estaba olvidando su

propia lengua? Era hora de volver a su país, a su pueblo. Sólo tenía quince años cuando su madre la envió a América a aprender música, y hasta tres años antes no había pensado en ser nada más que músico, pianista. En el colegio para chicas de Shanghai, al que había asistido como todas las hijas de los ricos, había sido una de las de mayor talento. Su profesora, una americana, había estado tan orgullosa de ella que resultaba casi molesto.

—Debes ir a una de nuestras grandes escuelas de música americanas. Quizás a Juilliard, en Nueva York. Yo conseguiré que ingreses. No será difícil. No tendrán más que oírte.

Había sido su padre quien insistiera, en cuanto llegó el piano, en que tomara lecciones, primero con la francesa de su ciudad, que se había casado durante la guerra mundial con un chino. Cuando su madre abandonó al padre, ella siguió los deseos maternos, cruzando el océano para estudiar en Juilliard. Pero cuando acabó allí, fue al Museo Botánico Harvard.

Apenas sabía cómo o cuándo decidió convertirse en científico. Tal vez fueran sus voraces lecturas; quizá su amistad con un joven científico americano, que era también violinista.

Se decidió al fin y terminó por convertirse en Miembro Investigador. Y como su madre tal vez necesitara un día el dinero guardado en un Banco de Nueva York, empezó a ganarlo por sí misma trabajando de modelo. Su figura delgada, alta para una china, si bien las chinas del Norte eran altas, tenía las proporciones correctas para un maniquí, y su rostro oriental..., bueno, ella suponía que podía considerarse hermoso, pero ya estaba acostumbrada. Y así había seguido hasta que la enviaron en esta expedición.

Empezó a desnudarse para el primer baño caliente que tomaba en varias semanas. En el pequeño cuarto de baño esperaba una larga bañera de estaño, llena de agua caliente, y había toallas en el respaldo de la silla. La silenciosa india encargada de atenderla se retiró al entrar ella. ¡Era extraño lo asiáticos que parecían estos indios sudamericanos! Seguramente la estirpe asiática era la más fuerte, la más dominante en el mundo. Y ahora, aunque su propio pueblo fuera enemigo del americano, que tanto había hecho por ella, incluso para el matrimonio Brandon que la había dejado entrar y salir de su casa como si fuera su propia hija, se alegraba de ser china. Todos los chinos se alegraban de serlo. Rió suavemente, estirándose en la tibieza del agua. Recordaba su primer maestro, un docto confucionista, muy anciano, con una barbita como un manojillo colgado en la punta de la barbilla. Aquéllos eran tiempos cuando aún su madre no había dejado a su padre y todos vivían juntos en Szechuan. El sabio era su tutor; ella, la mayor de las tres hijas.

—Los que somos chinos —declaraba el anciano— tenemos que recordar siempre que somos los seres superiores de la tierra. Todos los pueblos nos miran. Somos los más civilizados, los más cercanos a los dioses. Todos los demás son bárbaros, en diversos grados.

A partir de esta premisa la había instruido en las artes y gracias de la sabiduría y el comportamiento. Sí, realmente la había enseñado, pensaba mientras enjabonaba su cuerpo suave y ligero, y no había olvidado. En su más íntimo y recóndito ser, ella también creía que su pueblo era superior a todos los demás. Era el más profundamente civilizado de todos los pueblos. Siempre se dejaba llevar del orgullo de saber que era china. Pero, cuidado... ¿serían iguales estos nuevos chinos?



«No reconocerías tu país —le había escrito su madre en una de sus cartas secretas, oculta entre los pliegues de un corte de seda blanca—. Ahora nos gobiernan los hijos de los campesinos. El cielo y la tierra se hallan al revés. A los que estaban altos se les abate..., o están muertos. Los que eran bajos se han elevado y gobiernan. Debemos esperar, quizá cien años, hasta que los tiempos hallen de nuevo su ritmo. ¿Acaso Wang An-Shih, durante la dinastía Sung, no alteró también la nación? "El Estado —decía— debe controlar el comercio, la industria y la agricultura, para poder proteger a los pobres e impedir el abuso de los ricos." Causó muchos disturbios, pero al cabo de diez años tras de su muerte, la nación se enderezó, pues el mismo pueblo rehusó seguirle. Wang murió en el segundo siglo cristiano y, aunque su nombre fue inscrito en el Salón de Confucio, como el de un gran dirigente y un profundo pensador, pronto lo quitaron. ¿Quién piensa en Wang An-Shih hoy día sin mofa o ridículo? Y así volverá a ser...»

Grace sonrió. Sabía que su madre se había convertido en estudiosa de la historia china, hallando consuelo para el presente en los excesos y locuras del pasado. Luego, notando que el agua se enfriaba, salió de la bañera, se secó y se puso la ropa que la india dejara sobre la silla. De día vestía un traje caqui, tan severo como el uniforme de un soldado, pero de noche cambiaba, y se vestía con una suave túnica de seda china, ajustada a su esbelto cuerpo, pero sin apreturas. Ahora, así vestida, ordenó que le llevaran al cuarto su solitaria cena. Comió la poco apetitosa comida y al terminar se acostó, aunque sin dormirse. Yacía horas despierta, las manos unidas bajo la cabeza, la mente atareada. ¿Qué debería seguir, las advertencias de su madre y su tía de Hong Kong o la citación recibida de Pekín? Ya casi amanecía cuando al fin se decidió. Anhelaba su propio país, su propia gente. A pesar de que los americanos habían sido buenos con ella, quería ir a casa. Y además, aquél era su deber, ¿no? China la necesitaba joven y fuerte; en su lucha por salir del pasado necesitaba de su juventud, educada a la manera occidental, sobre todo en la ciencia. Recordaba los pueblos de las distantes provincias en las que pasara su infancia. Aún entonces la había conmovido la visión de aquellos niños consumiéndose de enfermedades, con ojos ciegos por el pus de las infecciones; se había vuelto a su madre.

—Mamá, ¿por qué no llaman al médico?

—Porque aquí no hay médico. ¿No te acuerdas el año pasado, cuando tuviste disentería, cómo te llevé hasta el gran hospital americano de Pekín? Ellos te curaron.

—¿Por qué no van éstos a Pekín? —insistió.

—Son demasiado pobres. Cuesta dinero ir al hospital de Pekín.

—Mamá, ¿por qué no les damos nuestro dinero?

—Hay demasiados.

Tal vez fueron los campesinos los que la convencieron al final. No se había dado cuenta, hasta ahora que yacía despierta en un hotelito de una ciudad distante de América del Sur, que nunca había olvidado las caras de aquellas gentes, su pueblo. Sí, tenía que regresar a ellos. Nunca sería feliz hasta que no volviera con ellos.

Era de noche en el gran restaurante. No quedaba una mesa vacía y los huéspedes se sentían alegres. La mayoría eran chinos, pero había algún que otro europeo, escandinavo o africano; algunos, hombres de negocios con sus esposas y los otros, miembros de las delegaciones. En una mesa se sentaban gentes venidas de la India, los hombres con traje occidental, a excepción de las cabezas con turbantes, las mujeres con saris brillantes, suaves. A madame Liang le gustaba ver gentes de otras partes. Era casi como el viejo Shanghai, pensaba, deteniéndose aquí y allá a saludar a sus clientes, al pasar por entre las mesas. En aquellos días, ya idos, Shanghai parecía el centro del mundo, con un flujo constante y siempre cambiante de viajeros de todas partes del Globo. Ahora, claro está, se habían alzado muros. Había protestado al principio contra aquellos muros, incluso a Chao Chung, el ministro de Asuntos Exteriores, que había sido amigo de ella, aunque Cheng le repudiara hacía tiempo, cuando Chao Chung la aconsejó que le abandonara. Cheng la acusó de seguir enamorada de su amigo, pero ella refutó la acusación.

—Ya estoy cansada del amor y hasta de oír hablar de amor —repuso a su marido, mirándole a los ojos mientras hablaba, sabiendo que él no podría resistir su mirada.

«¡Cómo había cambiado!», pensaba al recordar al joven intrépido, impulsivo que ella amó y con el que se casó. El volvió la cabeza, evitando la mirada, y ella guardó silencio. En silencio la dejó marchar, y Chao Chung, a quien había acusado, siguió siendo amigo de ella. A lo largo de los años ella supo que su voz había pronunciado las palabras indicadas en el lugar y tiempo precisos y a la persona debida; palabras que le permitían seguir viviendo en aquella casa, casi como un palacio, y mantener abierto su famoso restaurante. Y aquí estaba otra vez esta noche, encabezando una larga mesa rectangular que ella siempre le reservaba cuando venía a Shanghai con sus asociados. El hombre alzó la cabeza un instante, como si ella le hubiese llamado con su mirada, pero madame Liang le sonrió ligeramente y se volvió para seguir su pausado recorrido por el restaurante. Pasaba entre las mesas con su túnica negra larga y ceñida a su esbelta figura, sencilla y elegante. ¡Aunque pocos de los reunidos sabrían reconocer la elegancia si la encontraran! El, naturalmente, era la excepción. Había sido criado con lujo y educado en Europa; y, sin embargo, había renunciado a su pasado de buena gana y con aparente frialdad. En su corazón, ella lo sabía, era cínico y melancólico. Nadie lo hubiera adivinado, empero, tras la brillante sonrisa y la vivacidad de los ojos negros bajo las espesas cejas.

Madame Liang se las compuso para pasar junto a su mesa al final, antes de retirarse del restaurante a sus habitaciones de arriba.

Una vez cada hora o dos, según cómo variara el público y, hasta medianoche, caminaba entre las mesas para mostrar que se preocupaba de los invitados.

—Estén a gusto —murmuraba—. ¿Les agrada la comida? Gracias. ¡Ay, no puedo hacerla tan deliciosa como quisiera!

Se detuvo ahora ante aquella mesa con idénticas palabras, añadiendo sólo el título: camarada ministro Chao. El la saludó con la cabeza, con su habitual gesto alegre, y alzó un poco la voz:

—La felicito, camarada Liang —dijo lo bastante claro para que todos los de la mesa le oyeran—. Hemos recibido una carta de su hija mayor diciéndonos

que desea regresar a su país a ayudar a nuestro pueblo en la ciencia médica. Es un acto realmente patriótico, pero con tal madre, sólo es de esperar patriotismo en la hija.

Era la primera vez que tenía noticias de la decisión de su hija. Entonces, ¡también la carta de su hermana había sido interceptada! Vigilaban a su hermana. Los muros iban subiendo y las puertas cerrándose, una tras otra. Tal vez ésta fuera la última puerta. Nada podía hacer sino esperar el retorno de la hija. Gracias a los dioses, tanto los cristianos como los demás, porque ella, la madre, estaba aquí. Ella podría proteger, advertir, explicar y salvar, si fuera necesario y, ¿cómo no iba a ser necesario? Sus hijas no se habían educado como las chinas. Les había enseñado que la independencia y la fertilidad en recursos no deben ocultarse porque una sea mujer. ¿Acaso no había sido ella independiente y llena de recursos? ¿Y cómo hubiera podido ocultar su propio ejemplo? Y ahora, sólo estaba segura porque tenía éxito en lo que hacía. Esta era la lección que debía enseñar a su hija: «Triunfa, y estarás segura.»

—Gracias —dijo suavemente al sonriente ministro.

Sus ojos se encontraron, pero ella no admitió su mirada desafiante. Con la misma frialdad como si lo que le habían dicho fuera ya de su conocimiento, se volvió para hablar a otra persona y siguió así, de forma usual, siempre elegante, entre las mesas, hasta llegar a la puerta de las cocinas. Nadie, a excepción de su fiel cocinero mayor y su sirvienta, sabía que, desde la entrada a la cerrada despensa, donde rara vez se guardaban platos usados, un ascensor oculto subía directamente a sus propias habitaciones.

A partir de entonces vivió una febril expectación. No había nadie a quien poder preguntar «¿Cuándo llegará mi hija?» No se atrevía a escribir otra vez a su hermana de Hong Kong ni menos a la propia Grace. Tampoco quería que el ministro se enterara, en modo alguno, que ella no sabía nada. ¡Que imaginara que ella tenía muchos medios de comunicación privada, ninguno de los cuales podría descubrir! ¡Que creyera que ella era más inteligente que él y que no le tenía miedo! Luego se le ocurrió que él se preguntaría por qué no escribía a su hermana y, al instante decidió enviarle una de sus habituales cartas amistosas, sin noticias, sin informes, sin comentarios.

*«El verano ya está aquí. En el jardín han florecido los lirios y en el estanque hay capullos de loto. Mi negocio prospera, gracias a los muchos amigos. Mi viejo cocinero ha aprendido a hacer buena sopa sin la gelatina importada de nidos de pájaros. Tampoco usa aletas de tiburón. En lugar de ello ha ideado sustitutos a base de semilla de soja. Te acordarás que en tiempos fue cocinero de un monasterio budista, donde los monjes, aunque no comen carne de animales, disfrutaban engañándose con alimentos vegetales a los que dan el aspecto de carne... ¿Noticias? No tengo noticias. Mi vida es muy tranquila. Por favor, no te preocupes por mí. Tu hermana, Siu-lan.»*

Los días transcurrieron tranquilos hasta fines del verano. Había horas, incluso días, en que podía imaginar que nada había cambiado en Shanghai. El negocio prosperaba; el comedor estaba repleto y en el mercado había más

cosas de las que había habido desde años antes de la última hambruna. Sin embargo, cierta tarde del quinto mes lunar se sintió inquieta de tanto esperar en silencio la venida de su hija, y decidió salir de casa, cosa que hacía rara vez, alquilar un carruaje con un caballo y pasear un par de horas por la ciudad. El cielo estaba claro y un viento limpio soplaba del mar. La ciudad no se hallaba en la costa del mar Oriental, sino junto a un río que fluía al océano, un río de aguas amarillas, cargadas de tierra, que manchaban el azul millas más allá de la costa. En pocos minutos, con ayuda de su sirvienta, estuvo sentada en el carruaje, envuelta en su ligera túnica de seda, pero cubierta con un vestido de paño gris.

—Guíe por el Bund —indicó, y el cochero obedeció.

Veía esta ciudad, tan bien conocida por haberla vivido en sus diversas vidas, con los sentidos aguzados. ¿Cómo le parecería a su hija, acostumbrada a vivir años en las grandes ciudades americanas? Sintió una punzada de celos por la ciudad de Shanghai, a la que amaba. ¿Sería capaz su hija de captar y apreciar su vida presente? ¿Recordaría que una vez estas calles rebosaban de mendigos y refugiados de hambres e inundaciones? Contempló con resentido orgullo que ahora en las calles había otras multitudes, ni ricas, ni pobres, ni extranjeras sino personas sencillamente vestidas y limpias; ni un solo mendigo. En la avenida Nanking, la gran vía principal, había tiendas donde se vendían muy diversos artículos, y estaba llena de personas... ningún automóvil, o muy pocos. Su hija le había escrito acerca de las calles americanas, llenas de coches que se movían con rapidez, pero aquí sólo había autobuses y gentes que subían y bajaban, silenciosas en cuanto hacían.

Cuando el carruaje rodó hasta el mismo Bund, vio el cambio tal y como era en ese momento. Aquí no había tiendas, aunque aún se erguían los grandes bancos, si bien el oro extranjero había desaparecido. En lugar de ser el centro de vastos asuntos internacionales, como lo fuera antaño, ahora era un parque, y a lo largo de la orilla del río había bancos para sentarse y umbrosos árboles.

—Pare —dijo al cochero—. Me sentaré aquí a meditar un rato.

Bajóse del carricoche y tomó asiento en un banco. Al otro extremo se hallaba ya sentado un caballero muy anciano. Era obvio que había sido muy rico en otro tiempo, pues tenía la piel pálida y fina, y las manos del que nunca ha trabajado. También era obvio que ya no era rico, pues su túnica de raso estaba gastada y la seda del forro se deshilachaba en los puños y el borde del faldón. En otro tiempo ella le hubiera saludado, pero ahora nadie saludaba a un extraño. El silencio de la ciudad, la reserva de la nación, se hallaban en todas partes. Pero el anciano no parecía temeroso. O tal vez fuera senil. Al sentarse ella, el caballero sonrió y habló.

—*T'ai-t'ai*, es un agradable día. —Se dirigió a ella como «madame», en la forma cortesana que ella apreciaba.

Madame Liang saludó con la cabeza y contestó con una pequeña sonrisa, pero sin hablar. En lugar de ello dirigió su mirada al río, cuyas aguas se agitaban con naves de tres velas puntiagudas, con juncos cargados y lentas balsas.

—Vengo aquí siempre que no llueve —continuó el anciano.

—¿De verdad?

—Ahora está todo en silencio y se ha ido la alegría. Pero me acuerdo de cuando éste era el sitio más animado de la ciudad. Muchos capitalistas vivían en Shanghai, entonces, y causaban gran confusión, yendo y viniendo. Grandes navíos remontaban el río y los estibadores llevaban cargas sobre sus hombros, atrás y adelante. Y había mendigos y ladrones, que se lanzaban por todas partes, arrebatando y hurtando...

Se detuvo, y ella musitó cortésmente:

—Era así...

El hombre se quitó el viejo sombrero redondo, rascándose la calva con la uña larga de su meñique. Volvió a tocarse, miró con cuidado a su alrededor y escupió en el suelo. ¡Qué bien comprendía ella la mirada precavida! Ahora estaba prohibido escupir donde uno quisiera, pero para los viejos, acostumbrados a escupir donde sentían la necesidad, aquello resultaba penoso. El aplastó con cuidado el salivazo en el polvo, con el talón de su gastado zapato de terciopelo. De pronto, su aire amable se transformó y el rostro anciano se llenó de amargura.

—Esto está muy bien —añadió, bajo—. Pero a nuestra edad, *T'ai-t'ai*, recordamos otros tiempos. Y permítame que le diga; si va usted detrás de aquella parte de la ciudad que en otro tiempo fue japonesa, incluso ahora verá usted muchos pobres, como un enjambre de moscas en un montón de fiemo. No, allí no hay autobuses ni carruajes como el suyo. No, las calles están llenas de carros, aún tirados por seres humanos.

—Todo no puede hacerse a un tiempo —dijo, empezando a sentir miedo del anciano—. Al menos los ricos no son tan ricos ni los pobres tan pobres.

—Dénos tiempo —replicó—, y algunos volverán a ser ricos y otros serán pobres. Es el destino del hombre.

No le respondió. En vez de ello se puso en pie e, inclinándose un poco, se alejó. Nadie podía saber, en estos tiempos, quién haría de espía por un poco de dinero. Pero las palabras del anciano seguían en su mente. ¿Sería verdad que volvería el día en que los ricos lo fueran más y los pobres más pobres? Ella había visto la ciudad en sus diversas vidas. Veinte años atrás vino aquí con sus hijas, tres criaturas. Entonces la ciudad era uno de los centros del mundo. Realmente, allí estaba el orbe: Francia, Inglaterra, Japón, cada uno con su parte. En las concesiones extranjeras las calles estaban limpias, el tráfico era rápido, pero controlado por policías uniformados, todos extranjeros. En los parques no se permitían perros ni chinos. ¡Cuánto se había irritado al descubrir al poco de llegar, que no podía llevar a sus niñas al parque, en un día de fiesta, porque eran chinas!

—¿Es que esto no es China? —preguntó al policía a la entrada del parque.

—No. Esto es un pedazo de Inglaterra, un botín después de la última guerra del opio.

Y sin embargo, detrás de aquellas parcelas extrañas, la ciudad china se infectaba en un laberinto de pequeñas callejuelas hediondas y de alcantarillas abiertas.

Después recordaba otro Shanghai sobre el que caían las bombas japonesas, pero sólo en los sectores chinos. Las gentes salían corriendo de allí como ratas, para refugiarse en las calles extranjeras, haciendo chozas de estera y cajas viejas, y cualquier cosa con que cubrirse. En el desfile de la victoria japonesa, un joven chino había arrojado una bomba, lanzándose luego

desde el tejado de un alto edificio extranjero. Ella vio el cuerpo destrozado en la acera. Por todas partes yacían soldados chinos muertos, los muertos del Ejército Nacionalista, abandonados, cuando sus dirigentes huyeron, hasta que la ciudad apestó a carne putrefacta y los perros engordaron mientras los muertos desaparecían.

La ciudad había padecido una agonía. Lindas jóvenes se vendían en las calles por un par de dólares la noche; más tarde, hasta los dólares perdieron su valor y el viento arrastraba el dinero por las calles como basura, y los hombres, agachados junto a las alcantarillas, se limpiaban con billetes con la imagen de su líder huido. En las tiendas había toda clase de mercancías americanas, pues aquellos días los americanos eran los visitantes y los artículos les pertenecían, pero se robaban y vendían en mercados privados. La corrupción pudrió toda la ciudad y nadie era inocente. Tan asqueada se sentía que se alegró del ataque de quienes cercaron la ciudad. Los ricos y sus familias huyeron a otras ciudades y países y cualquier sospechoso de ser de Ellos era asesinado en las calles, hasta que el pueblo, sin poder resistir ya más, gritó que la guerra debía acabar, aunque la victoria perteneciera al enemigo.

Y Ellos entraron, un ejército callado, de pies silenciosos, calzados con trapos, desfilando, campesinos airados. No robaron ni violaron, pero, torvos, como la marea gris del mar, invadieron la ciudad. Tomaron posesión de todo, hasta del alma del ser humano.

—Volveré a casa —dijo madame Liang al cochero—. Ya he visto bastante.

Grace Liang entró en el comedor de la casa de su tía, en Hong Kong. Estaba situada en la rocosa ladera de una colina, mirando el mar y la bahía; las suaves líneas del tejado se confundían con el paisaje. El gran vestíbulo central daba al mar, pero el comedor, detrás, sólo tenía vistas a la abarrotada ciudad y por encima, a las colinas, a las mansiones de los ricos, chinos u occidentales, medio ocultas entre árboles. Cuando entró, su tía ya estaba sentada a la mesa, aunque esperaba. Tenía varios platos ante sí, pero no había quitado las tapaderas.

—Espero que no estuvieras aguardándome, tía —saludó Grace sonriendo—. Lo cierto es que he dormido estupendamente. El aire es tan dulce..., se me había olvidado.

—Duerme mientras puedas. Puede que no duermas tan bien dentro de unos días, cuando hayas cruzado la frontera.

Hablaban en inglés, idioma que los sirvientes desconocían, aún en su forma más elemental. Grace tomó asiento. Su tía vivía sola, a excepción del servicio, pues su marido fue muerto en una purga anterior en la provincia de Kiangsi. Había sido un terrateniente, heredero de tierras familiares y los campesinos, que durante generaciones habían cultivado el suelo para sus antepasados, se alzaron contra él, presionados por los nuevos dirigentes. No había sido un propietario cruel, sino sólo negligente; con prudencia, durante los últimos años de la república, construyó la casa de Hong Kong, previendo, ante la invitación hecha a los comunistas a venir de la Rusia Soviética, que los hombres como él tendrían que escoger un día entre la capitulación, el exilio o la muerte.

Pero a él no se le planteó la opción. Una soleada mañana de comienzos del verano, diez años antes, había sido llamado a la puerta exterior de su casa, para enfrentarse a una multitud extrañamente silenciosa de sus propios campesinos. Cuando un puñado de airados jóvenes desconocidos exigió que le condenaran, los campesinos guardaron silencio. Y él había sido demasiado orgulloso para hablar en defensa propia, pues no había hecho mal alguno, o así lo creía. Se había limitado a vivir como un caballero estudioso, disfrutando de su ancestral hogar, con muchos patios y jardines. En aquel mutuo silencio fue sumariamente fusilado por los airados jóvenes que capitaneaban a los campesinos. Cuando se hubieron dispersado, la familia alzó su cadáver del polvo, enterrándolo en el cementerio familiar, en una colina cercana, tomando la precaución de celebrar los ritos de noche.

Aquella misma noche, su esposa, la hermana más joven de madame Liang, acompañada de sus servidores, partió para Hong Kong y ello, ante las urgentes súplicas de su único hijo, que quedó atrás para proteger, si era posible, las propiedades de la familia. No había sido posible. En menos de un mes tierras y casas fueron confiscadas por los nuevos dirigentes, y su hijo fue condenado a trabajos forzados en algún sitio alejado, cuyo nombre ella desconocía. Nunca volvió a oír de él. Grace sabía todo esto, pero era demasiado bondadosa para preguntar a su tía si tenía noticias. Habían transcurrido diez años.

La tía levantaba, una tras otra, las tapas de las fuentes.

—Supongo que te gustará desayunar como los occidentales. Han preparado los dos desayunos, chino y occidental.

—Tenía muchas ganas de tomar un desayuno chino.

—Entonces tienes arroz *congee*, con platitos que van con él.

Llenaron los tazones y comieron en silencio durante algunos minutos, en deferencia a las buenas formas. Hacía mucho, la madre enseñó a las hijas que no se inicia una conversación hasta haberse servido el alimento y satisfecho las primeras punzadas del hambre. Luego Grace posó los palillos.

—A mi madre parece irle muy bien en Shanghai, tía.

—Ya verás con tus propios ojos cómo le va. Naturalmente que no va a poner por escrito lo que tiene que soportar. No es ninguna tonta.

—Tú crees de verdad...

—Yo no creo, lo sé. Por caridad paso algunas horas diarias en los campos de refugiados, donde nuestros compatriotas cruzan la frontera, desde el continente. No esperan a que les haga yo preguntas. El sufrimiento les rezuma. Están hartos. Esas comunas...

Lanzó una mirada cautelosa por el cuarto. Todos los sirvientes se habían ido, a excepción de un anciano.

—Lao Erh sabe —añadió la tía bajito, pero en chino—. Lo sabe todo. El vino de allá.

El anciano asintió con la cabeza, pero sin hablar.

—Lao Erh, tráenos té caliente —ordenó la señora.

Obedeció y la tía se inclinó más sobre la mesa.

—¡Cuentan cosas terribles, esas gentes! Las familias son divididas, a los niños los mandan a un sitio, a los padres a otro. Incluso los abuelos son colocados en otro lugar distinto. ¿No es eso alterar la misma armonía en que se basan el cielo y la tierra?

—Tal vez no crean en esa armonía —sugirió Grace.

—¡Ahora has dicho la verdad! No creen en nada de cuanto nos enseñaron nuestros antepasados. Por ello no durarán. Es sólo cuestión de esperar.

Grace sonrió, sin responder. Estaba decidida a ver por sí misma esta nueva China, su país. Fuera como fuese, era de ella, para bien o para mal. El último día en San Francisco se había reunido con sus hermanas, con las que habló largo tiempo; las horas pasaron hasta la medianoche, antes de que se separaran.

—No temo por ti. Me alegro de que vuelvas a casa —había dicho Mercy—. Nuestra madre está allí sola.

Eran distintas, ella y sus hermanas. Mercy,<sup>2</sup> la cantante, era quizá la más fuerte, incluso más fuerte que ella misma, más volátil, más habladora, más impresionable. Joy era la tranquila, la menor, la soñadora, la artista.

—No puedo creer que tenga nada que temer, no de los míos —comentó Grace con firmeza.

Joy no dijo nada. Era una muchachita menuda y frágil, callada, tal vez porque sus hermanas tenían tanto que decir. Extrañamente, sus pinturas no se le parecían en nada, y los americanos, al ver su figura delicada, sus suaves modales chinos, esperaban pinturas de capullos y mimbres. En lugar de ello pintaba enormes lienzos con pinceladas atrevidas y fuertes colores. Su tema era humano, siempre humano..., hombres trabajando, niños jugando, mujeres... no, sus mujeres eran ociosas, decorativas y predatoras.

—Claro que espero encontrar cambios —había seguido Grace—. Pero nuestro pueblo ha sido siempre capaz de cambiar. Aceptan el cambio con aplomo. Recuerdo...

Cuando sonreía le salían hoyuelos en las mejillas.

—Bueno, sigue recordando —le instó Mercy.

—Un viejo aldeano que subía a un avión, uno de los primeros en volar entre Shanghai y Pekín. Llevaba sobre los hombros un cesto de gallinas e insistía en guardarlas consigo. No se sorprendió lo más mínimo cuando el avión se alzó del suelo. Hubiéramos creído que todos los días viajaba él por el aire..., ¡con gallinas!

Rieron juntas, con la ternura habitual entre ellas al hablar de sus compatriotas.

—Les echo de menos —había dicho Mercy—. No echo de menos sólo a nuestra madre, sino también a nuestro pueblo. Hay algo en ellos distinto de todos los demás de la tierra. Siempre están alegres.

Durante unos breves instantes permanecieron en silencio, cada una con sus recuerdos. Al fin habló Joy:

—Tal vez esté mejor que nunca. Tal vez todos volvamos a ser felices juntos.

—Tal vez —musitó Grace—, tal vez...

Una hora después se separaban por tiempo indefinido.

—Y ahora ¿quieres venir conmigo a visitar a mis refugiados? —le decía la tía.

—Claro.

---

<sup>2</sup> Piedad, misericordia.



Se levantó mientras hablaba y, mientras su tía daba instrucciones a un sirviente, se acercó a la ventana y se quedó mirando la ciudad. Al otro lado de las montañas, al otro lado de la barrera, su país la aguardaba.

—Pero estas personas lo han dejado todo tras de sí —exclamó—. Es natural que se sientan llenas de odio. No debo dejar que su odio me influya. Debo decidir por mí misma.

Se hallaban en una calle de la sección china de Hong Kong, una calle populosa, activa. A cada lado se alzaban elevadas construcciones de cemento, las nuevas viviendas. El Gobierno de Su Majestad las había hecho para los refugiados. En cada piso, las barandillas se animaban con ropa tendida al viento.

—Pese a todo, es mejor que prestes atención a lo que éstos tienen que decir —replicó su tía—. Son aquéllos a los que el nuevo régimen debía de estar ayudando. Y entonces ¿por qué huyen? Inmediatamente empiezan a vivir como lo hacían antes; empiezan a independizarse, a crear pequeños negocios en cualquier rincón. ¿Ves aquella colina entre los dos edificios, al otro lado de la calle? Está cubierta de chabolas, hechas de trozos de cartón y recortes de madera, cualquier cosa que puedan recoger. Al principio viven allí. Una familia de refugiados trabaja en equipo, jóvenes y viejos, para levantar ese mísero cobijo. Luego, en cuanto pueden, se trasladan a los departamentos de una o dos habitaciones de una de estas viviendas, donde lavan sus harapos... como puedes ver en esas cuerdas que se agitan en las barandillas. A continuación compran algunas cajas de cerillas, un puñado de dulce, una libra de cacahuetes..., cualquier pequeñez que puedan empaquetar y vender en una esquina de la calle. Prosperan, ¡ya lo creo que prosperan! ¿Has oído hablar alguna vez de alguno de los nuestros que no haya prosperado, si se le deja en paz? Se nos odia en toda Asia porque siempre nos enriquecemos partiendo de nuestros tristes comienzos. El hombre más rico de la antigua Indonesia era un culi chino que llegó allí sin nada. ¡Su hija se convirtió en esposa del embajador chino en los Estados Unidos! ¿Quién, sino un chino, hubiera conseguido tal cambio en una sola generación?

—Un americano —murmuró Grace, riendo.

—Yo no conozco a los americanos —le miró su tía.

—No, tía, pero son igual que nosotros.

—Y de todos modos, nadie puede conseguirlo con la nueva gente —contradijo la tía—. Chinos o americanos, no pueden.

Mientras hablaban, una nube negra y amenazadora se deslizó sobre la montaña y empezó a llover.

—Sube al coche —ordenó la señora—. Nos conducirán a la barrera.

La barrera estaba atestada de gente, parientes y amigos, todos chinos, que esperaban para ver quién cruzaba la frontera ese día. No venían sólo gentes humildes, sino portadores de verdura y fruta, aves y huevos en cestos que se balanceaban al extremo de una pértiga apoyada de sus hombros.

—Dependemos del continente enemigo hasta para el agua que bebemos y la comida que tomamos —murmuró la tía—. Vivimos en esta isla rocosa y...

Grace no la oyó. Observaba a los que se abrían paso hacia el territorio británico. Muchos eran ancianos; pero la mayoría jóvenes, hombres y mujeres,

poco más que adolescentes, sin haber llegado casi a la treintena. ¿Por qué querrían dejar su país? Ni tampoco eran todos de clase trabajadora, estaba convencida de ello. Disfrazados con las pobres ropas de ajado algodón azul, pudo ver rostros agudos e intelectuales, de ambos sexos. ¿Vivirían también ellos en cabañas, en la colina, esperando hasta poder alquilar dos cuartos en las colmenas de cemento? ¿Venderían también ellos cerillas en la esquina, cigarrillos o tortas de alubias frías a la puerta de un parque? No podía imaginar que eso ocurriera, y se volvió a su tía.

—¡Todos esos no son campesinos, tía! ¿Qué harán los demás?

—Desaparecerán. Se diluirán en la ciudad; hallarán a sus amigos; vivirán en silencio, esperando.

—¿Esperando qué, tía?

—Lo que tu madre espera...

—¿Habrá un cambio?

—Siempre hay cambios, para mejor o peor. ¿Y puede haber algo peor?

—No lo sé, tía.

—Yo te digo que nada puede ser peor. Pero lo verás por ti misma.

—Gracias, tía.

Se sentía inquieta, se sentía agitada. Al no saber si lo que su tía insinuaba era cierto, al no saber por qué no le había escrito su madre, estaba ansiosa por dejar la abarrotada isla de Hong Kong, erguida en el mar, con las casas como asidas a las empinadas laderas, de tal forma que, si un tifón la azotaba, como sucedió una tarde, podía imaginarlo barriéndolo todo y dejando la roca otra vez pelada como cuando fue creada. El viento parecía rasgar la peña y las lluvias arrasaban los acantilados. Pensó en las miserables cabañas de las colinas, sus paredes de cartón, los techos de plancha ondulada, los miserables que se apiñaban debajo. ¿Podía ser lo que habían dejado peor que lo que estaban sufriendo? Sí, porque aquí tenían una oportunidad de mejorar. Pero ¿mejorar, mejor que qué? Tales preguntas devoraban su mente y dejó la casa de su tía bruscamente, dos días antes de los pensados, tan pronto como el tifón se adentró en el continente.

—Te escribiré contándotelo todo, tía —dijo al despedirse.

—¡No me escribas nada! —dijo alarmada.

—Pero ¿por qué, tía?

—Hallarás las respuestas a todas tus preguntas —repuso la tía decidida—, pero yo ya tengo mis propias respuestas.

Así pues, una clara mañana, dejó a su tía en la frontera donde se presentó a ella un hombre con una carta. Al abrirla, vio que era del camarada Chao, como él mismo se firmaba, y en la cual le daba la bienvenida.

La carta decía:

*Hemos esperado mucho tiempo su llegada. Se le necesita y se le prestará toda clase de ayuda. Pero no se apresure. Deténgase, si quiere, un par de días en Cantón; observe allí a las masas, y cómo se han cultivado las antiguas artesanías. Luego tomará usted el tren a Shanghai, donde visitará a su madre otros dos días. Al tercer día esperamos que salga para Pekín, donde todo está dispuesto para su llegada.*

*Comprenderá que nuestra medicina nativa recibe la mayor ayuda del Gobierno. Fue descuidada por los imperialistas durante mucho tiempo, pero ahora nuestros médicos están reviviendo sus propias prácticas con toda libertad, en beneficio de nuestro pueblo. Es para ayudar en tan importante tarea por lo que ha sido llamada.*

Con tal permiso, decidió, desde luego, quedarse un día, quizá dos, en Cantón, ciudad que recordaba como sede de artesanías delicadas y bellas, sobre todo en marfil. Había leído en los periódicos occidentales que la belleza, la antigua belleza de China, había desaparecido del país y ya no existía. Ahora lo vería por sí misma. Con esta decisión se puso en manos de su guía y continuó el viaje.

Había vivido tanto tiempo en el extranjero que había olvidado que una ciudad pudiera ser gris. O tal vez hubiera viajado demasiado por las lujuriantes selvas del Amazonas, donde se había acostumbrado a la variedad de colores de las orquídeas contra el verde vívido. Se había habituado a la opulencia de las ciudades americanas, la magnificencia de los edificios, las iglesias y comercios, de las casas de pisos que rodeaban el Central Park de Nueva York, de las ricas y antiguas ciudades de Filadelfia y Boston, o tal vez no fuera más que la gracia británica de Hong Kong. Pero ¿Cantón? Ahora era una ciudad de escasos atractivos. Se sintió vagamente decepcionada, sutilmente descorazonada. Las gentes iban vestidas con pobreza, muchos andaban descalzos, cosa que ella no recordaba en las ciudades de su niñez. De vez en cuando se veía un hombre, relativamente bien vestido, montado en bicicleta, o una mujer de larga y limpia túnica que se detenía ante un puesto de verdura. Pero observó que hasta los pobres estaban limpios. Se había hablado mucho de la limpieza de esta nueva China, si se la comparaba con la suciedad y las moscas de la vieja, con calles que se vertían en alcantarillados. Ahora se veían calles limpias, incluso en zonas pobres, si bien los pequeños talleres de los artesanos habían desaparecido.

Se acercó a una anciana de traje limpio, delgado y negro.

—Hermana mayor ¿puede indicarme si aún pueden encontrarse en esta ciudad personas que trabajen el marfil?

—El tratamiento correcto para saludar —dijo la mujer mirándola con fijeza y sin sonreír—, es camarada.

—Perdóneme —tartamudeó Grace—. Acabo de venir del otro lado de la frontera.

—Y los que trabajan el marfil están al otro lado —indicó la mujer con la barbilla.

—Gracias.

Trató de decir «camarada», pero la extraña palabra no le salió. «Tendré que aprender», pensó.

Y el otro lado, cuando llegó, no era tampoco la calle de muchas casitas en cada una de las cuales vivía y trabajaba un tallista de marfil con su familia. En vez de aquello había una fábrica, ni alta ni imponente; en ella no sólo vio una hermosa exposición de piezas de marfil, sino también a los obreros. Mientras deambulaba, pudo ver muchos objetos exquisitos hechos de piedras preciosas y semipreciosas, enviadas de los países del sudeste asiático. Pero ella siempre había preferido el marfil, aquel material de un blanco cremoso, duro como el

hueso y, sin embargo, suave como un tejido vivo. Cada artesano, sentado en su lugar, recibía su material. Ninguna pieza era mayor que un colmillo de elefante, pero, entero o en piezas, cualquiera que fuera su forma, el hombre debía estudiarlo y meditar hasta que, de la forma que tenía entre manos, viera otra forma, adecuada a sus líneas, pero nueva, su propia creación. También pudo Grace ver las piezas de exposición que recordaba, las bolas de marfil, labradas unas dentro de otras hasta veintiséis, cada una de ellas perfecta y libre de las demás. Pero no fueron éstas las que atrajeron su atención. El arte, razonaba, no se anuncia a sí mismo, no presume de lo que es, sino que, como un paisaje brumoso, su significado se desliza sin ruido a los sentidos. Vio un paisaje así labrado en marfil, que respiraba primavera en sus capullos y sauces llorones. Vio galeones con las velas desplegadas, los gallardetes ondeantes, las figuritas humanas dobladas al viento. Vio un pescador de marfil lanzando su red de marfil, cada malla perfecta, gracias a un taladro eléctrico.

—¿Un taladro? —preguntó al operario—. ¿Y si resbala la punta y destruye su arte?

El hombre, un viejo de cara de bronce, sonrió:

—Nunca resbala.

Siguió dando vueltas entre piezas de marfil, examinando cada una de ellas en su perfección. Vio juncos de marfil, con marfileñas cuerdas retorcidas; vio bailarinas de marfil, cuyos pañuelos del mismo material se agitaban en la danza; vio viejos y viejas con arrugas de marfil, y risueños Budas de marfil. Estos eran para ser exportados, a través de la puerta de Hong Kong, al mundo exterior, pero algunas figuras eran demasiado exquisitas para ser exportadas. Contempló una pagoda, con los trece pisos a que la confinaba el colmillo, con una campanilla que se movía suelta en cada piso. Vio jardines palaciegos, donde cada árbol y cada flor eran perfectos, y salvajes montañas rocosas en un paisaje. Admiró tal cantidad de visiones que quedó atónita.

Del marfil pasó al jade y allí contempló cómo un artesano inteligente había utilizado el color natural de su jade para representar uvas color púrpura, con hojas verdes y roca gris. Vio panteras y tigres de jade, perritos falderos cuyos matices naturales eran los de la piedra. Pero aun con ser hermoso el jade, también halló belleza en los materiales humildes como madera, bambú e incluso papel, pues en el papel, hábiles tijeras habían recortado grandes diseños complicadísimos, escenas de tierra y agua. Recordó que, de niña, los días de fiesta, su madre hacía que los sirvientes pegaran en puertas y verjas figuritas recortadas, para tener buena suerte. Tanto aquéllas como las que ahora admiraba, estaban recortadas en una pieza única de papel, sin uniones.

Cuando sus ojos estuvieron satisfechos se volvió al guía:

—Me siento animada al ver que se mantiene viva esta artesanía, aunque confieso que me asombra que las herramientas nuevas trabajen tan bien como las antiguas.

—Mejor —replicó el guía—. ¡Mire esas gambas de piedra!

Siguió ella con los ojos la indicación de la barbilla del hombre y vio gambas, grises, como se las encuentra en el mar, pero con el caparazón oscurecido sobre el cerebro, como sucede en la vida, y con antenas de piedra, tan finas, que temblaron al tocarlas.

—Realmente estoy sorprendida —musitó.

Aquella noche durmió en una posada china, prefiriéndola al buen hotel construido especialmente para extranjeros, los hombres de negocios que se reúnen en Cantón para la gran Feria de Artículos de Exportación, y comió platos como los que ya había olvidado que existieran, aunque se trataba de platos sencillos. Por fin se fue a acostar, renunciando a detenerse más en esta ciudad tan gris y silenciosa, pues ahora, al final del día, recordaba que, por doquier, la nueva gente guardaba silencio. En los días de su infancia, las calles de una ciudad estaban siempre llenas de ruidos y alegría; los vecinos se llamaban entre sí, los vendedores ambulantes pregonaban sus artículos, las voces de los niños que jugaban eran risueñas. Ahora la gente iba y venía en silencio o, si alguien hablaba, lo hacía con pocas palabras y en tono bajo. Una ciudad gris, hubiera dicho, a no ser porque recordaba la belleza que había contemplado, encarnada en jade y piedra, en bambú, madera y papel. Así pues, en medio del nuevo silencio, algo, y algo que era mucho, permanecía del pasado que ella conociera, y ese algo era belleza.

La tierra estaba cultivada, eso podía verlo incluso desde la ventanilla del tren. La tierra seguía siendo la fuente. Ahora, hasta donde su vista alcanzaba, se veían verdes campos de arroz tierno; y no sólo los campos, sino cada parcela y trocito de tierra, quiebros extraños y espacios estrechos dedicados a la verdura, como si la gente nunca pudiera olvidar cómo moría de hambre antes.

Pero hasta la tierra estaba cambiada. Ya no se veían los pequeños campos del pasado. Se habían deshecho los límites, rellenado las zanjas, quitado los senderos; vastas áreas de verde ondulante prometían una buena cosecha. ¿Quién había quitado los límites? ¿Quién había rellenado las zanjas divisorias y destruido los senderitos entre pequeñas y viejas parcelas hasta convertir el paisaje en un jardín verde, a los ojos?

Ansiaba preguntar a alguien cómo había sucedido, pero no había nadie en el compartimiento cuyo aspecto invitara a tal conversación. De los cuatro viajeros, los otros tres eran hombres; uno, su silencioso guía, que miraba sin ver la pared frente a él y, los otros dos, jóvenes revestidos con el omnipresente uniforme del país: chaqueta abotonada hasta el estrecho y tieso cuello y pantalones del mismo algodón oscuro. Ambos estudiaban libritos en los que, de cuando en cuando, ambos escribían notas al margen. Así aislada, se volvió de nuevo a la ventana y contempló cómo el dorado sol se sumergía en la media luz de la tierra.

Estaba claro que su viaje había sido planeado primero directamente a Pekín, pues en vez de ir hacia el Este, hacia la costa, para ir a Shanghai, se dirigían hacia Hankow. Preguntó al guía y recibió una breve respuesta.

—En Hankow tomará el vapor del río para Shanghai. Y en Hankow verá el puente nuevo.

No protestó por el retraso, pues se sentía curiosa de ver el gran puente, el famoso puente que, ingenieros de medio mundo occidental, habían dicho que nunca se podría construir a lo ancho del río Yangtsé. Sin embargo, lo habían construido y, ahora, ella iba a verlo. Pero primero vería las provincias, extensas bajo un cielo lavado de lluvia. También allí crecía el arroz tierno, de un verde brillante y los pueblos, aquellas colmenas de vida humana, no habían cambiado, según podía juzgar por lo que veía en la ventanilla del tren. En los campos había ahora búfalos de agua, tirando de los viejos arados de madera.

Aquí nada había cambiado... no, un momento, las colinas, antes peladas, a excepción de hierba combustible, estaban plantadas con arbolitos y se veían nuevos depósitos para irrigación. Después vio cómo los labradores desparramaban algo blanco en los campos y reconoció la sustancia. Era abono químico, sin duda proporcionado por el Gobierno a través de las comunas. ¡La nación producía sus propios abonos! Ello significaba instalaciones químicas y tal vez medicinas químicas para los seres humanos.

En Honan las casas no eran mejores de lo que lo habían sido, pero las personas andaban mejor vestidas, con ropas menos descoloridas y rara vez remendadas. Aquí, en esta provincia, había nacido Mao Tse-tung, hijo de un labrador, aunque no pobre; un padre que quiso obligar a su hijo, un rebelde muchacho, a ser maestro rural. ¡Mao Tse-tung maestro rural! Grace vio un río plácido, juncos navegando lentamente por sus aguas de suave corriente, juncos para el transporte de mercancías y juncos para pescar. ¡Ah, y aquéllas, sin duda, debían ser las cooperativas! No granjeros particulares empujando un arado tras un lento búfalo, sino grupos de unos veinte hombres y mujeres trabajando juntos en un ancho campo. Sólo en parcelas muy pequeñas vio trabajar niños y éstas, decidió, eran las migajas y pedacitos de tierra concedidas a las familias para su uso particular.

Pasó otro día y de nuevo varió el paisaje, ahora de rojo barro y desnudos oteros, siempre con antiquísimos pueblecitos de la siguiente provincia. La cebada, madura, ya había sido segada y la estaban trillando en las eras de los pueblos. Antaño, recordó, cuando era niña, volaban muchos pájaros sobre la era, que se abrían camino sin temor para comer granos, pese a la gente. Ahora no había pájaros. Habían sido exterminados por orden del Gobierno y, demasiado tarde, el Gobierno descubrió que, sin los pájaros, los insectos se volvían dominadores.

De pronto, al atardecer siguiente, pudo ver el gran puente, aquel símbolo de orgullo del pueblo. El tren efectuó su última parada en la estación de Wuchang, dirigiéndose con ruido hacia el río. Grace abrió la ventanilla y se asomó. El puente se alzaba sobre ocho grandes pilares, bien cimentados en la tierra, bajo el río. Era un inmenso puente con tres niveles: por encima de las vías del ferrocarril, una pista para camiones y autobuses, y más arriba todavía, un paso de peatones. Muy por encima del río, a unos ochenta o cien metros, calculó ella, el tren disminuía la marcha por precaución y ella miró hacia abajo, al magnífico río que tenía su manantial en las montañas del poniente y cuya desembocadura se vaciaba en el mar, a mil quinientos kilómetros de distancia. Despacio, muy despacio, el tren se deslizaba por el trecho de más de un kilómetro de puente... ¡sí, el puente que ingenieros del mundo moderno dijeron una y otra vez que nunca podría construirse! Ahora estaba construido. Lo veía con sus propios ojos; incluso estaba sobre él, mirándolo, domeñador del poderoso río. Y se sintió muy orgullosa de su gente, el corazón henchido de ese orgullo. Si su pueblo podía construir un puente así ¿habría algo que no pudiera hacer?

Temía la reunión con su madre y, al mismo tiempo, la anhelaba con fuerza. ¿Encontraría a su madre envejecida, cambiada por las penalidades? Las noticias de China en América eran siempre de sufrimientos y crueldad. Había estudiado las cartas de su madre para descubrir sus sufrimientos, sin hallar en ellas alegría ni tristeza. Tranquilas e inmutables, las cartas sólo hablaban de

detalles cotidianos, el jardín, la casa, los sirvientes, el tiempo. No había en ellas ni siquiera una insinuación de los vastos y monumentales cambios alrededor de su vida individual. Jamás hablaba la madre de enfermedades, hambre o privaciones. Sólo podía imaginarla continuando su vida de siempre en el nuevo mundo que la rodeaba. De alguna manera, continuaría con aquella vida.

Sin embargo, por fin en Shanghai, se detuvo ante la puerta exterior, muy excitada. El guía la acompañaba siempre con su presencia callada, aunque cortés.

—Tenemos órdenes de dirigirnos inmediatamente a la residencia de su madre —le dijo cuando dejaron el barco que les llevó por el gran río.

Era un buque que, en tiempos, perteneciera a Jardine Matheson y, ahora, a los chinos. En otros tiempos, cuando la madre les llevaba a las montañas de Kiangsi, huyendo del calor del delta del río, siempre viajaban en barcos ingleses. No obstante, a pesar de que los muebles estaban un poco usados y los barcos necesitaban una mano de pintura, funcionaban tan bien como antes. El capitán de éste era un chino eficiente y callado, al igual que todos parecían eficientes y callados. Grace pasó en silencio los tres días de travesía, absorbiendo sola el magnífico panorama de ambas orillas, recordando los lugares a los que, de niñas, les llevaba su madre de excursión: la isla del Gran Huérfano, la del Pequeño Huérfano, la Isla Dorada, ahora encajonada en la movediza orilla y cuya pagoda era visible desde el barco.

—¿Sabe mi madre que venimos?

—Seguramente que sí —respondió el guía—. Todo está dispuesto y en orden.

«Era un hombrecito incoloro y blando», pensó Grace mientras la miraba de reojo. Habían pasado días juntos; él había sido siempre cortés y rápido para todas sus necesidades, pero ella le olvidaba continuamente. De vez en cuando el hombre desaparecía, o así le parecía a la joven, pero en cuanto se movía, o siquiera volvía la cabeza, allí estaba otra vez. ¿Habría recibido órdenes para cada uno de sus pasos, horario de comidas, platos que debía probar, dónde dormiría, dónde iría o lo que vería? Sonrió ante su propia vanidad. ¡Seguro que ella no era tan importante como para todo aquello! Y, sin embargo, todo estaba tan bien dispuesto que ella no hubiese podido mejorar nada; sólo que no decidía nada por sí misma. Antes de poder expresar un deseo, ya se habían tomado medidas y hubiera sido causar molestias el cambiarlas.

El guía volvió a llamar a la puerta, que se abrió. El portero era desconocido para Grace, pero era de esperarse, pues su madre le escribió que el viejo portero, el que había servido en la casa donde vivió de niña, se encontraba ahora en una casa de reposo para ancianos. También esto era algo nuevo, las casas de reposo. Cuando niña, no habían existido tales centros. En aquel tiempo, cada familia se ocupaba de sus propios ancianos. Claro que, tal vez no tuviera ningún hijo.

—La camarada *T'ai-t'ai* les espera —dijo el portero, combinando así la moderna y la antigua apelación.

Abrió camino. Era un viejo delgado, de hombros caídos. Grace fue tras él, seguida, a su vez, del guía. Al llegar a la casa el portero llamó y se abrió la puerta. Otro sirviente, un joven con el habitual traje de algodón azul, inclinó la cabeza a modo de invitación.

—Hagan el favor de entrar.

Hasta el lenguaje resultaba nuevo para Grace. Antaño él la hubiera llamado «Joven Señora», quizás «Hermana Mayor», con los debidos títulos honoríficos.

Les condujo a través de un vestíbulo cuadrangular, desconocido, como toda la casa, pues ella jamás había vivido aquí, y sólo había visitado a los Brandon en Shanghai un par de veces, si bien los fue a ver antes de zarpar para Hong Kong, pasando un largo fin de semana con ellos en su casa de San Francisco.

—Escribenos, querida —le había rogado la señora Brandon—. Tu querida madre no lo hace nunca. Seguramente no le permiten.

—Bobadas. Estoy segura que lo que pasa es que está demasiado ocupada. Y nunca le ha gustado escribir cartas. Hasta nosotras, sus propias hijas, rara vez recibimos más de una o dos cartas al año. Parece estar contenta.

—Espero que tengas razón —dijo el señor Brandon, inseguro—. No me gustan algunas de las cosas que oigo.

El sirviente abrió la puerta, anunciando:

—Ha llegado.

Madame Liang se hallaba sentada en un sillón de madera tallada, las manos dobladas sobre el regazo. Sus ojos habían estado fijos en la puerta durante los últimos diez minutos. Le habían advertido la hora exacta en que llegaría su hija y no dudaba que en el instante preciso, que era ahora, la puerta se abriría y Grace entraría. Vio una joven alta, más alta de lo que recordaba, muy delgada, vestida con un traje de chaqueta occidental de una suave tela de lana gris. El rostro no había cambiado, sólo que ya no era infantil. Era el rostro de una mujer joven, fuerte y decidida. El cabello oscuro era corto, algo rizado.

Los ojos oscuros, tranquilos.

—Madre —dijo Grace muy bajito.

Madame Liang se puso en pie, pero sin acercarse. Esperaba con la mirada fija en el guía. Este tosió ligeramente, se adelantó dos pasos y habló:

—¿Camarada Liang?

—Yo soy.

—Según las instrucciones, le he traído a su hija mayor. Se la entrego. ¡Haga el favor de confirmar!

—Lo confirmaré.

—Entonces, me despido de usted —añadió con una leve inclinación, apenas algo más que un gesto de cabeza.

Con el mismo gesto se volvió a Grace.

—Dentro de tres días regresaré para el viaje a la capital.

Sin añadir palabra salió del cuarto. El servidor cerró la puerta y madre e hija se encontraron a solas.

—Madre —volvió a decir Grace.

Sentía una extraña vacilación; su impulso era echar los brazos alrededor de su madre, pero vacilaba. Madame Liang se aproximó, le tomó una mano, acariciándosela con suavidad, mirando los ojos de su hija, mientras lo hacía.



—No has cambiado y sin embargo has cambiado mucho —dijo con su dulce voz y tan bajo, que apenas si Grace pudo oír las palabras.

—Tú sí que no has cambiado, madre. O al menos muy poco.

—Yo vivo aquí —dijo madame Liang de forma vaga, casi evasiva—. Yo vivo aquí —repitió, moviendo la cabeza.

—Creo que estás más delgada.

—Envejezco.

Llevó a su hija, de la mano, hasta el sofá, donde se sentaron, siempre con las manos unidas y mirándose. Por fin la madre volvió a hablar.

—Quiero que sepas..., quiero que sepas que les perdono todo.

—Madre —exclamó Grace—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que perdonas?

Se le ocurrió, de pronto, que su madre no estaba bien. Su extraña vaguedad... ¿qué significaba? Y además estaban hablando en inglés, notó sorprendida. Hasta ese instante no se había dado cuenta, tan acostumbrada estaba a dicho idioma, pero antes jamás hablaban en inglés la madre y las hijas. Sí, había hablado inglés con sus hermanas cuando se reunieron en San Francisco —todas estaban acostumbradas a ello—, pero ¿por qué aquí y, por qué con su madre?

—Estamos hablando inglés —dijo atónita.

—Es más seguro.

Sin embargo, tras un momento de silencio durante el cual volvieron a estudiar cada una el rostro de la otra, la madre empezó a hablar en chino, con facilidad, como si los minutos anteriores no hubiesen existido, como si fuera éste el primer instante de su reunión tras largos años de ausencia.

—Debes estar cansada y tener hambre. En el tren, en el barco, ¡qué sé yo la de penalidades que habrás sufrido!

—Me han tratado bien —replicó Grace en chino, no con la misma facilidad, después de años de riguroso inglés—. Mi guía me cuidó bien.

—Ah, sin duda. Me atrevería a decir que cuidó de todo como le habían dicho. Era su deber. Vamos a tu habitación. Te espera. —Mientras hablaba se levantó y llevó a su hija de la mano, por la gran escalera, hasta el segundo piso, donde abrió una puerta.— Te he puesto junto a mí. Si me llamas durante la noche te oiré.

—Estoy muy contenta de estar contigo, madre —sonrió Grace—. No me despertaré.

—Nunca se sabe —dijo madame Liang, siempre vaga—. A veces se oyen ruidos durante la noche..., ruidos en la calle. Es mejor no abrir la ventana. —De pronto su vaguedad se desvaneció.— Refréscale, hija mía. Luego ven a mi cuarto. Esta noche no bajaré al restaurante. En vez de ello nos servirán la cena en mi pequeña biblioteca, junto al dormitorio. Charlaremos. Tres días no van a bastar para todo lo que tenemos que preguntar y contar.

Las dos mujeres se miraron, estudiándose mutuamente; luego se abrazaron. La hija notó en sus brazos el cuerpo ligero y delicado de la madre. Esta notó en los suyos la figura alta y fuerte de la hija. Ambas sintieron una recíproca e instintiva confianza.

—Dime —hablaba la hija—, ahora que estamos solas dime lo que querías decir al hablar de perdón.

Había llegado la hora de hablar profunda, sinceramente. Chou Ma les había servido platos exquisitos, enviados del restaurante, platos elegidos aquel día por la propia madame Liang. Había pensado sobre ello. ¿Debería servir una comida sibarita, como sólo muy pocos podían permitirse, o serviría los platos sencillos que debía comer el pueblo? Después de considerarlo se decidió por los platos finos, los ocultos, y ello por dos razones: la primera y más importante, para que la hija hiciera sus propios descubrimientos; la segunda, para que los descubrimientos empezaran con la comida. ¡Que fuera su hija enfrentándose, día a día, con lo que tenía que hallar! Así pues, Grace comió los deliciosos guisos, ignorante e inocente, con exclamaciones y declaraciones de no haber comido nada parecido desde la última vez que estuvo en Shanghai.

—¿Por qué se habla tanto en el extranjero del hambre que aquí se pasa? No hay ni rastro de ella. Los campesinos parecen estar bien.

—Ya no hay campesinos..., quiero decir, hombres y mujeres que trabajan sólo con sus manos. Hoy todos trabajamos con ellas. El erudito, el intelectual...

—Mamá —dijo en chino, rompiendo a reír—. ¿Me estás haciendo propaganda? ¡No, por favor! No es necesario. Estoy dispuesta a creerlo. Tan sólo pido que primero se me deje ver.

Madame Liang sonrió y, con sus palillos de marfil, dio la vuelta al pollo con setas que había en un plato.

—Descubrirás cosas buenas y malas —dijo con su serena voz—. Aquí tienes un poco de hígado. Solía gustarte el hígado de pollo.

—¡Y tú te acuerdas de todo, mamá!

Una vez retirada la cena, Grace recordó la pregunta que había hecho y que quedara sin contestación. Volvió de nuevo al inglés.

—Madre, no me has dicho a qué te referías al hablar de perdón. Nos hemos ido a los hígados de pollo.

La habitación estaba en silencio, las puertas atrancadas, las ventanas cerradas. Lejos, si se prestaba atención, se oía el murmullo de las voces del restaurante en el piso bajo, pero no hicieron caso. Había algo delicado, incluso precioso, en la atmósfera de la espaciosa habitación, a la que la madre prestaba su propia gracia. Ni sus hermanas, ni ella misma, se habían dado bien cuenta de la belleza de su madre. A los cincuenta y cinco años, madame Liang era esbelta y fuerte. Su ceñida túnica de raso verde pálido revelaba caderas estrechas, una breve cintura y pechos menudos y firmes. El cuello era liso y la tez sin arrugas. En este cuarto, creación suya, se adaptaba como una joya a su estuche. Por alguna razón, Grace no había esperado hallarla tan exquisita, todavía.

—Tendré que remontarme muchos años atrás para responder a tu pregunta.

Madame Liang hablaba de nuevo inglés, sin darse cuenta, como si su hija fuera extranjera. Su inglés era impecable, casi sin acento.

—Hazlo, por favor.

—¿Cuando tú no me has hablado aún de tus hermanas o de la tía de Hong Kong?

—Contesta primero a mi pregunta y te contestaré luego a las tuyas.

Madame Liang encendió un fragante cigarrillo. Lujos como aquél entraban de contrabando en el país, pero ella no preguntaba cómo. El ministro Chao la tenía provista.

—Perdono a mi pueblo —comenzó despacio—, primero, porque están intentando, con todas sus fuerzas, patéticamente, conseguir estabilidad; segundo, porque cuanto hacen, sienten, dicen, y realmente porque cuanto acontece, es resultado de lo que fue antes..., es decir, resultado de la historia. Nada sucede ahora que no sea resultado de la historia.

—He leído la historia de nuestro país, pero no he hallado allí la respuesta.

Madame Liang permaneció callada unos minutos, fumando pensativa y haciendo caer la ceniza con el meñique, mientras la hija admiraba el hermoso y sabio rostro. De pronto aplastó el cigarrillo en el cenicero de porcelana.

—Iré al meollo del asunto. Durante miles de años nuestra debilidad ha sido nuestro orgullo. Creíamos, y seguimos creyendo, que somos la raza superior, los mejores. Nos acostumbramos durante siglos y, con razón, a ser la primera nación del mundo, a que nuestra civilización estuviera por encima de cualquier otra. Éramos los más antiguos. Mientras otros pueblos crecían y morían, mientras florecían y desaparecían naciones, la nuestra, nuestro pueblo, continuaba sobre la tierra como centro de todo. Lo sabíamos, y el saberlo, el tener la seguridad de ello, ha sido nuestra pérdida. No podíamos creer que había llegado el momento en que debíamos cambiar porque un nuevo poder había aparecido en la humanidad. Es el poder de la ciencia, que a nosotros se nos manifestó primero en armas nuevas. Estas armas, ideadas por unos pocos, estuvieron pronto en manos de los más. Un hombre, al inventar un arma, da poder de vida o muerte a los que nada saben sino apretar el gatillo. Esta ciencia fue nuestra ruina, y toda la sabiduría de Confucio no podría salvarnos.

—¡Tú permaneces aquí sentada, sola, y piensas tales cosas!

Su hija le contemplaba sorprendida.

—Yo permanezco aquí sentada, sola y pienso tales cosas. ¿Qué otra compañía tengo ahora más que mis pensamientos? Sí, somos a un tiempo el pueblo más sabio y el más tonto...; sabio porque tenemos razón en cuanto hemos creído. También nosotros teníamos aquellos hombres inteligentes. Uno de ellos inventó la explosión de la pólvora, otro una máquina voladora, otro el arte de imprimir, otro..., pero ¿para qué repetir tales verdades? Fuimos los primeros, hasta en los inventos.

—¿Dónde estuvo nuestra falta por inventar y no continuar?

—Nuestra siguiente falta —madame Liang miraba a su hija a los ojos—, fue poner nuestra fe, ante todo, en los sabios. Ellos nos enseñaron que la base para la continuación de la existencia era crear, no matar. Obrar con los demás como queríamos que ellos lo hicieran con nosotros; cuidar de los ancianos, como queríamos que nos cuidaran cuando fuésemos viejos; reciprocidad en todas las relaciones humanas, en esto está el secreto de la vida, según nos enseñaron los sabios. Y mientras eso fue verdad, seguimos viviendo, en tanto que otros perecían en contiendas y rivalidades. Sí, teníamos razón. Y entonces nuestros hombres buenos y grandes nos fallaron.

—¿Qué quieres decir, madre?

—No se dieron cuenta de que hasta los buenos y sabios están a merced de quien tiene el arma. ¡Ay! Ahora sé que esto es verdad y por eso guardo silencio. Voy a lo mío, callada. No confío en nadie. Las enseñanzas antiguas ya no sirven, no porque sean erróneas, sino porque el mundo que nos rodea es bárbaro. ¿Debemos convertirnos en bárbaros también nosotros para

sobrevivir? —Se detuvo para suspirar y mover la cabeza con tristeza.— Esa es ahora la cuestión. ¿Deben las armas enfrentarse a las armas? ¿Debemos nosotros, que somos viejos y sabios, volvernos como los jóvenes, los pueblos inferiores?

Encendió otro cigarrillo. El gran anillo de jade de su índice de la mano izquierda relucía a la luz del fuego. Continuó:

—Pero aun así podríamos haber prevalecido (porque la verdad sigue siendo verdad) si los acontecimientos de la Historia no se hubieran confabulado contra nosotros.

—Mamá, ¿qué quieres decir? —la hija se inclinaba hacia delante, asiendo con fuerza los brazos del sillón, los ojos clavados en su madre.

Madame Liang lanzó otro par de bocanadas antes de responder.

—No puedo resumir en pocas frases lo que ha tardado siglos en pasar y, sin embargo, sí que puedo, lo mismo que la almendra en un hueso, la simiente en una fruta, expresan el esfuerzo de todo un árbol, la esencia de su vida. Piensa en eso: yo os envié a vosotras, mis tres hijas, lejos de vuestro propio país, porque preveía la concatenación de acontecimientos que traerían el desastre a nuestro pueblo. Yo deseaba que sobrevivierais.

—¿Qué acontecimientos?

Madame Liang dejó el cigarrillo en el cenicero para poder contar con los dedos, empezando por el meñique.

—Primero, nuestro país se acercaba al final natural de una dinastía. La anciana Emperatriz Viuda estaba a las puertas de la muerte y sin heredero. En momentos así nuestro país se divide en secciones, cada una de ellas capitaneada por un joven fuerte, sostenido por su propio ejército privado. Siempre ha sido así. Uno de tales hombres derrota a sus rivales; se convierte en el vencedor final y con ello en el emperador de la nueva dinastía, un sano proceso, porque es un hombre del pueblo que ha demostrado ser un líder, por naturaleza. Pero ahora, segundo punto, de pronto, nos encontramos con que no había trono sobre el que instaurar al nuevo vencedor. ¡Qué confusión a causa de ello! Y ¿por qué no había trono? —alargó el tercer dedo—. Porque un joven cristiano, Sun Yat-Sen, junto con sus seguidores, había derribado la estructura misma de nuestro Gobierno. No teníamos trono. Entonces eran los días de mi juventud, cuando tú estabas aún muy lejos, en las sombras del futuro. Pero él era nuestro dirigente. Tu padre era amigo suyo y yo una de sus millares de jóvenes seguidores. Soñábamos con un buen Gobierno mediante el cual pudiéramos servir a nuestro pueblo. Soñábamos con un nuevo país, un país lo bastante fuerte para resistir a las ávidas naciones occidentales que codiciaban nuestra tierra. ¡Oh, teníamos tales sueños! Y el país se sostenía. La tradición familiar, así como nuestro servicio civil de funcionarios, tan antiguo como el tiempo, mantenían equilibrado el pueblo mientras nosotros efectuábamos los cambios.

—Pero, mamá, ¿por qué echar por la borda todo el pasado? —preguntó su hija, casi como un reproche.

—¡Porque era el único modo de hacernos con el poder, o así lo creíamos! —interrumpió madame Liang con cierta impaciencia—. A todos nos habían educado en las escuelas occidentales de los cristianos y ya nuestros jóvenes no podían aprobar los antiguos Exámenes Imperiales, donde siempre se han elegido nuestros administradores civiles. Ahora comprendo cuan sabios eran

aquellos exámenes que descubrían, para uso de nuestro pueblo, las mentes más ágiles, más profundas. ¿Sabías que Inglaterra basó su servicio civil en el nuestro? ¿Y que los americanos copiaron el suyo de Inglaterra y, por tanto, de nosotros? ¡En realidad, todo lo bueno empezó con nosotros!

—Madre, ¿cómo puedo saberlo? No he estudiado esas materias.

—¡Ah, pero yo sí! ¡He tenido mucho tiempo para estudiar a lo largo de estos años, desde que dejé a tu padre con sus concubinas! Sí, fuimos parte de aquella revolución, pero lo que, como jóvenes, no comprendimos, es que un Gobierno sólo lo crea el pueblo. Durante siglos el pueblo crea, de sí mismo y de sus propias necesidades, la estructura gubernamental, que es la única que puede asegurar la paz y el orden. ¿Cómo podíamos entonces nosotros, los soñadores, copiar un Gobierno occidental, o incluso inventar un Gobierno, igual que una mujer corta un vestido o un hombre levanta una casa? No hubo tiempo para crecer. Dijimos que haríamos un Gobierno para el pueblo, por el pueblo (sí, el sueño lo tomamos de América), pero nuestro pueblo tenía sus propios sueños y sus propios recuerdos. No comprendieron; no aceptaron lo que habíamos descubierto, aunque luchamos diez largos años para convencerles. ¡Ay! ¡En aquellos diez años también los rusos destruyeron su Gobierno e instauraron otro! Sobre derramamiento de sangre y destrucción crearon una estructura nueva, frágil y precaria, pero una estructura. Y nosotros nos encontrábamos en el caos y nuestro líder, Sun Yat-Sen, se hallaba desesperado. Los rusos... Ah, sí, fueron astutos, porque nosotros ya sabíamos que durante siglos habían puesto sus ojos en nosotros..., pero necesitábamos creer y nosotros, los jóvenes, creímos en su juventud. ¿Acaso no nos había abandonado todo lo de antes? «Dejad que os ayudemos», dijeron, y les respondimos: «Ayudadnos.» Vinieron, con consejeros y armas..., y aquí están. Te he contado esto demasiado de prisa, pues también cayó sobre nosotros el ataque japonés y la desertión de los Nacionalistas. Pero puedes imaginar cómo todos estos acontecimientos se concatenan. De paso, debo también mencionar que aquellas dos grandes guerras mundiales habían debilitado a las potencias occidentales, acelerando la independencia de sus colonias, aquí, en nuestro Oriente, aumentando la confusión; así, soñábamos aún más que antes, y nuestros sueños tenían mayor alcance. Soñábamos con el auge de Asia, siendo nosotros los líderes del futuro, como lo habíamos sido del pasado.

Había seguido contando con un dedo tras otro, hasta llegar ahora al pulgar, y la hija se maravillaba de la ágil claridad de su mente y de su frío razonamiento.

—Y aquí estamos ahora —repitió madame Liang—, y así está comprometido nuestro pueblo. Sin esperanza de tener otros caudillos, les han persuadido éstos y a ellos se han entregado, dedicándose al esfuerzo nuevo. Son gentes buenas, pero desesperadas, pues todos los caminos, menos éste, han quedado destrozados. Sí, nosotros comenzamos la destrucción y los japoneses la concluyeron. Recuerdo el día mismo en que empezó. Sucedió en Cantón, adonde no podía llegar el brazo largo de Pekín; fue en un viejo edificio que una vez fuera escuela. Nos sentábamos en el suelo porque no había sillas, y nuestro cabecilla destejía sueños ante nosotros. Quién lo hubiera pensado..., quién lo hubiera pensado...

Olvidó dónde estaba y con quién; sus manos cayeron en el regazo. La hija no quiso interrumpir sus recuerdos. Pasaron minutos antes de que madame Liang hablara de nuevo, y al hacerlo, volvió a suspirar profundamente.

—¡Qué tarea nos queda ahora! Porque la verdadera revolución debe tener lugar en los corazones de las personas, en los pensamientos más profundos, en los hábitos de la mente, en los principios de la costumbre. En pocos años estamos intentando cambiar hábitos, principios, pensamientos..., hacer personas nuevas de las más viejas del mundo. ¿Cómo es eso que dicen los cristianos? Algo sobre el vino nuevo en odres viejos, ¿no? Así que no podemos sorprendernos de que el vino nuevo sea demasiado fuerte y destruya lo que le contiene..., el vino nuevo...

De pronto alzó la cabeza, y con una mirada confusa hizo una pregunta que no parecía tener relación con lo que estaba diciendo.

—Dime, ¿has oído decir a los americanos que no nos dejarán entrar en las Naciones Unidas?

Grace no estaba preparada para la pregunta, tan sorprendente, así que contestó como mejor pudo.

—Mamá, es porque creen que somos una nación agresora.

—¿Nosotros? —Madame Liang se escandalizó.— ¿Una nación agresora? ¡Pero si no hemos hecho ninguna guerra de agresión desde hace dos mil años!

—Es por lo de Corea, mamá. Enviamos un ejército voluntario.

—¡Pero era nuestro deber! Corea es una de nuestras naciones tributarias, como lo ha sido durante siglos. Siempre fue nuestra responsabilidad enviar un ejército voluntario si una potencia extranjera atacaba a cualquiera de nuestros tributarios.

—Mamá, no saben eso.

—¿No leen nuestra historia?

—No, mamá, creo que no.

Madame Liang se sintió demasiado atónita durante un rato, hasta para hablar. Luego movió la cabeza y murmuró algo que su hija no logró oír.

—¿Qué dices, mamá?

—Nuestros amigos. —Madame Liang hablaba con dificultad— Los americanos..., nuestros amigos...

Para sobresalto y confusión de su hija, madame Liang empezó a llorar suavemente, moviendo la cabeza y llorando.

—¡Mamá! —exclamó la hija alarmada—. Mamá, ¿por qué lloras?

Se precipitó hacia su madre, arrodillándose junto a ella, y con su pañuelo secó las pálidas mejillas de la señora. Madame Liang trató de reír y se apartó.

—Te aseguro que no sé por qué. Una tontería mía, claro. No tengo motivos para llorar..., excepto que... ¡quizá los tenga todos!

La voz descendió en la última palabra, pero la hija no hizo más preguntas.

—Estás cansada, mamá, eso es todo. El día ha sido para ti una excitación. Hacía tanto que no estábamos juntas y, además, tú has estado sola demasiado tiempo. Es culpa mía. Ojalá pudiera quedarme contigo. Les pediré...

—No, no... —interrumpió rápida madame Liang—. ¡No pidas nada! Estoy bien habituada..., de hecho, es mejor para mí que no pidas favores. Te necesitan en otro sitio. Ahora hay que pensar en el pueblo, no en una sola persona.

Parecía tan alarmada que su hija no añadió palabra aunque se preguntaba la razón del temor.

—Ya es hora de que vayamos a dormir —dijo madame Liang con voz normal—. Siempre hay un mañana.

Y así se despidieron para descansar, madame Liang a su dormitorio y su hija al de al lado.

—¿Dejaré la puerta de comunicación abierta?

—Si lo deseas —madame Liang se había tranquilizado por completo.

—Me siento extraña en la casa.

—Entonces deja la puerta abierta.

—Ya ves ahora —continuó madame Liang al día siguiente—, por qué te dije que perdono al pueblo. No son responsables.

—¿Perdonas también a sus dirigentes?

—Les perdono —asintió sencillamente con la cabeza.

Estaban sentadas desayunando en un pequeño y agradable cuarto que daba al sur, hacia el jardín. Chou Ma les llevó allí sus tazones de arroz *congee* y los aperitivos de pescado salado y huevos de pato también salados, así como una docena de platitos pequeños.

—Solías desayunar a la americana, mamá.

—Ahora no se puede. No lo comprenderían. Además, esto me gusta más.

—También a mí.

—Entonces, hemos de disfrutar de lo que tenemos, sin remordimiento —rió la madre.

—¿Te sientes culpable, mamá?

—Nunca.

La mañana era suave, el sol parpadeaba entre las hojas de los árboles de plátano, alineados en la calle. El jardín se iba deslizando a la calma del verano, empezaban a florecer los lirios cuyas pesadas cabezas se sostenían gracias a delgados soportes de bambú.

—A no ser por el hecho de que vives en una casa que me resulta extraña, madre, podría imaginar que nada ha cambiado.

—Pero ha cambiado todo. —Madame Liang cogió delicadamente un pescadito entre los palillos y lo metió en el arroz.

—Supongo que eso iré viendo.

Esperó por si su madre explicaba algo más acerca del cambio, pero madame Liang guardaba silencio, lejana en sus pensamientos. Al fin habló:

—Todo ha cambiado en América también.

—¿Por qué lo dices, madre? —Grace estaba sorprendida.

—Nos han contado sus problemas.

—¿Qué problemas?

—Los americanos están angustiados por la pobreza, las huelgas y la revolución que agita a los siervos negros. Lo siento mucho por los Brandon. Seguramente echan mucho de menos esta casa en la que tan felices fueron.

—Mamá, ¿qué dices? —exclamó Grace dejando los palillos en el plato—. Los Brandon son muy dichosos. Viven en una casa preciosa, mayor que ésta, en San Francisco. El señor Brandon es presidente de un gran Banco de la ciudad.

—¡Pero si todos los Bancos están en bancarrota!

—¡Madre! ¿Cómo puedes decir tales cosas?

—Pero, se nos ha dicho...

—¡Pues no es verdad!

—¡Entonces estoy engañada! La de veces que me habré preguntado si vosotras, mis hijas, estabais seguras en América. Pero os suponía con amigos. Y no quería que volviérais a no ser que os invitaran..., y desde luego, no por mí. Entonces, ¿América no ha cambiado?

—Sólo para mejorar. Los negros reclaman sus derechos y se les van concediendo..., con demasiada lentitud en ciertas partes, pero con seguridad. Pero tales conflictos nunca nos afectaron a mis hermanas o a mí. Hemos estado muy ocupadas con nuestras vidas y nuestro trabajo. ¡Pero si uno de los científicos más respetados del laboratorio donde trabajaba es un negro, el doctor Cadwall! ¿Por qué me miras así, madre?

—Me pregunto...

—¿Acerca de qué?

Antes de que madame Liang pudiera responder, Chou Ma abrió la puerta para dejar pasar a un chino alto, vestido de uniforme de fina lana inglesa, de color azul. Tendió ambas manos y habló, con voz rica y profunda.

—¡Qué madrugadoras, camaradas! Pero usted, camarada Liang, siempre madruga y siempre está llena de celo para el quehacer de cada día. Así que ésta es su hija, ¿la mayor? ¡Cómo la hemos esperado, doctor Liang! Usted también es «camarada», pero permítame que en nuestro primer encuentro emplee el título que tan merecidamente ha conseguido.

Hablaba en elegante pequinés y Grace, poniéndose en pie, miró el rostro ovalado y atractivo, los rasgos finamente cincelados, los ojos oscuros y vivos. Le reconoció al instante, de verle en fotografías.

—Capitán Li...

—No, no —hizo un gesto con su mano elegante—. Ahora no tenemos títulos. Hasta los oficiales del ejército son, sencillamente, «camaradas».

—¿Ha desayunado usted? —intervino madame Liang.

—Sí, sí. También yo me levanto temprano. Por favor, sigan.

—Ya hemos terminado —dijo madame Liang. Y, con un gesto tan leve que apenas se notó, ordenó a Chou Ma, que estaba en la puerta, que retirara las cosas de la mesa.

—Té fresco —murmuró, y Chou Ma asintió con la cabeza.

El capitán Li se sentó, sonriendo abiertamente a madame Liang y a su hija.

—¡Qué día tan feliz para usted y para todos nosotros! Esperábamos su regreso, camarada Liang... Tenemos el propósito de revivir los medicamentos y prácticas médicas originales de nuestro pueblo, tanto tiempo despreciado y burlado por los imperialistas. ¡No es que vayamos a rechazar la ciencia moderna! También aportamos a ella nuestra contribución. Pero ambas deben caminar unidas, cada una para corregir a la otra. Su laboratorio la espera. Tiene el personal dispuesto. Hemos elegido algunas de nuestras mentes más brillantes.

Grace observaba su rostro y gestos mientras hablaba. No había nada en ellos que suscitara alarma, ningún cambio palpable. Podía haber sido un caballero chino de su edad, a no ser por su indumentaria.

—También yo desearé aprender de mis mayores en medicina china.



Un gesto, leve e impenetrable, cruzó el rostro del hombre, casi inmediatamente borrado por su generosa sonrisa.

—También ellos esperan darle la bienvenida.

De algún modo, ella se dio cuenta de una especie de incertidumbre en él, no tanto como si desconfiara, pero algo que estaba allí. Sus ojos, tan limpios en blanco y negro, no la miraban con franqueza; la risa sonaba demasiado pronta. Claro que aquello podía no significar sino una natural timidez, restos de las creencias de su adolescencia de que un caballero no debe mirar de frente a una dama. Pero también su madre obraba como poniéndose en guardia. ¿O sería sólo el anticuado silencio de una dama en presencia de un hombre? Hasta para su madre, esto parecía imposible en los tiempos que corrían, sobre todo cuando, hasta donde la mirada alcanzaba, había apenas diferencia en el vestido y la conducta de hombres y mujeres. Ahora se daba cuenta de que ése era el cambio mayor, o al menos el más aparente, entre la China que había conocido y a la que había vuelto. Incluso en el tren, hasta en los caminos vecinales, las mujeres, sobre todo las jóvenes, parecían hombres.

—Encontrará usted —estaba diciendo él—, que ya le han preparado un plan completo. Será necesario que pase usted un tiempo previo en una residencia para los que vienen de ultramar, en especial para los que vuelven de América, donde la gente no sabe nada de lo que está pasando aquí. No cabe duda de que sus ideas son medievales y poco ilustradas por el verdadero conocimiento y la comprensión adecuada. Será necesario que vacíe usted su mente de todos los conceptos pasados, y se prepare para el presente, para lo nuevo. Pero es usted inteligente- y el proceso no será largo. Entretanto, puede empezar a trabajar escribiendo un informe completo sobre sus hallazgos científicos y las fuentes de donde los derivó. Nuestros propios expertos examinarán este informe y decidirán lo que vale la pena de conservar.

Grace se sintió un poco indignada.

—Le aseguro que mi trabajo se ha efectuado bajo los más cuidadosos científicos...

Alzó la mano para mandarla callar.

—Camarada, no es necesario que se autodefienda. Procedemos de acuerdo con nuestros métodos.

—No estoy defendiéndome —protestó y calló.

—No siga —cortó brusco. Sus ojos echaban chispas—. Ya veo que le va a costar tiempo el entender. Todo cuanto escriba será juzgado por sus propios méritos. Somos totalmente científicos.

Grace miró a su madre, pasmada. El hermoso rostro permanecía inexpresivo. Madame Liang había encendido un cigarrillo y fumaba con delicada gracia.

—Madre —insistió—. Tú entiendes que yo no me estoy defendiendo.

—Como dice el camarada Li —sonrió la dama—, no necesitas hacerlo.

Por un instante Grace se sintió entre dos extraños. ¿Se volvía su madre en contra de ella? No, no; no era una cuestión de pros o contras.

—La dejó usted ausente demasiado tiempo —le decía ahora a su madre.

—Tal vez tenga usted razón.

El militar se levantó, mirando su reloj de pulsera.

—Si quiere hacer el favor de excusarme, tengo una cita importante con... —alzó las cejas para sugerir la importancia.

—Desde luego —asintió madame Liang—. ¿Cómo no?

Era otra vez de noche; madre e hija se hallaban de nuevo a solas al concluir el día, un día increíble porque, hasta donde la hija había podido ver, la madre seguía haciendo exactamente lo mismo que desde que inauguró el restaurante de Shanghai.

—Nada ha cambiado, mamá.

Madame Liang se hallaba sentada en su asiento favorito del saloncito vecino a su dormitorio. Era un cuarto de decorado mixto: el suelo estaba cubierto al estilo occidental, pero con una alfombra de Pekín de dibujo rosa y verde pálido. Los muebles eran chinos, a excepción de dos cómodas butacas de terciopelo rosa. Las paredes, de pálido marfil, se hallaban desnudas, menos por un exquisito paisaje pintado en un rollo de pergamino, de unos dos siglos de antigüedad. Las cortinas color de rosa estaban corridas y la habitación resultaba silenciosa. Pero, si uno prestaba atención, podía escucharse una música distante que venía del restaurante. La música también era mixta; un piano acompañaba una voz de mujer que interpretaba una canción revolucionaria.

—Todo ha cambiado —replicó madame Liang encendiendo un cigarrillo, americano, aunque comprado en Shanghai.

—¡Pero si hasta fumas cigarrillos americanos! —rió Grace.

—Aún no hemos aprendido a hacerlos bien. Pero lo conseguiremos, no hay duda. Ahora háblame de tus hermanas. ¿Tú no fumas?

—No, gracias.

—¿Crees a los médicos?

—Quiero vivir mucho tiempo.

—Ay, y yo que de todos modos no puedo vivir lo bastante, ¿por qué limitarme a vivir?

Grace contempló la enigmática sonrisa del bello rostro de su madre.

—¿Qué es «lo bastante», madre?

—Para ver el fin de... ¡todo!

—¿En el mundo?

—¿Qué me importa el mundo? No, en este país nuestro.

—¿Habrá un fin?

—Eso es lo que quisiera saber. Como no puedo, háblame de tus hermanas. ¿Las viste antes de salir?

—Nos reunimos en casa de los Brandon. La señora Brandon, que sabía cuan difícil era que nos reuniéramos, lo dispuso todo, madre. ¿Sabes que nunca te ha olvidado? Cree que es mejor no escribirte...

—Y tiene razón. Mejor para ella y mejor para mí.

—¿De verdad piensas eso, mamá? Pero ¿por qué no...?

—Vamos, vamos, ¿y tú y tus hermanas?

—Sí, madre. Nos reunimos en casa de los Brandon. Es una casa grande, y como los hijos están todos en el colegio o fuera de casa, el señor Brandon en el Banco y la señora aquí y allá, como andan siempre las americanas, pasamos juntas tres días largos y pacíficos. Mamá, mi segunda hermana quiere volver a China. Joy desea verte, pero..., bueno ¿te acuerdas que siempre fue la de corazón más tierno? De todas, es la que más te ha echado de menos. Mercy

quiere regresar porque piensa que todos los chinos leales pertenecen a su país. Pero siendo cantante... ¿Qué podría hacer? A menos que abriera una escuela de música.

Madame Liang aplastó el cigarrillo en un pequeño cenicero de jade y encendió otro.

—Que se queden donde están, a menos que las llamen, como a ti.

—A mí me invitaron, y vine por ti, ¡y porque quiero servir a mi pueblo!

—Invitaciones o llamadas, todo es lo mismo. Sigue contándome acerca de tus hermanas.

—No las conocerías, madre. Las dos son tan preciosas..., muy distintas, claro. Mercy es alta, como yo, pero Joy es menuda. Pensarías que es aún una niña. ¡Pero pinta unos cuadros! Nunca entiendo muy bien lo que representan, pero, sin saber por qué, uno se los queda mirando. Ella estaba haciendo las ilustraciones para el libro que yo quería escribir..., unos grabados tan perfectos, con cada uno de los detalles correcto. Es una criaturita meticulosa, de una paciencia infinita, muy delicada.

Sonrió al pensar en su hermanita, tan tierna.

—Mejor que se quede donde está —repitió madame Liang.

—No sé si querrá quedarse sola en América si Mercy se viene.

—Y ¿por qué, haz el favor de decirme —la voz de madame Liang era ahora un murmullo ansioso—, por qué volviste cuando te rogué que te quedaras?

Grace se quedó mirando la faz, repentinamente tensa, de su madre.

—¿Que me rogaste que me quedara?

—Te escribí una carta secreta, para que te la enviaran de Hong Kong, oculta en una túnica de seda. Te decía «escóndete..., haz cualquier cosa, pero quédate donde estás».

—¡Pero si yo no recibí esa carta, madre!

—¿Ni la túnica de seda?

—¡No, nada! Sólo la... invitación. —Los ojos de su madre estaban aterrorizados.— Quizá tardaron demasiado en mandarlo, mamá. Lo devolverán a su origen.

—No lo enviaron demasiado tarde. Si recibiste mi última carta...

—Una semana antes de partir, y allí no decías nada de que no volviera...

—¡Porque confiaba en que hubieras leído la carta secreta! Creí que comprenderías...

—¿El qué, madre?

—Nada... y todo —replicó madame Liang, y la expresión de miedo se extendió por su cara como la sombra de un nubarrón.

Durante la noche Grace oyó unos pasos cautelosos en su habitación. ¿Sería su imaginación? Su oído, muy sensibilizado al cabo de muchos meses de vivir en la selva, captó el sonido de unos pies que se deslizaban furtivamente, de un movimiento no mayor que el de una hoja en un bosque otoñal. Alcanzó la linterna que estaba sobre la mesilla. «Ten siempre una linterna a mano», le había dicho su madre al separarse para ir a dormir.

—¿Quién está ahí?

Escuchó un carraspeo y luego la voz de Chou Ma.

—He venido a ver si el mosquitero estaba ajustado.

La luz de la linterna iluminó el rostro redondo, sonriente, pero confuso. Grace sintió estremecerse de alarma. «No confíes en nadie», le había dicho su madre.

—Está ajustado. No he olvidado los mosquitos de mi niñez.

Pero Chou Ma no tenía prisa por irse. Se acercó a la cama y encendió la vela de la mesita de ébano.

—Hermana Mayor —susurró—. ¿Se lo ha contado su honorable madre?

—¿Contarme qué? —Grace también hablaba en susurros, inconscientemente.

—Mis problemas.

Grace se incorporó y se alisó el corto cabello.

—Teníamos mucho de que hablar.

—Yo le contaré. —Chou Ma se sentó en el suelo alfombrado, con las piernas cruzadas como un buda y, como introducción, se enjugó los ojos con el borde de las mangas, antes de continuar.— Sin duda su honorable madre no quería molestarle con tristezas, nada más llegar. Y yo no debo impedirle dormir.

—Estoy despierta. Si no me lo cuentas, no podré pegar ojo de curiosidad.

Chou Ma se meció atrás y adelante unos instantes, en silencio. Tenía el rostro oscurecido de pesadumbre. Cerró los ojos, recordando.

—Yo tenía un hijo. Vivía en el pueblo de nuestros antepasados. Es un pueblecito pequeño, pero teníamos media hectárea de buena tierra y podíamos comer. De no haber sido por mis deberes hacia mi ama, su madre, yo hubiera vivido allí con mi hijo, su esposa y mis dos nietos. Sin embargo, ¡de qué tristezas me libré! Porque cuando Ellos convencieron a mi hijo de que fuera a la comuna..., ¿por qué digo convencieron? ¿Cuándo convencen Ellos a nadie? Bajaron a nuestro pueblo como la langosta sobre los campos, en un año malo. No se fueron. Discutieron con la esposa de mi hijo, una buena mujer, pero sin palabras para contestarles. Al hablarle de las nuevas doctrinas ella no entendió más que, que cada día, en la comuna, se repartía comida gratis, comida que ni siquiera tenía que molestarse en cocinar. Lo mismo las tierras. Ellos las cultivarían.

—¿Seguiré uncida al arado? —les preguntó ella a su manera infantil y tonta.

—Nunca —le prometieron.

Así que, como hacen las esposas, convenció a mi hijo. Le habló de las promesas de Ellos, suspiró y gimió hasta que al fin él se rindió y dio su persona, su esposa, sus hijos, su tierra y su buey a la comuna... ¿Sabe, señora, lo que es una comuna? Es algo nuevo.

—He oído hablar de ello.

—No puede saber todo lo que es —Chou Ma empezó a gemir por lo bajo—. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿Cómo voy a contárselo? —Se enjugó de nuevo los ojos.— Lo que la tonta de mi nuera no sabía es que en la comuna maridos y mujeres están separados. Pueden reunirse cada quince días. Después, en un cuartito de sólo una cama... —Chou Ma tosió con decencia, tapándose la mano con la boca y se detuvo.

—Comprendo. Sigue, buena madre.

—Una cama estrecha —repitió con más atención, fijos los ojos en el joven rostro que la miraba desde la almohada de seda—. Y ni siquiera una puerta en el cuartito, sino sólo una cortina de algodón azul, moviéndose al viento. Y allí,

fuera, una camarada sentada en un taburete, ante una mesa cuadrada, armada de lápiz y papel y apuntando qué pareja estaba en qué cuarto, y gritando que cada pareja podía estar junta durante media hora y luego salir para dejar sitio a la siguiente. Pero aún falta lo peor.

La voz de Chou Ma volvió a decaer.

—Cuenta —animó Grace.

¿No era ésta la voz del pueblo, del pueblo que forma las tres cuartas partes de la nación, del pueblo al que Ellos habían venido a salvar de la tiranía?

Chou Ma echó una mirada a la puerta cerrada, se inclinó hacia delante y dijo, aún más bajo:

—En la pared de madera de cada cuarto cuelga un gran cuadro del presidente Mao, de más de medio metro de lado, y tan real que sus grandes ojos parecen moverse y ver todo lo que hacen los esposos. Sí, mi hijo me lo contó. «Mamá —me dijo—, ¿cómo podía siquiera tocar la mano de mi mujer mientras él me miraba con aquellos ojos?»

Grace no pudo reír, pero sentía el impulso de hacerlo.

—Claro que no podría.

—Y así su deseo se le amargó dentro. —La voz de Chou Ma era un murmullo ronco.— Sentía que se iba volviendo irascible e inquieto, y aunque se reunía con su mujer cada quince días, durante media hora, nunca podía poseerla, hasta que el último día le dijo, pero bajo, para que la camarada de fuera no pudiera oír: «Volvamos a nuestro pueblo, vamos a nuestra casa.» Pero ella le contestó: «A mí me gusta trabajar con las mujeres, pues mientras cavamos y plantamos, charlamos y no me siento sola. Además nuestros hijos están aprendiendo a leer.» Pero mi hijo se había vuelto tan irritable que por fin ella le dijo que sería mejor si pedía que la trasladaran a otra comuna y él se buscaba otra mujer. Mi hijo la hubiese pegado al oír aquello, pero no se atrevió, por aquellos ojos que les seguían desde la pared y la camarada al otro lado de la cortina. En lugar de ello, pensó con rapidez lo que harían. «Yo conseguiré un botecito; cruzaremos el río a un país desconocido. Mañana, a medianoche, reuníos conmigo junto al gran sauce que hay al borde del río. Tráete a nuestros hijos. Iremos juntos, y al otro lado del río encontraré trabajo.»

—Un plan inteligente —dijo Grace al darse cuenta de que Chou Ma esperaba un comentario.

—Un plan inteligente —asintió la mujer—, pero escuche lo que sucedió. Los dos chicos, mis nietos, habían llegado a creer todo cuanto les enseñaban en la escuela. Cuando su madre les llevó en la oscuridad hasta el sauce, tras haberles explicado lo que planeaba el padre, el mayor de los dos, que apenas tenía siete años, gritó fuerte al ver a su padre: «¡Aquí está el traidor!» Al oír esto, aparecieron muchas camaradas de entre los bambúes, se apoderaron de mi pobre hijo, mi único hijo, le ataron con cuerdas y se lo llevaron, no sé adonde. No he tenido cartas, pero él no sabe escribir, ni yo leer, ¡ay!

—¿Qué fue del niño, de tu nieto? —preguntó Grace con el corazón atormentado por la compasión.

—Oh, a él le convirtieron en un gran héroe. ¡El que había traicionado a su propio padre!

—¿Y la esposa?

—Sigue en la comuna, pero sufriendo. Un alma cándida..., tonta..., ¡y quién sabe si ahora es viuda!

Chou Ma suspiró y lloró en silencio durante un rato. Luego se puso en pie, palpó el mosquitero y se excusó.

—La he tenido sin dormir.

—Me alegro de que me hayas contado esta historia, a pesar de que sea triste. La recordaré cuando otros canten demasiadas alabanzas.

No hubo respuesta por parte de Chou Ma, que se deslizó, en silencio, como había entrado.

—Madre —comentó Grace durante el desayuno, a la mañana siguiente—. Chou Ma me contó anoche su historia. ¿Será verdad?

Madame Liang miró hacia la puerta, a su espalda. Estaba cerrada, así que habló.

—Tal y como la cuenta, es cierta para ella. Otro la hubiese contado de otra manera. A cada uno se nos dio dos ojos: uno para ver a la derecha, el otro a la izquierda.

—Con ambos vemos las cosas como son.

—Exactamente. Por eso tienes que oír la otra versión de la historia. El hijo de Chou Ma no quería incorporarse a la nueva comuna. Deseaba seguir siendo un individuo. Pero ahora no es importante el serlo. Hasta puede resultar imposible, o estar mal.

—Esa forma de hablar no parece tuya —dijo Grace.

Seguían empleando el inglés, de acuerdo ambas aunque sin decirlo, Madame Liang, por lo menos hasta que se encontrara a alguien que supiera el inglés y que le sería recomendado como camarero para el restaurante, o pinche de cocinas, y a quien no tendría más remedio que aceptar.

—Desde que decidí permanecer en mi propio país, he tratado de ser una ciudadana aceptable.

—¿Lamentas tu decisión, madre?

—Una vez que la tomo, jamás pierdo el tiempo en lamentarme. —Madame Liang apretó los labios, aún frescos y de forma delicada.— No, no lo lamento. Amo a mi país, sea como sea. Tengo un deber para con él, sea como sea. Además, soy lo bastante vieja para saber que todo pasa. Es cuestión de sobrevivir a lo que no nos gusta..., es decir, si no podemos cambiarlo.

—¿Hay algo que no te guste, madre?

Sus ojos se cruzaron sobre la mesa, cubierta de platitos de laca, palillos de marfil, una rosa amarilla en un jarro de ónice negro. Madame Liang no respondió en seguida. Luego se encogió de hombros.

—Lo que me gusta o deja de gustar no importa. Estoy donde deseo estar. Si hay algo que sufrir, lo sufro. Puedo hacerlo porque estoy donde pertenezco. No deseo escapar a nada que mi país no pueda escapar. Hace mucho, cuando era una joven revolucionaria, aprendí a amar verdaderamente a la patria.

—Una patriota... —Grace alzó las cejas.— ¡Qué culpable me haces sentir!

—No tienes por qué. Os envié a las tres al extranjero con un propósito. Vi que nuestras puertas se cerraban hacia el mundo exterior. Vi la antigua altanería de mi pueblo que revivía y os mandé, sabiendo que, cuando

volvierais, traeríais con vosotras la vida del mundo. Vosotras traeréis frescor, puntos de vista distintos, un nuevo espíritu a esta estancada atmósfera.

—¿Quieres decir —Grace se inclinó hacia su madre— que lo que ahora sucede aquí no es nuevo?

La voz de madame Liang era baja, sus palabras un murmullo en los labios.

—¡Nada nuevo..., nada nuevo! ¿Cómo puede surgir nada nuevo de un alma antigua?

—¿Qué significa eso?

—Significa que hemos regresado a nuestro viejo orgullo y aislamiento. Los chinos seguimos siendo el pueblo más altivo de la tierra.

—Tenemos mucho de que vanagloriarnos...

—Concedido, pero todo en el pasado. Durante siglos nuestro orgullo cerró las puertas contra lo que hacían otros pueblos. Es cierto que durante cientos de años fuimos superiores, pero nos negamos a ver que otros cambiaban, crecían y al final nos superaban. Por eso me uní a la revolución..., para que nuestro pueblo viera.

—¿Y lo hizo?

La pequeña y torcida sonrisa de madame Liang carecía de toda alegría.

—Fuimos nosotros los equivocados. Lo condujimos por la destrucción, sin construir sobre lo que ya teníamos. No comprendíamos la Historia, ni siquiera la nuestra. Creíamos que todo lo que teníamos era nefasto. Un viejo y desgastado Gobierno, eso creíamos tener. Y lo destruimos; deshicimos los logros de miles de años. Pensamos que todo lo de occidente era bueno, y todo lo nuestro inútil. No comprendimos que hay veces, en la historia de todo país, cuando el Gobierno es malo y débil porque así lo son sus dirigentes, como sucede siempre que una dinastía dura demasiado. No entendimos que habíamos nacido en uno de esos períodos de nuestra historia de nuestro país, cuando ya se acercaba el fin de la dinastía Tsing. Debimos apoderarnos del Gobierno, sin destruir su misma estructura, como lo hicimos, sino sólo cambiar a los gobernantes. Debíamos haber tomado el trono para mantenerlo y vivificarlo, no para acabar con él. Por eso, durante diez años miserables, el pueblo estuvo en el caos, sin líderes. ¿Qué sabíamos nosotros, nosotros que no éramos más que niños en sabiduría y prudencia, qué sabíamos de cómo crear un nuevo tipo de Gobierno? No, nosotros queríamos librarnos de todo cuanto odiábamos, nuestros parientes mayores y su dominio sobre nosotros, nuestros viejos magistrados y virreyes, nuestra anciana emperatriz y sus corrompidos eunucos. Dijimos —y lo creímos— que cuanto hacíamos era por el pueblo, pero era por nosotros. Dimos salida a nuestros odios particulares, pensando que eran los de todo el pueblo. Nuestro pueblo...

Su voz se quebró y tuvo que enjugarse los ojos con el pañuelo de seda atado al botón de su túnica de raso.

—Mi pueblo..., ¿cómo va a perdonarme jamás? Cuando me di cuenta de cómo me había equivocado, cuando vi a Estos, los que irrumpieron en la desolación creada por los revolucionarios (creada por mí, porque yo había sido uno de ellos), supe que nunca podría abandonar el país. Lo que sufra mi pueblo, yo lo sufriré. Si sigo viviendo mientras otros mueren, es sólo porque aún me queda esperanza y quiero que el pueblo la comparta.

Guardó silencio. Su rostro encantador parecía haber envejecido.

—Entonces, ¿no nos mandaste fuera para escapar?

—No, os envié para que aprendierais y os hicierais fuertes. En cuanto a Chou Ma y su historia..., sí, es cierta. Es cierta tal y como ella la ve, pero también como la ven otros. Cuanto más sufra nuestro pueblo, antes sabrá lo que no desea.

—¿Sabe lo que desea, madre?

—Aprenderán a saber lo que quieren sabiendo primero lo que no quieren. Nosotros lo intentamos a nuestro modo y fue un fracaso. Ahora Estos lo están intentando de otro modo. Pero ¿es la Senda Eterna de que hablaba Lao Tzu? Es un modo, una senda, pero ¿es la Senda Eterna? Eso es lo que nuestro pueblo debe descubrir por sí mismo.

—¿Y tú no vas a ayudarles?

—¿Cómo puedo ayudar si yo me confundí en mi senda? Sólo puedo sufrir con ellos.

—¿Es esto sufrir? —preguntó Grace mirando la habitación amueblada con riqueza.

—Puede ser el más agudo sufrimiento que yo conozco. Los que nunca han visto o tenido belleza, no sufren al carecer de ella. Pero yo amo la belleza; es el único amor privado que me queda. Si, poseyéndola, la pierdo, como puede sucederme cualquier día, ése será el peor sufrimiento que puedan infligirme.

Grace no dijo nada. Bien sabía ella que cada uno de los detalles de la vida de su madre se hacía dentro de la belleza. No podía imaginarse a su madre viviendo entre la pobreza y la fealdad. Arrojada en circunstancias tales, moriría. Conociéndose a sí misma, su madre había sido lo bastante inteligente para hacer eso posible alimentando los gustos refinados de sus clientes poderosos. Les tenía asidos, si no por sus corazones, por sus estómagos, y era lo bastante cínica, a su manera elegante, para creer que el suyo era el sistema más seguro. Un hombre pierde con facilidad el gusto por una mujer, pero nunca por su plato favorito.

Chou Ma apareció en la puerta.

—*T'ai-t'ai*, el ministro Chao está aquí.

Anunció en voz alta, para dar a entender que él estaba, de hecho, detrás de ella, en el vestíbulo.

—Pásale a la salita —dijo madame Liang poniéndose en pie. Luego se volvió a su hija—: ¿Quieres excusarnos?

—Claro, madre —repuso Grace y salió por una puerta lateral, que se abría hacia un porche que daba al jardín.

El ministro se puso en pie al entrar madame Liang. Ella le saludó con una ligera inclinación de cabeza y, sentada, esperó a que él iniciara la conversación. Había aprendido hacía tiempo, a no ser la primera en hablar a un funcionario público. Casi había aprendido a pensar en él exclusivamente en su cargo público. Pero en este instante, un recuerdo pasó, como un relámpago, por su imaginación: el recuerdo de un soleado día en Pekín, cuando ella iba a su clase en la Universidad y le vio por vez primera, reconociendo en él la fortaleza y salud de la juventud, y pensó que era el hombre más guapo que jamás viera. La juventud ya había pasado, pero seguía siendo guapo, seguía siendo aquel hombre.

—Perdóneme por venir demasiado temprano —se excusó el ministro.



—No está usted bien —dijo ella con dulzura.

—¿Tan mal disimulo? —sonrió—. Pero es cierto, no estoy bien.

—¿Cuál es su enfermedad?

—Nada... y todo. Llevo encima la carga de Sísifo.

—¿Sísifo?

—¿No sabe quién es? —Se echó a reír.— No importa. No fue más que un hombre con un peso excesivo.

—Es cierto que tiene usted grandes cargas.

Frunció él las espesas y negras cejas y de pronto comenzó a hablar rápidamente en francés.

—No se le habrá olvidado el francés, ¿verdad, madame? Lo estudiamos juntos, ¿recuerda? Con monsieur Paul Joriot, en París.

—No olvido nada —repuso en el mismo idioma.

—Las ventanas de nuestra clase daban sobre grandes céspedes y a un viejo y enorme sauce. También había un estanque, ¿no?

—Los pececitos dorados estaban gordos —siguió ella—. Había uno que se parecía a nuestro profesor, con una especie de bigotitos que brotaban de su boca.

—¡Ah, se acuerda! Entonces sigo. Es para decirle que debe advertir a su hija.

—¿De qué?

—¿Para qué me pregunta? Lo sabe muy bien.

—¿Prefiere no mencionar el asunto con palabras?

—Naturalmente. ¿Cómo sé si alguna pared, puerta o hasta cerradura, entiende francés?

—¿Y es usted lo bastante osado como para protegerla? Dígame entonces lo que debo decirle.

Vaciló el hombre, echó otro vistazo por el cuarto y muy bajo, continuó hablando en un francés todavía más rápido.

—Adviértale, al menos, que escuche..., durante mucho tiempo sólo debe escuchar. Ha pasado muchos años en América donde ha aprendido a decir lo que piensa. No digo que no pueda hacer otro tanto aquí, pero que escuche primero a los que la rodean. Hay ciertas... ¿contraseñas, diremos? Si las usa, estará segura. Si no las usa, se la juzgará. Es demasiado valiosa para que la perdamos por... un error. Ayúdela para que no lo cometa.

Hablaba tan de prisa y con tal determinación que ella le escuchaba atenta, temerosa de perder una palabra.

—Comprendo.

Se miraron, cada uno con sus recuerdos. Un día, hacía años, cuando se hicieron amigos, él le pidió que se casara con él; era una petición osada, como ambos sabían, ya que él estaba prometido, desde la infancia, a la hija de una familia amiga. Pero ella se hubiese casado con él en aquellos días, ya como un sueño, de París, a no ser porque Cheng había aparecido unos meses antes. Sí, ella se acordaba muy bien de cómo él la pidió en matrimonio. Ella se había sentido atraída, aunque sabía que llegaba demasiado tarde. Aquel día, él llevaba en la mano un periódico anarquista. Ella le había rechazado, y él dejó París bruscamente, para estudiar en Japón, de donde volvió cuando ella ya estaba de regreso en Pekín, enseñando en la Universidad. Cuando volvieron a encontrarse, ella le hizo multitud de preguntas sobre aquellos pueblos de los

mares orientales, que estaban ya convirtiéndose en una amenaza. ¿Acaso no habían recibido, después de la guerra mundial, las posesiones alemanas en China? Habían puesto sus plantas en suelo chino, y de ahí surgió el primer resentimiento contra los americanos, que no protestaron, en la conferencia de paz, porque se diera tierra china a los imperialistas japoneses.

Sí, ella le rechazó y, sin embargo, le gustó el que él no le tocara la mano siquiera, aun cuando le pedía que se casara con él; ni el hombro, cuando estaban de pie juntos, bajo un castaño, aquel día, en una calle de París; y, sin embargo, podría haberla rodeado fácilmente con su brazo o haberla atraído hacia él. Durante un segundo, ella casi había lamentado tener que rechazarle a causa de Cheng. «Eres mi mejor amigo —le había dicho—, pero...» Se había detenido y, mirándole, había negado con la cabeza. Durante un largo instante se habían contemplado el uno al otro; luego él había inclinado la cabeza y se había ido.

Cuando volvió a China, dos años más tarde que ella, ya estaba casada con Cheng, y aunque en años siguientes se encontraron a menudo, jamás, hasta este momento, había él mencionado para nada aquel día en París. Por un breve instante, el recuerdo del pasado pareció como un puente entre ellos, un puente de hilos de araña y, sin embargo, indestructible. Ella, una mujer, nunca olvidó que aquel hombre la había amado. Tampoco podía negar que aún le encontraba atractivo por su energía, su aguda mente analizadora, su donaire. Pero ¡cuan implacable, cuan peligroso era cuando descubría un traidor! Aquella historia de un tal Kao, que decidió desertar de Ellos y denunciarlos secretamente a la policía de Hankow. Mientras él huía, este hombre sentado ahora frente a ella, por quien aún podía sentir ternura en el corazón, había capitaneado un grupo de sus correligionarios, habían ido a casa del traidor y asesinado a cuantos encontraron allí, estrangulando incluso a servidores y criaturas. ¿Debería ella, como advertencia, traer del pasado esta historia y contársela a su hija?

—Usted y yo nos comprendemos... —dijo él levantándose— creo que siempre ha sido así. Me preocupo porque es hija suya y no quiero que usted sufra o viva llena de ansiedad. Prepárela, camarada.

Aquí se detuvo y su mirada oscura penetró en los ojos de ella.

—¿Sigo siendo su mejor amigo?

¡Así que tampoco él había olvidado! ¿Y qué podía responderle? Hoy no se atrevía ya a tener semejante amigo, pero tampoco debía ser su enemiga.

—¿Por qué no iba a serlo?

Y así se separaron.

Por eso, aquella noche, la última que pasaban juntas antes de que su hija se fuera a Pekín, madame Liang la preparó, como le habían dicho que lo hiciera. Había elegido para la prueba la salita privada, cerradas las puertas y con Chou Ma haciendo guardia fuera. En la distancia se oía el ruido del restaurante...: música, voces, golpeteo de platos. Era la hora en que los comedores estaban llenos de invitados. Llevó a su hija a la puerta, y le dejó ver el lugar abarrotado.

—Es exactamente igual a como solía ser —susurró Grace, sorprendida.

—Es completamente distinto.

Ahora, encerradas en el cuarto de arriba, donde les habían servido la cena que ya habían concluido, y recogida ya la mesa, ahora, tras las cerradas puertas, empezó a preparar a su hija.

—Debes estar dispuesta a aceptar los cambios —empezó—, y podrás hacerlo si recuerdas que el cambio no existe.

—Mamá—rió Grace—, ¡no seas enigmática!

—Quiero decir exactamente lo que digo —repuso madame Liang.

Estaba echada en un diván, con una especie de bata de raso color rosa pálido, y calzada con zapatos de raso de tacón alto, del mismo color. Nadie había visto sus pies menos Chou Ma. Cuando tenía cinco años, su madre le había vendado los pies. Durante la ausencia de su padre, en la Corte imperial, la madre vendó con vendas de fuerte algodón blanco los tiernos piecitos, apretando un poco cada día hasta que la criatura lloraba constantemente de dolor. Transcurrieron meses; dejó de corretear; adelgazó y estaba pálida como la cera. Hasta que un día regresó el padre.

—¿Dónde está? —gritaba—, ¿dónde está mi chiquitina?

La buscó hasta hallarla sentada en la cama, frotándose los pies vendados, intentando aliviar el dolor. ¡Cómo se enfureció! ¡Qué gritos, vociferaciones, imprecaciones y furia! El mismo le arrancó las vendas, lloró cuando vio los piecitos mutilados. La tomó en sus brazos e irrumpió en las habitaciones de su madre.

—¿No te dije que le dejaras los pies como eran?

La madre, aterrada, había suplicado e instado.

—Pero piensa, padre de mis hijos, ¿quién va a casarse con una doncella con los pies grandes? ¿Quién va a quererla, como no sea algún campesino? Yo lo hago por el bien de la niña, para su futura felicidad.

—¡No puedes, no eres capaz de ver lo que tienes ante los ojos! —replicó el padre, rechazando por completo la idea—. ¡Te digo que nuestro país está cambiando! Hasta yo he cambiado. ¡Ojalá tus pies no fueran muñones torturados! ¡Mírate y entérate de lo que no quiero que le pase a mi hija!

Palabras crueles, pues su madre se había sentido orgullosa de sus minúsculos pies, que no medían más de ocho centímetros desde los dedos doblados hasta el talón. Sacando un pañuelito, se había secado las lágrimas. Pero para ella, para la niña, las palabras del padre sólo fueron de alegría, pues era libre. Ciertamente pasaron meses antes de que pudiera correr y nunca volvieron sus pies a ser bonitos. Pero eran útiles. Muy útiles, sobre todo durante la revolución, cuando ella y Cheng, dos entre muchos, se vieron obligados a huir de una ciudad a otra. Para consolarse, ahora, de sus torcidos pies, siempre calzaba de forma exquisita.

—Tengo que hablarte de muchas cosas —prosiguió madame Liang.

—¿De qué, querida madre?

—Para prepararte para este cambio que no es cambio.

—Dime, madre.

—Es cambio porque ha habido muchas transformaciones. Te sorprenderás de algunas. Otras te rebelarán, te irritarán. Tendrás miedo, a no ser que recuerdes con constancia y firmeza que no hay cambio.

—Enséñame, madre.

Escuchó mientras su madre se explayaba.

—Este es el cambio, hija mía. Los que estaban abajo están ahora arriba. Somos una nación de campesinos. De cada cien personas de nuestra tierra, ochenta y cinco son campesinos. Ciertamente es que el quince por ciento es el que saca adelante los asuntos de la nación, y que allí está el dos por ciento de la clase dirigente, pero esta clase ya no manda. El Presidente ha dado suelta al dragón de la juventud campesina. Los que les controlaban ya no son... terratenientes, clase media, intelectuales. Las familias de las que nacimos personas como tú y como yo han desaparecido. ¡Ah, qué dragón ha liberado el Presidente! ¡Qué astucia, qué conocimiento y comprensión de su propio pueblo! Nunca podría haberse elevado al poder por sí solo. Pero es hijo de la clase media campesina; de esos que los intelectuales llaman campesinos y los analfabetos terratenientes; es un hombre en medio, que no pertenece a ningún bando y pertenece a ambos. Con astucia ha utilizado a los campesinos para que le ensalcen. Pero él cabalga sobre el dragón, hija mía..., ¡recuérdalo! ¡Cabalga sobre el dragón y, un día, el dragón derribará a su jinete!

—¿Qué ocurrirá entonces?

—¿Quién sabe qué puede hacer un dragón cuando no hay nadie que lo domine?

Madre e hija estuvieron enfrascadas en su charla hasta bien entrada la noche, una haciendo preguntas, la otra contestando. Madame Liang desplegó para su hija los pergaminos de la Historia.

—¿Recuerdas los arroyos que descienden de los montes de Lu? —preguntó mientras tomaba un cigarrillo de la caja de plata que tenía al lado.

—Mamá —interrumpió su hija mientras le acercaba el encendedor—, dime cómo te las arreglas para fumar cigarrillos americanos.

—Me gustan más.

—Pero ¿no están prohibidos?

—Siempre hay un modo de conseguir lo que se quiere —repuso la dama, y siguió con sus pensamientos—. Aquellos arroyos, hija mía, fluyen juntos hasta el pie de la sierra y, apresurándose por las llanuras, se unen al río Yangtsé. En el punto de confluencia crean un remolino que me aterra cada vez que lo veo. Hasta un barco grande se agita en aquellas aguas. Pero, si va bien pilotado, el barco sale del remolino y continúa su ruta. Así ocurre con nuestro país en estos momentos. —Se detuvo, para continuar pasados unos instantes.— Remolino..., remolino y convulsión... y, sin embargo, sobrevivo, porque sé que no hay cambios bajo la agitación. Por debajo de todo, nuestro pueblo sigue siendo lo que fue siempre, los descendientes de Han, la raza superior. Sí, aunque está prohibido nombrar siquiera al gran Confucio, leo sus palabras en secreto. Alimento mi espíritu en la antigua sabiduría.

Su hija, que había estado escuchando en silencio y con atención preguntó:

—Madre, ¿cómo puedes vivir en silencio, cómo puedes obrar como si lo aprobaras?

Como respuesta, madame Liang se levantó, abrió un cofre cerrado y sacó de sus profundidades un libro envuelto en una cubierta de seda roja, de donde leyó:

«—El ser superior actúa de acuerdo con el carácter que ha perfeccionado en sí. Su modo de vida es tal, que puede ser sometido a escrutinio en cualquier instante. Ser disimulado significa que permanece recóndito y que no

se le reconoce; que si tuviera que obrar, no conseguiría nada. En este caso, el ser superior no actúa.»

Volviendo las páginas siguió:

«—El ser superior es inagotable en su deseo de enseñar, y su tolerancia y protección hacia el pueblo no tienen límites.»

Cerró el libro, lo envolvió en la seda roja y lo guardó de nuevo con llave en el cofre.

—Permanecerá aquí hasta que encuentre un sitio para vivir que le guste más. Por otro lado, si este cuarto le agrada, puede quedarse cuanto guste —dijo el nuevo guía.

Grace echó un vistazo al cuarto. Era grande y alfombrado en un tono azul apagado. El mobiliario se componía de una cama doble, un escritorio chino con su silla y dos mecedoras tapizadas de raso azul oscuro.

—Parece muy cómodo. Tal vez, más adelante, me gustaría una casita propia, en uno de los *hutungs* de Pekín..., esas callejuelas tan deliciosas...

El guía sonrió ampliamente, mostrando, entre los demás, tres dientes de oro. Con un gesto florido abrió una puerta.

—Aquí está su baño. En invierno hay calefacción de vapor. Pero ahora estamos a fines de verano, y no es necesaria.

—¡Qué agradable! —sonrió ella también.

—Deseamos que se encuentre cómoda.

El guía era joven y con aire confiado. Sin embargo, también en él se notaba una especie de ansiedad, como si dudara de sí mismo.

Grace se acercó a la amplia ventana y descorrió la cortina. Estaba oscureciendo y empezaban a encenderse luces. Mientras miraba, las vio aparecer, titilar aquí, allá, en todas partes. Los edificios principales quedaron delineados con luces, hasta que la ciudad se extendió a su vista como un brillante mapa.

—¿Qué es ese edificio alto?

El guía, junto a ella, respondió.

—¿Se refiere usted a la Torre Ch'en Men o al Gran Salón del Pueblo?

—Reconozco la torre de la entrada, pero la última vez que estuve aquí no existía el Gran Salón.

—Ah, pues ya verá usted cuánto nuevo hay por aquí.

—Espero que también quede mucho de lo antiguo.

Se volvió y corrió la cortina.

—Lo que es bueno ahí permanece. Ahora le dejo. Tiene usted que presentarse en el Instituto Médico a las diez de la mañana. Tengo la dirección... —se palpó los bolsillos de su uniforme de algodón—. Ah, aquí está. Tengo demasiados bolsillos.

Le entregó una hojita de papel con una dirección escrita.

Grace había preferido venir por tren para ver mejor la gente y el paisaje, según explicó a su escolta, este joven de uniforme azul y redonda cabeza pelada y con el que hablaba en chino, pues él no conocía otro idioma.

—He estado fuera muchos años y ahora vuelvo a casa. Pero ha habido muchos cambios.

—Muchos. Todo se está haciendo de nuevo. Hemos echado a los imperialistas. ¿En qué país estaba?

—En América.

—Ah, mal país, mala gente.

—A mí no me lo pareció —replicó con firmeza—. La gente siempre fue amable conmigo.

—Bah, eso es porque le habían lavado el cerebro —contradijo el guía con aire de superioridad—. Aquí aprenderá la verdad.

Desde luego, sí le había resultado extraño a Grace no ver americanos en el tren. Había algunos occidentales: un periodista francés, joven, de rostro estrecho y demasiado ávido, que no hablaba nada de chino, pero que se hacía entender con sus manos delgadas y expresivas; un rubio y pesado hombre de negocios sueco que hablaba en mandarín poco culto. Pero aparte de un vistazo, no le había interesado. En cambio se había dedicado más a estudiar a los pasajeros chinos. También éstos eran escasos: media docena de hombres de negocios vestidos al estilo chino, algunos jóvenes con trajes occidentales, que hablaban francés y ruso; un grupo de jovencitas, seguramente camino de la Universidad de Pekín. Entre ellos se sintió extraña, poco propicia a la conversación. De vez en cuando la miraban porque iba vestida con su traje de chaqueta occidental. Ya había pensado que tenía que comprarse algo distinto. Pero ¿qué usaban las mujeres ahora, aparte del triste uniforme? Estaba esperando, a propósito, hasta averiguarlo, antes de comprarse ropa.

En cambio, el tren era como para sentirse orgulloso. Era y se mantenía limpio; después de cada estación se barrían los suelos y se cepillaban los asientos mullidos, con forro de felpa. A ambos extremos de los pasillos había tiestos con fuertes helechos que prestaban un aire de jardín; las mesas pulidas relucían. Por la ventanilla se veía el paisaje otoñal, los campos arados para la siembra del trigo invernal. Aquellos campos, antaño minúsculos, se habían unificado en grandes zonas de producción, lo cual era una novedad. Pero sobre los tejados de los pueblos, los sauces seguían doblando sus ramas lloronas y en los estanques se veían redes puestas a secar. Cada vez que paraba el tren los vendedores ambulantes se apiñaban ante las portezuelas, pregonando sus exquisitas mercancías, como siempre lo habían hecho. Ah, bueno, pensaba mientras contemplaba ahora las cosas desde la ventana de su cuarto, de todos modos no viviría allí mucho tiempo. Ya le habían advertido que tenía que pasar algunas semanas reorientándose, pues, como se lo repetían constantemente, esta China de ahora era nueva, y totalmente distinta de la que conociera. Por eso soñaba que, más adelante, encontraría en alguna parte, entre los tejados bajos, de viejos azulejos de la ciudad antigua, una casita, con un muro y una puerta exterior, un muro para ocultarla, una casita con patio embaldosado y un estanque de lirios. Allí viviría (seguía soñando mientras contemplaba lo inmutable, los palacios que tenían un aire un poco atrevido, tras el acicalamiento al que se les había sometido en los últimos años), echando raíces en el pasado, al cual regresaría por las noches, tras haber pasado el día en el laboratorio. Su única condición había sido que le asignaran un laboratorio propio...

—Camarada —interrumpió su acompañante—, ¿dónde le pongo el equipaje?

Le había olvidado. Se volvió para contestarle.

—Déjelo, por favor. Yo misma lo abriré.

Abrió el monedero, pero el hombre frunció el ceño y levantó la mano en señal de protesta.

—No tenemos esa costumbre ahora —declaró, saliendo del cuarto y cerrando la puerta tras de sí.

Más tarde, tras haber cenado en un comedor desnudo, pero limpio, en el primer piso, una vez que hubo deshecho el equipaje, Grace se sentó ante el escritorio de su cuarto para escribir la primera de las cartas que había prometido enviar a América, a su compañero de investigación, en cuanto llegara a Pekín. El escritorio estaba frente a la ventana, e instintivamente empezó a escribir:

«Clem: no veo componendas. Fuera de la ventana, aquí, en Pekín, el Pasado se yergue tan sólido como si no hubiese historia. El gran cuadrilátero de lo que fuera en tiempos la Ciudad Prohibida, donde los emperadores vivían en sus imperiales moradas, sigue exactamente igual que antes, pero restaurado con su forma y color primitivos. Cuando estuve aquí, de niña, colgada de la mano de mi madre, estos edificios mostraban su destino de próxima ruina. Los pintados aleros se caían, el polvo se acumulaba en los senderos de mármol y no se barrían las hojas muertas. Los mismos guardianes eran seres corrompidos. Su tarea consistía en impedir que los transeúntes robaran los azulejos amarillos de los tejados del palacio. Sin embargo, a escondidas, ellos mismos vendían dichos azulejos, a dólar cada uno. Lo recuerdo porque mi madre, indignada, rehusó la oferta de un guía chapucero, soltándole un discurso que casi le dejó en carne viva. Hoy, nadie podría robar un azulejo sin que le arrestaran. Pero no creo que nadie quisiera robarlos.

»¿Significa este orgullo que han construido el resto de la ciudad como una imitación? A juzgar por lo que he visto diría que, si bien mi gente siente orgullo por lo antiguo —fuimos realmente gloriosos, Clem— sentimos el mismo orgullo en ser completamente modernos. Aquí y allá, incluso en Pekín, aparecen altos edificios —tengo que aprender sus nombres— y un hecho interesante es que no chocan con lo antiguo. Supongo que es porque la arquitectura antigua es de líneas austeras y proporciones nobles...»

Se detuvo. ¿Podría describir su breve visita a su madre? No había razón para lo contrario, ninguna razón explícita, es decir, ninguna directriz secreta. Pero, por algún motivo, vacilaba. Aún se sentía novata en su patria. En otros tiempos se había sentido segura. Pero éstos eran tiempos nuevos, con nuevos hombres y mujeres, surgidos de las profundidades por la revolución. Frunció el entrecejo y siguió escribiendo:

«Mi madre me hace pensar en el pasado y en el presente. Dentro de sí es ella misma; pertenece al pasado, pero vive en el presente, aceptando la nueva fe porque el pasado ha sido tan digno de fe.»

Entonces, en un brusco cambio de humor, el paisaje de su mente fue otro distinto. «Ahora, Clem, tú estarás empezando un nuevo día, un día distinto del mío. Te imagino en tu laboratorio, trabajando con microscopio y cuadernos. Quisiera haberme quedado, haber ido contigo a la India, sobre todo a la Universidad de San Javier, en Bombay. Sesenta y cuatro de cien plantas y otras sesenta y cinco, que deben estudiarse aún más..., hay trabajo para toda una vida. ¿Qué hay del extracto del veneno de mandrágora? ¿Puede ya darse como válido que, si se administra a las mujeres, las hace concebir sólo niños

varones? Sin embargo, lo que a mí me resultaría útil, serían tus descubrimientos acerca de las sustancias derivadas de las simientes de la familia del sapindo. ¿Es o no cierto que, tomado por vía oral, resulta un verdadero control de la fertilidad? ¡Cuéntamelo todo, Clem! Estoy encantada aquí, pero me sentiré sola... a ratos.»

Metió las cuartillas en un sobre, vagamente turbada. ¿Por qué no se decidía a contar a Clem más cosas acerca de su madre..., Clem, que había sido su superior en el Instituto, pero también su mejor amigo? Ahora se alzaba entre ellos una barrera, tenue como la bruma, pero que no había existido cuando estaba en América. Aquí en China la sentía. Estudiándola se dio cuenta de que la barrera era su orgullo de ser china. Como china, sentía demasiado orgullo para decir a Clem que, tras la visita a su madre, tenía miedo; además, ni siquiera sabía de qué lo tenía.

«Una vez me ponga a trabajar —recapacité—, esta extraña mezcla de pasado y presente se aclarará sola gracias a la acción. La necesidad cotidiana de una actividad echará fuera todo vago temor.» Con esta determinación, se preparó decidida a dormir para el día de mañana, y se sintió bastante aliviada, por alguna absurda razón, al descubrir que en la bañera había agua caliente. Era una bañera de porcelana, unos diez años más vieja que la que usaba en América. La electricidad, tras unos segundos de vacilación, se fijó con una luz aceptable. Quién sabía si, después de todo, la vida en este antiguo y nuevo país resultaría agradable o, al menos, lo bastante cómoda como para mitigar el temor.

Madame Liang se despertó con una sensación de opresión. Estaba acostumbrada a despertar de esa manera, y yació quieta unos instantes, meditando sobre su estado de ánimo, como así llamaba a la sensación, a falta de mejor calificativo; sin embargo, estaba convencida que venía de fuera de sí misma..., a no ser que fuera algo natural con el hecho de ir envejeciendo. ¿Era, podría ser, la preparación de un armazón humano para el día en que dejara de ser algo más que un cuerpo inútil? Lo cierto era que no parecía tener motivos para sentirse tan deprimida de espíritu. Por eso permaneció inmóvil, paciente, cerrados los ojos, mientras se interrogaba a sí misma sobre la razón de su miedo. Poco a poco su intuición fue enfocándose en un punto, en el centro del cual, ahora podía verlo, estaba su hija Endien o Grace. En ese instante decidió usar el nombre chino que eligiera para la niña que pusieron entre sus brazos, una hora después del parto.

—Una niña —había suspirado la comadrona.

—Me alegro —dijo la madre—. Trae buena suerte empezar una familia con una niña.

No le importó que le nacieran otras dos niñas, ni el no haber tenido hijos. Una mujer podría evadir los peligros de los nuevos tiempos, pero un hijo..., si hubiera tenido un hijo, se hubiera visto obligado a ser dirigente..., o ir al exilio. Pensó por unos instantes en el hijo que nunca tuvo, pero luego cambió de idea. No, era mejor que no existiera. ¿Por qué, entonces, temía vagamente por la hija? ¿Habría fracasado en su empeño de prepararla..., pero para qué? No hubiera sabido explicar con palabras, ni siquiera a su hija, lo que era su vida del presente, la seguridad en que había vivido y que era ahora peligrosamente



insegura, la firme rutina de los días que, en cualquier momento, si daba un paso en falso o hablaba una palabra imprudente, la echaría al abismo del peligro. Se había abstenido de dar descripciones explícitas acerca de la situación, porque no se podía describir.

En momentos negros como éste, madame Liang tenía un recurso, al cual también recurrió en el momento. Se levantó, fue al cerrado cofre y, de debajo de un montón de ropa bordada, que antes fuera su vestimenta diaria, sacó *El Libro de los Cambios*. Lo mismo que a su amiga americana, la señora Brandon, le habían enseñado a reverenciar el libro sagrado de los cristianos, madame Liang reverenciaba este libro, ahora prohibido, del grande y sabio Confucio, convertido en un proscrito por la nueva sociedad. Pero aunque estuviera prohibido e incluso ridiculizado, ella no dudaba que un día, una nueva generación más prudente y sabia volvería a entronizarlo, y el orden retornaría a la nación. Entretanto, ella consultaba el *Libro de los Cambios* y ordenaba su propia vida según sus principios.

Abrió las páginas, con los ojos cerrados, y colocó el dedo al azar.

Al abrir los párpados, leyó:

«Atrás y adelante, un abismo tras otro.

En riesgos tales, detente primero y espera.

O caerás en el fondo del abismo.

No actúes.»

*No actúes...* era la respuesta. El hexagrama donde se contenía esta respuesta era el veintinueve, K'an. Lo Insondable... Cerró el libro y regresó al lecho a dormir.

—*Huang ch'ang-shen*—cantaba el viejo doctor en el preciso y hermoso chino de Pekín—, es una de las dos curas de la malaria. Hay que hacer la infusión con la raíz de la planta. Es un remedio antiguo, de confianza.

Grace abrió su diccionario médico y halló la traducción inglesa: *Diochroa Febrifuyi*.

Conocía la planta.

—Segunda—prosiguió el anciano—, es *ma p'ien ts'ao*.

¡Ah, sí, ésta la conocía!, era la verbena europea.

—¿No se utiliza también como vermífugo?—preguntó la joven.

El anciano doctor pareció sorprendido. Sus largas uñas, según pudo observar Grace, estaban muy sucias.

—¿Cómo lo sabe?

—Algo he oído.

Grace ya se había dado cuenta de que, intentar convencer a un doctor chino de la vieja escuela de que la medicina occidental era de algún valor, era perder el tiempo. El viejo médico se rascó la poco poblada barba y continuó.

—El nombre de la enfermedad varía según las distintas regiones del país. Se la llama «frío que penetra el cuerpo», «enfermedad del enfriamiento», «los escalofríos», «pescar carne de gallina», «enfermedad de los cinco diablos», «el mal verdadero», «el venerable anciano», «el mal cotidiano», «una vez cada tres días», «los días fluctuantes», «la que siempre vuelve», «calor que entra en el cuerpo», «pecado sobre la piel», «picazón en las puntas de los dedos», «enfermedad del diablo», «frío febril», «malestar irresistible», «budín en la

barriga», «enfermedad de los tres días», «enfermedad de los cien días», «tres fiebres en dos días.»

Grace le escuchaba, maravillada ante la exactitud de cada uno de los nombres ante la compleja enfermedad que es la malaria, sus tiempos distintos de frío y fiebre, de espacios o períodos cortos y largos, incluso el brazo hinchado, ya en los últimos estadios de la enfermedad, y que bien podría describirse como «budín».

—La causa de la enfermedad —estaba diciendo el anciano—, se sabe muy bien que es por las anguilas. Cuando hay epidemias de este mal, hay que destruir las anguilas. —Se rascó la cabeza con la uña larga y negra de su meñique derecho y se la quedó mirando—: Otra vez piojos —musitó suspirando.

¿Anguilas? Grace se quedó atónita por las exactitudes e inexactitudes del material médico de su país. Las anguilas viven en terrenos fangosos de tierra y agua, donde también pone sus huevos el mosquito Anopheles.

De pronto el anciano se animó. Se inclinó hacia delante agitando el índice ante el rostro de Grace.

—Y no confíe en la medicina extranjera para esta enfermedad —dijo subrayando sus palabras con movimientos del dedo—. Demasiado de ese polvo amargo extranjero provoca elevada temperatura a causa de otra enfermedad.

Grace volvió a sorprenderse. La fiebre con defecación sanguinolenta era, efectivamente, resultado de tomar demasiada quinina. ¿Cómo iba ella a poder combinar aquellas certezas y falsedades médicas, de modo que se relacionaran, en cierta medida, con la ciencia occidental? Un fuerte bostezo del profesor interrumpió sus pensamientos y hasta su nariz llegó una pestilente vaharada del aliento del viejo.

—Ya basta por hoy —declaró éste, que, recogiendo sus ropas grises, hizo una inclinación y la dejó.

Era el final de un día, de su primer día en el laboratorio que le habían asignado en el grande y moderno hospital que los americanos pudientes regalaron hacía algunos años. Pudo ver al instante que se mantenía con arreglo a la más escrupulosa atención de la práctica médica occidental más moderna.

Médicos, internos y enfermeras se movían con rapidez en sus tareas, vestidos con impecables uniformes blancos. Pero los médicos antiguos, con sus largas túnicas grises, eran tratados con deferencia al entrar y salir del edificio, que se les había cedido para su uso. Los médicos más eminentes de toda China habían sido invitados aquí, a la capital.

—Su tarea —le habían explicado a Grace—, es crear una síntesis de las dos escuelas de medicina. Ambas tienen verdades y errores. En el pasado confiamos solamente en nosotros. Luego rechazamos por completo lo nuestro para confiar únicamente en la escuela occidental. Ambas posturas fueron erróneas. Tiene usted una gran responsabilidad que le ha sido dada por el mismo Presidente. Él la observa.

El que había pronunciado estas palabras era un joven con el uniforme del Partido, un hombre guapo, alto, como son por lo general los del Norte. Se presentó a ella al día siguiente de su llegada.

—Soy Liu Peng —le dijo—. También médico..., cirujano. Recibirá sus instrucciones a través de mí. Si tiene alguna pregunta, es libre de formularla. Agradecemos su regreso a nuestro país.

Fue él quien la presentó al viejo doctor.

—Doctor Tseng, uno de nuestros más eminentes médicos de la escuela china.

Después les había dejado.

Grace puso en limpio sus notas para el trabajo del día siguiente, recorrió el edificio y salió a los terrenos del mismo. También estaban escrupulosamente cuidados. El otoño estaba cerca y en previsión de heladas tempranas, los jardineros envolvían las plantas más delicadas con pajas. Sobre la ciudad se alzaba una leve neblina, y si bien el aire era suave, ya se insinuaba el fresco. Grace se detuvo junto al estanque de peces de colores, que ya se preparaban a ocultarse en el lodo, donde pasarían el invierno, pero con las últimas febriles energías salían disparados de un sitio a otro, brillando al sol poniente como relucientes astillas de oro. Sintió que el contento la invadía.

El otoño era una estación deliciosa en la antiquísima ciudad. No había motivos para temer..., no, ninguno. Y ella tenía trabajo.

—La acupuntura —anunció el doctor Tseng—, puede llamarse la ciencia de los conductos del cuerpo humano.

Tosió con voz ronca y, buscando entre sus ropas, sacó un papelito cuadrado donde escupió, dobló el papel con cuidado y lo tiró bajo la mesa. Un instante más tarde, recordando, sin duda, órdenes del personal, se puso a cuatro patas hasta encontrar el papelito doblado y lo tiró en un cubo de cinc que servía de papelería.

Grace contuvo la risa. En el pasado, que ahora se le aparecía tan remoto como un lejano país, enterrado en la Historia, hubiera sido imposible imaginarse siquiera un hombre anciano y sabio moviéndose a cuatro patas para buscar un trocito de papel.

—Antes todo era más sencillo— le dijo, compadecida.

Ante su sorpresa, el doctor Tseng, ya sentado, la miró con desconfianza mezclada de alarma.

—Al contrario, todo es ahora más fácil. Todo es mejor bajo la égida del Presidente.

No respondió a esto. Había hecho un comentario sin pensar, y él la había reprendido por ello. Se sintió ligeramente molesta, pero refrenó el sentimiento.

—Volvamos a los conductos para la acupuntura..., meridianos, los llamamos nosotros —sugirió.

Con el transcurso de las semanas había vuelto a hablar chino con fluidez; además, el doctor Tseng no sabía inglés. El anciano carraspeó respirando con dificultad, a causa de haber vivido toda su vida en el polvo de Pekín. Pero continuó con su trabajo, que era enseñar a aquella ignorante. En secreto, le disgustaba el énfasis que los dirigentes ponían en las mujeres, pero no se atrevía a protestar, sobre todo cuando el jefe, encargado de la zona de la ciudad en que él vivía, había explicado cuánto había por hacer para establecer el nuevo orden, y cómo las mujeres no podían permitirse ya el lujo de trabajar sólo para una familia, sino para la nación. A consecuencia de ello, él mismo

tenía que sufrir el desorden de su propia casa y de las comidas preparadas en una cocina comunal. Como su estómago era delicado y estaba habituado a platos especiales, sufría, pero en silencio, para que no le acusaran de quejarse contra el Presidente. Continuó con la lección.

—Hay en el cuerpo trescientos sesenta y cinco puntos por los cuales los conductos llegan a la piel. Piel, conductos y órganos internos forman un sistema y, por ello, están sujetos a las alteraciones del *yang* y el *yin*. El médico debe aprender dónde se hallan estos puntos, pinchando con la aguja adecuada en el punto exacto. También es importante el tiempo que la aguja debe permanecer inserta.

—¿Cuál es la finalidad de la inserción? —preguntó Grace.

—Lo explicaré todo por su orden debido —repuso el viejo doctor con una mirada de reproche—. El propósito o finalidad es aumentar o disminuir un fluido..., no exactamente un fluido sino una sustancia que, sin embargo, no es sustancia. No hay que meter la aguja descuidada o rápidamente. Primero hay que tomar el pulso, fijarse en la coloración y observar los demás signos. Una vez la situación está clara y hecho el diagnóstico, se pide al paciente que tosa. En ese mismo instante, cuando la atención del paciente se halla distraída un momento, se clava la aguja. Tiene que aprender de memoria el tiempo que debe permanecer metida...; cinco minutos, quince, una hora o incluso más. También hay que elegir la aguja con todo cuidado, pues hay nueve diferentes. Otro día se las enseñaré y aprenderá a determinar cada una según la enfermedad.

Había hablado demasiado y de nuevo estaba sin aliento. Grace se compadeció de él, abrió el bolso y sacó un frasquito de un antihistamínico que había traído consigo de América, recordando las tormentas de polvo de Pekín.

—Pruebe esto, venerado doctor.

—Las dos escuelas de medicina —dijo él denegando con la cabeza—, no deben mezclarse, pues el cuerpo quedaría confuso y el *yang* y *yin* alterados. No pueden mezclarse dos modos de vida.

Pero debía sentirse bastante mal, pues cerró el libro antiguo.

—No se puede enseñar la acupuntura en un día. Es un estudio largo y complejo en el que está implicada la vida misma del cuerpo humano. Si se emplea como es debido, sana. Si se emplea mal, mata. Continuaremos mañana.

Se puso en pie y ya se disponía a marchar, cuando Grace se acordó de que empezaba a sentirse un poco descontenta. Se levantó también, pues él era el profesor, y le hizo una pregunta.

—Tengo que solicitar de usted una bondad, señor.

—¿Eh?

Los párpados bajos se alzaron.

—¿Podría recomendarme una casita? No me gusta vivir en una residencia y me gustaría una casa. Recuerdo las casas *hutung* de Pekín, tan agradables, pero como no soy de aquí, no sé a quién dirigirme.

Pudo ver que el anciano estaba sorprendido y que meditaba en silencio un instante, antes de hablar.

—La cuestión es, ¿qué tipo de casa? ¿Nueva o vieja?

—Oh, vieja, con un patio y algunos árboles.

Había hablado impulsivamente, recordando el encanto de las antiguas moradas de Pekín, ocultas entre calles estrechas.

—No hay agua corriente y tampoco calefacción, más que el *k'ang*.

—Puedo vivir sin esas cosas.

—Qué raro —musitó el viejo—. Los jóvenes, hoy día... —Se interrumpió para alisarse la barbita—. Da la casualidad de que la casa vecina a la mía está vacía. El propietario murió la semana pasada y la familia se ha ido a una comuna fuera de la ciudad. La esposa hacía tiempo que quería irse, porque es un alma perezosa, a quien le disgustan las tareas caseras de cada día. Esperemos que muriera de muerte natural.

Ella no se decidió al instante, vacilando tras sus últimas palabras.

—¿Puedo ir con usted y verla? —pidió al fin.

—Yo guiaré el camino.

Bajaron por la calle principal, ella a cierta distancia, para que el anciano no se avergonzara de que la vieran con él. Pasaron las puertas de la Ciudad Prohibida, tan remozada, que ahora constituía una atracción turística; siguieron por callejuelas estrechas, hasta que al fin él se detuvo ante una puerta incrustada en un muro de ladrillo.

—Esta es mi casa —dijo con voz ahogada, tras el gran pañuelo con que se cubría la boca y la nariz para preservarse del polvo—. Entre. Le pediré a mi mujer que la lleve a la casa de al lado. Siempre está enterada de cuanto hay en la vecindad.

Grace le siguió a través de la puerta y esperó mientras él llamaba a voces. Casi al instante, una ágil mujercita vestida con unos anticuados pantalones y casaca de algodón azul, salió corriendo de la casa, las manos llenas de harina.

—Estaba haciendo fideos. Era una sorpresa.

Él la interrumpió, alzando la mano.

—Lávate las manos. Esta es mi alumna. Desea alquilar la casa de al lado.

Al oír eso la señora Tseng abrió mucho los ojos y movió la cabeza.

—¡Pero si hay un espíritu en la casa!

—¿Qué es esa vieja tontería? Todos sabemos que el Presidente ha exorcizado a todos los espíritus.

La fulminó con la mirada y entró en la casa. La señora Tseng se limpió las manos en el delantal.

—Por lo menos, la renta es muy baja —dijo, y luego, descendiendo la voz—: ¡porque hay un espíritu!

—¡No tengo miedo! —Grace se echó a reír.

—Estos espíritus son muy crueles, muy astutos. Pueden transformarse en bellas y perversas mujeres.

—No me asusta nada.

—En ese caso... —se sometió la señora Tseng y la condujo a la casa de al lado.

Dos días después, a la caída de la tarde, salió de la residencia y menos de una hora después estaba en su casa, su propia casa, es decir, mediante un alquiler. Se detuvo un instante ante la puerta exterior, una puerta roja de dobles batientes, colgada de dos grandes anillos de hierro. Contemplada en el muro que la rodeaba, la puerta no parecía distinta de las demás que se

divisaban a ambos lados de la estrecha calle. Sin embargo, parecía haber en ella algo especial, quizá porque era la puerta de su hogar, en su propio país. El pequeño apartamento de dos cuartos, en Nueva York, había sido un sitio donde vivir temporalmente, mientras se hallaba en tierra extraña. Ahora, en estos instantes, sintió el profundo gozo de todo chino que retorna a lo que le es propio.

Empujó la puerta y entró. Alguien había barrido el patio y, a la entrada de la casa, había colocado dos jarrones de porcelana blanca y azul, dentro de cada cual había un pino enano. ¡Cuan amable por parte de la señora Tseng, pensó, y qué propio de una dama china, un poco chapada a la antigua, tener ese detalle de bienvenida! Cruzó el alto umbral y entró en la habitación central. Estaba amueblada con antiguos muebles chinos de buena calidad, y al ir recorriendo las habitaciones, se sintió complacida. Dos ancianos servidores, un hombre y una mujer, la aguardaban.

—Por encargo de madame Tseng —musitó el hombre, inclinándose—. Nuestro apellido es Wang.

—Sabemos hacer de todo —dijo la mujer con un tono de súplica en la voz.

—Lao Wang y Wang Ma —empezó Grace, utilizando los viejos títulos convenientes a su edad y posición. Pero al punto vio que se había equivocado, y que ambos rostros mostraban temor—. Camaradas —corrigió.

Sonrieron. La mujer dijo con dulzura:

—También nosotros sabemos cómo se debe hablar, pero ahora todo ha cambiado.

—Es mejor que la caña se doble al viento —intervino el anciano.

—Debo aprender a doblarme —repuso Grace.

—Es difícil acordarse —comentó la mujer.

Entonces desaparecieron y, pocos minutos después, a través de una puerta abierta, les vio en la cocina, afanados con pequeños montones de paja, calentando agua, seguramente para el té. Se sentó a la mesa, que estaba en el sitio debido, contra el muro interior, y recorrió la habitación con la vista. Tenía que comprar algunos buenos pergaminos para las paredes, un par de paisajes o hermosa caligrafía, una silla cómoda..., la de madera en que estaba sentada era hermosa a la vista, pero las comodidades americanas la habían echado a perder. Pero no haría falta poner cortinas en las ventanas, que ocupaban toda la pared delantera, pues sus pequeños paneles estaban cubiertos de fino papel de arroz. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un fuerte golpe a la puerta. Lao Wang corrió por el patio, para retirar la barra. Grace escuchó una fuerte voz, que reconoció al instante como la de Liu Peng.

—¿Hay aquí una mujer llamada Liang?

—Acaba de llegar, camarada —repuso el servidor.

—Entraré —anunció Liu Peng.

Le vio avanzar a zancadas por el patio, delante de Lao Wang.

—Haga el favor de entrar —le dijo levantándose—. Es usted mi primer invitado.

Se sentó sin responder, frente a ella.

—¿Por qué se ha trasladado de la residencia sin permiso? —preguntó sin saludar.

—¿Es que tengo que pedir permiso para ir de un sitio a otro? —preguntó a su vez Grace, sorprendida.

—Desde luego. De otro modo, ¿cómo sabremos dónde hallarla?

—Dondequiera que viva, yo sigo trabajando, y usted sabe dónde estoy cada día.

—Es asunto nuestro saber dónde está usted en todo momento.

—¿Por qué?

La sencillez de la pregunta pareció confundirle por un instante. Frunció sus poco corrientes y pobladas cejas. Grace no se había dado cuenta antes de lo negras que eran.

—Así se exige —repuso con brusquedad.

Grace lo pensó un momento y decidió aceptarlo con ligereza.

—¡Pues aquí me tiene! ¡Cuando no estoy trabajando en el centro médico estoy aquí!

De pronto él se animó. Ella pudo ver relucir una sonrisa en sus ojos, muy grandes y negros.

—Ahora que he cumplido con mi deber, podemos charlar. Empezaré por preguntarle si el viejo médico le ha explicado la filosofía básica de nuestra medicina china.

—Sólo enfermedades concretas —denegó ella—, como también sus remedios. Ahora me está enseñando sobre la acupuntura.

—Ah, entonces yo la instruiré en la filosofía.

—Por favor, enséñeme.

Era la respuesta tradicional del alumno clásico a su maestro, pero él la miró con desconfianza. Como ella respondió con franqueza a la mirada, el hombre apartó la vista y carraspeó.

—Ya no usamos las antiguas fórmulas. Usted ha estado fuera y no lo sabe. Por eso pasaré por alto su equivocación. Procederé históricamente, para delinear la base de la filosofía médica china. Comprenderá usted, como es lógico, que rechazamos los antiguos misterios, pero seguimos aceptándolos como parte de la historia muerta. Pero los especialistas en el campo de la medicina moderna, como usted y como yo, debemos conocer el pasado, aunque ya no exista. La nuestra es una historia superior, la más grande, la más antigua en los anales humanos. Sigamos, por tanto, con la obra clásica del gran sabio Lao Tzu, hombre extrañamente moderno porque se opuso, ya hace miles de años, al formalismo de su contemporáneo Confucio. Éste, Confucio, sí que está muerto y sus obras con él. Lo rechazamos. Con su rigidez aprisionó a nuestro pueblo. Por el contrario, Lao Tzu redactó los flexibles principios del Tao. Los estudiosos occidentales, despreciables en su erudición vana y superficial, han traducido Tao como Senda o Vía. ¡Qué locos! Tao es Espíritu, el Espíritu que permea todo el cielo y la tierra, incluso lo que está mucho más allá de lo nuestro. Tao incluye todo lo que no es y todo lo que es; Lao Tzu lo describe con estas palabras.

Liu Peng se detuvo. Volvió a carraspear, se echó atrás el cabello negro y lacio, colocó las manos abiertas en las rodillas y, alzando la cabeza, cerró los ojos, empezando a entonar, como lo hacen los eruditos, el antiguo poema, *Tao Té Ching*:

*Callado, distante, solo,  
no varía, ni mengua, mas todo lo impregna.  
Desconozco su nombre,*

*un modo de llamarlo es Tao.  
Si me instan a que lo nombre, lo denomino... Tao.  
Tao significa Que Sale,  
Que Sale, De Gran Alcance,  
De Gran Alcance, Retorno.<sup>3</sup>*

De nuevo se detuvo Liu Peng, que abrió los ojos y se la quedó mirando como si la interrogara.

—Bellísimo —musitó ella—, pero no lo entiendo.

—No puede entenderlo. ¿Y por qué no puede? Porque contiene cuanto existe. Abarca tiempo y espacio ilimitados. Pero en ese infinito cada cosa existe por separado, dentro de la armonía del equilibrio. ¿Qué es esa armonía? Está contenida en la correspondencia. ¿Qué son las correspondencias? Son las relaciones entre los cinco elementos. ¿Cuáles son los cinco elementos? Son madera, fuego, tierra, metal, agua. Todos ellos se crean, pero también se destruyen, entre sí.

Sus ojos volvieron a preguntar, al detenerse, y ella le pidió con prontitud:

—Explique, por favor.

—En el ámbito de la creación, la madera crea el fuego; el fuego, convertido en ceniza, crea la tierra. En la tierra hay metal; el metal, al fundirse se vuelve líquido. El agua crea árboles, o sea, madera. En el ámbito de la destrucción, la madera consume agua a través de los árboles; la tierra puede detener el agua; el agua destruye al fuego; el fuego destruye al metal; y a su vez el metal, convertido en instrumento, destruye la madera. Estas son correspondencias, que salen, que abarcan lejos, que retornan. Dentro de este círculo de creación y destrucción debe vivir el hombre en armonía con pleamares y bajamares, a tono con cuanto existe. Esta es la filosofía fundamental del cosmos sobre la que se basa nuestro acervo.

—Es difícil definir diagnósticos y remedios con esto.

—Ah, pero es que hay que tener en cuenta los cinco planetas y sus influencias separadas. —Alzó la mano derecha, una mano sensitiva y fina, según pudo observar Grace, y fue contando los dedos con la izquierda—. Júpiter, planeta de magnanimidad y dulzura; Marte, planeta de aventuras e imaginación; Mercurio, planeta de la inteligencia, el riesgo, la retirada; Saturno, planeta de la gracia y el poder; Venus, planeta del placer sensual, de la beligerancia y de la autoridad.

—Interesante y, en cierto sentido, en correspondencia con las ideas que hay en Occidente, pero sin las contradicciones: placer sensual y guerra, por ejemplo.

—No hay contradicción —dijo él, contradiciéndola así—. El amor lleva a la guerra. Ninguna contienda es más dura que la que se da entre personas o pueblos que antes se amaron. ¡Mire lo que pasa con nosotros y los americanos!

Grace se echó a reír, pero él siguió con una triunfal sonrisa.

—Existen, además, otras correspondencias, como las de las emociones y reglas de conducta, las de los colores y climas. Dentro del cuerpo humano se

---

<sup>3</sup> Adaptado de *La Senda de la Vida (El Modo de Vivir)*, por Lao Tzu, traducido por R. B. Blakney. Propiedad 1955 de Raymond B. Blakney. Publicado de acuerdo con The New American Library, Inc.



dan correspondencias entre vísceras, tejidos, fluidos, orificios. Más allá están las correspondencias de tiempo, estación y dirección. Para vivir con buena salud, hasta llegar a la vejez, la persona tiene que estar en armonía con todos los ciclos cambiantes del cosmos.

En ese momento apareció Wang Ma con la tetera y las tazas. Se dirigió a Liu Peng con estas palabras:

—Honorable camarada, ha hablado hasta quedarse seco. Haga el favor de beber té.

A pesar de que aceptó la taza, frunció el ceño:

—¡Deja eso de «honorable»! Está prohibido según las nuevas reglas.

—¡Perdone a esta vieja estúpida! —dijo Wang Ma, asustada—. Se me olvidó.

—Pues recuérdalo —dijo con brusquedad.

Realmente su tono fue tan áspero que Grace se sintió impulsada a defender a la anciana.

—¿Acaso ha quebrantado alguna nueva correspondencia? Porque desde luego no era ninguna de las antiguas.

El hombre captó la burla y Grace pudo ver cómo se enfadaba. Desde las atezadas mejillas el rubor le subió hasta los párpados.

—La tarea de enseñar a los campesinos no se acaba nunca, pero hay que hacerla. Todos, por ignorantes que sean, deben aprender la Nueva Senda.

—Pero ¿es la Eterna? —preguntó con suave ironía.

La pregunta fue tan insolente, tan maliciosa, que por un instante Liu Peng no pudo responder. Dejó la taza en una mesita de dos baldas que se hallaba a su lado y permaneció con el ceño fruncido, pensando con aire sombrío. De pronto se puso en pie, mirándola directamente a los ojos.

—Todo lo que le he dicho son tonterías —habló en tono áspero.

Sin otro gesto, sin otra palabra, salió rápidamente de la habitación y atravesó el patio. En la puerta Lao Wang le hizo una reverencia, pero Liu Peng miró al frente y se fue. Lao Wang puso la barra en la puerta.

En la habitación que el hombre acababa de abandonar, Wang Ma hablaba bajo consigo misma, mientras recogía la tetera y las tazas. El moñito de pelo gris que descansaba en su nuca se había deshecho.

—¿Qué murmuras, alma buena? —preguntó Grace divertida, volviéndose de la puerta abierta junto a la que se había quedado al salir Liu Peng.

Wang Ma, ordenando los platos en la bandeja, alzó la vista a su ama, tan alta y derecha en el nimbo dorado de la luz del atardecer.

—Decía, Hermana Mayor, que ahora nos prohíben llamar Honorable a todos. Pero ¿qué nos pasará a nosotros, que tenemos cien viejos nombres, si no podemos considerar a nadie Honorable? ¡Ay! ¿Dónde están ahora los Honorables? Son espíritus prohibidos. Ninguna cabeza es más alta que otra. La vida ha perdido su sabor. Todos nos parecemos. ¿Dónde están aquellos que el cielo ordena dirigir, para que sepamos a quién seguir? ¡Ay, ay, qué amargura! ¡Cuando pienso cómo murieron mis antiguos amos! Ellos eran los Honorables de esta casa...

La anciana dejó la bandeja en una mesa y, con los bordes de su chaqueta de algodón azul, se secó primero un ojo y luego el otro.

—¿Cómo murieron?

La vieja se acercó y, tras de mirar a derecha e izquierda, susurró casi en voz alta:

—Esta era su casa. Además de la casa tenían tierras fuera de la ciudad..., no mucha tierra, pero bastante como para cultivar nuestro propio trigo para hacer pan. Fue la tierra la que perdió a mi antiguo amo. Le llamaron terrateniente. Las gentes a las que pagaba para que labrasen el campo se aprovecharon de la oportunidad que les daba la Nueva Senda y hablaron en su contra, para apoderarse de la tierra. Los jóvenes que trabajaban para los camaradas le mataron de un tiro en este mismo cuarto. Estaba sentado a la mesa, comiéndose un panecillo dentro del cual había metido un palito de ajo. Por la noche sólo tomaba eso, con un tazón de té. Conocía una antigua rima que repetía muchas veces:

*La primera comida temprano.  
La segunda comida abundante.  
A la noche cenar escaso,  
o mejor, aún, privarte.*

—Decía que así viviría mucho tiempo. ¡Ay, pobrecito! No vivió bastante para demostrarlo. Ahí estaba una noche, sentado a la mesa, cuando de pronto el cuarto se llenó de hombres y mujeres a los que pagaba para que cuidaran de su tierra. Le señalaban con sus deditos y gritaban: «¡Ahí está, miradle sentado..., ese viejo demonio! ¡Comiéndose lo que nosotros le hemos conseguido matándonos!» Y antes de que pudiera siquiera preguntar qué significaba aquello, un cantarada le disparó; un cantarada jovencito, casi en la infancia, para saber lo que se hacía. ¡Ay, mi pobre amo no tuvo tiempo de acabarse el bollito con ajo! Se le cayó de la mano abierta y, para que no se perdiera, yo me lo comí más tarde.

Grace escuchó las últimas palabras horrorizada, pues le parecía mentira que fuesen ciertas. Pero comprendió que sí lo eran. La buena mujer no hubiera inventado tal mentira, de eso estaba segura. Luego recordó que su madre le había insistido que fuera paciente.

—No comprendo por qué tuvo que ocurrir eso. Pero tendré paciencia.

Diciendo eso se fue a otra habitación, para huir de la visión del anciano, asesinado mientras comía su frugal cena. Si se permitía a sí misma pensar en el asunto, el espíritu encantaría la casa.

Sin embargo, cuando la noche se hizo cerrada, una vez que los ancianos sirvientes le trajeron la cena que tomó, cuando le desearon que durmiera bien y se fueron a sus habitaciones, una vez que la puerta quedó atrancada y se quedó sola, sintió que un extraño presentimiento se infiltraba en su espíritu. Se encerró en su dormitorio y, corriendo los cerrojos de las demás puertas, se sentó a escribir una carta a su hermana Mercy, pensando que así podría, al menos, imaginarse que su joven y alegre presencia se hallaba junto a ella. Antes de empezar a escribir, apoyó la cabeza entre las manos, cerró los ojos e imaginó en la oscuridad, a la encantadora joven, cantando trinos y gorgoritos, mientras preparaba su lección del día siguiente. Así la había visto a menudo, y no le costó traer la visión a su memoria. Cuando logró verla con claridad, una figura delgada en un traje chino recto, el suave cabello negro caído sobre los

hombros, los vivos ojos oscuros, el color fresco de la piel joven, cuando al fin divisó a su hermana enteramente como era, empezó a escribir.

«La más querida de las hermanas: ahora vivo en una vieja casita propia. Es la primera noche. También la primera de mi vida que paso sola. Es cierto que en la portería hay dos viejos sirvientes, pero aquí en la casa, estoy sólo yo. ¿Me gusta? No sé qué decir. Todo es demasiado nuevo... y demasiado viejo. Y ambas cosas, lo nuevo y lo viejo, aún no están equilibradas. Se oponen y, por ello, no están en armonía. No comprenderás lo que te digo. Ya te imagino preguntándote: "¿Qué estará intentando decirme mi hermana mayor?" Y sólo puedo responderte que ni yo misma sé lo que quiero decirte.»

Escribió durante una hora, antes de terminar. Metió la carta en un sobre, lo cerró y puso la dirección. San Francisco..., qué lejana quedaba aquella ciudad, ¡qué lejos estaba ella! «Aún no llevo aquí bastante tiempo —se dijo—. Cuando me contesten a las cartas, cuando Clem me escriba...», y vio a Clem en sus recuerdos, mirando a través de un microscopio en el laboratorio, con un rayo de sol brillando en su pelo rojo. Podía oír su voz joven y fuerte. «¡Sigue sin ser la hortensia que buscamos, Liang! O quizás es que la muestra que hemos conseguido pasar de contrabando, gracias a uno de los refugiados de tu China Roja, no viene de la planta que buscamos. Esta no tiene contenido alguno que pueda utilizarse contra la malaria.»

En un antiguo tratado médico, *El Libro de las Hierbas*, compilado por el emperador chino Shen Nung, hacia el 2700 a. C, habían encontrado que cierta clase de hortensia contenía la cura de la malaria —*ch'ang shan*, se llamaba la droga— y habían intentado conseguir una muestra de la planta, cuya exportación estaba prohibida. Las últimas palabras que le dijera Clem habían sido: «¡Intenta conseguir una raíz de la hortensia, Liang! Puedes experimentar por tu cuenta. Dios mío, cómo te envidio por todo lo que vas a encontrar allí.»

«Oh, Clem —rogó en silencio—, ¡escribeme! Estoy tan lejos...»

El sol se ponía en el cielo occidental, al otro lado del puente *Golden Gate*<sup>4</sup> de San Francisco. Mercy Liang, apoyada en el antepecho, contemplaba el último arco de oro, a punto de desaparecer. Junto a ella, tan cerca que los hombros se tocaban, John Sung hablaba. Pero ella no le escuchaba, concentrada por completo en el astro que se deslizaba del horizonte.

—Chist..., éste es el momento. Cuando el sol se alce, dentro de un ratito, lo hará sobre nuestro propio país.

Él permaneció obedientemente silencioso, respetando su estado de ánimo y, juntos, admiraron cómo el último resplandor dorado se sumergía en el mar. Sobre el océano las blancas nubes se coloreaban de rosa. Mercy suspiró.

—¡John, debemos volver a China!

No le contestó en seguida. Era una discusión antigua ya, pero sin embargo, en esencia, ambos estaban de acuerdo. Ambos sentían con fuerza la exigencia del deber. Eran chinos y China, su país, necesitaba de jóvenes de elevada educación, sobre todo científicos. John Sung era especialista en física nuclear. Hasta ese momento no le habían permitido volver a China.

—He vuelto a hablar con mi superior en la instalación pero no me da esperanzas... Será mejor que hablemos en chino. Los que pasan...

---

<sup>4</sup> Puerta dorada.

Habló en voz baja, pero mirando, por encima del hombro, a los transeúntes. Mercy obedeció.

—Hoy he tenido carta de mi hermana. Está en Pekín. Todo va bien. Vio a nuestra madre en Shanghai. Vive una vida bastante cómoda a pesar de... todo. Quiero volver a nuestra patria, John. Quiero que nuestros hijos nazcan en nuestro país. No será bueno para ellos haber nacido como ciudadanos americanos, si regresamos a China.

Él sonrió a la muchacha. Pensó que tenía un rostro encantador, mientras la brisa vespertina agitaba los mechones del suave cabello negro. Y la amaba. Amaba su impulsivo corazón, su rápido hablar, su esbelto cuerpo.

—Primero tendremos que casarnos —le recordó, tomándole el pelo.

—John —le respondió con vigor—. Cada vez que nos reunimos tú encuentras excusas para hacerme cambiar la fecha de la boda. Nos casaremos el diez de mayo próximo. Ya se lo he dicho a los señores Brandon. Lo arreglarán todo para que nos casemos ese día.

—Aún meses de espera —suspiró él.

—Te dará tiempo para cancelar tu contrato.

—Recuerda que tal vez no me autoricen a ello.

—Pues entonces, he pensado en algo. Podríamos ir a Inglaterra... ¡y no volver!

La miró con sus ojos negros muy brillantes. Pero se sintió escandalizado.

—¿Crees que eso es honroso? Después de todo he hecho una promesa.

—¡No tienen derecho a decirte que no puedes volver con los tuyos!

—No dicen semejante cosa. Están, sencillamente, trabajando para dejarme fuera de toda sospecha, antes de permitirme entrar en asuntos secretos de la física nuclear.

—Tú mismo me dijiste que estaban buscando excusas, con eso de dejarte libre de sospechas, para retenerte aquí. ¡No desean que retournes a tu país y trabajes allí en física nuclear!

—Dije que *sospechaba* que fuera ésa la razón.

—Tú sabes que es la razón.

Los transeúntes le miraban con curiosidad, sin comprender el idioma, pero captando muy bien la discusión un tanto acalorada. Las miradas les hicieron callarse. Se alejaron del mar y el cielo, volviendo a donde habían dejado aparcado el coche. Casi en silencio John la llevó a casa de los Brandon, situada en una colina, donde Mercy estaba pasando una temporada, y la ayudó a apearse. Sus manos se asieron un instante.

—¿Mañana? —preguntó él.

—Mañana.

Se separaron y Mercy entró en casa. La señora Brandon se hallaba en la sala, arreglando un jarrón de rosas sobre una mesita baja, frente a un espejo largo.

—¿No se queda John a cenar? —preguntó al entrar Mercy en el cuarto.

—No le he dicho nada.

—Ya sabe que siempre es bien venido.

La señora Brandon vio a la muchacha por el espejo. ¿Había sombras en la linda carita asiática?

Mercy se sentó casi al borde de una butaca de terciopelo blanco.

—Hemos..., hemos tenido una especie de pelea.

—Ah, sí —murmuró la señora.

Esperó, pero la joven no siguió hablando. En lugar de ello se puso en pie, dirigiéndose a la puerta.

—Espera —dijo la señora Brandon con su directa franqueza americana—. No puedes decirme eso y no contarme por qué habéis reñido. Ya sabes que hago las veces de tu madre.

—Deseo volver a China, señora Brandon —dijo volviendo a sentarse.

—¿Y él no?

—Dijo que no se lo permitirán.

—Seguramente no; no, siendo como es un joven y brillante científico.

—Entonces debería irse, de todos modos.

—¿En contra del Gobierno?

—¡No es nuestro Gobierno!

La señora Brandon dejó las rosas y se volvió hacia la joven.

—Querida mía, eso no es correcto por tu parte. Tu madre nunca hubiera hablado así.

—Mi madre es una china chapada a la antigua. Yo no.

La señora Brandon se quedó mirando a la desafiante muchacha. Luego se volvió a sus rosas sin responder, y Mercy salió del cuarto.

Aquella noche, después de cenar, una vez que Mercy se hubo excusado de que tenía que escribir algunas cartas, la señora Brandon, ya a solas con su marido, le contó la conversación.

—No es propio de Mercy el hablar de forma tan... beligerante.

—John es un hombre excelente —dijo el señor Brandon, que había estado escuchándola sin interrumpirla—. Hará lo que crea que debe hacer. Si yo fuera tú no me preocuparía. Nunca le permitirán regresar a China..., no bajo las actuales circunstancias.

—Pero ella está decidida, Howard.

—Ella no es el Gobierno, diga lo que diga.

Nada tenía que comentar la señora ante semejante conclusión. Los asuntos de hombres y gobiernos estaban más allá de su capacidad. Púsose a pensar en la boda que había prometido organizar para la joven pareja china. Sería una boda a lo grande, pues contaban con numerosos amigos.

—¿Dónde iréis de viaje de novios, querida? —preguntó a Mercy a la mañana siguiente.

Habían hecho una especie de sobremesa, después del desayuno, en la agradable habitación que dominaba la bahía.

La joven, tan preciosa como un capullo de rosa entreabierto, según le pareció a la señora Brandon, repuso con candor:

—Me gustaría ir a Inglaterra, señora Brandon. Y John desea visitar también a algunos importantes científicos. —Se detuvo para reír bajito—. ¡Creo que hasta en su luna de miel será ante todo un científico! Tengo que irme acostumbrando.

—Con tal de que tú lo comprendas. Comprenderse el uno al otro es tan importante, tan básico, tan enteramente... necesario.

—Así es, señora Brandon. Es lo que siempre decía también mi madre. Ahora, si quiere disculparme, saldré a dar una vuelta y echar mis cartas al correo.

—La niña parecía hoy la misma —informó a su marido la señora Brandon aquella misma noche—; dice que van a ir a Inglaterra de viaje de novios.

El caballero alzó la vista del periódico. Como de costumbre, se hallaban sentados en la biblioteca y ella hacía solitarios en la mesita de cartas.

—Hum, qué raro.

—Qué raro ¿qué? —preguntó la señora poniendo una carta.

—Londres... Inglaterra...

—¿Por qué?

—Los chinos comunistas tienen allí su embajada.

—¡Bah!, a ti te encanta sumar dos y dos —comentó con tolerancia.

—Bueno, y por lo general me salen cuatro, ¿no?

—Supongo que sí —repuso distraída y, buscando una combinación, olvidó preguntar qué era cuatro en la suma de su marido.

Seis meses y varios días más tarde, Mercy y su esposo John Sung eran recibidos en una elaborada oficina privada de la Embajada china en Londres. El día era hermoso, pero el sol de finales de la primavera no penetraba a través de los pesados cortinajes que cubrían los ventanales extendidos hasta el suelo. En vez de ello, la luz de una araña de cristal, colgada en medio del techo, iluminaba los muebles tallados y la alfombra pekinesa azul y blanca. La luz daba también sobre el agradable rostro de un chino de severo uniforme oscuro, sentado tras un enorme escritorio situado a un extremo de la inmensa habitación.

—No necesitarán ningún documento oficial —dijo con un meticuloso acento chino—. Ya me he puesto en comunicación con las autoridades de nuestra capital. Un avión especial les llevará a ustedes, doctor y señora Sung, a Pekín, donde se les dará una adecuada bienvenida como personas patrióticas, y luego se les enviará a sus puestos.

—¿También yo? —preguntó Mercy.

—Usted también. No será excluida por ser mujer. Tenemos necesidad de buenos cerebros, allí donde estén. Sugiero que piense usted en la posibilidad de fundar una nueva escuela de música en Pekín. Tenemos muchas canciones folklóricas nuevas, creadas por nuestras propias gentes. Deben ser compiladas y escritas, para que se conserven. Esto no es más que una sugerencia, madame. A usted, doctor Sung, puedo decirle que regresa a nuestro país en un momento oportuno. Nuestros científicos están trabajando en un nuevo tipo de bomba de hidrógeno, de una potencia superior a la de cualquier otra conocida.

—¿Una bomba? Pero mi especialidad es industrial más que militar.

—La industria de nada sirve si está a merced de una codiciosa potencia occidental como los Estados Unidos, país claramente decidido a instaurar un nuevo imperio en Asia.

Si se dio cuenta de que sus invitados no le replicaban a esto, no lo dio a entender. Puso un gran sello rojo en varios papeles y por el teléfono de su escritorio, dio una breve orden. Casi al instante se abrió la puerta, por la que entró un joven con uniforme azul oscuro. El hombre de detrás del escritorio alzó la vista.

—Lleve al doctor Sung y a su señora a la puerta. Cuídese de que dentro de dos horas estén en el aeropuerto.

Se pusieron en pie. El hombre que les había recibido saludó con un gesto de cabeza y Mercy y John salieron con el joven.

Aquella noche, ya en el reactor, cuando disminuyeron las luces para poder dormir, Mercy buscó la mano de su esposo.

—Tienes la mano helada —exclamó él al cerrar ella su manita en su palma.

—Estoy nerviosa. O puede que tenga miedo.

—¿Miedo?

—Bueno, me consta que no será la misma forma de vida fácil que la del país en que me eduqué.

—¿Cómo lo sabes?

—Las cartas de mi madre son tan... extrañas.

—¿Extrañas?

—Tan... parecidas... y una o dos veces al año, unas líneas ocultas en un regalo, en las que me dice que me quede donde estoy..., es decir, en América. ¿Te ha dado la impresión que el hombre de esta mañana, el de la embajada, parecía reservado, rígido... o algo así? No sonreía.

—Estaba en su papel oficial.

—¿Te parece? Oh, ¿qué pensarán los Brandon cuando vean que no volvemos? Les escribiremos cartas explicándoles... ¡John!

—Dime.

—¿No sería maravilloso que pudiéramos explicar a nuestro pueblo cómo son los americanos? Lo mismo que intentamos explicar a los americanos acerca de los chinos. Yo creo que es nuestro deber.

—¿Por qué no?

Ahora que ya estaba tomada la decisión, que habían dado el paso definitivo, ahora que el regreso estaba cortado, John sintió como una sensación helada en el corazón, que no podía explicar. Había salido de China de muy pequeño, con su padre, hermano menor de un comerciante del Barrio Chino de San Francisco. Allí se había criado, al cuidado de su tío, cuando su padre murió. Ni siquiera a ese tío le había dicho que, en lugar de la luna de miel en las Cataratas del Niágara, como había anunciado, se volvían a China. Porque, dondequiera que un chino estuviera, por mucha riqueza que acumulara o éxitos que tuviera, China era siempre el hogar. Buscó en su memoria recuerdos de la infancia y le pareció que podía recordar un pueblecito que debía haber estado en la provincia al sur de Kwangtung, cerca de Cantón, y en aquel pueblo una casa campesina, pero cómoda, en la que había una pareja anciana que le quería mucho, así como una dulce mujer que lloraba cuando su padre se lo llevó a América. No era probable que vivieran sus abuelos, pero encontraría a su madre.

Se quedó dormido, pues estaba más cansado de lo que creía, después de la boda y la excitación interna de la partida inmediata del país donde viviera tantos años. Al ver que sus ojos se cerraban en la penumbra, Mercy retiró su mano de la de él. Que durmiera, ya que ella no podía. No habían tenido tiempo, desde la boda..., una boda preciosa, pensó con ternura, recordando los cuartos llenos de flores, llenos de personas cariñosas, de corazón generoso. Era imposible creer que toda posible amistad estuviera muerta entre personas

así y su propia gente. No podía ser cierto que después de un siglo de bondades y estima, los americanos fuesen enemigos de los chinos. Los Brandon y sus hijos eran su familia americana. Incluso solía llamar a la señora Brandon «Madre», «Madre Americana». Pero, ahora que retornaba a su tierra, sentía el corazón henchido de amor hacia todos. Miró con ternura a John, dormido junto a ella. El rostro atractivo, relajado, parecía más joven que sus veintisiete años.

—Es el más brillante de nuestros jóvenes científicos —había dicho su jefe el día de la boda—. Le predigo un gran futuro, señora Sung.

El reactor vaciló ligeramente, y Mercy se asió con fuerza a los brazos de su asiento. Siempre sentía miedo de estar tan por encima de la tierra, pero era el único medio para llegar a China. El temblor del aparato se convirtió en un movimiento más violento. La voz del piloto llegó por el altavoz:

—Señoras y señores, hagan el favor de abrocharse los cinturones. Entramos en una zona de turbulencias.

¿Debería despertar a John? No, ya se había despertado y ambos se ataron los cinturones en el mismo instante. Luego, en un silencio de terror, permanecieron inmóviles, unidas las manos, mientras el aparato avanzaba vacilante por el oscuro espacio, pero siempre con rumbo a oriente.

Madame Liang se encontraba en el comedor principal de su restaurante cuando su gerente, que era a un tiempo el servidor en quien más confiaba, la llamó mediante una señal convenida entre ellos, para advertirla de que tenía algo importante que decirle. Ella no apresuró su elegante recorrido por entre los clientes, pero en menos de media hora ya había salido de la sala, tras de saludar a los huéspedes más importantes. Libre de tal obligación, entró en el pequeño ascensor privado que el señor Brandon hiciera instalar allí años antes, cuando su madre, paralizada por la artritis, viniera a vivir con su hijo y la familia de éste en Shanghai, donde el servicio era abundante y barato. Naturalmente, ya había muerto hacía tiempo —su tumba estaba en el cementerio de lo que había sido la Concesión Británica— y el servicio no era abundante ni barato, gracias a los nuevos sindicatos.

El gerente, Chu San, ya estaba en el ascensor, esperándola. Tocó un botón y el aparato se detuvo entre dos pisos. Así lo hacían siempre que madame Liang deseaba hablar con su empleado sin posibilidad de ser escuchados.

—¿Qué tienes que decirme?

—Se ha corrido la noticia de que el eminente y joven científico chino, doctor John Sung, ha huido de los Estados Unidos.

—¿Y bien?

—Su esposa viene con él, madame.

—¿Y qué?

—Que es la segunda hija de madame.

—¡No!

—¿Madame no lo sabía?

—¡No que se hubieran casado!

—Las cartas de madame están siendo interceptadas.

—Todas las cartas son interceptadas —repuso impaciente.

—Pero sobre todo las de madame.



—¿Por qué lo dices?

—Madame tiene tres hijas, educadas en país enemigo.

Madame Liang contempló el duro rostro de campesino. Era hijo de aldeanos, que había huido de su granja de media hectárea, único medio de subsistencia de su familia. En la ciudad de Shanghai había vivido trabajando en toda clase de empleos, había ido a una escuela donde aprendió a leer y escribir y, cuando contaba dieciséis años, había sido descubierto por madame Liang, mientras se alimentaba de despojos de sus cocinas. Algo en su aspecto huesudo le hizo comprender su fortaleza innata y, bajo su égida, fue adelantando hasta llegar al puesto que ocupaba en la actualidad.

—¿Por qué mencionas a mis hijas?

—Ellos no descansarán hasta que todas estén aquí.

—Debo salir en seguida para Pekín —decidió ella en un instante—. Tú vendrás conmigo —Se detuvo, y tras un penoso silencio, aclaró—: Por avión.

—¡Madame! —exclamó compadecido.

—No, es necesario —insistió—. Tengo que ir en seguida a ver a mi hija mayor. No me ha dicho nada de que mi segunda hija había salido de Estados Unidos. Tengo que saber por qué. No se me ha dicho nada. —Un relámpago de ira cruzó el hermoso rostro—. Si no me lo cuentan todo ¿cómo puedo actuar con prudencia?

—He contado a madame lo que he podido oír hace como una hora en la mesa de uno de los comedores privados.

—Pon esto en marcha. Hay un vuelo que sale dentro de hora y media. Manda a Chou Ma que me prepare el equipaje y busca alguien que nos lleve al aeropuerto. Tú me acompañarás.

—Sí, madame.

El hombre apretó otro botón y el ascensor subió con suavidad al siguiente piso.

Madame Liang se dirigió inmediatamente a casa de su hija mayor. Conocía Pekín bien, porque Cheng y ella pasaron allí los primeros años de su matrimonio..., ¡qué difícil resultaba ahora creer que aquellos años hubieran existido nunca! ¿Podían haber previsto, ella y todos los jóvenes que habían estudiado en las escuelas occidentales de un mundo extraño, que aquello con que soñaban, aquello que les habían enseñado a anhelar, la vida, la libertad de buscar la felicidad propia, resultaría como había sido y, en ese caso, hubiera ella, todos ellos, alterado la seguridad del antiquísimo trono, del pasado tradicional? Se sentía turbada por la presencia constante de la pregunta sin respuesta, con su halo de culpa. Ese sentimiento de culpa le había impedido escapar a París o Nueva York, con otros que habían encontrado allí refugio..., culpabilidad unida a un profundo amor por su patria y sus gentes.

El sentido de culpabilidad le abrumaba al darse cuenta, parada ante la puerta exterior de la casa de su hija, que era ella la responsable del retorno de sus propias hijas al torbellino presente. Era ya de noche y los cerrojos estaban echados. En las calles, las tiendas que permanecían abiertas todo el día, se cerraban hasta la mañana siguiente.

—Vuelve a golpear la puerta —ordenó a Chu San que, como siempre que salía de casa, la había acompañado. Era un buen guardaespaldas, pues conocía todos los trucos para dar un puñetazo o un golpe con sus pies rapidísimos, si

alguien les amenazaba. Siempre había la posibilidad de sufrir un ataque de cualquier enemigo desconocido, en los tiempos en que ahora vivían.

Golpeó la puerta con ambos puños, hasta que se abrió una rendija por la que asomó un ojo.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz.

—Abre la puerta o le daré de patadas hasta conseguirlo —gritó Chu San—. Se trata de madame Liang, de Shanghai.

—¡Soy la madre del doctor Liang! —habló también la dama.

Al instante se abrió la puerta. Madame Liang descendió del vehículo, cruzó el patio y entró en la casa. Las puertas se hallaban abiertas porque la noche era suave. Allí estaban, Grace, Mercy y el esposo de ésta. Sí, el joven alto debía de ser su yerno, del que había oído hablar y al que nunca había visto. Nadie la esperaba, pues había querido llegar inadvertida, a ser posible.

Grace fue la primera en exclamar sorprendida:

—¡Mamá! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Volando —repuso la señora con su calma habitual.

Se vio envuelta en abrazos y sintió su mano derecha fuertemente estrechada por su yerno.

—Terminad —ordenó—. He venido a enterarme de todo.

—Antes de nada, ¿has comido? —preguntó Grace.

—Sí y no quiero nada más que enterarme cómo es que estáis todos juntos aquí y a mí no se me ha dicho nada.

—Tampoco yo sabía nada hasta un par de horas antes de que estos dos llegaran.

Se sentaron: madame Liang en el sitio de honor, a la mesa central y junto a la pared interior. Por muy occidentalizadas que sus hijas estuvieran, y aunque ella se creía una mujer moderna, se había sentado instintivamente en la forma tradicional en que lo hacían los mayores.

—Hija mía —se dirigió a Grace— ¿puedes confiar en tus servidores?

—Al menos no hablan inglés.

—Entonces hablaremos en inglés.

—Explícame —dijo volviéndose a su segunda hija—, por qué no se me informó.

—Mamá —repuso Mercy como excusándose—, no estábamos seguros de si venir o quedarnos en América. John tenía un trabajo excelente. De pronto, un día, nos dimos cuenta de que después de casarnos, cuando tuviéramos hijos, si nacían allí, serían americanos. Me confundía pensar en dar a luz ciudadanos americanos. Dije a John: «Nuestros hijos deben nacer en nuestro propio país. Tienen que ser chinos. Casémonos pronto y volvamos en seguida a casa.»

—Además, señora —interrumpió el marido— yo pensaba que era mi deber contribuir al desarrollo de nuestro país. Necesitamos científicos. Así que volvimos.

—¿Cómo os lo han permitido? —preguntó con astucia la madre—. Me consta que los americanos no dejarían marchar científicos nucleares.

Las miradas de sus hijas se cruzaron. Luego, Mercy rompió a reír.

—Mamá, ¿cómo es que te enteras de todo? Fuimos a Inglaterra... y seguimos viajando hacia el Este.

—¿Bajo la protección de nuestras propias autoridades?

—Sí —repuso secamente John Sung.

Madame Liang estudió a su yerno. Le gustó lo que veía. Alto, guapo pero no demasiado —desconfiaba de los hombres demasiado guapos, como lo fuera su esposo— de mirada abierta, sincera, forma de hablar sin ambages; todo eso la complació.

—Aprecio vuestro patriotismo, pero ahora que estáis aquí, tendréis que tener paciencia. Se ha conseguido mucho, pero queda aún mucho por hacer.

Antes de que pudiera seguir hablando, oyeron un ruido de pasos en formación, de cánticos, de cohetes que estallaban en la calle.

—Es el treinta de mayo —explicó Grace.

—Se me había olvidado —dijo John Sung.

Escucharon unos instantes cómo se iban acercando los sonidos.

—Mamá, ¿cómo sucedió en verdad el treinta de mayo? —preguntó Mercy.

—¿Es posible que no lo sepas? —preguntó su madre, sorprendida.

—Lo he oído, pero hace tanto...

—Es verdad. A mí no me ha parecido tanto tiempo, pero fue años antes de que nacieras. Yo estaba en Shanghai, esperando a tu padre, que trabajaba con Chiang Kai-shek y preparando la expedición al Norte para aplastar a los señores de la guerra que se oponían a la revolución y luchaban entre sí para restaurar el antiguo gobierno. Necesitábamos el impulso de algún incidente dramático para fijar el momento de iniciar la expedición y lograr el apoyo de los campesinos. Sin darse cuenta de lo que hacían, los occidentales nos procuraron la excusa. Yo estaba con unos amigos en una casa de la avenida Nankíng. De pronto, aquel día, treinta de mayo de 1925, mientras leía una carta de tu padre, oí voces airadas en la calle, bajo mi ventana abierta. Me asomé y vi un grupo numeroso de estudiantes que gritaban y agitaban palos ante los policías contratados por la Colonia Occidental de Shanghai. Entonces los policías amenazaron a los estudiantes con disparar a la muchedumbre si no se dispersaban al instante.

—Lo que, naturalmente, no hicieron —interrumpió Mercy.

—Yo sabía que no lo harían. Los estudiantes se apiñaron alrededor de los policías, que dispararon al aire, sobre sus cabezas. De nuevo lanzaron su aviso y, cuando los estudiantes rehusaron alejarse, la policía descargó sus pistolas en el grupo. Murieron varios estudiantes. —Contempló los rostros atentos—. Fue el incidente que necesitábamos. Todo el país sufrió una erupción de violencia..., violencia contra británicos y japoneses, bloqueos, rabia por todos lados, ataques, por parte de los periódicos, a todas las potencias occidentales. A comienzos del año siguiente empezó la expedición contra el Norte..., un éxito, un triunfo, intelectuales y campesinos trabajando juntos, invencibles en su unión.

Hablaba con elocuencia, con un inglés sin acento alguno, rico. Pero se detuvo, moviendo la cabeza.

—¿Qué te pasa, madre? —preguntó Grace.

Su madre parecía de pronto muy agotada.

—Este incidente demostró también otra cosa.

Madame Liang habló pensativa, pero con cansancio. Se pasó las manos por las mejillas y luego las dejó caer en el regazo. John Sung quebró el silencio:

—Quiere decir...

—Quiero decir —continuó, haciendo un esfuerzo— que este incidente fue la prueba de la falta de comprensión entre chinos y occidentales. Desde el punto de vista occidental, la policía había actuado legalmente..., habían advertido varias veces a los estudiantes, que prefirieron desobedecer la ley y, por ello, debían aceptar el castigo. Para los chinos, ninguna ley podía excusar la matanza de estudiantes, que eran los miembros de la clase educada. Nosotros creemos que las leyes sólo están para controlar a los criminales. Y aquellos eran estudiantes, no criminales. Para nosotros, al revés que para los occidentales, no significaba nada que la policía estuviera en su derecho, dentro de la Colonia Internacional. El interior del subsuelo pertenecía siempre a los chinos. Sólo la superficie de la tierra era propiedad de los extranjeros y hasta eso nos resultaba intolerable.

Cerró los ojos y enmudeció. Fuera de los muros, al otro lado de la puerta atrancada, el ruido de pies que marchaban, de gritos, de cantos de los que desfilaban, invadió la habitación.

—Vamos a verles —exclamó Mercy dando palmadas con las manos y poniéndose en pie de un salto—. ¡Vamos a abrir la puerta!

Antes de que llegara al centro del cuarto, madame Liang bloqueaba la puerta.

—N-no —tartamudeó—. N-no, ¡no hay que abrir la puerta!

—Pero ¿por qué no? —se sorprendió Grace.

Habían rodeado a madame Liang que pasó su vista de un rostro a otro. Su desconcierto pareció tranquilizarla y, cuando volvió a hablar, lo hizo con su calma habitual.

—Alejaos de las multitudes. Dejad que desfilen y griten. Es una senda, pero no la Senda Eterna.

No se movió de la puerta. Fuera de la casa, en el patio, Chu San estaba apoyado, con los brazos abiertos, contra la puerta atrancada.

Los escasos días siguientes transcurrieron en horas de extraños contrastes. Por las noches, la familia se reunía para cenar, esperaba el servicio con la misma tranquilidad de antaño, antes del Gran Cambio, como se llamaba la llegada de los nuevos dirigentes. Sin embargo, durante el día, Grace iba al Hospital, donde se enseñaba y practicaba la medicina china y la occidental, y continuaba sus estudios con el viejo doctor, mientras madame Liang hablaba de multitud de temas con Mercy y John. Sentía especial curiosidad por saber de los americanos de hoy día y hacía numerosas preguntas a la pareja recién llegada.

—¿Es posible —comentó cuando por fin sus preguntas quedaron contestadas—, que los americanos desconozcan la injusticia que nos han hecho?

—¿Qué injusticia, mamá? —preguntó Mercy.

Ahora que se hallaba en su propio país, todo le parecía bueno y se hallaba en la cúspide de la felicidad. Lo que no había dicho a nadie es que era ya posible que hubiese concebido. Era demasiado pronto para estar segura, pero no podía sino alegrarse de que John y ella hubieran salido de América inmediatamente después de casarse. Había logrado su propósito. Su hijo

nacería en su propio país, la tierra de sus antepasados, cierto, pero también la tierra del futuro.

—Quiero decir —hablaba su madre—, que al cortar los americanos toda comunicación entre nuestros dos países, después del Gran Cambio, han violado la ley de la amistad. Durante un siglo, los americanos fueron nuestros únicos amigos occidentales. Sólo ellos no se apoderaron de territorios nuestros, ni lucharon jamás contra nosotros, ni exigieron indemnizaciones. Es verdad que, para enriquecerse, insistieron en tener los mismos privilegios que nos veíamos obligados a conceder a otras naciones extranjeras, para que también sus súbditos pudieran caminar por nuestras calles sin temor a ser arrestados o juzgados. Pero no nos exigieron nada más... a decir verdad, modificaron las exigencias de los demás. Sin embargo, parece que ahora no se preocupan del antiguo lazo de amistad. ¿Comprendes —dijo volviéndose a su yerno— lo que estoy explicando, o has vivido demasiado tiempo entre los americanos?

—He vivido demasiado tiempo con los americanos —repuso John Sung con honradez.

—Entonces te lo explicaré. —Después de meditar un instante, madame Liang prosiguió—: La amistad entre dos personas o dos naciones es un lazo indestructible, un lazo que no puede cortarse. Un corazón honorable no rechaza a un amigo porque se encuentre metido en problemas, ni siquiera si su naturaleza cambia y se convierte en criminal. También entre dos naciones debe ser eterna la amistad, a no ser que el amigo sea falso y, si es falso en una circunstancia, es que siempre lo fue. ¿Qué crimen cometimos contra los americanos? ¿El Gran Cambio? ¿Acaso es un crimen cambiar de Gobierno? ¿Qué ley puede calificarlo como crimen? Entre amigos, no tiene mayor importancia que el que uno se cambie de ropaje. Por esa falta de motivos es por lo que nuestro afecto por los americanos se ha transformado en odio. ¡Temo el futuro! Aquí, en nuestro país, está creciendo una generación que nunca ha visto un rostro ni oído una voz americana. ¿Qué saben de los americanos, más que odiarles, como se les ha enseñado a hacer? No hay odio tan peligroso como el que en un tiempo fue amor.

John Sung escuchaba todo aquello con la mayor atención y, cuando madame Liang hubo terminado, no habló durante algún tiempo. Al fin comentó:

—Para los americanos, el comunismo es un crimen. No lo admitirán jamás.

—Pero ¿por qué, si es nuestro, no de ellos? —madame Liang estaba verdaderamente sorprendida.

—Supongo —repuso John Sung, tras haberlo ponderado—, que la preocupación americana hacia las formas de gobierno surge de su propia historia. Sus antepasados huyeron de Europa, escapando a la tiranía de los antiguos gobernantes. Su sueño era la libertad. Por eso, para ellos, la tiranía es endémica en el comunismo. No quieren ni oír hablar de ello. No es a nosotros, como chinos, a lo que odian. Es la tiranía que imaginan.

—¡Imaginar! —repitió madame Liang.

Movió la cabeza. Miró al este, al oeste; luego cambió de tema. Tres días más tarde regresó a su casa de Shanghai.

Otra vez volvió a deslizarse con suavidad la primavera hacia el verano. Grace, bajo la tutela de todo un año con el viejo médico chino, había progresado de un mero escuchar a la práctica. Asistía en la clínica varias veces por semana, observando los métodos del doctor Tseng. Sin embargo, cierta mañana de principios de junio, el quinto mes del año lunar chino, a una hora tan temprana que aún no se había abierto la consulta, una hora que ella pasaba tomando notas del viejo doctor, mientras él hablaba de algún aspecto de la medicina antigua, el ministro Chao Chung entró en el despacho del médico.

—Ah, doctor Tseng, me ofrezco como paciente, esta mañana.

El anciano médico se levantó, pero Chao Chung le dijo que permaneciera sentado. También él tomó asiento y se dirigió al doctor.

—Doctor Tseng, vengo para decirle que llevo varios días sintiéndome extrañamente cansado y sin apetito.

—Observo que sus globos oculares están amarillentos y tiene la voz algo ronca.

—Me pongo en sus manos —dijo, sonriente.

—Permítame ver su lengua.

Chao Chung sacó la lengua y el doctor la contempló un largo minuto. Luego habló:

—Déjeme tomarle el pulso en su mano izquierda.

Chao Chung alzó la mano izquierda y se subió la manga. El doctor le tomó la muñeca con su derecha, volviéndose a Grace.

—Observe cómo tomo el pulso de la mano izquierda. Oprimo mi anular aquí, donde la palma se separa de la muñeca, y coloco al lado mi tercero y cuarto dedos. Examino los tres pulsos aquí, primero oprimiendo levemente, después con fuerza mediana, luego profundamente.

Mientras hablaba, frunciendo los labios, tomó los pulsos de la mano izquierda de Chao Chung. En ello tardó casi media hora. Volvió a hablar.

—Camarada Chao, extiende, por favor, su mano derecha.

Así lo hizo el ministro, y el doctor Tseng examinó los pulsos de la muñeca derecha con idéntico cuidado, sólo que, esta vez, poniendo su índice en el punto donde se unían muñeca y palma, y al lado el tercer y cuarto dedos. El pulgar se hallaba en el hueco de la palma. Este examen duró, en conjunto, una hora. Entonces pronunció su diagnóstico.

—La fatiga ha hecho que el ritmo de su corazón sea más lento. Debe descansar tres días y no emplear los ojos. Le daré un ligero tratamiento de acupuntura para tonificarle, y así se sentirá mejor.

Ayudó a Chao Chung a bajarse la chaqueta de los hombros y, sobre la piel desnuda, clavó una aguja de longitud mediana en dos puntos, uno a la izquierda y el otro a la derecha de la nuca del paciente.

—Ya me siento mejor —declaró Chao Chung, abrochándose la chaqueta.

—Es porque el equilibrio entre *yang* y *yin* está restaurado. —El anciano doctor se volvió a Grace—. Hoy hablaré del tema del *yang* y *yin*.

—Hágalo, por favor.

Chao Chung, ya de pie, se disponía a marchar. Se detuvo en la puerta.

—Por cierto, doctora Liang. Ahora me acuerdo..., su cuñado.

—¿Qué le pasa?

—¿Tiene usted alguna influencia con él?

—No —sonrió Grace—. Pero mi hermana sí.

Chao Chung vaciló.

—Estamos teniendo ciertas dificultades con él, ahora que ya ha terminado su período de tutela.

—¿Es verdad eso? Y sin embargo, parece muy dichoso. Ambos parecen estarlo.

—Ah, sí, pero es un individualista.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Se resiste a cumplir ciertas instrucciones.

—No sé nada del asunto.

—¡Naturalmente! Como trabaja en zonas en las que se debe mantener el secreto, usted no puede saber nada.

—¿Qué desea usted que yo haga?

—Sencillamente, diga a su hermana que él no debe ser demasiado individualista.

—Pero, ¿comprenderá?

—El comprenderá —dijo Chao Chung, alzando sus espesas cejas negras.

Alzó la mano derecha en un gesto de despedida y dejó la sala.

Ella, sin embargo, no comprendía, y por ello no pudo olvidar lo que le había dicho. Sentía resonar sus palabras en el cerebro, incluso mientras escuchaba la monótona voz del doctor Tseng que explicaba acerca del *yang* y el *yin*.

—Hace cinco mil años, durante la dinastía Chou, se escribió este antiguo libro que el Presidente ha mandado volver a imprimir, este libro que tengo entre mis manos y que usted deberá estudiar atentamente. En él aprenderá que en el cuerpo humano hay dos clases de sangre. Una está controlada por el *yin*, principio de las tinieblas; la otra por el *yang*, propio de la luz. Ambos principios obran juntos, en equilibrio...

Al cabo de un tiempo empezó a escuchar, olvidando, incluso, lo que le había dicho Chao Chung. Porque ¿qué otra cosa podía ser aquella noble sangre del cuerpo humano más que el descubrimiento, hacía siglos, de la sangre venosa y la sangre arterial? Así pues, hacía muchísimo tiempo su pueblo sabía lo que otros pueblos no descubrieron hasta siglos más tarde. ¡No era de extrañar que el suyo fuera un pueblo orgulloso de sí!

Aquella tarde, antes de irse a casa, el anciano médico le puso sobre la mesa el libro que su madre tenía siempre al alcance. El *I-Ching*.

—Es necesario que comprenda usted estos triagramas —le dijo mientras envolvía su instrumental en el trozo de tela azul que utilizaba como cartera. Puso el índice en una página abierta del libro—. Observe aquí el octavo *kua*. Estos son los cambios de la naturaleza que se deslizan juntos y, sin embargo, en oposición; uno entra mientras el otro sale. Es el eterno movimiento vital, una dualidad de lo positivo y lo negativo, ambos igualmente valiosos e indispensables el uno al otro. Por eso, no puede darse luz sin el contraste de la oscuridad, día sin su noche, verano sin invierno, otoño sin primavera, fortaleza sin debilidad, macho sin hembra. Con cada *yang* se da un *yin*; unido a cada *yin* debe haber un *yang*. En el momento en que se altera el equilibrio, ataca la enfermedad.

Cuando el doctor se hubo ido, Grace se quedó meditando en cuanto había dicho. Se iba formando en ella el hábito de reflexionar, como lo hizo también ahora, sobre la posibilidad de que existiera un paralelismo en la medicina occidental para expresar la arcaica sabiduría china. ¿No sería algo semejante al *yin* el sistema nervioso parasimpático? Tan absorta estaba en esos pensamientos que, al llegar a casa al anochecer, se olvidó de decirle a su hermana lo que Chao Chung le había comunicado. Pero otras cosas iban a distraerla, pues al entrar en el patio, Mercy salió a su encuentro y, sonriente por una felicidad interna, asió con fuerza su mano derecha.

—Hoy he ido al médico —confió mientras se dirigían a la puerta de la casa, abierta a la suave brisa vespertina.

—¿Estás enferma? —se apuró Grace.

—¡Llevo en mí la felicidad! —fue la triunfal respuesta de Mercy, que pronunció en chino la antigua fórmula.

—¡Dichosa hermana! —exclamó Grace, abrazándola.

En su excitación olvidó por completo la conversación de la mañana y, antes de que volviera a recordarla, ya era de noche. Habían terminado de cenar, los sirvientes se habían retirado y Mercy y ella se hallaban solas en el vestíbulo central. John se había excusado. Había comido menos que de costumbre y Mercy se sentía preocupada y así lo manifestó cuando él hubo salido.

—Me pregunto si no se sentirá bien —comentó.

Sus palabras hicieron recordar a Grace.

—Ay, se me había olvidado.

Repitió la advertencia de Chao Chung. Mercy la escuchó y se sintió turbada.

—¿Qué quiere decir con eso de «individualista»? —preguntó; sus grandes ojos parecían tan infantiles que la hermana se conmovió.

—Ha dicho que mi cuñado lo entendería.

Ya entrada la noche, al quedar sola con su marido, Mercy repitió las palabras, pero con una pregunta.

—¿Tú lo entiendes? —concluyó una vez le hubo contado la conversación con Grace.

—Sí —repuso John con sequedad.

Mercy esperó, mas al ver que él permanecía en silencio, insistió con dulzura.

—¿Quieres explicármelo, cariño?

Hablaban en inglés, como era su costumbre cuando estaban solos por la noche. El idioma chino no contenía las palabras amorosas que necesitaban para comunicarse.

—No hay nada que explicar.

En la oscuridad, ella no podía verle el rostro sobre la almohada, junto al de ella; sólo sintió la brusquedad de su tono.

—Entonces, por qué...

—Sólo puedo explicártelo —cortó él—, diciendo que se trata de la diferencia entre la forma de pensar de un científico y la de un político y militante. Yo soy científico y tengo conciencia profesional. Chao Chung es político y sólo piensa en el Gobierno y cómo conseguir sus metas. No estamos de acuerdo; eso es todo.



Hablaba con firmeza, pero con calma y Mercy no comprendió por qué, de pronto, sentía mucho miedo. Se le acercó más, apoyando la cabeza en el hombro de John.

—Pero, cariño, si casi acabamos de llegar. ¿Crees que debes manifestar tus desacuerdos tan pronto... y con un ministro tan poderoso?

John se tragó las palabras que tenía en la punta de la lengua. ¡Que no se sintiera desgraciada el día de su anunciación! Al llegar a comer al mediodía, mientras almorzaban juntos, porque Grace pasaba todo el día en la clínica, ella se le había acercado, reclinando la cabeza en su pecho. Él se había sorprendido, pues no era corriente que Mercy le demostrase su amor a la luz del día. La había estrechado entre sus brazos.

—¿Pasa algo malo?

—Nada malo sino maravillosamente bueno. —Luego había utilizado, por vez primera, la frase china para anunciar el acontecimiento—: Llevo en mí la felicidad.

Abrumado, la había estrechado más aún. Luego, con voz enronquecida por la sorpresa y la alegría, le había preguntado si estaba segura.

—¿Has ido al médico?

—He estado en la clínica de ginecología.

—Y ¿ya está confirmado?

—Es seguro.

Ahora, al recordarlo, se le ocurrió que no tenía derecho a pensar en palabras como «individualista», que pudieran asustarla. ¿Tendría ella razón? Puesto que el hijo de ambos iba a nacer aquí en la tierra de los dos, ¿podía poner en peligro la nueva vida para poder mantener su propia libertad de científico consagrado?

—Seamos dichosos —dijo al fin—. Tenemos tanto para ser felices...

Al pronunciar las palabras la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí hasta que Mercy se sintió tranquila. Pero él no podía dormir. Chao Chung tenía razón. El sabía muy bien lo que el ministro había querido decir al acusarle de ser «individualista».

—¿Acaso se arroga usted el derecho de preguntar qué empleo va a darse a su ciencia? —le había preguntado Chao Chung.

Se hallaban en el despacho privado del ministro, un despacho interior, un cuarto dentro de otro, de paredes a prueba de sonidos y la puerta, único hueco, doble. Le habían llamado allí por la mañana temprano y había pasado de la brillante y soleada mañana de estío a la penumbra del cuarto cerrado. Tras una enorme mesa central de ébano estaba sentado Chao Chung, sombrío, sin su sonrisa habitual. A su derecha se sentaba el capitán Li. Era la primera vez que él, John Sung, era convocado ante una presencia oficial y, pese a sí mismo y a su habitual confianza, se había sentido vagamente temeroso.

—Siéntese —le había ordenado Chao Chung.

Así lo había hecho en una silla lateral, esperando mientras su superior estudiaba ciertos papeles. La luz de la lámpara que había sobre la mesa se concentraba en la cara de Chao Chung... un rostro cruel... ¿o sería sólo porque en ese momento no sonreía? Tal vez se debiera a la boca, un tanto gruesa, o a las espesas y oscuras cejas dominando los negríssimos ojos...

—Estudiando las posibilidades militares del futuro —había empezado de pronto el ministro, alzando la vista y fijándola en su subordinado—, existe la

cuestión de si debemos estar dispuestos a destruir al enemigo en caso de ataque.

John Sung esperó. ¿Qué enemigo? ¿Qué ataque? Las preguntas se acumulaban en su cerebro, pero no las formuló y Chao Chung prosiguió:

—Es cierto que contamos con el mayor experto mundial en cohetes, que está encargado de nuestro desarrollo nuclear... gracias a la estupidez del senador americano McCarthy, hace unos años. En los Estados Unidos, no quisieron darle el visto bueno total, como científico, aunque estuvo esperándolo cinco años. Por eso, decepcionado, regresó a nuestro país. Y digo «gracias» porque realmente le agradezco a McCarthy por obligar así a un gran científico, a abandonar América..., cosa que nosotros no logramos obtener mediante ninguna forma de persuasión.

—Yo no he conocido al doctor Tsien —dijo John Sung.

—¿No? Bueno, algún día. Entretanto, le comunicaré su asignamiento. Permítame que le explique, diciendo que nuestros expertos militares están de acuerdo en que, mientras nuestras armas nucleares se desarrollan en todo su potencial, debemos protegernos con métodos más sutiles. Alguna clase de gérmenes, tal vez drogas, algo mortal que se pueda utilizar imperceptiblemente, pero con efectos totales.

Las espesas cejas negras se alzaron sobre los ojos interrogantes. John Sung miró con tranquilidad aquellos ojos, mientras Chao Chung aguardaba.

—¿Y bien? —preguntó el ministro impaciente.

—Tenga la bondad de seguir.

Un conato de sonrisa había aparecido en la boca sombría.

—Yo, personalmente, sugeriría una especie de líquido... ¿o se trata de un gas?, que al entrar en contacto con la piel produce parálisis y una muerte rápida. O, si prefiere usted una técnica más sencilla, podría ser un veneno radiactivo, vertido secretamente en las fuentes de suministro de agua. Aquí tengo un mapa... muy exacto...

De debajo de los papeles que tenía ante sí, sacó un mapa grande que desdobló. Hizo un gesto y John Sung se puso en pie, acercándosele. Chao Chung prosiguió, mientras su largo índice se movía en el mapa.

—Mire: aquí están las fuentes de suministro de agua al oeste de la Partición Continental. Observe cómo están de concentradas. Ahora nos moveremos por los Estados. Aquí los centros del valle de Tennessee... aunque, claro está, se complica la cosa en el Este, pero en cambio la población es mucho más densa. Sería tan fácil llevarlo a cabo. Precioso, ¿no es verdad?

Alzó la vista a John Sung, con el rostro más animado.

—Podría llevarse a cabo, desde luego.

John regresó a su sitio, consciente del fuerte latir de su corazón que había triplicado su velocidad y le martilleaba el pecho. ¿Sería posible lo que el ministro estaba a punto de sugerir —o tal vez peor aún, de mandar—, que él estudiara un medio tan cobarde de... de...? Alejó de sí el pensamiento, como algo imposible.

—Confío en que tal esfuerzo resulte innecesario —pudo decir al fin.

—Tenemos que estar preparados —replicó el ministro.

Hubo una pausa que ninguno de los dos parecía querer quebrar. John Sung estaba decidido a no ser él quien la quebrantara. Por fin, Chao Chung se vio obligado a hacerlo.

—Le estoy preguntando a usted, como científico, qué método sería, en su opinión, más eficaz.

—Espero que ninguno de ellos sea necesario jamás.

—¿Ni siquiera en caso de guerra? —interrogó su oponente, con aparente sorpresa.

—Existe el honor, incluso en la guerra —respondió John Sung.

Se quedó atónito cuando, al instante, Chao Chung se dejó arrebatado por la cólera. Echó los papeles a un lado y golpeó con fuerza la mesa, con ambas manos.

—¡Ha estado usted demasiado tiempo en el decadente Occidente! —dijo—. Allí, la guerra es un juego, con reglas para esto y para lo otro..., romance, gloria, compasión para los prisioneros... ¡todo tonterías! La guerra sólo tiene una finalidad: matar al enemigo, quitarle de en medio, por todos los medios posibles. En la guerra no hay justicia ni honor. El que mata primero es quien logra la victoria..., ¡esto es lo primero y lo más importante!

Estaba tan enfurecido que saltó de su asiento paseándose arriba y abajo por el piso alfombrado.

—¡Nosotros detestamos la guerra! ¡Nosotros, los chinos, somos demasiado civilizados, demasiado realistas para imaginar que la guerra sea un juego! Hace mucho repudiamos la fabricación de armas explosivas porque tales armas eran inhumanas y, al usarlas, destruirían seres inocentes. ¿Acaso nuestros antiguos emperadores no prohibieron hasta el uso de la pólvora, un invento nuestro, en las armas? La utilizábamos para placeres ingenuos en fuegos artificiales y tracas. O para cohetes. Hace siglos comprendimos los principios de la ciencia de los cohetes, pero otro emperador prohibió su desarrollo ¡porque las armas inventadas con este sistema podrían exterminar a la humanidad! ¿Acaso creamos nosotros la primera bomba atómica y la dejamos caer sobre una ciudad llena de gente? ¿Ideamos nosotros gases letales y gérmenes nocivos para utilizarlos como arma de guerra? ¿Por qué nos vemos hoy obligados a pensar en la guerra? ¡Para defendernos! Nosotros, que durante siglos hemos creído que la guerra era algo tan despreciable que hasta los soldados eran los más bajos de entre los criminales, la deshonra de sus familias... y ahora nos vemos forzados...

Se cortó, atragantado en su propia furia. De pronto se volvió, se detuvo junto a John Sung, se inclinó sobre él con ojos llameantes, la voz sibilante.

—¿Sabe usted cómo producir ese veneno radiactivo para las fuentes de suministro de agua de un enemigo?

John no se retiró un milímetro ni parpadeó. Devolvió la mirada a los enfurecidos ojos.

—Sí, sé cómo hacerlo.

Pero, rápidamente, para impedir que brotara la orden, añadió estas palabras:

—Pero no lo haré.

Chao Chung se mordió los labios, dominándose. Era demasiado pronto. Este hombre era aún demasiado nuevo en su propio país. Primero había que adoctrinarle. Tendría que cambiar, antes de volverse obediente.

—Es usted demasiado individualista —declaró.

Con un gesto mandó al capitán Li que acompañara a John Sung fuera de la habitación.

—¡Madame! —Chu San se dirigía a madame Liang en el ascensor—. Cuando haya usted descansado después de su peligroso viaje por el cielo, desearía hablar con usted de un asunto.

Ya estaban otra vez en casa; ella se dirigía arriba, a su cuarto, y Chu San iba a volver a su puesto en los pisos inferiores. La dama estaba a punto de salir del aparato cuando él habló. Por eso se detuvo.

—¿Es alguna cuestión que requiera prisa?

—No, no, madame..., sólo un plan, un buen plan. Si no, no la molestaría con ello.

—Entonces, déjalo que descanse unas horas en tu cabeza —dijo, entrando en sus habitaciones.

Chou Ma le salió al encuentro. Ya tenía el baño preparado y la ropa limpia estaba lista. Como siempre la anciana le riñó afectuosamente.

—Eso de trepar al cielo en una nave voladora, eso de vagar por las nubes..., ¡es tentar a los demonios del aire, madame! Era mejor como en los tiempos de antes; montar en una cómoda silla llevada a hombros por varios hombres; pararse a descansar y comer algo y tomar té en alguna fonda del camino, moverse entre seres humanos, en la tierra sólida..., ¿no prolongaba eso la vida?

—Sabes muy bien que no queda una sola silla de manos en nuestro país, o así me atrevería a asegurarlo, y si queda, ¿quién va a cargarla en sus hombros, hoy día? Además, no tengo tiempo para viajar despacio... ¡Un mes a Pekín en vez de unas horas!

Madame Liang estaba muy cansada y hablaba con impaciencia poco habitual, tanto más cuanto compartía el punto de vista de Chou Ma de «vagar por las nubes» y también ella pensaba, con nostalgia, en las lentas y agradables horas que, de jovencita, había pasado viajando con su familia a las montañas de Kiangsi, para escapar del calor del verano. Para ascender al monte había que alquilar sillas de manos, pues no había otro medio posible de subir por la estrecha senda que se retorció por las abruptas laderas. Todavía recordaba cuan fresco era el aire de la montaña, cuan delicioso el canto de los pájaros y el rumor de las cascadas. Qué distinto, a decir verdad, cuan infinitamente mejor que embutirse en un cilindro en el cielo, de donde no había escapatoria hasta la hora prevista..., ¡a menos que el destino procurara una salida rápida a la siguiente encarnación!

Mientras se bañaba, mantenía un empecinado silencio. Luego permitió que Chou Ma la vistiera con una larga túnica de seda color gris pálido. El silencio fue interrumpido por una conciliadora pregunta de Chou Ma.

—¿Puedo preguntarle, madame, si las jóvenes damas están en buena salud?

—Están bien —repuso madame Liang, reclinándose en un diván.

—¿Y al honorable yerno, la señora le...?

—Me gustó mucho.

Con este breve comentario, despidió a la sirvienta con la mano y cerró los ojos, deseando no haber prometido hablar de negocios con Chu San esa noche. Pero lo había prometido y, cuando poco después le oyó toser en la puerta, se puso en pie, pues nunca recibía, ni siquiera a un hombre tan bajo,

sentada. Se dirigió a una silla muy tallada y le mandó entrar. Así lo hizo el hombre y ella pudo ver que, como cortesía, o tal vez sólo para conseguir su favor, porque tenía que hablar de negocios con ella, Chu San se había lavado la cara y se había vestido con una chaqueta limpia de paño negro.

—Siéntate donde gustes —ordenó la dama. Él tomó asiento en una silla un poco alejada, por respeto hacia ella, sentándose en el mismo borde, para no dar la impresión de que estaba cómodo. Esperó a que ella empezara a hablar, como así lo hizo.

—Bueno, ¿y qué ideas se esconden ahora en tu cabeza?

El hombre tosió discretamente detrás de la mano y alzó la vista. Madame Liang pensó que tenía un rostro honrado, feo, de verdadero campesino, pero con todo lo mejor de los de su clase. Los actuales gobernantes habían dado, por lo menos a él, alguna ventaja, pues había sido lo bastante joven para aprender a leer y escribir en sus escuelas y se había convertido, así, en un hombre de negocios, a su manera sencilla. En otros tiempos hubiera seguido siendo un ignorante zoquete que cultivaría media hectárea de tierra en cualquier provincia lejana. Ahora, aunque su corazón seguía siendo de campesino, vigilaba los negocios de madame, pesaba el pescado y el cerdo, comprobaba si los huevos estaban frescos, metiéndolos en una cacerola llena de agua y no confiaba en dejar dinero en otras manos que las suyas. A través de los años, se había convertido en su guardaespaldas en tierra o aire. Madame podía dormir tranquila sabiendo que él estaba allí. Sabía también, porque era toda una mujer, que a su modo, siempre silencioso, él la adoraba.

Así pues, esperó a que el hombre hablara, lo que hizo tras unas cuantas toses más detrás de su mano y miraditas por el cuarto.

—Madame, nuestro negocio le aporta cada año más dinero, pese a... —volvió a toser y prosiguió—: a pesar de Ellos.

—Eso es cierto, gracias a tu incansable supervisión —repuso madame Liang con su gracia habitual.

—No es así. Se debe sólo a la naturaleza.

—¿A la naturaleza? —se sorprendió madame Liang.

—A la naturaleza de los hombres.

—¿Cuáles?

—Llenar nuestros vientres de comida sabrosa —fue la explicación de Chu San.

Madame Liang soltó su risa argentina; Chu San, satisfecho de sí mismo, siguió hablando, bajando la voz por si alguien estaba escuchando.

—Puesto que madame tiene tanto éxito con un restaurante, ¿por qué no con veinte? Podríamos montar posadas en lugares famosos de nuestro país, cada una con su propio restaurante. Nuestras gentes están sedientas de diversión y hambrientas de buena comida. Todos estos años hemos vivido sin placeres y la comida... —su rostro expresó desagrado—. ¡Hasta en Pekín mismo, a pesar de algunos antiguos restaurantes! ¡Sí, madame! Ya veo que mueve usted la cabeza, pero es cierto. Sólo en algunos pocos restaurantes, que sirven pato a la pekinesa, o en alguna fonda musulmana, donde se puede comer carnero asado, puede comerse como antes. ¡Piense, madame, en los miles de extranjeros que vendrían a nuestras posadas sólo por comer en ellas! He oído decir que los americanos comen al estilo chino, aun en su país, pero no puede estar muy bien guisado sin tener el agua y la verdura tan buena que

aquí tenemos, ni las carnes que se crían en nuestro suelo. Los americanos son muy ricos, el dinero se les escapa de las manos. ¿Qué me dice, madame?

Se inclinó, con voz ansiosa, el rostro anhelante, deseoso de oírla expresar su aprobación.

Estaba a punto de hacerlo, pero la prudencia se había convertido en ella en una costumbre. Podía confiar en Chu San..., ¿o no? ¿Sería su referencia a los americanos un truco inteligente para probar su lealtad a quienes ahora detentaban el poder? Una nube de depresión se cernió sobre su espíritu. Se sintió sola en su casa y, en este momento, sola en su país. No había nadie en quien pudiera confiar por completo; hasta sus hijas estaban, por ahora, cegadas por la alegría de hallarse otra vez en su tierra. ¡Y Chu San, esperando oír lo que ella tenía que decir...! Mejor no aceptar ni rechazar la idea. ¿Sería ésta quizá, después de todo, la Senda Eterna?

—Chu San, siempre estás pensando en mi bienestar. ¿Cómo podría llevar el negocio sin ti? Te agradezco esta buena idea que me has presentado, aunque no es posible llevarla a cabo inmediatamente. Me temo que es imposible pensar que de nuevo seremos amigos de los americanos. Esta generación nuestra actual no les perdonará.

Chu San parecía insistente. Sus ojillos negros se clavaron en un Buda de marfil posado sobre una mesa tallada, al otro extremo de la habitación, e hizo un mohín, sacando el labio inferior de su boca grande.

—Madame, nosotros, los hijos de Han, somos un pueblo que sabe lo que es un buen negocio o un negocio pequeño. Los americanos son buen negocio. Les perdonaremos, se lo aseguro, una vez haya pasado esta dinastía, porque son muy ricos.

—Por favor, no les llames dinastía. ¡Si alguien te oyera te creería seguidor del antiguo Gobierno!

—Entonces, ¿cómo debo llamar a Ellos?

—Debemos esperar y observar. Si su modo de actuar no corresponde a la Senda Eterna, no serán sino un intermedio en nuestra historia. Ahora, déjame, alma buena, me encuentro muy cansada.

El hombre se puso en pie, hizo una inclinación y se volvió para salir. Ya en la puerta ella le detuvo con una llamada.

—Chu San, espíritu amable, de verdad que tu plan es muy bueno. En otros tiempos le hubiera prestado atención. Si lo que tenemos ahora es, de verdad, sólo un interludio, lo pensaré en el futuro.

El asintió con la cabeza, volvió a inclinarse y salió.

«Hay que coger renacuajos vivos, recién nacidos en primavera, lavarlos bien en agua fría del pozo y tragarlos enteros tres o cuatro días después de la menstruación. Si una mujer traga catorce renacuajos vivos el primer día y otros diez al día siguiente, no concebirá durante cinco años. Si necesita controlar la concepción durante más tiempo, puede repetir la fórmula dos veces y será estéril para siempre... Esta fórmula es buena en cuanto que es eficaz, segura y barata. Su defecto es que sólo puede usarse en primavera.»

Grace dejó las notas que estaba estudiando y se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Mercy.

De nuevo era primavera en Pekín, después de un largo invierno. Las hermanas se hallaban sentadas a la sombra de un ancho datilero, en el patio. Mercy cosía una chaquetita de raso rojo para el niño que esperaba.

—Estaba leyendo una fórmula para controlar la natalidad —repuso Grace, repitiendo el párrafo en voz alta.

Mercy la escuchó, incrédula.

—Pero eso son tonterías, ¿verdad? —exclamó.

—Es desconcertante, pero puede que no sea una tontería. Este es el hecho sorprendente de nuestras antiguas medicinas. Nos parecen absurdas, pero con más frecuencia que lo contrario, hay en ellas un elemento de verdad que un método científico podría desarrollar. Me pregunto por qué nuestro pueblo no llegó a desarrollar una ciencia, como tal. Tuvimos unos comienzos brillantes, la invención de la pólvora, de la imprenta, conocimientos astronómicos...

Se dio cuenta de que su hermana no le escuchaba.

—Además, ¡renacuajos! —Mercy hizo una mueca de asco.— Y yo prefiero seguir las directrices del Presidente. Dijo que esperaba que nuestro pueblo adoptara una visión amplia y se diera cuenta de que sumamos setecientos millones de personas y que eso es una ventaja. Dijo que una gran población es una cosa buena.

—Y tú vas a aumentarla —le tomó el pelo Grace.

—Y me siento orgullosa de ello —replicó la hermana alzando la chaquetita—. Espero que sea un chico. Deseo ser una buena esposa china. ¡Y no soy partidaria del control de natalidad! Significa matar chinos sin derramamiento de sangre.

—Tú has estado leyendo el *Diario del Pueblo*.

—Bueno, sí. Estoy deseosa de conocer y saber todo lo de aquí. He estado fuera tanto tiempo que es como si hubiera vivido en otro planeta. No había forma de enterarse de nada mientras estábamos en América. ¿Por qué no quieren saber cosas de nosotros los americanos?

Miró a su hermana, con una interrogación en sus bonitos ojos.

—Nos tienen miedo.

—Pero ¿por qué? Siempre hemos sido amigos.

—En las condiciones impuestas por ellos.

Grace se quedó pensando, la mente ausente. Ya atardecía. El calor del mediodía había descendido y el frescor de la noche se iba filtrando, en alas de una ligera brisa. En el estanque redondo, los peces, ocultos bajo hojas de nenúfar para protegerse del sol, saltaban a la superficie para capturar los minúsculos insectos que flotaban en la superficie del agua.

—No puedo imaginar a los americanos que conocía obrando como imperialistas —comentó Mercy. Dejó de coser y se reclinó en su silla de bejuco.

—Claro que no lo harían; pero aquí, en China, estaban escudados por la sombrilla imperial de los demás. Aún no han encontrado su camino..., la Senda Eterna de que habla tan a menudo nuestra madre.

—Y la nuestra, ¿es la Senda Eterna?

—No lo sé —repuso Grace, despacio—. La verdad es que no lo sé.

—Porque si no lo es —prosiguió Mercy—, entonces, John y yo estamos perdidos. Hemos puesto en juego nuestras vidas en la creencia de que ésta es la Senda Eterna.

—Y también habéis aventurado la vida de vuestro hijo —le recordó Grace.

Mercy no respondió. Doblaba y desdoblaba la chaquetita roja, mientras Grace guardaba silencio y la media luz se iba convirtiendo en oscuridad en el patio.

—Podía haber nacido en América —siguió recordándole Grace, tras un instante.

—Nosotros preferimos que naciera aquí. —La voz de Mercy era firme. —Vamos a entrar en casa. Está oscureciendo.

No habló más; se puso en pie y entró. John volvería pronto y ella quería prepararle todas las comodidades para cuando llegara. Porque, desde hacía unas semanas, notaba que se hallaba de humor sombrío. El entusiasmo por haber vuelto al país parecía irse desvaneciendo. Se movía con decisión, como siempre; se levantaba temprano por las mañanas y, tras de un rápido desayuno, salía a trabajar. Jamás hablaba de su trabajo y, si le hacían preguntas, sólo daba respuestas vagas. Ella suponía que estaba trabajando en proyectos secretos. En América había hecho amistad con las esposas de los científicos nucleares, con las que había aprendido que tales proyectos son tan necesarios para la seguridad nacional, que los científicos no pueden decir, ni a sus esposas, en qué consiste su trabajo.

—Nunca hubiera imaginado que mi marido estaba ayudando a fabricar la bomba atómica —le había dicho una señora mayor.

Por eso, Mercy hacía cuanto podía hacer. Cuando John Sung llegó a casa aquella noche, ya tenía esperándole el té caliente, el baño preparado, la ropa limpia dispuesta.

—Otra vez estás cansado —dijo Mercy con suave reproche.

—Ha sido un día agotador —asintió, sombrío.

Se sentó en una sillita baja del dormitorio matrimonial y cerró los ojos.

—Bebe el té, cariño —instó Mercy, mimosa, sirviéndoselo.

Levantó el hombre la taza, bebió hasta la mitad, y volvió a dejarla. Había vuelto a cerrar los ojos y a ella le pareció ver que sus labios temblaban. De pronto, tuvo miedo. Su marido estaba inquieto o tenía problemas. Entonces, ¿por qué no le decía que tenía preocupaciones, aunque no le explicara de qué se trataba? Resistió el impulso de pedirle explicaciones. En lugar de ello, cogió la chaquetita roja que estaba en la mesita, junto a ella.

—¡Mira lo que he hecho hoy para el niño!

Tomó la chaquetita de sus manos y la alisó en su rodilla.

—Es muy bonita. —Su voz era incolora.

Esta vez ella se alarmó de verdad y se sintió herida.

—¡John! ¿No te alegras de que vayamos a tener un hijo? Es..., él es... una de las razones por las que volvimos, ¿no?

Movió el la cabeza y le devolvió la chaquetita.

—El que fuera una buena razón..., quiero decir válida... —su voz se quebró—. Estoy cansado, Mercy. Tomaré el baño y descansaré un poco antes de cenar.

Salió del dormitorio donde ella se quedó asiendo la prenda infantil. Un presentimiento súbito ensombreció su alma.



El museo se hallaba casi vacío. El día era caluroso, un día de julio en Nueva York, un día claro de verano, con cielo azul sobre la ciudad; el calor bailaba en ondas estremecidas por entre las calles estrechas. Algunas personas se movían con languidez por entre las amplias salas del museo, hombres sin chaqueta y mujeres sin mangas. Sólo un hombre, observó Joy, estaba correctamente vestido con un traje oscuro, camisa blanca y corbata gris pálido. Era chino, se dio cuenta en el mismo momento de entrar. ¡Curioso cómo la vista de un chino descubría al instante la figura de otro! Se hallaba ante un cuadro, un moderno conglomerado de colores y formas, contemplándolo totalmente absorto. Ella se fue aproximando y reconoció el célebre rostro del famoso artista chino Hsuan Teng. Su corazón latió más fuerte. Había deseado conocerle desde que decidiera convertirse en pintora. A decir verdad, habían sido sus acuarelas, perfectas en su técnica china, pero representando rascacielos, muelles, mesas de billar y demás aspectos multitudinarios de la ciudad, lo que le habían decidido a convertirse también en pintora. Moderna en cada uno de los pensamientos de su ágil cerebro, no había deseado, sin embargo, pintar al óleo. Pero ¿cómo iba a poder explicar sus emociones, tan inexplicablemente violentas, con una técnica menos fuerte? En su vacilación, descubrió las pinturas de Hsuan Teng, quien, con toda la sutileza del antiguo arte chino, podía, no obstante, plasmar la violencia y la tragedia de la vida moderna en una gran ciudad, con tal agudeza, que ella se había estremecido. ¿Acaso la vida no se forjaba en la tragedia? Su propia naturaleza alegre rechazaba el concepto, aunque aceptaba la técnica. «Yo pintaré alegría», se había dicho a sí misma.

Sabía que él vivía en Nueva York y el saberlo le había influido, siquiera en cierto modo, para dejar el cobijo de la casa de los Brandon, en San Francisco, y alquilar un cuartito en Nueva York, hacía tan sólo un mes. Tanto si volvía a China como si no, quería primero descubrir cuanto pudiera acerca del arte, antes de partir.

Se acercó a Hsuan Teng. No parecía ver a nadie y ella tuvo que obligarse a vencer su natural timidez.

—¿Señor Hsuan? —preguntó suavemente.

Volvió él la cabeza y Joy pudo ver su rostro redondo y amable.

—Sí, el mismo.

—Hace tanto que deseaba conocerle, pero no me atrevía.

—¿Tan temible soy? —sonriendo.

—¡Tan superior a mí!

Ahora que se habían conocido, no encontraba qué decirle.

—Creo que no nos habíamos visto antes —dijo Hsuan Teng. Su voz, algo aguda, era agradable.

—Yo claro que le conozco. Todos deben conocerle, pero usted, naturalmente, no me conoce a mí. No hay razón para ello. Me llamo Joyce Liang. Mi familia me llama Joy<sup>5</sup>.

—Estoy seguro de que con mucha razón.

Había en él un aire de antigua cortesía china, cierta gracia que le recordaba a los amigos de su madre. ¿Qué edad tendría? Una edad incierta, de rostro joven, pero con una insinuación blanca en las sienes.

—¿Es usted pintora?

---

<sup>5</sup> Alegría

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Hay pintura bajo sus uñas.

Se echaron a reír y los pequeños ojos de él brillaron.

—No puedo resistirme a un artista —dijo—. Sentémonos. Cuénteme lo que pinta.

Se sentaron en un banco, frente a un enorme mural de colores opuestos, pero bien diluidos entre sí.

—No sabría contestar a su pregunta. Pinto buscando, quizá, lo que quisiera pintar.

—No es fácil de hallar lo que uno ha nacido para pintar.

—¿Acaso se nace para ello?

—Sin ninguna duda. ¿Conoce usted mi obra?

—¿Quién no?

—¿Percibe usted alguna esencia? —siguió, ignorando la presunta alabanza.

Lo pensó un instante, antes de contestar.

—La figura humana siempre es pequeña..., tan pequeña que muchas veces se pierde. Su cuadro *Padre e Hijo...*, tuve que repasar el paisaje cubierto de nieve antes de hallarlos... ¡Eran así! —mostró su pulgar.

—Pero la figura humana siempre aparece, ¿no es verdad? —preguntó él con dulzura.

—Siempre.

—Porque es la esencia, por minúscula que sea.

—Me gustaría aprender de usted —dijo suplicante.

—¿Por qué no? Los dos somos chinos. Yo le enseñaré lo que he aprendido.

Por un momento, Joy fue incapaz de hablar. Los artistas no eran así de generosos con frecuencia, pero éste era un gran hombre, además de un gran pintor. Entonces recordó algo que su madre le dijera una vez:

«El talento sólo es grande cuando el artista es lo bastante grande para su propio talento. Sólo un alma grande puede dar cumplimiento a su propio talento.»

Miró directa a los ojos de Hsuan Teng.

—Tiene usted un alma grande —le dijo.

A partir de aquel instante comenzó una amistad, la cariñosa amistad de un hombre maduro hacia una joven, la adoración de una joven hacia el hombre maduro; una amistad asexual y, sin embargo, conscientes ambos de que eran hombre y mujer. Y luego, inevitablemente, China surgió entre ellos. Artistas ambos, discutieron sobre si deberían retornar a su patria. Ella le habló de su madre y sus hermanas, mientras él la escuchaba con atención.

—Pero ninguna de ellas es una artista.

—Mi hermana Mercy canta.

—Pero me ha dicho usted que se volvió a China para que su hijo naciera en su tierra. Así no es como razona un artista puro. Ante todo, ella es una madre.

No podía negarlo, pues además, las cartas de Mercy estaban llenas del niño que iba a nacer y de lo bien que había hecho en volver.

«Le doy a mi país mi mayor regalo —escribía—, porque, ¿qué mejor regalo es para un país que un niño, sobre todo ahora que todo es nuevo? No te imaginas lo hermoso que es aquí todo; las colinas que rodean la ciudad

verdean con la primavera, las gentes que trabajan en los campos se sienten dichosas. Ahora todos trabajan los campos juntos. Todos formamos una familia..., es maravilloso este tiempo para nacer.»

Joy mostró la carta a Hsuan Teng, cuando fue a su estudio para su lección. Era la segunda vez que se encontraban y, todavía tímida y abrumada por los enormes salones, nada menos que tres, abierto cada uno al siguiente, todos amueblados con riqueza y llenos de sus cuadros, le mostró la carta casi al momento. El pintor la leyó con mucha atención, fijos los ojos agudos y amables en las líneas. Estaba escrita en inglés y él lo comentó.

—¿Por qué le escribe en un idioma extraño?

—Nos hemos educado en los dos idiomas.

Dobló la carta y se la devolvió; luego se sentó, reflexionando en silencio unos minutos, fija la vista en un antiguo pergamino que había frente a él. Habló, de pronto.

—¿Puede usted leer los caracteres chinos de ese pergamino?

Se ruborizó, negando con la cabeza.

—Soy la más joven de mis hermanas. Cuando mi madre nos envió aquí, yo acababa de terminar cuatro años de escuela. Se me han olvidado muchos de los caracteres. De todos modos, no creo que pudiera leer la escritura antigua..., caracteres secretos, ¿no es así?

—Cuatro caracteres secretos —asintió—. Traducidos literalmente dicen: «Corazón Semejante Roca Oro.» Ese pergamino fue regalo de una sociedad de artistas, antes de salir de nuestro país. No merezco esas palabras, pero las tengo ahí, en la pared, donde pueda verlas a diario. Están grabadas en mi cerebro. ¿Sabe usted por qué?

Denegó con la cabeza, fija la mirada en su rostro serio.

—Porque describen el corazón del verdadero artista. ¡Oro, el más hermoso de los metales, firme como una roca! Cuando siento tentaciones, recuerdo, medito, oigo las voces de mis camaradas muertos, cuyos corazones fueron de oro más no de roca.

—Por favor, ¿qué quiere decir?

—Quiero decir que están muertos —repuso secamente.

—¿En nuestro país?

—¡Sí!

—Pero ¿por qué?

—Poseían el don. Tenían corazones de oro —repuso, con tal amargura que ella no formuló la siguiente pregunta que ya estaba en sus labios. Fue él mismo quien la hizo.

—¿Cómo murieron? Decapitados por rebelión, por los trabajos forzados a que se les sometió, por atreverse a criticar a los dirigentes. Las Cien Flores..., ¿ha oído hablar de eso?

Asintió. ¿Quién no sabía acerca de los días de las Cien Flores, proclamadas por el Presidente, invitación y ánimos para el libre pensamiento, que terminaron en prohibiciones, trabajos forzados, muertes?

—Entonces ya sabe usted por qué yo no regreso a nuestro país. Yo sé lo que soy. Soy un artista..., nada más, nada menos. Tengo un deber..., dar cumplimiento a mi arte.

—Pero ¿no puede darle ese cumplimiento en nuestra tierra? ¿Ayudándoles a comprender?

—¿En mi tierra, donde todos mis amigos están muertos?

La miró con ojos ensombrecidos y ella tuvo miedo de hablar. Sólo pudo devolverle la mirada, como excusándose, como si todo fuera su culpa.

Al ver sus grandes ojos apenados, la boca tierna, él volvió a hablar con dulzura.

—No, hija mía, la libertad es el único aire que puede respirar un artista y allí donde exista aire libre, allí estará nuestro país. ¿Me comprende?

—Comprendo sus palabras, pero no lo que significan.

—Ah, es usted muy joven.

Con esto y la devolución de la carta, concluyó la discusión. El hombre se levantó y la condujo a través del estudio, mirando de un cuadro a otro, hablando mientras lo hacían.

—En estas habitaciones se halla recogida mi vida como pintor. ¿Por qué digo como pintor? No tengo otra vida. Aquí verá usted mi mejor obra antes de salir de China. Crecí en un pueblo, a las afueras de Shanghai. Mi familia era de buena clase, pero pobre, porque mi padre fumaba opio. Yo fui el menor, y el último de los niños que hubo en casa. Teníamos muy poco dinero y no siempre qué comer. Mi madre salía todas las mañanas a trabajar y, cuando regresaba a la noche, me daba el dinero. «Tómalo —me decía—, cómprate algo para cenar. No dejes que tu padre se entere que te he dado dinero.» Yo se lo prometía, pero él siempre se enteraba. Me esperaba en la puerta. No pedía nada, no decía una palabra, pero sus ojos me suplicaban. Era amable y silencioso. Yo le quería... y siempre guardaba un poco de aquel dinero y le compraba algo de opio, a escondidas. Cuando volvía a casa, ya estaba esperándome en la puerta. Yo le daba el paquetito, que él tomaba sin decir nada. Y yo tampoco decía nada.

—¿Se enteró alguna vez su madre?

—Si lo hizo, tampoco ella dijo nunca una palabra —replicó y se dirigieron al siguiente cuadro.

—Fíjese, por favor, en éste. Es el último que pinté antes de venir a América. Una mañana de niebla en una calle del barrio chino de Shanghai..., un hombre tirando de su carrito para pasajeros, y montado en él su cliente, un caballero gordo y viejo que va a la casa de té.

—Según me escribe mi madre, todos esos carritos han desaparecido, ahora.

—Ah, pero seguro que todavía existen los trabajos forzados. Todos mis amigos..., el mejor pintor de todos nosotros, enviado a cavar un túnel.

No esperó a que ella hablara, sino que continuó al siguiente cuadro.

—Este es un experimento. Lo intenté a bordo de un barco, cruzando el océano Pacífico. Una mañana me desperté frente a un mar azul y flotantes nubes de blanca niebla..., nada más.

—Espacio —musitó la joven—, espacio infinito de mar y cielo..., ¡todo ello expresado en una acuarela! Tengo tanto que aprender.

—Pero cuando llegué a San Francisco —prosiguió él—, me encantaron los altos edificios elevándose sobre el mar y las rocas. Pinté mi ruta a través de este país extraño, hasta llegar al océano opuesto, al mar oriental, a esta ciudad. Y aquí vivo, pintando continuamente, conjuntando mis colores para expresar el significado de la ciudad, centro de la vida occidental, tan hermosa, tan horrible, tan rica, tan peligrosamente pobre... —Se cortó, emocionado y se

encogió de hombros. — Ya basta. Dígame lo que estaba pintando antes de que nos conociéramos. ¿Ha traído su carpeta?

—No me he atrevido.

—¿Me tiene miedo?

—Pues claro.

—No lo entiendo. También yo estoy aún buscando.

—Ah, sí, pero usted tiene su técnica, su estilo.

—Nunca tengo mi técnica ni mi estilo. Cada nuevo concepto exige... y trae consigo... su propia técnica, su estilo peculiar. Un artista se deja siempre llevar, siempre está abierto a nuevas impresiones.

—¡Pero cómo empezar!

—Empiece mezclando colores y poniéndolos en su papel de dibujo. Deje que le muestre...

La llevó a la tercera habitación, su taller, según pudo observar. Un cuadro inacabado enorme, estaba sujeto a la pared. Sobre un amplio caballete había otro más pequeño. Ambos estaban sin terminar, ambos representaban un vasto teatro lleno de gente, cuya mirada encantada se fijaba en el brillante escenario donde unas bailarinas se deslizaban en un elegante ballet.

—¿Cómo funde usted los colores? —interrogó Joy, fascinada por los matices de luces y sombras, de brillo y oscuridad.

—Diluyo las pinturas en agua limpia. —Al tiempo que hablaba, tomó un pincel de un jarro lleno de ellos, aplicó un atrevido trazo escarlata en el vestido de una mujer, secó el exceso de humedad con papel absorbente. La fuerte línea se había suavizado, el color escarlata se había ajado hasta un tono rosa profundo, confundándose en las sombras. — A veces tengo que repetir esto varias veces, hasta que las sombras y los tonos sean exactamente como yo creo que deben ser.

Fue la primera de muchas lecciones. Al fin Joy se dio cuenta de que era él quien le impedía regresar a su patria, a su pueblo, a su madre y hermanas. Ella empezaba a vivir su vida aparte y él era su maestro. Sin embargo, no podía estar con él día y noche. Era famoso y solicitado y con frecuencia tenía que estar aquí o allá. A veces tuvo que ir a Europa. Entonces, ella le esperaba, sola en su pequeño pisito de una vieja casa de piedra oscura, en la calle Treinta; otras veces le aguardaba en los estudios, si es que él no iba a regresar muy tarde. Mientras esperaba, iba estudiando los cuadros, hasta que empezó a pintar los propios, pero abstractos, como un confuso reflejo de su secreta indecisión. ¿Debería volver o debería quedarse?

Los días se transformaron en semanas, las semanas en meses y, lentamente, la pregunta se contestó por sí sola. Empezaba a amarle. Si él no la amaba, regresaría a su patria.

—Si, como dice, su hermana menor está a punto de dar a luz a su primer hijo —decía el doctor Tseng—, le recomiendo caldo hecho con una vieja gallina, en el que haya hervido una raíz de ginseng.

En Pekín, el verano había transcurrido y la temporada de los tifones estaba en su apogeo. Grandes olas azotaban las costas de los mares meridionales. Shanghai, escribía la madre, se anegaba en lluvias tormentosas. Pekín estaba en el interior y muy al norte, pero los fuertes vientos

arremolinaban el polvo en las calles, convirtiéndose en minúsculos ciclones; las gentes cerraban puertas y ventanas para contener el aire molesto. Mercy esperaba a su hijo en cualquier instante y el doctor Tseng, bien enterado del acontecimiento, gracias a la constante charla de su mujer, daba explicaciones a Grace, aquella mañana.

—Para obtener los mejores resultados —pontificaba—, hay que desenterrar la raíz de ginseng en una noche de luna llena, a la hora de la medianoche. La planta mejor se encuentra en Corea, la peor en América. En caso de intervención quirúrgica, cuando había necesidad de anestesia, Hua T'o, que se convirtió en el dios de la Medicina en el siglo II, solía practicar las operaciones más difíciles sin que sus pacientes sufrieran dolor alguno, gracias a un excelente anestésico, compuesto de una emulsión de vino y ginseng. Se dice que, una vez, el famoso guerrero Kuan Yün fue herido por una flecha en el brazo. Se rió de Hua T'o cuando le sugirió la conveniencia de aplicarle la anestesia, pero pudo jugar al ajedrez mientras le extraían la flecha. Por desgracia, Hua T'o perdió su vida más tarde. Ts'ao Ts'ao, el usurpador, vino a él para que le curara de sus terribles dolores de cabeza. Hua T'o estaba a punto de abrirle el cráneo cuando Ts'ao Ts'ao concibió sospechas y ordenó que le decapitaran. Es triste decirlo, pero mientras esperaba en la prisión, la ignorante de su mujer quemó todos sus papeles en la estufa de la cocina.

—No creo que mi hermana quiera ser anestesiada.

—Ah, en ese caso, la alabo. Entonces, el caldo de gallina, sin olvidar la raíz de ginseng.

A solas, Grace decidió que ella misma examinaría el ginseng *Panax*, que podía adquirirse en la ciudad, para averiguar por sí misma cuáles eran sus cualidades químicas. Así, al terminar la lección, se retiró a su pequeño laboratorio, el que le habían asignado para ella, y se sentó a efectuar sus trabajos. Ya casi había transcurrido la tarde y el edificio se hallaba casi vacío de médicos y estudiantes cuando terminó su análisis. No había encontrado nada que justificara las recomendaciones del doctor Tseng y, a punto estaba de llegar a la conclusión de que la raíz de ginseng no era más que una superchería, cuando se abrió la puerta y ante ella apareció el doctor Liu Peng.

—Ah, está usted aquí, camarada. La he estado buscando por salas y clases. Luego me he encontrado con el doctor Tseng, que ya se iba a casa y me ha dicho que hoy han estado estudiando el ginseng, ya que él se lo ha recomendado para su hermana que va a dar a luz. Me he acordado de su manera de ser escéptica, he adivinado que estaría experimentando por su cuenta y aquí está usted.

Grace echó en un cacillo lo que quedaba del líquido y tiró la raíz a la papelera.

—Aquí no hay nada que sirva para un parto —declaró—. Tanino, substancias amargas, resina, almidón y aceites volátiles..., eso es todo.

Estaba a punto de tirar también el líquido por el pequeño fregadero, cuando él la detuvo, poniendo su mano en la muñeca de ella.

—Espere; se le ha escapado un elemento. Debe contener algo de panacina..., muy poco, pero quizá lo suficiente para tener propiedades curativas. Siempre hay algo de cierto en nuestra materia médica.

No retiró su mano inmediatamente y ella se sintió consciente de su peso fuerte. Era una mano grande, bien formada. Hacía meses que se había fijado

en sus manos. A decir verdad, fue cierta noche que él la invitó a un viejo y pequeño restaurante donde preparaban pato a la manera tradicional. Había sido una noche de luna, en agosto, el séptimo mes del año lunar; ella iba vestida con un traje chino, una túnica larga y estrecha, de cuello alto y rígido y sin mangas. La túnica era de brocado color cereza. La tenía hacía años, pero no la había usado desde su regreso porque poca gente se vestía hoy día de colores vivos. Incluso había vacilado en ponerse un vestido largo, porque Liu Peng era políticamente estricto, incluso inflexible. Pero aquella noche parecía amable y, mientras paladeaban el vino, la había contemplado largamente. Luego había hablado, casi con dulzura.

—Se me había olvidado cómo resplandece una mujer..., una bella mujer con una túnica larga de color rojo.

—¿No le parece que he hecho mal?

—No cuando cenamos solos en un pequeño restaurante antiguo, bebiendo shao-hsing con pato asado.

A partir de aquella noche ella había estudiado el corazón del hombre y se había preguntado sobre el suyo propio. ¿Habría algo entre los dos, algún día? El tenía un trabajo excesivo, siempre andaba ocupado; era un cirujano moderno, original y sin temor, según había podido ella observar viéndole operar. Sufría terriblemente cuando perdía algún caso. No obstante, jamás había estado en el extranjero. Todo cuanto sabía de medicina occidental, lo había aprendido en el grande y moderno hospital de Pekín, donación de los americanos hacía medio siglo.

—En el primer cocimiento —decía ahora—, el ginseng es amargo. Luego se va endulzando, debido al almidón.

—Nunca lo he probado —respondió retirando la mano.

—Tenga cuidado si lo hace..., se dice que es un afrodisíaco.

Le tomaba el pelo, y ella hizo una mueca.

—No creo en esas cosas. Sólo toman afrodisíacos aquellos que no piensan más que en hacer el amor.

—¿Y usted no cree tampoco en eso?

—No he dicho tal cosa...

Antes de poder continuar, oyó que la llamaban.

«Doctor Liang, la buscan en su despacho. Su hermana ha llegado a la clínica a dar a luz. ¡Doctor Liang! ¡Doctor Liang! La buscan...»

—Oh —se atragantó—, tengo que ir en seguida.

Dejó a su colega sin otra mirada y se fue de prisa. Su sobrino, el hijo de Mercy y de John Sung nació seis horas más tarde en el ala occidental del hospital. Era un niño fuerte, gordito y reluciente que gritó enfurecido cuando Grace le dio una palmada en el trasero. Más tarde su madre, que bebía a sorbitos una taza de caldo de gallina con ginseng sonrió.

—He dado cumplimiento al propósito de mi vida. He regalado un nuevo ciudadano a mi país.

Madame Liang recibió con emoción la noticia del nacimiento de su nieto. Había tenido la intención de viajar hasta Pekín, para estar presente en el nacimiento, pero como el niño pertenecía a la familia de su padre le pareció que resultaría ostentoso el que ella estuviera allí. Decidió contentarse con verle

cuando se lo llevaran de visita, al cumplir su primer mes. No obstante, lo celebró a su manera, enviando regalos a su hija y nieto y retirándose luego a sus habitaciones por el resto del día.

Allí se dejó llevar de sus pensamientos y meditó. El día no era completamente alegre. Para contrarrestar la aparición de la criatura, aquel mismo día era el aniversario de la muerte de su viejo amigo, el famoso actor, especializado en papeles femeninos, Mei Lan Fang. Se puso a recordar la tarde, hacía muchos años, que visitó a Mei Lan Fang por vez primera, después de haberle visto actuar la noche anterior en su famoso papel de *Mulan, la doncella guerrero*. La joven de la historia, a quien todos creían un hombre, recibió como premio a sus espléndidos servicios militares la mano de la propia hija del emperador. Entonces tuvo que confesar que era una mujer.

Había ciertas experiencias de la vida de madame Liang, que atesoraba en su memoria; una de las más preciadas era su amistad con Mei Lan Fang, si bien no tenía en absoluto un matiz romántico ya que, para ella, el actor no era hombre ni mujer, sino sólo un exquisito ser humano. Había hecho patente ante ella la belleza del puro arte y sus suaves movimientos, como «la brisa en los sauces», su bellísima voz aguda, sus dedos de «punta de espárrago», todo ello se combinaba para convertirle en el mejor actor de papeles femeninos de la ópera china. Madame Liang le había visitado varias veces en su palacio, donde había bebido delicado té y comido los pastelillos rellenos de crema que preparaba su cocinero tibetano, que a él le encantaban y eran causa de que su figura estuviera siempre ligeramente redonda. Luego cesó de verse con él, limitando su amistad a presenciar sus representaciones de ópera.

—En carne y hueso me confunde usted —le explicó.

—Cierto, no soy yo mismo más que en escena. Pero, si se halla usted entre el público, tenga la bondad de ponerse en pie un momento, cuando yo entre. El saber de su presencia me inspirará para dar lo mejor de mí.

Lo mejor de él era la perfección. Los movimientos de mangas, más de cincuenta, con los que era capaz de expresar todos los matices de su emoción, los gestos de las manos, que significaban acción... abrir una puerta desde dentro, desde fuera, nadar en los ríos, montar a caballo, beber, montar en un vehículo, los acontecimientos cotidianos en una ópera, cuando no había más escenografía que el muro de una ciudad, ni guardarropía..., todo lo hacía él con tal gracia de detalles y exactitud, que el público se volvía loco de placer. Sincero para con su arte, no se había sometido a la persuasión de los políticos, sino que siguió actuando como de costumbre, ignorando el clamor de los propagandistas. Cuando los conquistadores japoneses ocuparon Pekín, se negó a actuar y, como protesta, se dejó crecer la barba que un barbero afeitó al marcharse los vencedores, una vez que el país retornó a su pueblo, otra vez.

En los últimos años, madame Liang fue cada vez más a menudo a verle en las antiguas óperas que hablaban de los héroes y heroínas de la Historia, ya que, en este extraño y turbulento presente, resultaba esencial mantener vivo el pasado. El día que el actor murió, ella fue, dentro de su corazón, quien más se conmovió de todos cuantos acudieron al gran funeral estatal decretado por el nuevo Gobierno.

Así, en este aniversario que ella hubiera pasado en silencioso recuerdo de un amigo que fuera también un gran artista y tradicionalista, el Destino le había enviado un nieto, un portento del mañana, del que nadie sabría qué



llegaría a ser, rodeado como estaba de grandes e impulsoras fuerzas que surgían del pasado. Madame Liang pensó que, con la muerte de Mei Lan Fang, aquel pasado había llegado a su fin, tanto en la escena como en la Historia.

Si aquello fuera cierto, ¿qué poderes conformarían al niño que acababa de nacer?

La amplia y desnuda habitación, el despacho privado del ministro, estaba frío con la venida del invierno. Un brasero de carbón ardía en el centro, pero su calor no se sentía a un palmo de distancia; John Sung estaba sentado lejos de él, junto a la puerta, aunque frente a Chao Chung, que se encontraba tras su escritorio.

—¿Sigue usted negándose a desarrollar el arma secreta que se vaya a utilizar en los Estados Unidos?

—Pido que se me releve de trabajar en la fabricación de armas.

Los ojos oscuros y sinceros del joven, agrandados por las gruesas lentes de sus gafas, se fijaban, sin parpadear, en el atractivo rostro que tenía enfrente. El ministro tomó un papel, que pareció estudiar unos instantes. Al cabo de ellos, sin alzar la mirada, empezó a hablar, al parecer medio absorto en lo que leía.

—¿Se da usted cuenta de que no tiene derecho a negarse a una orden?

John Sung no respondió. Permaneció inmóvil y esperando. El ministro dejó el papel e hizo como que buscaba otro en el montón que había en su mesa. Mientras, siguió hablando.

—Todo el esfuerzo científico debe concentrarse ahora en la zona de defensa. Ya hemos aprendido la lección. Nosotros, los más civilizados de entre los pueblos, hemos sido mal guiados por nuestros propios sabios durante los últimos cuatro mil años. Ahora somos unos supercivilizados, en un mundo de pueblos bárbaros. Hace siglos nos enseñaron que la guerra no es pasatiempo de gentes civilizadas. Dejamos de desarrollar armas explosivas hace mil años, basándonos en que era inhumano y monstruoso matar inocentes. Que los guerreros se maten con espadas, decíamos, pero que los que son inocentes no mueran accidentalmente. Por eso, aunque entendíamos los principios del arte o la ciencia de los cohetes, no permitimos que éstos se utilizaran. Hasta la pólvora se usaría sólo en fuegos artificiales. Nos sentíamos seguros de nuestro puesto bajo el cielo; éramos centro de un anillo protector de pueblos vasallos, cuyas fronteras no penetramos. ¿Quién iba a pensar que aquellos bárbaros del exterior desarrollarían por su cuenta bombas atómicas, cohetes dirigidos y toda clase de productos químicos mortíferos? Usted es científico y conoce sus secretos. ¿Cómo puede usted negarse a proteger a su propio país?

John Sung siguió sin contestar. Permanecía empecinado en su silencio, mirando al ministro. De pronto éste golpeó la mesa con ambas manos. Los gritos le salían como en aullidos cortos.

—¡Ya sé por qué se niega usted a crear el arma secreta! ¡Siente usted un cariño traicionero por los americanos! ¡Son nuestros enemigos más peligrosos! ¡Los rusos son demasiado estúpidos para que les temamos! ¡Pero los americanos no lo son! ¡Nos han rodeado con sus bases! ¡Deben ser destruidos!

Se detuvo para tomar aliento.

—Ellos no nos odian —interpuso John Sung, en tono suave.

—¿Qué importa eso cuando nosotros sí les odiamos?

—Y ¿por qué tenemos que odiarles?

Sabía muy bien lo peligroso que era hacer tal pregunta, pero su sentido de la justicia le impulsó. Había vivido en América con la familia de comerciantes de su tío, desde la infancia. Al pensar en América, veía muchedumbres de gentes honestas, amables, ignorantes del mundo, pero curiosas, deseando divertirse. El no podía, ni siquiera para salvar su propia vida, destruirles. Se hallaba en grave peligro, pero ¿cómo podría hablar de su angustia, ni siquiera a su mujer que tan contenta estaba por el hijo a causa del cual regresaran a su país? El ministro vociferaba otra vez.

—¿Por qué tenemos que odiarles? ¡Porque la nuestra es la única y verdadera civilización! Incluso en la ciencia..., piense que nosotros ya inventamos el guardatimón mil doscientos años antes que los europeos. ¡Velas de popa y proa en el siglo III! ¡Ruedas con paletas en escalones, para barcos, quinientos años después! Navíos de guerra con espolones y ruedas de veinte palas en el siglo XII... Y los ingleses se creían que nosotros les habíamos copiado, ¡estúpidos! ¡Para el siglo XIII ya contábamos con barcos con cincuenta camarotes para pasajeros, seis mástiles, doble cubierta, compartimentos estancos! ¡Tan sólo en el siglo pasado es cuando los bárbaros implantaron los mamparos transversales! Hace quinientos años ya contábamos con naves de ciento cincuenta metros de largo, en las que cultivábamos verduras frescas en cubas. Navegamos por alta mar hasta Sumatra y la India, a Aden y África, incluso a Madagascar..., sesenta años antes de que los portugueses dieran un mordisco a un flanco de la India. ¡Maldigo a Confucio y todos aquellos santos locos que nos persuadieron contra la guerra. ¿Ha oído hablar alguna vez de Sun Wa, quien vivió hace tres mil años? ¿No? ¡Lea su *Arte de la guerra!* «Sí no estás en peligro, no luches», escribió. ¡Pues ahora estamos en peligro! Y usted debe cooperar en nuestra defensa.

Se detuvo, otra vez sin aliento, cubiertos los labios de saliva espumosa.

—¿Todavía se niega? —preguntó a John Sung que seguía mirándole, en silencio.

—Todavía me niego —repuso; pero su voz era más débil.

—Entonces habrá que... obligarle —dijo el ministro con gran dulzura.

—¿Estoy despedido? —preguntó el joven.

—Por el momento.

La respuesta del ministro sonó repentinamente indiferente.

John Sung entró en el dormitorio donde su mujer se hallaba amamantando al niño. Estaba sentada en una silla bajita de yute, con los pies sobre un taburete. Una estufa occidental de aceite calentaba el cuarto y él extendió las manos hacia ella. Mercy le miró, sonriendo.

—Nuestro hijo ha aumentado casi medio kilo.

—Quisiera que vieras el aspecto que tienes.

Hablaban en inglés, pues nunca se sabía si alguien estaría escuchando y él se dio cuenta ahora, como no se había dado antes, de que imperceptible e inconscientemente todo cuanto decían era con el tácito conocimiento de que alguien podía estar escuchando. Esta vez, también con la sensación de que podían estar observándoles, se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Luego

se sentó al borde de la ancha cama china. ¿Le contaría que estaba en peligro? No podía hacerlo. Además, sería inútil, puesto que no podían escapar. Le estarían vigilando, dondequiera que fuera, dondequiera que estuviese. ¡Mejor seguir con su trabajo en los laboratorios! Habían sido generosos al concederle espacio y ahora tenía que dejar a un lado la física nuclear, al menos por el presente, para explorar la naturaleza de los cromosomas. Los científicos de otras partes del mundo estaban estudiando lo mismo y anhelaba saber de sus progresos, pero no podía contar con ninguna fuente informativa.

Su país había vuelto a su aislamiento tradicional. Meditó sobre el peligro de dicho aislamiento porque, ¿qué seguridad puede tener un pueblo para su vida, si desconoce lo que pasa en el resto del mundo? Recordó el vistazo histórico del ministro; todo ello era cierto y, sin embargo, ¡qué inútil si las gentes de aquí ignoraban lo que las demás hacían, sin poder así preparar su defensa!

—Estamos repitiendo las mismas equivocaciones de antaño —musitó para sí.

—¿Qué has dicho, John?

—Nada. Nada en absoluto. Pensaba.

—Entonces —dijo riendo—, es que estás feliz. No te puedes olvidar del trabajo ni siquiera en casa... ¡Mira qué manitas! ¿No son adorables? ¡Tócalas, verás qué suaves son! Parecen pétalos de rosa...

Se puso en pie, obediente, obligando a su mente a olvidar su miedo y sus pensamientos; se arrodilló junto a su esposa, tomó el puñito sonrosado de su hijo y lo guardó en su palma. Al mirar la diminuta mano humana, sintió su primer impulso verdadero como padre. Era responsable de esta nueva vida. Entonces, ¿tenía derecho a ponerla en peligro desde el principio? ¿Osaría obrar, según su conciencia, a costa del niño? No podía decidirse..., ahora no..., ¡todavía no!

Pasó el verano, el niño crecía y se desarrollaba mientras el otoño se deslizaba hacia el invierno. La familia del *hutung* de Pekín parecía tranquila. Todos sus miembros llenaban por completo sus días, al parecer, absortos en el presente. Un día frío y claro, antes de que concluyera el año lunar, un día en que el cielo parecía tan azul como los azulejos de los antiguos palacios, la doctora Grace Liang patinaba en el lago helado, frente al antiguo palacio imperial. Patinaba con gracia, pero Liu Peng era más rápido. Pasaban, giraban, se deslizaban uno junto a otro, hasta que ella dio un tropezón. El la sujetó, antes de que se cayera. Ambos se detuvieron.

—Me he torcido el tobillo —dijo Grace.

—Vamos a dejarlo. Además, tengo hambre.

Hablaban en chino. El inglés de Liu Peng era infantil, de acento irlandés porque, como él explicaba, había tenido un profesor irlandés. Ella se había reído mucho..., era tan divertido oír a un chino con semejante acento.

—Se dice ostras, no estras —le había corregido.

—Per favor, no deszruya del tedo mi inglés— había replicado él.

A partir de entonces, sólo hablaban chino, pues ella se dio cuenta de que al hombre no le gustaba que se rieran de él.

—Déjeme ver su tobillo —le dijo cuando se soltaron los patines.

Estiró el pie izquierdo y él palpó el tobillo con delicadeza.

—El hielo no está liso —comentó Grace—. He tropezado con un bulto.

—Antiguamente, el emperador (y más tarde la emperatriz) siempre mandaban a sus servidores a que alisaran el hielo con hierros calientes. Ahora, claro está, no hay emperador ni emperatriz...

—Ni tampoco sirvientes, realmente..., sólo camaradas

La miró con brusquedad, pero no hizo comentario alguno

—El tobillo no está distendido, sólo retorcido. Seguramente su doctor Tseng le recetaría la hierba llamada *t'ien men tung*, ¿cómo la llama usted en inglés...? Espárrago brillante, me parece.

—¿Cree usted de verdad en nuestras antiguas medicinas?

—Hay mucho de cierto en ellas.

Se dirigían hacia el restaurante más cercano al lago y ella trataba de no cojear. El médico siguió:

—Tome, por ejemplo, el *ai yen*.

—¿Ajenjo vulgar?

—No sé cómo es en inglés; además, estaba prohibido en occidente, aunque he leído en algún sitio que ahora, muy recientemente, se ha aprobado de nuevo, por haberse descubierto que ayuda al funcionamiento de la bilis.

Entraron en el restaurante, tomando asiento en una mesita del rincón. El local estaba lleno, por ser la hora de la cena, segunda y última comida del día.

—Nunca sé qué creer. Pero, debo confesar...

—¿Qué? —la instó, porque se había quedado callada.

—Verá, el doctor Tseng me dijo que tomara el pulso izquierdo de mi hermana antes de que el niño naciera y, que si era rápido y no se frenaba, tendría un chico. Si era el pulso derecho el que daba esos síntomas, sería una niña. Su pulso izquierdo tenía los síntomas y ella dio a luz un hijo.

—La gente no puede vivir miles de años sin aprender nada. Somos el pueblo más viejo de la tierra, y el más sabio. Somos superiores a los occidentales en todo, menos en armas de fuego. Hasta nuestro gran dirigente Sun Yat-Sen decía que sólo en ciencia podrían los chinos aprender de los occidentales, pero que en los verdaderos principios de la filosofía, Occidente debería aprender de nosotros.

Ella se sorprendió al observar con qué ingenua convicción hablaba, pues su rostro atractivo parecía dulce, en su propia satisfacción. Al reflexionar sobre aquello, sola en su cuarto esa misma noche, se quedó atónita al darse cuenta de que Liu Peng, como un buen chino, estaba totalmente convencido de su superioridad tan sólo por serlo. Pasaron muchas semanas antes de que Grace pudiera comprender toda la extensión de tal convicción y, entonces, fue su madre la que se lo reveló.

Entretanto, ya cómoda en su cama, repasó el día. ¿Sería posible que estuviera empezando a sentirse atraída por Liu Peng? Pensó en su cuerpo bien hecho, sólido pero esbelto, en el rostro cuadrado... Al llegar aquí recordó que los héroes de las historias chinas siempre tenían la cara cuadrada, los ojos atrevidos, los labios firmes y llenos. Esos rasgos correspondían a Liu Peng. Recordó otro rostro, el de Clem, y se dio cuenta de que no había pensado en él en mucho tiempo, en meses. Se habían intercambiado dos o tres cartas y, de pronto, ella dejó de recibirlas. ¿Habían sido interceptadas por alguna orden desconocida? Nunca lo sabría. La incertidumbre hizo que ya no escribiera más.

—«Echa al tigre por la puerta delantera y deja entrar al lobo por la de atrás» —citó madame Liang.

Su hija Grace había venido a visitarla, desde Pekín, justo cuando los científicos rusos, enfurecidos, se iban de China.

—Ahora estamos empezando a descubrir lo que hicimos —continuó—, así que alegrémonos también de la marcha del lobo.

—¿Luego el tigre es...? —interrogó Grace, alzando las cejas.

—Los japoneses, los imperialistas occidentales; y los rusos son el lobo, naturalmente. Pero yo sabía que los rusos no se quedarían..., ¡son un pueblo bárbaro, peludos como monos! Les hemos soportado todos estos años... no sé por qué. Se apoderaron de Mongolia Exterior y Manchuria por la fuerza. Ahora que se vayan.

—¡Pero mamá —protestó Grace—, nadie va a ayudarnos ahora; desde luego los americanos no!

—Pues utilicemos nuestro propio talento —repuso la dama con firmeza—. Por eso aprobé el retorno de mi yerno, John Sung, a nuestro país. Hizo bien en unirse a los científicos. Volveremos a marcar la pauta en la ciencia, como ya lo hicimos, para asombro del mundo.

—Mamá, nunca te he oído hablar de forma tan... ¿patriótica, debo decir?

—Soy china. Creo en nuestro destino. Confío en nuestro sino. En lo profundo de mi corazón lamento la revolución a la que, en cierta pequeña manera, colaboré a introducir. ¿Nuestro error? Derribar el imperio, la forma de gobierno mejor, la más sabia de cuantas ha ideado la humanidad. Sí, en nuestra ignorancia, destruimos nuestro tesoro nacional. Ahora todo es confusión. ¿Dónde terminará? No podemos sino confiar en nuestro genio, que nos ha vuelto a traer orden y prosperidad una y otra vez a lo largo de miles de años.

—No sé qué pensar —musitó Grace.

Madame Liang no contestó. Se hallaba sentada a la mesa de su despacho particular. Un ventanal daba al jardín de poniente y a través de la cristalera se veían caer grandes copos de nieve. Aunque era la fiesta del Año Nuevo chino, la ciudad estaba tranquila y no esperaba visitas, puesto que tampoco ella las hacía. A excepción de sus relaciones de negocios, vivía totalmente recluida.

—Supongo —siguió Grace, hablando muy bajo—, que los chinos nos convencimos de nuestra propia superioridad por hallarnos rodeados de pueblos inferiores y porque nunca traspasamos las fronteras para ir a Europa y América.

—Conocíamos nuestra superioridad antes de que Europa y América existieran. ¿Crees tú que hay algo nuevo bajo el sol? ¡Confío plenamente en nuestro pueblo! En el antiguo *Libro de la Historia*, en el que el mismo Confucio basó su filosofía, se dice —al llegar aquí la dama se recogió para recitar:

*El pueblo ha de ser querido,  
el pueblo no ha de ser oprimido,  
el pueblo es la raíz de la patria.  
Si la raíz es firme, la patria está en calma.*

—Y recuerda —siguió— que cuando le preguntaron qué era más importante para un Estado, si los víveres, las armas o la confianza del pueblo,

el sabio respondió que se podía renunciar a las armas e incluso sacrificar los alimentos, pero que el Estado se destruiría a sí mismo si las gentes no confiaban en él.

—¿Y confían las gentes ahora?

—Ah, es una buena pregunta... —Madame Liang miró a su hija de forma extraña—, ¿confían?

—¿Y la respuesta? —insistió su hija.

—La misma que cuando se hizo la pregunta por primera vez, hace miles de años. Aunque todo parece cambiado, el pueblo no cambia. ¿Acaso no dijo Mencio: «La Voluntad del Cielo no es fija, pero ve como ve el pueblo y oye lo que oye el pueblo»?

Su hija escuchó las palabras con cierta confusión. ¿Sería posible que no comprendiera a su madre? ¿O estaría intentando comunicarle algún oculto descontento? Reflexionando sola en su cuarto, por la noche, captó una extraña semejanza espiritual entre su madre y todos los demás chinos; dicho espíritu era la antigua y absoluta confianza de la superioridad china. Por mucho que se diferenciaban en otras cosas, comunistas o no, su pueblo, los chinos, seguían creyéndose el centro del mundo, geográficamente, desde luego, pero también como raza humana. Se maravilló de que aquello fuese cierto, excepto por ignorancia. Pero su madre, tan sabia, tan culta, tan dotada, no podía ser ignorante. Además, ¿acaso no eran éstos atributos de superioridad?

Yacía despierta en la cama; la luz de la luna iba deslizándose por el suelo. Grace rió bajito, para sí. ¿Podría ninguna fuerza, humana o natural, destruir un pueblo que se creía indestructible, que pensaba así desde hacía miles de años y que seguiría creyéndolo, tal vez siempre? ¿No sería ésta una garantía de vida, la Senda Eterna?

Liu Peng la buscó el día que volvió a Pekín. Corrió tras ella por el largo pasillo central del edificio médico y, cuando ella se volvió, encontrándole ya a su lado, la metió en una clase vacía.

—Grandes noticias. ¡Todos los rusos se han ido! Se han marchado como ladrones.

—Puesto que nos han ayudado, ¿no teme alegrarse demasiado pronto?

—¿Qué es «demasiado pronto»? No puede haber dos soles en el cielo. No podemos seguir inclinándonos ante los rusos. El Presidente tiene razón. Debemos cortar por lo sano. La coexistencia es una fantasía. Alguien tiene que dominar siempre. Y nosotros hemos sido toda la vida ese «alguien».

—¡También usted! ¡Usted y mi madre!

—¿Qué es eso de yo también?

—Está usted utilizando al comunismo como medio de expresar sus convicciones de chino... ¡Es un instrumento, en lugar de una ideología! Los emperadores de antaño hicieron lo mismo, cuando China era el centro del mundo..., al menos para nosotros.

—¿Qué quiere decir con eso de «al menos para nosotros»?

—Que nuestro país nunca fue el centro del mundo. Nosotros creímos que lo era.

—¿Cómo, cómo? ¿Está usted a favor de Kruschev? ¡Coexistencia!

—No, sólo estoy a favor de la verdad.

—Pero... ¡Pues claro que hemos sido siempre el centro del mundo! Nadie nos igualó jamás. Todo el mundo quería comerciar con nosotros. ¡Nuestra influencia se extendía a los cuatro mares! El mundo sigue deseando comerciar con nosotros y una vez más el mundo nos teme. Uno por uno, los países que nos rodean se someterán a nuestro influjo, como ya lo hicieron antes. ¡También bajo el comunismo admitirán todos nuestro liderazgo!

—En antiguo concepto —se burló—, ¡la Gran Unidad!

—¿Porqué no?

De repente, se sintió furiosa contra él; era un hombre absurdo, medieval, todo menos el hombre moderno que creía ser. Sin embargo, en medio de su cólera se sintió impulsada hacia él por una nueva e irresistible atracción. La oscuridad de sus ojos brillaba; la boca cuadrada era firme; era todo decisión y fuego. ¿Qué era la fiebre que ella sentía ascender por su sangre?

—Usted..., usted también es china —hablaba Liu Peng—. Comprende usted muy bien a nuestro pueblo. Y si no comprende, yo le enseñaré. La obligaré. Sí, tiene razón. El comunismo es nuestro instrumento actual, pero el significado es el mismo, el poder está ahí. ¿Qué importa el instrumento si el significado permanece invariable? Una cosa tras otra, todo cuanto nos perteneció retornará a nosotros. Los países tributarios volverán a pagar tributos. Todo será armonía bajo nuestra dirección. Ganaremos ahora sin guerra, como siempre hemos ganado. Los pueblos inferiores son nuestros hermanos menores. Se entregarán a nuestra guía. Y vendrá la Gran Paz. Usted y yo no estamos en lados opuestos. Estamos juntos, en el mismo bando. No la dejaré que se separe de mí. Nos alzaremos juntos, usted y yo. ¡Somos chinos!

Grace intentó reír, intentó decir que lo que él implicaba era que ella tenía que seguirle, dondequiera que estuviera, y que ella no estaba dispuesta a aceptar una posición secundaria. Ella había visto el mundo exterior. Había visto América. Pero no pudo reír, no pudo hablar. El rostro del hombre estaba muy cerca del suyo. Los ojos parecían quemarla. Liu Peng le cogió las manos en las suyas, aplastándolas contra el pecho de él.

—¿Digo la verdad? —exigió.

—Sí.

La voz le salió en un suspiro.

Se separaron precipitadamente, para cumplir con sus trabajos del día; mientras trabajaba, Grace repasaba sus sentimientos. Sí, tal vez estuviera enamorada, pero ¡qué poco sabía del amado y qué poco la conocía él! Sí, era china, pero una china que había cruzado y viajado a través de la franja de países que fueran tributarios bajo el poder antiguo. Liu Peng nada sabía del mundo, cómo era en la actualidad y no deseaba conocer nada. Se sintió turbada ante la monstruosa responsabilidad del amor. Estaba claro que tenía que buscar la forma de informarle, de llevarle a la realidad. El era joven; tenía una inteligencia brillante; vería la verdad cuando ella se la revelara. En cuanto a su madre, como ya no era joven, que siguiera consolándose con sus ilusiones.

Esas fueron las conclusiones a las que llegó aquella mañana, mientras el viejo doctor Tseng canturreaba la lección del día.

—En caso de acupuntura, hay que considerar también el período de tiempo. En un buen día, cuando brilla el sol, la sangre fluye suavemente en el cuerpo humano, la saliva es abundante, la respiración fácil. En días fríos y

nublados, la circulación es espesa y lenta, la respiración pesada, la salivación viscosa. En cuarto creciente, sangre y aliento están en su plenitud. En cuarto menguante, sangre y respiración disminuyen también. Por eso sólo debe ejecutarse la acupuntura en días buenos y cálidos, cuando la luna está en creciente o, mejor aún, cuando está llena.

—Muy interesante —comentó Grace—. En la investigación bioclimática que se efectúa en Occidente, se ha visto que los ataques de coronaria aumentan de frecuencia en días fríos y nublados, cuando el sol está cubierto.

El doctor Tseng volvió la página de su libro cubierto de paño azul.

—Ah, sin duda los bárbaros del otro lado de los cuatro mares han tenido noticias de nuestra sabiduría —observó sin ningún interés.

—Se le condena a trabajos forzados en el campo —dijo el ministro.

John Sung se agitó en su asiento. La silla de madera le pareció de pronto insoportablemente dura. Carraspeó.

—Tengo otra razón para no entrar en el campo de la ciencia que usted me ha indicado, señor ministro. Ahora estoy investigando en el campo de la genética.

—Usted es un científico y todos los principios científicos son iguales.

John Sung no replicó. Contradecir al hombre sería inútil; discutir con el ministro sería peligroso. Sencillamente, no se sometería a lo que querían de él. Su silencio irritó mucho al ministro.

—¡Ustedes, los científicos! ¡Ustedes y sus actitudes políticas! ¡Niegan los principios mismos para establecer los cuales el Presidente está dando su vida!

—La ciencia acostumbra al espíritu a hacerse preguntas —repuso el joven con paciente tozudez—. Se nos enseña a observar, a examinar, a deducir conclusiones sólo cuando los resultados han sido verificados y demostrados.

—¡Hay cosas que deben aceptarse como se anuncian!

—No para un científico.

—¡Entonces no podemos aceptar a los científicos!

—El que sea o no aceptado no va a cambiarle. Persigue la verdad inmutable, invariable.

—¡Se le condena a trabajos forzados en tierras lejanas!

La voz del ministro se había convertido en un rugido. John Sung se puso en pie.

—¿Cuándo debo partir?

—¡Mañana por la mañana!

John Sung hizo una inclinación y se dispuso a marchar. Ya en la puerta, se detuvo y volviéndose, miró al ministro.

—Cada hombre tiene su propia manera de servir a su país —dijo.

Se lo contó a su esposa en seguida, en cuanto quedaron solos en su dormitorio. El niño jugaba en el suelo con un juguete de barro, tendido sobre una colchoneta. Ella le había tenido en brazos en la sala principal, pero al entrar John, se dio cuenta al instante de que tenía algo que decirle. Ahora ya estaba dicho. Mercy había dejado el niño en el suelo, se había vuelto a su marido y él se lo había espetado.



—Me envían a trabajos forzados.

Mercy quedó sin aliento. Su rostro se puso ceniciento y la voz era aguda y tensa.

—¿Te han acusado?

—Por haberme negado a trabajar en armas venenosas para usarlas contra los americanos.

Describió el plan para envenenar las fuentes de suministro de agua en los Estados Unidos, los ríos, los embalses, los arroyos en los que se alimenta el ganado. Ella se sentía indefensa ante tales razones para que él se hubiera negado a obedecer a los poderes centrales.

—No, claro que no puedes. Comprendo por qué debías negarte..., claro..., ¡claro! Me siento orgullosa de ti..., pero también me siento culpable.

—¿Culpable?

—Fui yo quien insistió en que viniésemos... por el niño...

Se mordió los labios; él la rodeó con el brazo derecho y con la mano izquierda le alzó la barbilla.

—Cada uno sirve a su país como mejor le parece. No lo lamentes.

Permanecieron así un largo momento, mirándose intensamente a los ojos. Luego John, sintiéndose incapaz de pensar que no volvería a verla, tal vez en muchos años, la soltó y se hundió en una de las sillas de fibra vegetal.

—Tendremos que renunciar a la idea de un piso moderno.

Ahora que el niño estaba allí, habían deseado un piso moderno y ella había sugerido que, tal vez uno muy moderno, en alguna de las nuevas construcciones de ladrillo, de ocho o diez pisos, que se acababan de construir en el extrarradio. Los antiguos muros de la ciudad se habían derribado y ella casi podía imaginar que aquello era como un barrio de una ciudad americana, junto a la antiquísima capital.

—Debes quedarte con tu hermana o irte a Shanghai con tu madre.

—Me quedaré aquí. Pondré en marcha mi escuela de música, al fin. ¡Tengo que conseguir de alguna manera que pase el tiempo!

Se le llenaron los ojos de lágrimas y él intentó consolarla.

—Es una buena manera de servir a tu país.

Pero no había consuelo. La voz había sonado hueca, incluso a él mismo y, al encontrarse sus ojos, ella lanzó un fuerte sollozo y se arrojó en sus brazos.

—Los precios son más altos de lo que podemos pagar, madame —decía Chu San.

—El cielo ha debido maldecirnos —suspiró madame Liang.

El día se parecía a cualquier otro. No obstante, cada jornada, en grados imperceptibles, era peor que la anterior. Las gentes, cegadas de fe y esperanza, habían sido llevadas por un camino equivocado. El año anterior, los que estaban arriba habían tomado grandes decisiones. Ella había desconfiado de tales decisiones y hasta se había atrevido a hacer partícipe de su desconfianza al ministro Chao Chung.

—Los chinos no son como los pueblos exteriores —le dijo—. Ellos confían en sus inventos, pero nosotros confiamos en la tierra.

—Nosotros confiaremos en todo a un tiempo —había replicado Chao Chung con su confianza habitual—. Mientras los pueblos exteriores se apoyan

en sus inventos, nosotros lo haremos en dichos inventos y también en nuestra tierra. Daremos un doble salto hacia delante, en la industria y en la agricultura, ambas al mismo tiempo.

El silencio de ella había estado cargado de dudas. Con el transcurso de los meses observaba, con creciente desaliento, cómo los pacientes campesinos y otras gentes de clase inferior eran forzadas a aprender a fundir mineral de hierro en pequeños hornos montados en sus patios o sus eras. Observaba, alarmada, cómo se metía en comunas a los campesinos, como si fueran ganado.

—El Viejo Li ha venido a pedirnos algo de comer —continuó Chu San.

Madame Liang se hallaba desayunando en ese instante, pero apartó los platos.

—Tráele ante mí —ordenó.

Salió Chu San y ella quedó esperando, entristecida. Ya sabía el golpe que había caído en su propia familia. Sin decirle a ella una palabra, Chao Chung, única persona en la que había confiado, había expulsado al marido de su hija, condenándolo a trabajos forzados. ¡Qué pérdida tan estúpida, condenar a trabajos manuales a un hombre con su inteligencia! ¿Acaso el cielo no creaba a muchos hombres, unos distintos de otros? Por tanto ¡que cada uno efectuara su trabajo! Los antiguos tenían razón en estimar tanto a sus intelectuales ¡que les prohibían ejecutar trabajos con sus manos, para que la mente no se fatigara con el cuerpo!

Se abrió la puerta despacio y el Viejo Li, un aldeano, quedó en el umbral, parpadeando y sonriendo. Había envejecido mucho en los años transcurridos desde que ella le viera en su propia parcela de tierra, fuera de la ciudad. Le conoció por vez primera cuando, en tiempos de la ocupación japonesa, ella recorría las granjas de las afueras, en compañía de Chu San, en busca de huevos y aves para su restaurante. En aquel tiempo el viejo era un granjero respetable, que sólo se quejaba de que los japoneses hubiesen descubierto su granero secreto unos días antes. Entonces había sido un hombre de edad mediana y rostro curtido; ahora era un pobre viejo harapiento y delgado.

—Siéntate —le dijo. Y a Chu San—: Di a Chou Ma que traiga otro tazón y unos palillos

—No me atrevo, no me atrevo —dijo el Viejo Li con cortesía campesina; pero sus ojos estaban clavados en el guiso de arroz caliente que había en el cuenco de madera, en los platos con huevos salados y en los buñuelos.

—¿Cómo puedo comer si no comes tú conmigo? —replicó madame Liang con idéntica cortesía.

Luego, al ver su cara amarilla y arrugada, los ojos vacuos, hundidos en sus cuencas, le hizo un imperioso gesto para que se sentara a la mesa con ella y, cuando lo hizo, tímido y confuso, se inclinó hacia él diciéndole muy bajo:

—Cuéntame todo lo que has sufrido.

Como confiaba en ella, al igual que todo el mundo, empezó, también en voz baja:

—Usted me conoce, señora. Yo soy un hombre corriente, como todos mis antepasados. Nadie, en nuestras muchas generaciones, supo leer un libro o pensó siquiera en hacerlo. El cielo nos colocó en la tierra y allí hemos permanecido. No obstante, a nuestro modo, nos iba bien. En tiempo de mi bisabuelo pudimos comprar un poquito de tierra. A partir de entonces, cada

generación compró un poco más hasta que, al morir mi padre, teníamos seis hectáreas y cuarto y yo soñaba con llegar a las siete hectáreas en esta generación. Como yo soy hijo único, contraté algunos hombres, más pobres que yo, para que me ayudaran a arar la tierra hasta que mis dos hijos fuesen lo bastante mayores para hacer algo más que llevar a pastar los búfalos de agua. ¿Quién hubiera creído que, a mi edad, llegaría el momento en que los que contraté se volverían contra mí, acusándome de ser un terrateniente, haciendo que, desde entonces, sea yo un hombre despreciado?

Parecía tan acongojado, con su barbita gris que temblaba, que madame Liang intentó consolarle.

—Se han vuelto en contra tuya porque no tenían tierra propia. Pero ¿y tus hijos?

—También ellos me han abandonado —dijo entristecido—. Fueron a la escuela y ahora viajan por todas partes, predicando las maravillas de los nuevos tiempos. Declaran que yo ya no soy su padre..., ¡yo, que les engendré de mis entrañas!

Se golpeó los delgados flancos cubiertos con sus pantalones ajados de algodón azul; su cabeza se inclinó. Llegó Chou Ma con el tazón y los palillos, llenó el tazón y salió.

—Come. La comida caliente conforta el alma.

Para animarle, tomó de nuevo sus palillos. El hombre comió unos instantes, intentando no mostrar su hambre y, una vez hubo vaciado el tazón, madame Liang se lo llenó de nuevo, sin llamar a Chou Ma. Cuando el anciano comió tres tazones y casi concluyó con los platitos, a instancia de madame Liang, dejó los palillos y siguió hablando.

—No podemos permitir que nuestros corazones se hundan, ni siquiera una hora, nosotros, el pueblo de la tierra, los de los cien viejos nombres. A decir verdad, trabajamos hasta que no nos queda más que la piel sobre los huesos, en duras tareas. De día aramos la tierra; plantamos o sembramos en común, recogemos la cosecha, todo un ejército de hombres y mujeres. Por la noche intentamos fabricar hierro. ¿Cómo vamos a hacerlo? No ha sido ése nuestro destino. Cuando la gente trabaja en aquello a que no se le destinó, fracasa. — Se inclinó y su voz descendió tanto que nadie más que ella hubiera podido oírle. ¡Este año no habrá cosecha! Lo mismo que es inútil el hierro que producimos, la tierra no dará sus frutos. Muchos trabajan, pero no conocen la tierra. Plantan a demasiada profundidad, o muy en la superficie y la tierra se niega a alimentar la semilla y la semilla muere. El año próximo, señora, todo nuestro pueblo sufrirá de hambre y necesidad. Los harapos que llevo tengo que seguir llevándolos. ¡No hay tela que comprar! Faltan hasta agujas e hilos. ¿Quién hilará y tejerá? De aquí a dos años, las gentes estarán desesperadas y ¿qué será entonces de Ellos?

—Cambiarán. En lo profundo de sus corazones saben que la voluntad del pueblo es la voluntad del cielo.

—Vendrán tempestades —prosiguió el viejo sin hacer caso—. La lluvia caerá en unas partes y la sequía durará muchos meses en el resto. Las langostas se comerán lo que cultivemos y los campos quedarán pelados. El cielo está enfurecido. Mucha gente huirá a Hong Kong. Entre ellos estará este humilde viejo. No me queda nada para vender: ni huevos, ni aves, ni cerdo ni

berzas. Ni siquiera bajo los tiranos japoneses fui tan pobre. Pero ¿y usted, señora?

—Yo me quedaré. Siempre me he quedado.

John Sung yacía despierto en su catre de tablas extendidas sobre dos bancos de madera. Se había acostumbrado a camas de muelles y, en honor a la verdad, sabía que las comodidades americanas habían debilitado su cuerpo. Lo sentía dolorido, cada uno de sus músculos dolía como si se lo arrancaran de los huesos. Pero al despuntar el día, sonarían campanas y silbatos para hacer acudir a los campos a los aldeanos con los que se le había destinado. De nuevo, con su sentido de justicia, y por duro que resultara, tuvo que reconocer, en lo más íntimo de su pensamiento, que había cierto elemento de equidad en la política de someter a los intelectuales a trabajos manuales forzados. Sería por el momento un dispendio, pero también era una necesidad si se quería forjar una nación moderna de la vasta población de setecientos millones de seres, ¡de ellos tres cuartas partes aldeanos! Tenía que admitir, aquí en la oscuridad que precedía al amanecer, mientras sus caderas sentían la dureza de las tablas, que él mismo jamás había alzado siquiera un azadón hasta el presente, ni utilizado un martillo para clavar un clavo. Durante su adolescencia, en el Barrio Chino de San Francisco, su tía, una china chapada a la antigua, jamás le había permitido trabajar, ni siquiera en el huertecillo de su patio, ni tampoco ayudar en la casa.

—Eso es cosa de mujeres —insistía—. Tú eres el hijo. Debes estudiar tus libros.

Semejante separación de los intelectuales como él, de los campesinos, a lo largo de siglos aquí en su país, había creado inevitablemente una clase superior dominante que no sentía ninguna preocupación por su pueblo y que, por consiguiente, constituía el obstáculo principal para crear una nación. El mismo Presidente, hijo de un campesino, había decretado desde un principio que intelectuales y estudiantes aprendieran a trabajar con sus manos. John Sung ya tenía las palmas de las manos llenas de ampollas. La azada de mango largo, una verdadera mejora sobre la antigua de mango corto, había, sin embargo, cortado su piel fina. En la mano derecha las ampollas habían reventado y se estaban infectando.

—Camarada, sujetas tu azada demasiado apretada —le había dicho la víspera un joven campesino que trabajaba junto a él—. Si la sujetas con dureza, la azada se vuelve contra ti. Fíjate en mí.

Había alzado su azada bien alta, dejándola que golpease la tierra como si lo hiciera por su propio peso.

La luz del día que empezaba se iba filtrando por las grietas de las paredes de madera. Los hombres se agitaban y gruñían en sueños. De vez en cuando, alguno se sentaba mirando a su alrededor, sorprendido. Todos estaban asombrados, pensaba John, y ninguno más que él. Los cambios les sorprendían, cambios enormes, totales, como la separación de padres e hijos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres; todos vivían separados, cada cual de su vecino; por eso se despertaban atónitos, a un nuevo día de duro trabajo y de promesas. ¡Y qué promesas! Las escuchaba vociferadas por las voces ásperas de jóvenes y ardientes dirigentes.

—¡La brigada de producción es el cimiento de la Comuna del Pueblo! ¡Camaradas, tendréis vuestra recompensa! ¡No más necesidad! ¡No más hambre! ¡Todo para todos!

La réplica de John Sung era tácita, pero constante. Todo aquello estaba condenado al fracaso. Las premisas eran erróneas. La naturaleza humana prevalece, los seres humanos piensan, trabajan y viven para sí. Las recompensas son esenciales, pero ahora no había recompensas.

Salió el sol por el horizonte. Sonaron las campanas y los timbres, chillaron los silbatos, los hombres se ponían en pie de un salto, vistiéndose con rapidez. En quince minutos, el tiempo concedido, los campesinos ya estaban en hileras. Los comandantes de las brigadas y equipos gritaron las órdenes y los hombres se dirigieron a los campos, a paso de marcha. Habían desaparecido los días alegres, cómodos de antaño, los días en que los aldeanos de una misma vecindad, en grupitos de dos o tres, charlando y riendo, fumando en sus cortas pipas de bambú, se dirigían cada uno a su campo. Los días que duraran miles de años habían concluido. Quinientos millones de campesinos, hombres y mujeres, marchaban, como soldados, a campos que ya no les pertenecían; entre ellos marchaba John Sung. Pero todo aquello estaba condenado al fracaso. Sintiendo casi agobiado por la sensación de aquel fracaso, tomó su azadón, uno más de una fila interminable.

El reloj del cuarto central de la casa de Pekín marcaba casi la medianoche, cuando concluyó la jornada de John Sung. Todos los relojes del país señalaban la misma hora. Así lo había decretado el Presidente, para que el país y sus ciudadanos sólo formaran una entidad única, viviendo al mismo ritmo, bajo idénticas convicciones. Sin embargo Jen Yu-ti en el libro oficial de *Geografía de China*, había escrito:

«El sol sale al este de China cuatro horas antes que al oeste. Cuando el Ussuri, al extremo oriental del país, se halla bañado por los dorados rayos del sol matutino, aún es de noche en T'ien Shan y en los Pamir, del extremo occidental<sup>6</sup>.

Mercy, al entrar en su cuarto, al término de su día de trabajo, miró su reloj de pulsera. La verdadera hora era exactamente las seis y veinte. Se abrió una puerta y una mujer de edad madura, con el niño en brazos, entró en la habitación.

—El pequeño amo no ha llorado ni una vez desde que se ha ido usted — dijo con orgullo.

El pequeñuelo tendió los bracitos hacia su madre que le cogió en los suyos, estrechándole.

—¿Ha habido alguna carta hoy? —preguntó.

Era su pregunta diaria, aunque en cinco meses sólo había recibido una respuesta afirmativa.

—Una carta de su honorable madre de Shanghai. Aquí está, la he guardado en mi seno.

Entregó la misiva a Mercy y luego se ocupó de servir té de una tetera que siempre se conservaba caliente sobre la mesa; una vez entregada la taza a su señora, siguió hablando.

---

<sup>6</sup> Jen Yu ti. *Geografía de China* (Pekín, Ed. Langues Etrangins) y Pág. 200, *China, El Otro Comunismo*, por K. S. Karol (Nueva York: Hill y Wang, revisado en 1968).

—El precio de la comida está subiendo mucho, señora. El cerdo vale cuatro veces lo que valía ahora hace un año. Si continúa la sequía, no tendremos nada que comer. La tierra está secándose y el viento se la lleva como polvo.

Mercy no respondió. Leía la carta con avidez. ¿Habría tenido éxito su madre o habría fracasado? Nadie poseía el silencioso poder de su madre. ¿Acaso no era invencible? Podía comprar alimentos cuando ya nadie sabía dónde volverse a por ellos. El gran restaurante se veía más concurrido que nunca. Siguió con la vista las páginas de fino papel de arroz cubiertas con líneas perpendiculares de la exquisita y delgada escritura con pincel.

*Como te prometí, he hablado a un individuo acerca de otro. Accedió a ver si podía hacerse algo para acortar el período o mejorar las condiciones. No pude obtener nada más definitivo. Luego alabó tu escuela de música. Desea hacerla formar parte de la universidad nacional, para que no lo critiquen como un esfuerzo individualista. No necesito decirte que, en líneas generales, sería útil en tu situación actual que hagas lo que puedas para cumplir con los deseos de arriba.*

Dobló la carta y la guardó en el bolsillo. Cuando su hermana mayor llegara, no debería saber que había pedido a la madre que intercediera por John. Una profunda división estaba abriéndose entre las hermanas. Grace, enamorada de Liu Peng, no era capaz de ver nada malo en los gobernantes. Incluso replicaba por la impaciencia de su hermana de tener de nuevo a su marido en casa. La noche anterior habían discutido tan abiertamente que ambas se habían acostado en silencio, sin llegar a una conclusión, decididas a no hablar, antes de llegar a recriminaciones mutuas. Grace había sido la primera en cortar diciendo que las hermanas no deberían reñir.

—Si nosotras, las hijas de nuestra madre, no podemos estar de acuerdo, no hablemos más del asunto.

Ahora, al final del día, Grace, que entraba en el cuarto donde estaba Mercy esperando, estaba decidida a mostrarse cortés. Ambas se apreciaban y dependían la una de la otra; además las unían recuerdos de la infancia. Pero ambas eran conscientes de su divergencia. Durante unos instantes, se unieron para admirar juntas al chiquillo tan sano que se sentaba en el regazo de su madre, jugando con su pulsera de oro. Fue la pulsera la causa original de otra disensión. Su madre les regaló dos iguales, cuando concluyeron su escuela media en Shanghai, antes de ir a América.

—¿Dónde tienes la pulsera, hermana? —preguntó Mercy.

—La he guardado.

—¿Porqué?

—Me parecía que, por alguna razón, no pegaba.

—Supongo que con los tiempos.

—Tal vez.

—¡O quizá con Liu Peng! —rió Mercy.

—¿Y a ti qué te importa? —Grace no reía y su voz había sonado demasiado dulce.

—Nada, sólo que... —se interrumpió, pero Grace la instó a proseguir.

—¿Sólo que qué?

—Nada... sólo que tú has cambiado desde que le has conocido.

—No tengo conciencia de haber cambiado... a no ser para mejorar. Comprendo las cosas con mucha mayor claridad que antes.

—¿El qué, por ejemplo?

—Por qué nuestro Gobierno hace... lo que hace.

—¿Como mandar a los hombres a trabajos forzados?

—Sí, como mandar a hombres como John Sung a trabajos forzados, ¡si es a eso a lo que te referías! No se pueden hacer excepciones con una persona. El sistema no lo permite. El individualismo se extiende como una enfermedad. Si se permite a John negarse a cumplir con la tarea encomendada ¿a quién se le podrá obligar a hacer cualquier cosa? Debemos trabajar juntos, como un gigantesco equipo nacional, una unidad total y única, para ocupar nuestro puesto en el mundo moderno. Cada hombre, cada mujer, encaja en el puesto asignado. Nosotros no podemos ver toda la trama, pero los que están por encima, los planificadores, la ven.

Los ojos de Mercy se inundaron de lágrimas.

—¡Pero eso no me devuelve a mi esposo!

—No podemos pensar en emociones personales..., nadie puede.

Mercy se encolerizó de pronto. Se secó los ojos. Cogió al niño y se dirigió a la puerta, donde se detuvo.

—Me pregunto que pensaría ahora de ti Clem —gritó—. ¡Ni siquiera puedo imaginar que le gustaras ya!

Con estas palabras salió de la habitación. Grace quedó inmóvil. ¿Clem? Llevaba muchos meses sin pensar en él; se daba cuenta de que Liu Peng la había aislado, la estaba aislando de todos. Lo que había sido atracción era ahora amor, una emoción tan personal como la que había reprochado a Mercy. Repasó los encuentros que habían tenido desde aquella tarde en que, unidos por un mismo impulso, se abrazaron..., tres encuentros más, pero siempre en presencia de otras personas. ¿Habría imaginado ella la ternura de su voz, el calor de sus ojos? Las palabras habían sido escasas, simples instrucciones para su trabajo; pero su fuerza interna, el poder de su personalidad reprimida, brotaban de él en ondas eléctricas. Ella no estaba acostumbrada al extremado control de un chino y ello aumentaba la excitación de su presencia. Al no tener palabras o acciones que la frenaran, la imaginación de Grace se encendió de nuevo. ¡Qué sencillo, casi infantil, le parecía Clem... Clem que era tan ingenuamente demostrativo, tan dispuesto a tomarla de la mano, a mostrar su adoración, a compartir sus pensamientos! Grace decidió ser más reservada, más silenciosa, más respetuosa hacia sus superiores, más distante con sus inferiores, más digna de Liu Peng; decidió estudiar la filosofía y la política del propio Presidente. ¿Qué clase de hombre podía ser éste, del que dependía toda la estructura de setecientos millones de personas?

Pasó toda una semana antes de que volviera a ver a Liu Peng y lo encontró por casualidad, en un pasillo. El se detuvo, como sorprendido de verla; ella también se detuvo, sin saber si era lo que él esperaba que hiciera. Así, inmóviles un instante, entre el constante movimiento de estudiantes y pacientes sorprendidos, quedaron frente a frente, sin saber ambos qué decir. Ella reflexionó buscando las palabras y tomó una excusa —aunque verdadera— para detenerse.

—Deseo aprender más —dijo ansiosa.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de los principios del Presidente —improvisaba al hablar—. Lo que sueña, lo que desea conseguir...

—Lea sus libros, sus poemas —repuso Liu Peng de un modo que a ella le pareció frío.

Orgullosa, apartó su espíritu de él.

—Gracias —fue cuanto dijo.

Estaba a punto de alejarse cuando asió su muñeca.

—Un momento —dijo en voz baja—. ¿Cuándo podemos vernos?

—Donde quiera y cuando quiera. Como ya sabe, vivo con mi hermana, en el *hutung* de los Tres Zorros.

—A las nueve, después del trabajo —la soltó, dejándola ir.

Grace se apresuró a entrar en el laboratorio donde se dio cuenta, para su vergüenza, que no podía olvidar la mano fuerte del médico en su muñeca. Hubiera jurado que el pulso de esa muñeca era ahora más fuerte. El día se hizo eterno. El anciano doctor Tseng zumbaba, como de costumbre, al explicar la lección que, por casualidad extraña, versaba sobre los diferentes pulsos del cuerpo.

—El pulso puede advertir a un médico con cierta profundidad, incluso de la inminencia de la muerte.

Todos los días el viejo llegaba con su termo lleno de té caliente. Dejó de hablar para servirse una taza que sorbió con ruido. Después se aclaró la garganta y se sonó, un lado tras otro, con un papel de seda cuadrado que depositó luego en la papelera, y prosiguió:

—Cuando el pulso del corazón se debilita, cuando empieza a hacer un ruido incesante, como las semillas de un lirio de agua, el rostro del paciente enrojece hasta un tono oscuro, el vello se vuelve quebradizo y la muerte está muy próxima.

»Cuando el pulso del pulmón ya no es un latir ligero como una pluma, la piel se vuelve rojo oscuro, el vello se vuelve quebradizo y la muerte está próxima.

»Cuando el pulso del riñón...

—Pare, por favor —imploró Grace—. ¿Es que no hay unidad entre todos esos pulsos?

—Claro que hay unidad en toda la estructura humana —repuso el anciano doctor con gran dignidad—. Dentro de dicha unidad hay tres grupos principales de pulsos. Cada uno de ellos se divide en dos: interno y externo. A su vez éstos se dividen en siete y ocho partes...

Aquella noche cuando llegó Liu Peng, que fue presentado a Mercy y al pequeñuelo, los pulsos sirvieron para iniciar la conversación. Grace describió divertida las explicaciones del viejo doctor, pero Liu Peng se negó a reírse.

—A pesar de que usted se burle, hay mucho que decir sobre el diagnóstico mediante el pulso. Los médicos occidentales que han estudiado y emplean nuestra teoría de los pulsos, dicen que pueden diagnosticar con exactitud enfermedades que luego resultan ciertas al cotejarlas con pruebas clínicas.

Grace esperó que siguiera exponiendo el tema, pero en lugar de ello, Liu Peng se inclinó y tomó al niño de los brazos de Mercy. El pequeño le miró dudoso y ya abría la boca para llorar cuando el joven le conquistó con sonrisas y mimos hasta que el chiquillo le aceptó. Entonces, sujetándole sobre su



rodilla, Liu Peng comenzó bruscamente a hablar de los males que acarrea el control de natalidad, mientras miraba la carita del bebé.

—¡Piensen en la pérdida que hubiera sido para el país el que este niño no hubiese nacido! ¡Piensen lo que sería si su madre no hubiera querido tenerlo con la equivocada idea de que podría servir mejor a su nación como miembro del Partido o jefe de una brigada comunal! En lugar de ello, prefirió dar a luz a esta hermosa criatura. Observen sus largas orejas..., denotan inteligencia, al igual que la altura del cráneo por encima de ellas. Nunca pude admitir las teorías de Ma Yin-chu sobre la población y sus urgentes llamadas para frenarla. Detesto en especial el hecho de que dicho control lo practiquen nuestros trabajadores intelectuales, cuyos cerebros hemos de multiplicar, no prevenir. Nuestro Presidente tiene razón. Necesitamos más personas, no menos. Las personas son nuestro tesoro nacional. Yo animo a mis pacientes a que tengan muchos hijos. Planificación sí... porque necesitamos más niños saludables..., ¡pero niños!

Sus agudos ojos negros se suavizaron como Grace nunca los viera antes. ¡De modo que este hombre podía sentir ternura! Liu Peng miró a Mercy y sonrió.

—Le deseo que tenga usted muchos más hijos —dijo con dulzura.

Pero la joven se aprovechó del momento.

—No es probable, estando como está mi marido en una lejana comuna de campesinos.

—¿Es cierto eso? —preguntó sorprendido a Grace.

—Sí, lo es.

El médico se levantó y devolvió el niño a los brazos de su madre.

—Pues no debe de ser —fue su comentario.

Cuando Mercy les dejó, pues la criatura tenía hambre y estaba inquieta, Liu Peng, también algo agitado, dijo a Grace:

—Vamos al patio. Hay una brillante luna. Todavía pasará otro mes antes de que llueva.

Salieron. En el patio, bajo un ciruelo cuya fruta empezaba a madurar, él le preguntó abruptamente si quería casarse con él. Grace esperó a que él dijera que la amaba, pero no pronunció una palabra de amor.

—Casémonos pronto —dijo tan sólo—. Debemos tener hijos tan hermosos como ése. Juntos produciremos hijos heroicos para nuestra patria.

Aún esperó, pero tampoco hubo palabra ni signo de que existiera amor. Sintió que el frío invadía su corazón. Si él no hablaba nada de dicho sentimiento, ella tampoco lo haría.

—¿Casarnos? —dijo al fin—. No estoy segura. Déjeme servir a mi pueblo tal como soy..., un año, dos, ¡quién sabe si más tiempo!

Por nada del mundo hubiera hablado en voz alta de aquello que gritaba en su corazón: «Pero ¿me amas?» Sin embargo, el grito estaba allí dentro, sin palabras, por tanto, sin respuesta.

Pero él ya estaba desenvolviendo un paquete que trajera consigo, y hablando mientras lo hacía.

—Aquí hay unos libros. Léalos. Le explicarán acerca del Presidente..., su vida, su naturaleza y modo de ser. Ahí verá por qué le seguimos.

—Gracias.

Así que aquél había sido el propósito de su visita...

«China podrá ser conquistada —leyó aquella noche al quedarse sola—, sólo cuando las gentes de la provincia de Hunan hayan muerto.»

Era un proverbio que a menudo había oído repetir a su padre, cuando niña. Ahora sólo le recordaba casi como una sombra: la de un hombre vivaz, impetuoso y apasionado como se decía que eran los habitantes de la provincia de Hunan, tan aficionados a la pimienta. Reconocía como propias las ancestrales cualidades, si bien frenadas y controladas por la tutela de su madre. El que el presidente hubiera nacido en Hunan, le hacía más comprensible para su mentalidad. Hijo de un campesino con tierras, aprendió, no obstante, a leer y su juventud transcurrió en los tiempos revolucionarios de Sun Yat-sen y su lugarteniente Huang Hsing. La provincia era un laberinto de sociedades secretas. Huang Hsing se alió con un cabecilla, Ma Fu-i, para fomentar los alzamientos en el campo, entre los aldeanos, mientras Huang hacía planes para asesinar, mediante bombas, a los principales encargados del Gobierno en las capitales y ciudades. Aunque sus planes fueron descubiertos y desbaratados, el Presidente había crecido en un ambiente fomentador de la revolución. Grace leyó dos poemas que él escribiera recientemente, de regreso a su pueblo natal:

*Sólo porque muchos se sacrificaron, nuestra voluntad se hizo fuerte,  
Y osamos ordenar que sol y luna nos trajeran un nuevo día.  
Me gusta contemplar el ondear constante de arroz y habas.  
Mientras de todos lados vuelven héroes en la bruma de la tarde<sup>7</sup>.*

Años antes, cuando era un joven, había escrito:

*Solitarios picachos se alzan abruptos sobre el vasto río.  
Salto hacia la cumbre, serpenteo cuatro cientos de veces por la verde  
naturaleza.  
Con calma y frialdad me vuelvo hacia el mar; contemplo el mundo*

Leyó una y otra vez sus numerosos poemas mientras estudiaba sus ensayos y autobiografía. Los poemas, imaginaba, eran la más auténtica revelación de su naturaleza y, profundamente atraída por el hombre al que jamás viera ni con toda probabilidad vería nunca, soñaba con que Liu Peng era su réplica y que, al comprender a uno, conocería mejor al otro. Además, la lectura y el estudio le proporcionarían material inagotable de conversación con Liu Peng. Descubrió en el reservado joven médico una devoción apasionada hacia el anciano y una disposición a revelar su devoción con palabras que de otro modo jamás hubiera pronunciado.

—¿Cuándo vio al Presidente por primera vez? —le preguntó un día.

La primavera y el verano habían dado paso al otoño y en todos los patios de la ciudad los crisantemos estaban en plena floración. Era día de fiesta y de mutuo acuerdo, Grace y Liu Peng se encontraron en la Puerta de la Paz Celestial, para pasear por la avenida bordeada de árboles, cercana a la Plaza

---

<sup>7</sup> Stuart Schram, *Mao Tse-tung* (Nueva York Simón y Schuster, 1967), Pag. 277.

Grande. Hacia el norte quedaban los palacios del pasado, los tejados de azulejo color azul real, los pilares pintados de bermellón, los muros color rosa y los puentes de mármol blanco.

—Vámonos de esta moderna avenida —dijo Grace.

El sol otoñal, que brillaba en un cielo tan azul como los tejados de los palacios, reverberaba en las antiguas edificaciones. Un momento después, los pies de ambos caminaban sobre las baldosas, puestas antes del nacimiento de Cristo.

—Pero yo prefiero el bulevar —insistió Liu Peng.

—¿Por qué?

En ese instante se sentía contenta, como se había sentido con frecuencia en América, pero pocas veces desde su regreso. Habían ocurrido demasiados cambios mientras estuvo ausente; era otro país, distinto del que dejara cuando era casi una niña. Las gentes se comportaban de un modo más silencioso, más serio, más intenso de lo que recordaba. Pero ahora, en este instante del mediodía, en la víspera del Festival de Otoño, paseando con Liu Peng, olvidó su tensión y se dejó llevar de un sentimiento de felicidad. Le hubiera gustado pasar su mano por el brazo de él, mas no lo hizo. Aquí no se permitían las familiaridades de las calles americanas. Resultaba bastante extraño ver parejas que paseaban juntas, como ellos, pero sin tocarse. No obstante, el aire tranquilo de otoño, el calor del sol, la satisfacción general que su trabajo le causaba, se combinaban para crear felicidad.

Ahora trabajaba, bajo la dirección del doctor Tseng, con Acónito Azul, *Aconitum fischeri* —*Fu-tse*, como él lo llamaba— y Acónito Trepador, *Aconitum unclnatum* o *Ts'ao wut'ou*. Ambas hierbas contenían acónito venenoso pero, medidas con cuidado, preparadas y utilizadas servían, la primera para catarros, toses y fiebres; la segunda, mezclada con clara de huevo crudo, resultaba una beneficiosa cataplasma. Pero si la medida no era la justa, aún por escasa diferencia, la dosis resultaba veneno puro. Esta no era sino parte del rico almacén de hierbas medicinales que el doctor Tseng le explicaba y demostraba a través de sus pacientes. Además del gozo de un trabajo satisfactorio, creador y prolongador de vida, estaba la alegría mayor y más profunda de saberse enamorada de Liu Peng. Grace era una exploradora de todo cuanto hacía; ahora tenía que explorar su amor y a través de su amor, este hombre que tan profundamente la atraía. No era fácil, pues él se mantenía distanciado aún cuando estaban juntos, incluso hoy, cuando su anhelo por tocarle era tan fuerte que él tenía que notarlo en la electricidad que Grace sentía en su propio cuerpo. Pero Liu Peng sólo hablaba..., hablaba... y ella apenas si podía oírle, por culpa del golpeteo de su sangre en sus oídos, la sangre que recorría sus venas en una fiebre de amor y deseo. Pero la voz del hombre fluía tranquila. Entraron en un antiguo palacio abierto al público, recorrieron las opulentas salas, él hablando siempre, mientras fragmentos del monólogo atravesaban el cerebro de la muchacha... «estación desafortunada..., campesinos inquietos..., levantamientos en Hunan...», resonaban en sus oídos. ¿Y si le cogiera de la mano, ya que la tenía al lado, tan cerca de la suya? Pero no..., no debía hacerlo, no fuera a ser que la rechazara.

Habían llegado a una pequeña y desnuda sala, en un ala remota del palacio y Grace vio que estaban solos. Se detuvo involuntariamente y en un

impulso se volvió a él, con una súplica inconsciente en la mirada. Vio que la mirada de él cambiaba y que su rostro enrojecía. Sin una palabra la rodeó con sus brazos y, al instante, ella puso sus labios sobre los de él. Liu Peng no se retiró en seguida. Ella pudo sentir el calor de su cuerpo a través de la chaqueta de algodón; olió el limpio aroma del jabón en su carne; conoció la dulzura apasionada de aquel instante. Luego él se separó, aún estrechándola en sus brazos, y la miró.

—Nunca había besado a una mujer antes —dijo muy bajo—. Un hombre lee acerca de ello y se pregunta... Ahora ya sé.

—¿Ya sabes? —repitió.

—Lo que significa.

Al otro extremo del mundo, en la ciudad de Nueva York, el día era igualmente hermoso. Se inauguraba una nueva exposición de cuadros de Hsuan en la galería principal de la metrópoli. Sus inauguraciones resultaban siempre grandes acontecimientos y las salas de arte estaban llenas. Se había corrido la voz, entre los círculos artísticos, de que el famoso pintor había desarrollado nuevas técnicas y habían acudido coleccionistas y amantes del arte de todos los rincones del país. El señor y la señora Brandon, nuevos coleccionistas de arte chino moderno, habían venido en avión desde San Francisco. En este instante cruzaban el umbral, recorriendo con la vista los salones abarrotados. Formaban una atractiva pareja, casi cerca de los sesenta años y de ellos se desprendía un aire de bienestar y agradable satisfacción.

—No veo a Hsuan ni a Joy —decía la señora.

—¿Cómo quieres ver a nadie entre tantísima gente?

En ese instante, fue la misma Joy quien les descubrió. Aunque habitualmente se vestía al estilo occidental, hoy se había puesto la larga y ceñida túnica china, de brocado color verde manzana, que meses antes encargara a su tía de Hong Kong para este acontecimiento.

—¡Han venido ustedes!

Su exclamación fue de alegría al ver a los Brandon y la señora la envolvió en un abrazo cálido y blando.

—No nos lo hubiéramos perdido por nada del mundo.

El señor Brandon estrechó la mano de Joy.

—¿Cómo estás, Joy? ¡Ya veo que tan preciosa como siempre! ¿Qué tal son las nuevas pinturas de Hsuan? He oído decir que se ha pasado al abstracto.

—¡Pero a la manera china! —rió Joy, y se explicó—. Ya saben que los chinos siempre hemos sido un poco abstractos, a nuestro modo. Nunca copiamos la naturaleza. Observamos y meditamos y cuando vamos a casa pintamos el resultado de esa meditación. Es la esencia de lo que hemos visto en la realidad.

—¿Cómo está tu querida madre? —preguntó la señora Brandon, que jamás se interesaba por conversaciones artísticas.

—Ya no recibo noticias de nadie— repuso Joy, poniéndose instantáneamente grave—. Hace meses que no sé nada. Ni tampoco mi tía de Hong Kong.

—Hay rumores de que las cosas van mal en nuestra querida China —dijo el señor Brandon.

—Oh, ¿qué ha oído usted, señor Brandon?

—Cosechas fallidas, sequías en algunos sitios, inundaciones en otros... y el fracaso de las comunas.

—¡Oh, *no!*

Fue entonces cuando Hsuan les vio. Fue abriéndose paso, con suavidad y firmeza, a través de la masa móvil de gente, sonriendo con cortesía, estrechando manos que se le tendían, hasta llegar junto a Joy, siempre correcto, siempre agradable.

—Qué amables han sido de venir desde tan lejos —murmuró tendiendo la mano derecha a la señora y la izquierda a su esposo—. Me alegra, me alegra mucho. Deseo muy especialmente que vean mis monocromos. ¿Quieren hacer el favor de seguirme? Los he colgado juntos en el ala oeste.

—¡Hsuan! —exclamó Joy—. El tío Brandon dice que las cosas marchan muy mal en nuestro país..., hambres, inundaciones y cosechas perdidas.

—¿Y qué otra cosa podía esperarse? —repuso el artista con compostura—. El cielo ha sido ofendido.

Con estas palabras puso punto final a lo que ella deseaba contarle y manifestó su desaprobación por mencionar desastres en una ocasión tan importante como era la triunfal inauguración de su exposición. De nuevo sonrió encantadoramente a la señora Brandon.

—No me permito alterarme por los asuntos políticos. Como decía nuestro gran *Libro de los Cambios*:

*Si el hombre superior emprende algo  
e intenta dirigir,  
Se pierde.  
Más si sigue, encuentra su guía<sup>8</sup>*

...por eso, mis queridos amigos, yo sigo. Pero permítanme terminar esas sabias palabras. Las dos líneas siguientes dicen:

*Es favorable hallar amigos al Sur y al Oeste  
y el perseverar callado atrae buena suerte.*

La delicadeza de su cortesía china era tal que omitió el penúltimo verso, que dice: «Renunciar amistades del Sur y de Levante», si bien sabía que ningún americano la echaría en falta y dudaba de que su «pequeña Joy», como la llamaba, hubiera leído nunca el *Libro de los Cambios*. Pero su sentido de lo adecuado era tan acendrado, que siempre guardaba la misma atención, tanto si estaba solo como acompañado.

—Vengan, por favor —continuó con su tranquila autoridad—. Sigamos al ala oeste. Deseo que contemplen mis abstractos antes de que se vendan demasiados.

Su inglés era gramaticalmente correcto, pero con un acento propio, subrayando a menudo la sílaba que no debía, de tal modo que, cuando la

---

<sup>8</sup> Helmut Wilhem, *Cambio: Ocho Conferencias sobre el I-Ching*, traducción de Cary F. Baynes (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1960) p. 11.

noche anterior había estado segura de lo que había querido decir y aunque le había sonreído, sólo más tarde pudo captar del todo la importancia de las palabras. El verbo en sí era bien corriente, con escaso sentido cuando lo decían los americanos, que lo utilizaban para indicar que les gustaba cualquier cosa, desde los hoyuelos en la cara hasta los brillantes. Pero Hsuan era un purista, y ella comprendió que había usado la palabra como sustituto del verbo «amar», que hubiera considerado de una intimidad poco correcta. Desde que él se declaró de aquella forma, Joy se había sentido en un estado mental demasiado complejo para poder entenderse a sí misma, pues se daba cuenta de la seriedad de su declaración, puesto que cada palabra pronunciada en cualquier momento por el artista, iba siempre cargada de matices y sólo en su esencia podía saberse lo que deseaba explicar. Ambos, maestro y discípula, habían mantenido estrictamente la seriedad de su relación y, aunque ella no ocultaba, ni aun a sí misma, la apasionada naturaleza de sus propios sentimientos hacia él, que eran una combinación del amor que pudiera haber sentido hacia su padre, a quien sólo recordaba vagamente, y del amor romántico que de otro modo hubiese sentido hacia un joven de su edad, se conocía, sin embargo, muy bien para darse cuenta de que nunca podría ser dichosa más que con un artista y entre artistas. Por ello, cuando la noche anterior él afirmó, sencilla pero profundamente, su adoración, ella se sintió seria, pero profundamente conmovida.

Al ocurrir aquello, habían estado colgando un pequeño cuadro abstracto titulado *Alba*, en un reducido espacio entre la puerta y la pared del ala oeste. Era el último cuadro pintado por Hsuan y él no había querido ponerlo, al principio, temeroso de que la sala pareciera demasiado atestada. Pero ella le había convencido.

—Es uno de los mejores. Me hace pensar en la salida del sol sobre los montes de Lu, en la provincia de Kiangsi. Cuando era niña y estaba sola, siempre me levantaba temprano para mirar cómo el cielo iba difuminándose primero de rosa y luego de oro. Ha conseguido usted captar el color cambiante.

El se la había quedado mirando, con sus pequeños ojos negros sorprendidos primero y suavizados luego por la ternura. Casi bruscamente, excepto que su voz había sonado dulce, le había dicho «¡Te *adoro!*»

Esta noche, cuando los visitantes se hubiesen ido y se quedaran los dos solos, continuaría..., ¿o no?

Ya habían llegado a la sala oeste y se iban deslizando de un cuadro a otro. Allí no había mucha gente, pues el público prefería, por lo general, su trabajo más realista. Por eso, a excepción de algunos estudiantes de largas melenas y tres jovencitas en minifalda, que les acompañaban, ambos artistas estaban solos con los Brandon. Joy guardaba silencio, escuchando a Hsuan. Este hablaba con firmeza, casi como autodefendiéndose en sus explicaciones.

—Intento captar el estado de ánimo del universo, según yo lo siento. Créame —se dirigía al señor Brandon—, el realismo no está ya en los objetos, ni siquiera en las personas. Está en las ondas eléctricas formadas por esas partículas que son los sentimientos de los seres humanos individuales, saliendo a la superficie de nuestro globo y perforando el espacio. Yo intento, mediante el color, a través del movimiento, expresar ese salir fuera, ese perforar.

—De veras... —murmuró el señor Brandon.

Se puso los anteojos y miró el cuadro, una mezcla de colores entretreídos, difuminados y contrastados, pero que verdaderamente expresaban movimiento.

—Es espléndido —declaró al fin—, pero está fuera del alcance de los cerebros de la mayoría.

—¿Lo cree usted? —preguntó Hsuan un poco desanimado.

—Sin duda alguna. No obstante, deseo ese cuadro. Quiero vivir con él. Tal vez, sin saberlo, haya expresado usted el espíritu de su propio país.

Por la noche, cuando ya todos se habían ido, maestro y discípula se dirigieron a un cercano restaurante chino, a comentar la jornada. La inauguración había resultado un gran éxito, pero de los abstractos, sólo se habían vendido unos pocos, además del elegido por el señor Brandon. Algunos jóvenes de ambos sexos habían indagado los precios y luego, con un suspiro, habían seguido adelante; pero Hsuan, además de ser un gran artista, era también un buen negociante y había hecho caso omiso de los suspiros.

—El cuadrito colgado junto a la puerta —había intentado engatusarle—. ¿No podemos reducir el precio ni siquiera un poquito? El muchacho de la barba lleva plantado una hora delante de él. No puede arrancarse de allí.

—Yo no me vendo barato... —había contestado Hsuan con sequedad—, ¡sobre todo a jóvenes barbudos!

La pintura se había vendido más tarde, a su precio, a una mujer de mediana edad, con brillantes en los dedos y las orejas.

Ahora, juntos en amor y compañía en el restaurante chino, casi vacío, porque ya era tarde, Hsuan y Joy se sonrieron, sentados uno frente al otro a la mesa. Sí, el día había resultado un gran triunfo; se habían vendido muchos cuadros; los críticos habían estado respetuosos hasta llegar incluso a un cauto entusiasmo; la atmósfera para el profesor y la alumna era ahora de agradable descanso. Joy contempló el rostro un poco redondo de Hsuan, el cual se puso las gafas, mirándola a su vez con intensidad.

—¿Tengo algo? —preguntó la joven con ingenuidad.

—Nada malo, al contrario. Tan sólo estoy inspeccionando a la joven con la que tengo la intención de casarme.

Quedó estupefacta ante su franqueza y no pudo contestar; la linda boca se le había quedado ligeramente abierta, ante lo cual Hsuan volvió a meter las gafas en su estuche y éste en su bolsillo, sonriéndole de nuevo. Luego se puso serio y carraspeó con fuerza y tras de ello, empezó a hablar de modo solemne.

—Durante muchos años me he reprochado el haber rechazado el matrimonio que mis padres me concertaron cuando era aún un colegial. Por entonces yo me sentía un revolucionario, y quería tener independencia para elegir esposa por mí mismo. Mis padres se entristecieron, pues deseaban tener nietos. Además, les parecía que el peor momento para mí de elegir esposa sería mientras era joven, pues no tenían más hijos que yo. Pero mi corazón era tan duro como sólo puede serlo el de los jóvenes. ¿Cómo podía yo vaticinar que un día el Gobierno de nuestro país sería destruido por jóvenes tan alocados como yo y que el comunismo cerraría sus afilados dientes en nosotros? Conociéndome a mí mismo como artista, abandoné toda idea de matrimonio y huí a América, donde el artista puede vivir todavía en una paz independiente. Pero hace falta mucho tiempo para buscar una esposa, y yo no lo he tenido. Primero tenía que triunfar. He triunfado. Y ahora, además, por mi

buena suerte, he encontrado, sin perder mi preciado tiempo, la esposa que tanto he deseado. ¡Y ésta eres tú!

Joy deseaba reír; deseaba exclamar: «¡Pues claro que seré tu esposa! He estado esperando, esperando todos estos meses en los que sólo hemos sido maestro y discípula.» Quería reírse porque él era todo un tipo, tan distinto de cuantos había conocido, siempre él mismo, en todo momento, en toda circunstancia. Aunque jamás hubiese salido de su provincia natal en Shangtung, hubiese sido él mismo. América no le había transformado en lo más mínimo, excepto para darle el idioma inglés en que expresar sus pensamientos totalmente chinos. Joy deseaba extender la mano sobre la mesa, para que él la tomara. Pero se abstuvo, porque un gesto tan abierto podría resultar ofensivo. Por eso respondió en tono grave:

—Me siento honrada de ser tu esposa.

Ante su asombro, fue la mano de él la que se abrió en la mesa, su mano derecha la que esperaba, con la palma hacia arriba; al verla, puso su pequeña mano derecha en la palma abierta y sintió como los dedos se cerraban sobre ella.

La escasa cosecha fue recogida antes de las tormentas de otoño. La ira del cielo no había disminuido durante aquel año interminable. Los campesinos, persuadidos por promesas o mediante la fuerza, habían sido apiñados en las comunas. En filas, miles y miles de ellos, habían abierto surcos para los campos de arroz del Sur, y los de trigo al Norte; habían plantado las simientes del arroz y desparramado el trigo en la estación debida, pero las cosechas eran muy escasas. Allí donde debía haber caído la lluvia, sólo había un sol seco, reverberante, que calcinaba y endurecía la tierra. Cuando caía la lluvia era una catástrofe; caía en cerradas cortinas, inundando los campos ya empapados. Los viejos campesinos musitaban entre sí que los Cielos estaban enojados.

—Es porque ya no tenemos emperador que ore y presente sacrificios por nosotros en el Templo Celestial.

Ahora, cuando los campos de arroz deberían haber estado dorados para la cosecha, las cabezas vacías se inclinaban bajo el viento y la lluvia inoportunos. Las heladas se adelantaron y los cielos se veían perpetuamente oscurecidos. Bajo tierra se escuchaban extraños ronquidos y la superficie temblaba, de vez en cuando. Nadie podía explicar o dar razón del fracaso de las cosechas, pues la siembra se había hecho con celo y esperanza. Pero la esperanza había desaparecido y el celo daba lugar al desaliento. En vano los jóvenes dirigentes corrían de un sitio para otro, intentando por todos los medios posibles dar ánimos a los desconfiados campesinos.

Un día de comienzos del invierno de aquel año negro, John Sung estaba sentado entre los aldeanos con los que vivía en la gran cabaña de techo de paja, entre los muros de barro de una granja de un poblado, al Norte. La lluvia resbalaba de los aleros hasta el suelo y el patio y se filtraba por entre la paja vieja mojando a los campesinos, sentados en bancos de tablas, dentro de la granja, escuchando a un muchacho, tan joven que aún era delgaducho y huesudo, de voz destemplada, a veces infantil, a veces masculina, hasta el punto que los campesinos se reían de él en alta voz, a pesar del hambre.

—El plan es bueno —insistía el muchacho—. Vosotros mismos sabéis, camaradas, que había quienes no hacían nada y otros que tenían que hacerlo todo. Bajo el nuevo y sabio plan de nuestro Presidente, todos deben trabajar



en todo tipo de trabajos. Esto es igualdad para todos. Ya no habrá duras tareas para los aldeanos y sólo ocio para los de las ciudades. Cada comuna trabajará para sí, será autónoma en su alimentación, se gobernará a sí misma; será como una ciudad inmersa en el campo, y cada uno de vosotros compartirá las labores del campesino, el estudiante, el obrero fabril, el soldado.

Un sueño, pensaba John Sung, bello e imposible. Imposible, ¿por qué? Porque no tenía en cuenta la naturaleza del hombre que, en cada ser humano, se alza individual y aislada, y cuya principal preocupación es ella misma. Sólo cuando uno se encuentra alimentado, seguro, caliente en invierno y fresco en verano, con sus posesiones y trabajando para sí, es cuando puede prevalecer la paz. Sin embargo, por alguna razón contradictoria, y aunque estaba en total desacuerdo con cuanto decía el joven, se daba cuenta de que se compadecía del muchacho que hablaba en medio de todos, con su voz aguda y aún sin formar, pero con decisión y de corazón. La lástima era que el muchacho estaba convencido de cuanto decía. Le habían enseñado a creer y había perdido la capacidad de dudar. ¿Qué sería de él cuando un día despertara a la verdad y la realidad? ¿Qué refugio hallaría entonces su alma, tan entregada ahora a sus creencias? ¿No desahogaría su última y extrema desesperación en una violencia terrible contra aquellos en quienes plenamente confiara?

En cuanto a los campesinos, no necesitaban compasión. Estaban avezados a las penalidades, encallecidos contra el dolor. Siempre les había tocado sufrir. Nadie les había prestado atención durante generaciones, y habían aprendido a cuidarse solos de sí mismos. Escuchaban al joven, dispuestos a probar algo nuevo, pero sólo a seguir la nueva senda si sus estómagos estaban llenos, sus cuerpos cubiertos y si podían echarse a reír de vez en cuando. Su lealtad no iba más allá; era imposible tocar sus corazones, y habían perdido la capacidad de soñar. No, se dijo John Sung, no se compadecía de los campesinos. Podían y sabían cuidar de sí. Habían renunciado a sus tierras, pero podrían conseguirlas otra vez. Y no tenían ninguna gana de ser estudiantes, soldados u obreros. Eran campesinos, hijos de campesinos. En tanto tuvieran tierras, estaban seguros.

Así meditaba John Sung, sentado al extremo de un estrecho banco, en una granja, entre muchos otros, en un pueblo donde caía la lluvia y aullaba el viento. No se distinguía de los demás: su rostro estaba tostado y surcado de arrugas, el cuerpo gastado por el duro trabajo, los pies descalzos y roídos. No obstante, aquellos largos meses entre los campesinos le habían hecho bien. Al no tener otra compañía, había escuchado sus conversaciones, observado sus costumbres y aprendido acerca de su propio país a través de ellos, que eran la mayoría del pueblo. Su silencio, su sentido común, su sabiduría y, por encima de todo, el que siempre compartiera con ellos los trabajos, habían hecho que confiaran en él. Por selección natural se había convertido en su tácito dirigente.

El joven había terminado su discurso y los hombres hubieran tenido que dispersarse para volver a los campos, en un día normal. Pero la lluvia hacía que aquello fuera imposible, y el muchacho no sabía qué más hacer, cómo mandar y qué trabajo asignar a cada cual. También él había llegado a depender de John Sung y a él se volvió en un silencio suplicante. John Sung se puso en pie y se dirigió a él.

—Camarada, ya que los campos están inundados, ¿qué le parece si retorcemos la paja que queda y hacemos cuerdas? Así no perderíamos el tiempo.

—Eso estaría bien —dijo agradecido.

Entonces los campesinos se pusieron en pie, aunque la mayoría de mala gana y, en filas mal formadas, se situaron bajo un cobertizo, al extremo de la construcción, donde se cobijaba paja y animales. John Sung no fue con ellos. En lugar de eso, se fue rezagando hasta quedar casi solo con el joven. Entonces, acercándosele, le dijo muy bajo:

—Camarada, sólo nos queda arroz para otros dos días más.

—Vendrán provisiones —le contestó mirándole, pero como John Sung no respondiera, siguió—: ¿Es que lo pone en duda?

—Lo pongo en duda.

—Juro... —empezó el chico, pero John Sung alzó la mano y le cortó en seco.

—Ya lo juré hace once días, camarada. Nos dijo que «en tres días», pero nada ha llegado. Los cocineros de la cocina común están asustados. ¿Qué van a hacer? Me lo preguntan a mí. Y yo no puedo sino responderles que no es mi responsabilidad. Sólo soy jefe de un grupo de trabajo.

Los labios del jovencito temblaron; sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Acaso es culpa mía que llueva cuando no debe?

—No es culpa suya, ni mía, ni de hombre alguno. No obstante, debería haber una planificación. Seguramente habrá reservas, grano guardado contra la posibilidad del hambre...

—¿Cómo se atreve a pronunciar esa palabra? —Los ojos del chico se habían secado y ahora despedían llamas.— ¿Acaso duda del Presidente? ¿No es él nuestro padre y nuestra madre? Esté seguro de que habrá pensado en todo. ¡Hace planes para todos!

John Sung inclinó la cabeza y guardó silencio. Aunque contaba diez años más que el muchachito, había aprendido ya que la edad no significaba nada. La juventud detentaba el poder.

La juventud detentaba el poder y el hambre asoló el país con toda su amargura y furor. Las gentes estaban irritadas, tras haberseles prometido que nunca más volverían a pasar hambre. Pero allí estaba, con las antiquísimas penalidades de la depauperación y la escasez, y la tan conocida desesperación de no saber dónde acudir. Calladamente y con enérgica devoción hacia aquellos humildes hombres y mujeres con quienes había trabajado muchos meses, John Sung iba a unos y a otros, de entre la jerarquía que estaba sobre él. Sin hacer ruido, recogiendo consejos de un nivel al siguiente, cierta noche de nieve, casi acabado el invierno, a finales del año lunar, se encontró a la puerta de su propia casa. Llamó, pero con cautela, pues había aprendido a moverse siempre sin atraer la atención de los demás hacia su presencia. Era una noche sumamente fría, sin aire, y una capa de nieve helada cubría el suelo. Esperó, temblando, ciñéndose la delgada ropa. Las ropas escaseaban en la comuna y, de no haber sido por una capa de paja hubiera perecido helado. Pero hoy había tenido que tirarla, pues se había desintegrado la paja y ya no servía de protección. Volvió a golpear la puerta exterior con las manos medio

heladas. Al fin se abrió la puerta y apareció el viejo Wang, intentando escudriñar la oscuridad.

—Déjame entrar.

—¿Quién eres?

—Soy Sung, el padre del niño que está aquí.

Al pronunciar las palabras, empujó con suavidad al anciano, y entró. El viejo alzó la linterna de papel para que la luz diera en el rostro de John Sung. Le reconoció.

—¡Pero qué delgado está, amo!

—Hoy día muchos están delgados. Y no me llames «amo». No soy amo de nadie..., ni siquiera de mí mismo.

Avanzó hacia la silenciosa casa, mientras el viejo le precedía con la llave para abrir la puerta y volver a cerrarla. Dentro de la casa el aire parecía tan cálido como en verano. En un rincón había una pequeña estufa de hierro y John Sung, se detuvo un momento, inclinándose hacia ella, para sentir su calor. Luego, despacio, para no despertar a los durmientes, cruzó la sala y abrió la puerta del gabinete donde dormían su mujer y su hijo. Una lamparita de noche proyectaba su débil luz sobre el lecho, donde pudo ver a Mercy, dormida con el cabello suelto sobre la almohada. En la curva de su brazo, con la carita vuelta hacia el pecho de su madre, yacía el niño.

Por un instante no quiso despertarles. ¡Estaban tan bellos estos seres que le pertenecían y a los que él pertenecía! Las lágrimas acudieron a sus ojos. Las lágrimas que no había vertido por la miseria y la tristeza, velaban ahora su vista, por la alegría. Estos seres, que eran suyos, estaban a salvo. Ni siquiera parecían estar sufriendo hambre. Habían conseguido alimentos, de alguna manera. Como si notara su presencia, Mercy abrió los ojos y le miró un instante.

—Estaba soñando contigo —musitó.

Su marido se arrodilló junto a la cama.

—Aquí estoy.

Entonces ella se dio cuenta y, dejando al niño, se volvió hacia él, permaneciendo en sus brazos durante un larguísimo instante.

—¿Cómo puede ser esto? —Pudo exclamar al fin, apartándose para mirarle.— ¡Oh, qué delgado estás..., tan cambiado..., casi no pareces tú! ¡Has estado enfermo!

—Sólo muriéndome de hambre —repuso él poniéndose en pie.

Vio entonces que el niño había despertado y le miraba con ojos grandes, sorprendidos. Arrugó la boquita y ya estaba a punto de llorar cuando Mercy le tomó en brazos y empezó a hablarle como hacen las madres.

—¡Es tu *dieh-dieh*, chiquitín! No llores.

Le hablaba en chino y John Sung supuso que ello significaría que no quería que supiese otra lengua.

—Perdónale, amor mío —dijo Mercy sonriéndole y hablando en inglés—. Pronto te conocerá.

Y sujetó al niño en sus brazos, apoyada contra las almohadas, mirándole mientras él hablaba intentando explicar por qué estaba allí.

—Me han enviado de un estrato al siguiente, hasta llegar aquí, a Pekín, con autorización para apelar al más alto nivel.

—¡Pero eso es peligroso!

—No puedo pensar en mí.

—¡Entonces piensa en tu hijo!

—La gente se muere de hambre —dijo denegando con la cabeza.

Le contó lo que sucedía, la agitación y las traiciones, la desesperanza y la rebelión.

—Pero ¿por qué están fracasando las comunas? —preguntó como atontada.

—Hay muchas razones, pero la principal es que han exigido demasiado del campesino y a cambio le han dado muy poco.

Ella se tapó la boca con la mano y miró temerosa por el cuarto.

—Chist, ten cuidado con lo que dices.

Sus palabras dijeron a John Sung lo que no había querido saber. Incluso aquí, en su casa, existía el temor.

Al día siguiente, a las diez en punto, fue inmediatamente recibido en el despacho de Chao Chung. El cielo había aclarado durante la noche y ahora el sol brillaba casi blanco en el profundo azul sin nubes. Un baño caliente, alimentos y su propia ropa le habían reconfortado un tanto, si bien el traje le colgaba tan flojo que parecía de otra persona. Se sabía cambiado mucho más de espíritu que de cuerpo. Se daba cuenta de su nuevo interés por su pueblo. Estaba sumergido en sus problemas, consciente de su poder, y mientras esperaba a ser introducido en el despacho del ministro, meditaba sobre los problemas y el poder. ¿Estaba decepcionado con su tierra? No, al contrario, se hallaba encantado por el paisaje y las gentes.

Aquella mañana Mercy y él habían estado mirando jugar a su hijo. El chiquillo había aceptado al padre en seguida y la alegría más pura que jamás sintió John Sung fue en el momento en que, inesperadamente, la criatura le tendió los bracitos para que le tomara en brazos, como lo hizo, estrechándole contra sí. Mercy los miraba con ojos nublados.

—¿Deberíamos habernos quedado en América?

—¡No! —respondió él con energía—. Estamos donde pertenecemos.

La puerta se abrió y un joven con el habitual traje azul gris entraba.

—El ministro está dispuesto a recibirle, camarada —dijo, omitiendo la inclinación a la que se había acostumbrado John Sung en su casa y que él mismo ejecutó, si bien el joven ya se había vuelto. Le siguió al cuarto interior donde Chao Chung se hallaba sentado tras la gran mesa, limpia de todo objeto excepto papeles.

—¿Conque ya ha llegado, doctor Sung? Me alegro de verle. Siéntese.

El ministro hablaba con animación.

Iba vestido con un traje oscuro de fina lana inglesa, el cuello abotonado hasta arriba. John Sung tomó asiento y esperó que su superior iniciara la conversación.

—Tengo buenos informes de usted —continuó Chao Chung, correcto como siempre, con su voz profunda y resonante, como de costumbre—. Ha ascendido usted de posición y ya es jefe de una brigada, aunque, me atrevo a decir que ya habrá usted descubierto que el trabajo en equipo es la unidad básica de nuestra política agrícola. Pero supongo que habrá venido a pedir que se le indulte.

—Al contrario. He venido, ante todo, para agradecerle el haberme enviado a las filas de los aldeanos. He aprendido mucho, que de otra forma jamás lo

hubiera podido. En segundo lugar, he venido a pedir comida para nuestros campesinos y, más aún que comida, una política que prevenga siempre el hambre. Otras naciones han solucionado el problema. Nosotros también podemos hacerlo.

Las cejas de Chao Chung se frunció sobre sus ojos furiosos. Esos días se irritaba con facilidad y era intolerante ante las críticas. No ocultó su ira.

—El Presidente ha pensado en todo. ¿Cómo se atreve usted a decir que no tiene una política? Durante las cuatro últimas décadas el Presidente ha planificado y llevado a cabo con toda habilidad su política relativa al uso de la tierra. Han ido siendo eliminados primero los grandes terratenientes, luego los campesinos ricos y por fin los moderadamente ricos. También la guerra contra los japoneses demostró que el Presidente era el mejor protector de los campesinos más pobres. Consecuencia de ello es que se ha convertido en dirigente de todos los movimientos de campesinos. Los aldeanos son sus hijos y él su padre. Al terminar el primer paso, los golpes acabaron con el terrateniente; el segundo paso fue la distribución equitativa de la tierra. Por fin, en un tercer paso, se trabajó en las parcelas individuales, hasta formar la comuna. Ahora los cuadros y miembros del Partido controlan todas las zonas y asuntos rurales. Los campesinos están de acuerdo..., o lo estaban, hasta que estos desastres naturales cayeron sobre la nación. ¿Acaso podemos impedir las inundaciones y sequías?

—Sí.

—¿Cómo se atreve a decir tal cosa?

—Otras naciones lo han hecho.

John Sung había ido demasiado lejos. Chao Chung se puso en pie; se inclinó sobre la mesa y vociferó:

—¡Aún no sabe lo que son trabajos forzados! ¡Prepárese para ir a las minas!

John Sung ya no se sentía asustado. Los campesinos le habían vuelto duro y fuerte. No prestó atención a la furia y ademanes del ministro.

—Si el Presidente es nuestro padre, entonces, ¿quién es usted, camarada?

Chao Chung no pudo evitar el admirarle. Le brillaron los ojos con diversión mal disimulada.

—Yo soy el hijo mayor, y soy yo quien le envía a las minas.

Le tocaba preparar a Mercy para el nuevo exilio, pero decidió no hacerlo ese día. Que disfrutara unas horas con su marido e hijo. Cuando la avisaran del día de su marcha se lo diría, y la ayudaría a soportarlo. Estos pensamientos llenaban su mente mientras caminaba por la nieve que se fundía bajo el sol no velado por nube alguna. Al llegar a casa, Grace estaba allí. Se había enterado de su retorno y no quería ir a trabajar sin haberle visto. Cuando entró, le estaba esperando sola en la sala central.

—Mercy ha ido a acostar al niño. Está apenada por lo delgado que estás. Me he quedado en casa para verificar por mí misma si estás enfermo.

Ahora siempre hablaba en chino, porque a Liu Peng no le gustaba oírle utilizar un idioma extranjero.

—Estoy bien, pero hambriento. Como seguramente ya sabrás, la comida es escasa. ¿Cómo es que tú, mi mujer y mi hijo parecéis tan bien alimentados?

—No hemos sufrido. Nuestra madre nos ha enviado comida, así como Joy, desde América. Hasta la tía nos manda alimentos desde Hong Kong.

—¿Cómo es que conocen nuestros sufrimientos? —se asombró.

—Utilizas una expresión demasiado fuerte. Nadie ha sufrido de verdad.

—Nosotros sufrimos —repitió—. Y para dar cuenta de esos sufrimientos es por lo que he ido a ver al ministro.

—¿Te ha creído?

—No lo ha dicho. Pero me envía a trabajar a una mina. Aunque no se lo diré hoy a tu hermana..., no lo haré hasta no saber cuándo he de irme.

Se sentó, pues de pronto se sentía muy débil y, apoyando los brazos en la mesa, cerró los ojos.

—¡Estás enfermo! —exclamó Grace.

—Sólo exhausto. No tengo reservas. Un hambre prolongada..., lenta...

Le tomó el pulso. Oscilaba entre sus dedos, desequilibrado, inestable.

—Tienes que comer —y salió del cuarto; al cabo de un rato volvió con un tazón de sopa caliente—. Bébetelo. Está hecho de raíz de ginseng. Lo tengo siempre preparado.

Bebió, sintiéndose agradecido. El calor inundó su cuerpo.

—¿Pero cómo lo saben? —musitó de nuevo.

—¿A qué te refieres?

—A los extranjeros. ¿Cómo es que conocen nuestros secretos?

Madame Liang hacía retiro. De vez en cuando, a lo largo de su vida, se recluía en un retiro. Eran períodos de duración indefinida, durante los cuales repasaba su vida, a sí misma y a su familia, midiendo y pesando, meditando y reflexionando, hasta que el futuro inmediato se le aparecía claro, brotando del pasado. Esa claridad sólo se le manifestaba cuando ajustaba el presente al molde del pasado. Así el Presidente, al que vio una vez con ocasión de recibir un propio, escrito de su puño y letra, por la cooperación que madame Liang había prestado, le comparaba en su mente con Chu-ko Liang, el gran estratega de tiempos antiguos que «metía ruido en el Este mientras atacaba en el Oeste». El Presidente utilizaba como libro de cabecera la gran novela *Shui Hu Chuan* y, parecido a los héroes allí descritos, ella le veía hábil y astuto. Si bien el Presidente creía en la doctrina de aquel extranjero llamado Marx, también su propia doctrina contenía un principio cósmico, al igual que en el antiguo libro, un principio destinado a ordenar el universo, desplazando todos los demás órdenes. Pese a que el Presidente despreciaba a Confucio, también, como el filósofo, daba directrices para cada uno de los detalles de la vida cotidiana, desde cómo comer guindillas hasta el uso correcto de la teoría científica. Las gentes le adoraban como a un dios-héroe. Cuando alzó simbólicamente una piqueta con ocasión del descubrimiento y limpieza de tumbas de la dinastía Ming, a las afueras de la capital, los periódicos declararon que «la vasta tierra tembló». Era capaz de nadar en el poderoso Yangtsé, pese a su avanzada edad, pero también podía escribir hermosa poesía. En muchos aspectos se parecía al Emperador Ch'in quien, pese a haber gobernado como un tirano, se ganó la devoción de su pueblo como dirigente y gobernante, y que, en todo momento, siguió los principios de una vida frugal para mantener su cuerpo sano.

Sólo si le comparaba con los seres destacados de tiempos pasados podía madame Liang aceptar al Presidente actual. Cuando se rebelaba en secreto, se consolaba a sí misma forzándose a ser paciente. Las gentes tenían necesidad de alguien a quien venerar. De lo contrario quedaban temerosas y como perdidas entre el cielo y la tierra. Ya no les quedaban otros dioses a quienes adorar, pues los dioses estaban prohibidos y, al carecer de ellos habían creado otro, a su manera, en su veneración por el Presidente. Cuando el pueblo no tiene un dios, crea la imagen de la divinidad. Así era y así había sido siempre.

En su soledad, pues aunque rodeada de gente, siempre estaba sola, madame Liang meditaba con frecuencia acerca de la naturaleza del hombre, pues había podido observarla en numerosos cambios, y así había llegado a entender que, a través de todas esas mutaciones, no existe el cambio. Sabía ya que en todo lo cambiante hallaría lo inmutable. Y ¿quién es más inmutable que el propio pueblo? El antiquísimo sabio Lao Tzu había pronunciado la verdad cientos de años antes: «Tirad huevos contra una roca y veréis que, aunque tiréis todos los huevos del mundo, la roca seguirá igual.» Jamás se había sentido ella más segura de lo inmutable que ahora, cuando los desastres creados por el hombre y la naturaleza caían sobre el pueblo. Estaban acostumbrados a sufrir, pero el sufrimiento presente estaba más allá de todos los del pasado. Los males del Cielo se acumulaban sobre los errores de los hombres. Tormentas y frío en verano, deshielos y lluvias en invierno, sequía en el momento de plantar el arroz y granizadas en la siega, combinado todo ello con los irrazonables esfuerzos de los fanáticos subordinados, los cuadros, que obligaban a los campesinos a desgastar la fértil corteza del suelo al hacerles trazar surcos profundos, que echaban a perder fertilizantes en tierras que eran ricas, o secar el agua de charcos de arroz, alterando las costumbres inmemoriales de la tierra, sólo porque un papel impreso describía instrucciones inadecuadas para el sitio y el momento, la semilla o el suelo. En su ignorancia, habían confundido a los sorprendidos campesinos, hasta que miles de personas hambrientas intentaban salir del país escapando hacia Hong Kong.

Para vergüenza de la nación, las noticias se filtraban al extranjero. Esto lo supo porque, ante su sorpresa, empezó a recibir paquetes con alimentos de su tercera hija, Joy, que vivía en Nueva York. Ella misma no necesitaba comida, pues tenía su forma de encontrar provisiones para el restaurante, así que mandaba los paquetes a sus hijas en Pekín, donde los mercados estaban casi vacíos. No obstante, resultaba obvio que los tiempos eran malos, así que decidió volar a Pekín y ver por sí misma cómo les iba a sus hijas y cómo estaban sus hogares. Tan sólo pensar en que su nieto pudiera estar falto de alimentos para hacerse fuerte, la alarmaba. Por tanto, con muchas precauciones y consejos a Chu San, al que dejó a cargo de todo, se llevó a Chou Ma consigo, y juntas volaron a Pekín, con el corazón en la boca, como siempre que iban en avión. Para distraer sus pensamientos de esta situación ideó el plan de visitar al ministro Chao Chung y discutió con él acerca de los malos tiempos y cómo podían remediarse. Antaño hubieran ofrecido sacrificios propiciatorios a los dioses y dones a los templos, pero como ahora tales supersticiones estaban prohibidas, habría que hallar nuevos métodos.

Llegó a la capital sin contratiempo y con Chou Ma, cuyo interior se había alterado en el aire y que se hallaba débil de tanto vomitar, se dirigió al *hutung* de los Tres Zorros. Había escrito a su hija que venía, pero al ver que nadie la

esperaba en el aeropuerto pensó que la lentitud del correo habría retrasado su carta y se dirigió a su destino. Cuando llegó, todos quedaron sorprendidos y muy contentos. Era el anochecer; sus hijas estaban en casa, pero el yerno se había ido. Su nieto había despertado de su sueño y, tras de mirarla durante unos momentos, indeciso sobre si llorar o no, sonrió al fin y se dejó coger en brazos. En esta amable atmósfera madame Liang les pidió detalles de sus vidas. Grace respondió la primera, como le correspondía por ser la mayor de las tres hijas.

—Nos has mandado alimentos, pero también Joy. El niño toma la leche en polvo que envía, y también manda otros productos desecados. Nuestros sirvientes encuentran arroz, pollo y huevos. Hasta pudimos comprar cerdo, hace unos días, y fideos de harina de alubia. Tenemos bastante comida, madre mía, no temas.

—¿Y la gente?

—En todas partes lo mismo que aquí.

—¿Tú no tienes nada que decir? —preguntó madame Liang a su segunda hija.

Entonces notó un relámpago hostil entre las dos hermanas. Mercy cogió al niño, que se estaba durmiendo, de brazos de su madre.

—Grace ya te lo ha contado —repuso, evadiendo la respuesta.

Entregó la criatura a la anciana sirvienta que esperaba, la cual se lo llevó para acostarlo.

—Vamos a ver —la voz de madame Liang era autoritaria—. ¿Qué hay entre vosotras dos?

Mercy se llevó el pañuelo a los ojos, callando, pero Grace habló en tono impaciente.

—Mi hermana está todo el tiempo haciendo comparaciones desfavorables entre nuestro país y los otros. Si no fuera hermana mía me vería obligada a notificar su poco patriótica actitud. Tal y como están las cosas, mi posición resulta peligrosa. Mi deber me inclina en una dirección, mis sentimientos en otra. No tengo paz.

Al oír aquello, Mercy retiró el pañuelo de sus ojos, brillantes de lágrimas y rabia.

—Cuéntales lo que quieras. ¡No pienses en mí, mi marido o nuestro hijo! ¡Pero no digas que piensas en tu patria, sino en ese Liu Peng! ¡No eras tan patriótica hasta que no empezaste a amarle! —Se volvió hacia su madre, sollozando desgarradoramente.— Oh, mamá, ¿puedes hacer algo por nosotros? ¿No puedes hablar con alguien de los de arriba y preguntar si John puede volver a casa? Tendrías que haberle visto..., un esqueleto de piel negra y seca del sol, con sus pobres manos llenas de ampollas. ¡Vino a pie desde tan lejos, para hablar con alguno de los dirigentes, y por eso le mandaron a las minas! Y mi hermana me acusa a mí, encima.

—¿Te acusa? ¿De qué? —preguntó madame Liang mirando alternativamente a sus hijas.

Estas se intercambiaron miradas hostiles, pero ninguna habló. ¿Qué podría hacer ella en tal circunstancia? Estos eran nuevos tiempos, en los que ya no se obedecía a los padres. Esperó hasta comprender que no le responderían y entonces, con graciosa dignidad, se retiró diciendo que estaba cansada y se iba a echar un rato.



Pero aunque se acostó en el lecho, no podía descansar. Su mente activa recordaba cada matiz de las miradas y palabras de sus hijas, así que decidió hacer lo que nunca había hecho. Notificaría al ministro Chao Chung que estaba en la capital, y le invitaría a cenar en un famoso restaurante. En su posición, él no podía aceptar, así que no tendría otro remedio que devolverle, a su vez, la invitación. Esta no era posible rechazarla, de modo que tendría que aceptar. Conocía a la esposa del ministro, por lo que la invitación sería para su casa, ya que ahora todas las personas modernas actuaban con mayor naturalidad de la que hubiese sido posible en otro momento. Se levantó de la cama, escribió una nota de invitación y envió a Chou Ma, contenta de hacer tal recado, pues su sexta prima trabajaba en la casa del ministro.

Después, madame Liang fue a reunirse con sus hijas de nuevo y la velada transcurrió en una charla agradable y en la lectura de las cartas de su tercera hija, desde Nueva York. No se mencionaron para nada penalidades ni enfados y cuando Chou Ma regresó, poco antes de medianoche, con la invitación que madame Liang esperaba, ésta no la leyó en voz alta, ni la mencionó siquiera. La guardó en su bolsillo, hablando de otros temas, hasta que un sirviente llamó a Grace fuera del cuarto. Entonces se inclinó hacia su segunda hija y le dijo en voz baja:

—Deja descansar a tu corazón, niña mía. Mañana por la noche voy a cenar con el ministro y su esposa.

—¡Oh mamá —susurró Mercy casi sin aliento—, tú eres capaz de cualquier cosa!

Sostenida por aquella fe, madame Liang llegó a casa de Chao Chung a la tarde siguiente, a la hora entre la puesta del sol y el crepúsculo, a una hora lo bastante temprana para observar el jardín antes de entrar en la casa. Chao Chung y su esposa salieron a recibirle a la puerta exterior. Pese al fresco de la temprana primavera, habían estado tomando té en un pequeño cenador del jardín, consistente sólo en una cubierta sobre columnas de madera. Esta era la segunda esposa de Chao Chung. La primera había sido una francesa que conociera mientras aún estaba en París, como estudiante. La mujer había ido con él a China, permaneciendo en la capital algunos años, hasta que construyeron la casa de estilo francés en la que aún vivía él. Cuando se vio patentemente que los comunistas iban a gobernar en China, la francesa regresó a París. Chao Chung aceptó agradecido su marcha, que le libraba de una situación enojosa. Al año se volvió a casar con una actriz china, una estrella del moderno cine de Shanghai, graciosa, bonita y que se había adaptado con facilidad a su papel de esposa de un ministro. Sabía que Chao Chung había estado enamorado de madame Liang, pero como tenía veinte años menos, no se sentía celosa. Por ello, recibió con agrado a madame Liang, excusándose casi al instante, diciendo que tenía que supervisar al cocinero en los últimos detalles de un plato de gambas frescas, llegadas del Sur ese mismo día.

Chao Chung invitó a la dama a tomar té y luego pasearon por los jardines, diseñados por él mismo. Los ciruelos estaban en flor y las cañas de bambú empezaban a asomar sus puntiagudas cabezas en la tierra.

—Esto está demasiado al Norte para que crezca bambú —observó madame Liang.

—Sí, demasiado, pero como ve, he protegido los tallos en ese rincón. No puedo pasarme sin bambú.

—Entonces, seguro que lo tendrá —sonrió madame—. Siempre fue usted así.

—Excepto en una ocasión —replicó el ministro con picardía.

—¿Nunca se le va a olvidar? —rió madame Liang.

—Nunca —repuso el hombre con ojos divertidos.

—¡Qué tontería! —comentó, pero con dulzura, pues un estado de ánimo reminiscente, en esa ocasión, no era para desperdiciar.

Era siempre sumamente observadora, sobre todo ahora que quería hablar a Chao Chung no sólo de su yerno, sino de asuntos nacionales. Pero aún era demasiado pronto..., quizá sería mejor esperar hasta después de la cena. Pero ¿y si entonces a él le entraba somnolencia, o tenía mala digestión? No, a él le gustaba comer bien, pero no era un glotón. Esperaría. Por su prudencia, recibió la recompensa unas tres horas más tarde, en un momento en que el último plato de cuatro variedades de carne había sido servido junto con arroz hervido. Chao Chung se reclinó en su tallada silla de ébano y empezó a hablar en francés, señal de intimidad entre él y sus viejos amigos de París, en este caso madame Liang. Ella jamás perdió su fluidez en dicho idioma, pero tras un intercambio cortés, en el que alabó el festín, volvió al chino, pidiendo perdón a la esposa de Chao Chung a lo que la amigable joven respondió, con una alegre carcajada, que le gustaba oír hablar en francés porque, a pesar de no entender una palabra, le recordaba un cacarear de aves y le hacía reír.

—Vamos, vamos —dijo Chao Chung—, créala, amiga mía. Es una criatura sencilla que nunca miente, se lo aseguro. Se pasa horas riendo cuando oye el francés. Si se cansa, se va sin hacer ruido y se entretiene de alguna otra forma. Se divierte con facilidad.

Al decir eso, había vuelto de nuevo al idioma extranjero, dirigiendo la conversación.

—Hace tiempo que siento, madame, amiga mía, que no aprueba usted del todo lo que estamos haciendo por el pueblo. Hablo en términos de la nación y del Gobierno. Ello no sería peligroso, a no ser porque ahora nos hallamos en un período de calamidad nacional y no se quieren oír críticas. Este es un período que pasará, según todo vaya adquiriendo seguridad. Un Gobierno seguro fomenta la crítica; pero si está inseguro, no puede aceptarla, porque la información es incompleta.

—¿Cree usted entonces —dijo madame Liang sin afirmar o negar—, que llegará la seguridad? Por lo demás, la seguridad se basa en el éxito, ¿no?

—Lo que usted implica es que no estamos teniendo un éxito total. Estoy de acuerdo con usted. Hemos cometido errores. ¡Pero piense en la causa! Se nos dejó sin ayuda técnica en el momento en que más la necesitábamos. Con un control heroico de nosotros mismos, dejamos de lado nuestro aborrecimiento por los rusos...

—Odio —interrumpió ella—. ¡Odio de siglos!

Chao Chung movió la mano en un gesto de aceptación.

—Poco después de 1950 del calendario occidental, aceptamos a los consejeros técnicos rusos para que aceleraran nuestra industrialización. En

1956 empezaron los desacuerdos. Dos años más tarde, el archienemigo, Kruschev, retiró a sus técnicos, sin tener en cuenta nuestras necesidades. Chiang Kai-shek sacó todo el posible partido de esta disputa entre Rusia y nosotros, como recordará. Lanzó los reactores americanos contra los que estaban de nuestro lado, en las calles de Taiwan, porque los rusos (¿por qué ponerlo en plural?), el ruso se negó a equipar nuestros Mig con proyectiles espaciales. Desde entonces, hemos estado solos, industrial y técnicamente. A costa de grandes sacrificios nos hemos educado en la tecnología moderna. Por eso dimos el Gran Salto Adelante de 1958. ¿Un fracaso? Sí y no. Técnicamente, sí, pero nuestro pueblo se despertó a la necesidad de una industria moderna. Y hemos caído en cuenta de que nuestros principales materiales son el pueblo y la tierra. Por eso es por lo que el Presidente ordenó las Comunas Populares. Ello significa que puso la responsabilidad en el pueblo.

—Resultó un fracaso, ¿no?

Chao Chung se enderezó y echó los hombros atrás.

—Todo ha sido para mejor. Ya no dependemos de una Rusia bárbara. Recuerde nuestro antiguo proverbio: «No puede haber dos soles en el firmamento.» Nosotros tenemos que ser el sol. Le diré un secreto... —se inclinó para hablar tan bajo que sólo ella pudiera oírle—: El Presidente es el más chino de todos nosotros. Jamás ha estado en país extranjero..., ni desea hacerlo. No es tanto un comunista como..., oh, sí, cree en el comunismo, pero como instrumento, no como credo. Una vez más, por medio de este instrumento, China se convertirá en el centro de Asia y por ello, en la potencia central del mundo. Esta es su estrategia. Por eso le seguimos y debemos seguirle. Piensa y planifica siempre dentro del marco de nuestra historia. No tenemos sino seguirle y bajo su dirección veremos cómo el poder chino prevalece y reclama toda Asia..., ¡cuidado, no por los ejércitos! Nosotros no seguimos los torpes métodos occidentales. Jamás enviaremos nuestras fuerzas militares de un país a otro. ¡No, nosotros nos infiltraremos! Aconsejaremos y ayudaremos a los descontentos, y ellos mismos se convertirán en nuestras fuerzas. Seremos lo que siempre hemos sido, una élite intelectual, que tiene el control de Asia. ¿Para qué empequeñecemos en el innoble empeño de las colonias? ¿Para qué rebajarnos a vender nuestros productos? Siempre ha habido un mercado para lo que deseamos vender. Tampoco necesitamos adquirir del exterior..., podemos producir todo cuanto necesitemos. Además contamos con el pueblo más ingenioso de la historia de la humanidad.

Chao Chung hizo una pausa para escupir en un papel de seda que, hecho una bolita, arrojó a una vasija de porcelana que había bajo la mesa. Madame Liang guardó silencio, pero sentía que el instante se aproximaba y estaba alerta. Luego Chao Chung prosiguió:

—¿Y qué poseen esas otras naciones que no tenemos nosotros? Cien años antes de que naciera su Cristo, los capitalistas de nuestro país se quejaban de que, a través de la empresa privada, podrían fabricar herramientas de hierro mejores y más baratas que las producidas en las fundiciones propiedad del Estado. Hace casi dos mil años que experimentamos con las comunas. «¿Explotación de masas?» Confucio y Mencio ya la denunciaron. E incluso los nacionalistas, a los que tan tenazmente defienden los estúpidos americanos, se declararon a favor de una política de nacionalización. ¿Qué ha hecho nuestro

Presidente sino retornar, por medio del comunismo, a las antiguas formas imperiales de vida?

Había llegado el momento. Madame Liang, que había permanecido atenta e interesada, habló:

—Sólo tengo dudas acerca de un tipo de política.

—¿Cuál?

—Es..., bueno —madame Liang pareció vacilar—, ¿es una utilización prudente del tesoro nacional, que siempre hemos venerado, enviar a un hombre con un cerebro extraordinario, enviar a un científico educado en la tecnología occidental, a vivir en el fondo de una mina?

Chao Chung se la quedó mirando; después lanzó una gran carcajada.

—¡Oh, mujer! —exclamó—. ¡Qué astutamente inteligente es usted para ser capaz de reducir a una píldora no mayor que un guisante, la esencia de cuanto he estado diciendo! Me confieso culpable. No, no está bien. Es una pérdida, un derroche. Entonces estaba furioso. Además, ya ha recibido bastante castigo. Ha aprendido a trabajar con sus manos. Haré que sea enviado aquí inmediatamente.

—Gracias. Y ahora ¿no debiéramos requerir la presencia de la linda madame del ministro?

Porque la joven esposa de Chao Chung se había retirado silenciosamente, hacía tiempo, de la habitación. Antes de que sus manos tocaran la campanilla para hacer que un sirviente invitara a regresar a su esposa, el ministro lanzó una mirada a madame Liang en la que la diversión se hallaba mezclada con un deje de tristeza.

—Usted no cambia nunca, amiga mía.

—Tiene razón. Es cierto. Yo jamás cambio.

—Es usted una auténtica china —concluyó Chao Chung con admiración.

Madame Liang permaneció algún tiempo en la capital, por diversas razones. Las tormentas de polvo, que torturaban a la gente en primavera, de aquella fina arena empujada por los vientos del noroeste que soplaban desde el desierto de Gobi, habían cesado y la ciudad se hallaba en su momento más bello. Conocía bien la vieja capital imperial, con sus palacios y templos, desde los tiempos de su juventud, cuando era estudiante en la universidad, antes de ir a París; pero no conocía esta nueva ciudad. Por eso, acompañada de Chou Ma, alquiló un vehículo y se dirigió, una hermosa mañana, a la Puerta de la Paz Celestial, una vasta y antigua estructura desde cuya base divisó la Gran Plaza nueva, capaz de concentrar a casi medio millón de personas, así como el Salón del Pueblo. También pudo ver desde allí los imponentes pilares del Museo de la Revolución. Estas nuevas construcciones, de enorme tamaño, cabían en el espacio de dos de las antiguas puertas de la ciudad. Nuevos bulevares con hileras de árboles se veían llenos de gente que se movían a pie, en triciclo, bicicleta o autobús y, de vez en cuando, en automóvil. Cada dos esquinas había policías, sobre una especie de banquillos de cristal, vestidos de uniforme consistente en pantalones azul oscuro, blancas chaquetas con cinturón rojo y capas a tono con el pantalón. Gritaban sus instrucciones a través de megáfonos, pero las personas circulaban con orden y rara vez eran amonestadas.

Fuera de los límites de la villa, en los terrenos adyacentes, se estaban construyendo nuevas casas de cinco a ocho pisos de altura, con ascensores y balcones, electricidad y agua corriente. Se detuvo ante una de ellas y solicitó ver un apartamento.

—No le va a gustar, camarada —le dijo el administrador—. Son los jóvenes los que alquilan estos sitios, no las damas como usted.

No obstante, madame Liang quiso entrar y vio los pequeños cuartos, como cajas, la cocinilla, el cuarto de baño, la jaula que era el balcón, colgada sobre el exterior. Movi6 la cabeza.

—Tiene razón —dijo al administrador—. Yo no podr6a vivir en este nido de pájaros colgado del cielo.

Aquella noche, al regresar a la casa del *hutung*, comprobó que Chao Chung había mantenido su palabra. Durante el día, mientras ella visitaba la ciudad, John Sung había vuelto a su familia, gracias a un avión especial. Se había bañado y vestido con ropa limpia, pero necesitaba muchos baños para que su piel quedara libre de la suciedad de muchos meses de trabajo en las minas de carbón. Al cruzar ella la puerta, le vio trabajando en el jardín del patio, pero al divisarla, se dirigió a ella al instante, estrechándole la mano, al modo americano.

—¡Ha vuelto! —exclamó ella, orgullosa de haberle podido sustraer a su destierro.

—A usted debo agradeceréselo.

Cruzaron juntos el patio, mientras él contaba cómo había llegado por la mañana, poco después de que ella saliera, cómo había pasado el día con su familia y que, ahora, Mercy estaba acostando al niño, mientras él cuidaba del jardín.

—No lamento mi exilio —le dijo una vez se hubieron sentado en la habitación central de la casa—. He aprendido mucho. Ahora soy un buen campesino, que conoce la superficie de la tierra. También soy minero, y sé los secretos que yacen bajo dicha superficie. Pero lo más valioso de mi conocimiento es que he aprendido acerca de mi propio pueblo.

Le gustaba su yerno. Le gustaba mucho, con sus manos grandes, bellas, desgastadas por el trabajo, con uñas rotas y arañadas; le gustaban sus ojos sinceros, casi sombríos, la cara demasiado marcada para resultar guapo de una manera vulgar, pero sin embargo, una cara agradable, masculina.

Llegó Grace de su trabajo y con ella un joven que le fue presentado como Liu Peng. Pero como se sentía algo cansada, madame Liang se excusó, retirándose a su habitación a descansar, diciendo que volvería a reunirse con ellos para la cena.

La cena había concluido. La noche era cálida, con los primeros calores del verano. Lao Wang había comprado una sandía temprana que colgó en el pozo, para refrescarla.

—Vamos al patio a comer la sandía —sugirió Grace, una vez que los palillos quedaron inmóviles y cruzados sobre el tazón, indicando el fin de la cena.

Salieron, pues, al patio, los jóvenes detrás de madame Liang, que iba la primera, y por orden de edad. Luego la persuadieron de que tomara el asiento más cómodo.

—Seguís siendo unos anticuados —protestó riendo—. ¿A quién le importa ya dónde se sienta cada cual? Todos son iguales.

—Pero a nosotros nos importa usted —repuso John Sung—, y en cuanto a igualdad, ¿acaso todos los dedos de la mano tienen idéntica longitud? Cada cual ocupa su sitio.

Fueron tomando asiento y, al no haber bastantes, los dos hombres se sentaron en la escalera de piedra. Lao Wang fue cortando la sandía, y cada uno tomó una raja, escupiendo al suelo las negras simientes. Se sentían contentos, primero porque John Sung estaba de vuelta en casa, pero, sobre todo, porque dentro de ellos estaba la esperanza de que este tercer año, que seguía a los dos trágicos anteriores, tenía trazas de acabar bien. Las cosechas en las provincias del Sur y del Centro prometían abundancia; la cosecha de trigo, en el Norte, si no de las mejores había resultado buena; los alimentos volvían a aparecer en los mercados.

—Nos han dirigido mal —decía John Sung, mientras hablaban de dichas esperanzas. Dejando a un lado la corteza de la sandía, siguió hablando—: la verdad es que hemos hecho disparates. No es cosa de risa y, sin embargo, dan ganas de reír al pensar que llegamos incluso a diezmar los pollos de las granjas y de las casas campesinas para tener bastantes plumas con las que hacer abanicos para nuestras primitivas forjas, cuando se ordenó que todos fundieran hierro.

—Diga lo que quiera —intervino Liu Peng, que no soportaba las críticas—, pero después de cien años de confusión e incertidumbre hemos conseguido muchas metas. Trabajo para todos, hombres y mujeres, escuelas para los niños, dos comidas seguras diarias..., festines no, pero al menos comida sencilla, impuestos justos, soldados que no son ladrones. ¡Ah, la vida es mucho mejor de lo que era antes!

—Los sabios han dicho —intervino suavemente madame Liang—: «No es la pobreza lo que hay que temer, sino la falta de equilibrio entre riqueza y pobreza.»

—Lo que significa —replicó Mercy, con cierta amargura—, que todos somos igual de pobres. ¿Qué me dicen de las comunas?

Grace tomó partido inmediato en contra de su hermana y a favor de Liu Peng.

—Un campesino sin tierras es posible que no sepa que carece de ellas, pero al menos no tiene que vender a sus hijos para poder alimentar al resto de la familia.

Madame Liang escuchaba, dándose cuenta de las corrientes hostiles, pero apreciando también la libertad con que hablaba cada cual. Sus hijas y John Sung habían vivido en América, donde la libertad de palabra era una costumbre, pero también Liu Peng parecía libre. Se sentía orgullosa de su familia, reunida a su alrededor a la luz de la luna. Eran jóvenes, atractivos, y aunque Liu Peng no formaba aún parte de dicha familia, se daba cuenta de que en un día no lejano llegaría a serlo. Por eso, expresó su feliz orgullo en voz alta:

—Estoy agradecida a todos vosotros, que sois mi familia, si bien, como los dioses no están de moda, no puedo dar gracias a los dioses. Mis hijas me darán muchos nietos. Aunque en mi juventud también yo fui rebelde y ahora ya no lo soy, que sea lo que deba ser. Tengo a mi familia conmigo.

Lao Wang recogía las cortezas de sandía y Liu Peng empezó a ayudarle, lo que confundió al viejo servidor que se quejó:

—Esta es tarea mía, joven señor, ¿por qué me la impide?

—Ah, ¿lo veis? —rió Mercy, hablando en inglés—. ¡Ha herido usted sus sentimientos con su igualdad!

Liu Peng volvió a sentarse, con un aire un tanto molesto.

—Las familias no son sino un medio de explotación —dijo—. Los padres consideran a los hijos como inversiones de capital y los hijos esperan a que mueran sus padres para poder vivir con ingresos que no han ganado.

—Por eso los niños espían a sus progenitores —cortó Mercy—, y a los hijos se les aleja de los padres...

—Para que los jóvenes no hereden los prejuicios de sus mayores —interrumpió Liu Peng.

—¿Acaso los hijos no tenían que dejar a los padres antiguamente, y emigrar a muchas tierras? Pocas familias se mantenían unidas —intervino Grace, poniéndose del lado de Liu Peng—. Los niños eran vendidos y los estudiantes tenían que ir a sitios alejados...

—Pues yo tendré a mi hijo conmigo —concluyó Mercy.

—Tú eres sólo una —le atacó la hermana—. Muchas mujeres se alegran de poder colocar a sus niños en una guardería diurna. ¿Qué mujer desea seguir teniendo una criatura por año, los pies vendados hasta convertirlos en muñones, para que no pueda salir de casa? Yo no..., ni tú tampoco, si es que miras la realidad. No, jóvenes y viejos están contentos de verse libres unos de otros.

La noche, tan suave y tranquila a la luz de la luna, se vio rota por bruscos fragmentos de ruidos. El niño despertó de su sueño, y lo trajeron llorando. Madame Liang tomó la decisión de regresar al día siguiente a su casa donde, aunque sola, viviría en paz. Y John Sung, a petición de su esposa, fue al otro día a alquilar tres habitaciones en un nuevo y alto edificio de cemento, al extremo de la ciudad.

Pero el haberse marchado, no trajo la paz a John Sung y su pequeña familia. Durante las primeras semanas todo fue bien, y se sentían dichosos. Reanudó su trabajo en el campo de la genética y se le concedió un laboratorio propio, un rinconcito en la enorme construcción dedicada a la ciencia. Mercy estaba ocupada con el niño y la casa. Pronto se dieron cuenta de que aquel período de paz era también, para los de arriba, un período de observación. Una mañana, el alto y joven oficial llamado capitán Li visitó a John Sung en su laboratorio. Presentó sus credenciales, entre las que se incluía una carta de Chao Chung a John Sung. En ella, el ministro declaraba que el Presidente deseaba sugerir que la genética, en el caso del científico John Sung, se supeditara al estudio de la ciencia nuclear, sobre todo a los efectos de la fisión atómica en la estructura humana, inclusive los cromosomas. Era necesario, había declarado el Presidente, relacionar todo estudio científico con algún fin

práctico e inmediato. Ante la emergencia del momento actual, cuando se hacía necesario reforzar todas las defensas contra el imperialismo de Occidente, no podía concederse tiempo ni dinero al estudio de la ciencia pura. La lectura de la carta hizo comprender a John Sung que su destierro y sus trabajos forzados no habían cambiado, en modo alguno, la decisión de los superiores. Le obligarían a someterse, o tendría que sufrir nuevos castigos. Una precaución nueva se filtró en su mente y en su corazón.

—Haga el favor de sentarse, camarada Li.

Cuando ambos estuvieron sentados, el capitán Li empezó a hablar:

—Es voluntad de los que están por encima, tomar en consideración los talentos y deseos de hombres valiosos como usted, camarada Sung. Tan sólo cuando los mismos son contrarios al bienestar del pueblo o a los planes forjados en su beneficio, es cuando hay que reorientar a los ciudadanos.

—¿Cómo debo ser yo reorientado?

El capitán Li consultó un papel que sacó de su bolsillo interior.

—Debe usted dirigirse a la provincia de Sinkiang. Aquí están claramente expuestas todas las instrucciones. Se le ha provisto un medio de transporte y allí se le asignará su habitación, en cuanto llegue a su destino. Trabajará usted allí durante los próximos tres años y su superior será nuestro gran experto en cohetes dirigidos, que encabeza nuestros proyectos científicos nucleares...

—¿Me acompañará mi familia? —interrumpió John Sung.

El capitán Li pareció sorprenderse. Sus negras cejas se alzaron sobre los bellos ojos.

—¿Su familia?

—Mi esposa y mi hijo —repuso, impaciente.

El capitán sacó otro papel de otro bolsillo, leyéndolo en alta voz.

—Creo que su esposa ha sido destinada a una nueva escuela de música aquí, en la capital —dijo doblando el papel y guardándolo de nuevo—. Tenía que haber empezado hace ya varios meses, pero se le ha permitido el retraso a causa del nacimiento de su hijo.

John Sung no replicó. Madame Liang había hecho cuanto había podido, pero no había sido bastante. Permaneció sentado, inclinada la cabeza; no habló hasta pasados unos momentos.

—Debo prepararme —pudo decir al fin.

—Se le conceden tres días —dijo el capitán Li, poniéndose en pie.

Hizo chocar sus tacones, dio media vuelta con aire marcial, y salió de la habitación pisando fuerte.

La exclamación de Mercy traspasó el corazón de su marido. Por primera vez se le ocurrió que era ella quien debía cargar con el choque de su regreso. Estaba sentada en una silla baja de bambú, junto a la ventana abierta, con el niño en su regazo. Al oírla sollozar la criatura la miró con asombro y luego, al ver el rostro desfigurado, las comisuras de su boquita bajaron. John Sung lo tomó en sus brazos.

—Vamos, vamos —dijo en inglés—. Vas a hacer que nuestro hijo se asuste de ti. Hala... —Le dio su pañuelo para que se secara los ojos.

—¿Podemos..., hay algún modo posible de volver?



—Tú ya lo sabes —repuso denegando con la cabeza—. Nunca nos dejarían partir.

—Pero podríamos huir..., llegar a Hong Kong, donde la tía nos ayudaría. ¡Cientos de personas lo hacen!

Le devolvió el niño al regazo, y se sentó a la mesa que usaba como escritorio.

—¿Qué pensarías si te dijera que no quiero irme?

—¡Te diría que no te entiendo!

La voz de Mercy tenía un tono de ira. John volvió la silla para mirarla. El niño se deslizó al suelo y, viendo en la pared una mancha luminosa, intentó cogerla con sus manitas. Los padres, distraídos por un momento, se unieron en su risa.

—Pobrecito —dijo Mercy—. No comprende por qué no puede retener un rayo de sol en sus manitas. Toma, precioso... —Cogió de la mesa un collar de cuentas y se lo dio al niño.

—Volviendo a lo que hablábamos —dijo John Sung, con los ojos clavados en la criatura—, repasemos las premisas por las que regresamos a nuestra patria. Primero, por patriotismo. Creíamos que nuestro país nos necesitaba. ¿Sigue siendo válida esa premisa?

Mercy, acostumbrada a la mente lógica de su marido, no quiso responder, así que él mismo contestó a su pregunta.

—Estoy seguro de que sí. A decir verdad, la experiencia con los campesinos refuerza mi creencia. Nuestra gente nos necesita más de lo que puedes imaginar. He pasado muchas noches sin dormir, pensando en el futuro. Nuestro país se aproxima al fin de una era, esposa mía. En este momento empieza a surgir una fuerte oposición. Saldrá a la superficie en cuanto el Presidente muera de viejo. Hasta entonces, permanecerá subterránea.

Aunque hablaba en inglés, había bajado la voz. Repentinamente interesada, ella alzó la cabeza.

—¿Qué oposición? —su voz era tan baja como la de él.

—La lucha entre los ideólogos y los expertos.

—No comprendo.

—Los revolucionarios de la vieja escuela, los fervientes soñadores, los ideólogos, contra los hombres de mentalidad práctica: los realistas, los que pueden definir nuestros problemas nacionales y resolverlos..., puedes llamarles los no soñadores, los expertos.

—Sigo sin entender.

Fue paciente con ella. Después de todo, Mercy había quedado absorbida por su tarea individual de embarazo y parto, mientras él era forzado a la vida comunitaria del pueblo, enfrentándose a diario con la necesidad de producir alimentos para millones de seres.

—Piensa, corazón mío, y comprenderás que las gentes de cualquier nación deben ser alimentadas, o se alzarán contra sus gobernantes. No sólo deben comer, sino tener los medios de ganarse la vida en un trabajo honroso. Resumiendo, nuestro problema nacional se envuelve en una palabra: producción. Pero esta producción se divide en dos partes: agricultura e industria. Los teóricos no saben organizar la producción. ¡Fíjate qué fracaso resultó lo que se había llamado el Gran Salto Adelante! Fue para la industria, y se hundió. ¡Fíjate en las comunas! Fueron para la agricultura, y han fallado. En

comparación con los países industrializados, el nuestro casi se muere de hambre. Cierto que ya se prevé el fin, pues las cosechas han resultado buenas este año, pero ello se debe a que las lluvias no cayeron a destiempo, a que no hubo sequías..., no es a causa de una organización mejor. En resumen, los ideólogos han fracasado. Los expertos se limitan a preparar su momento. Saben que se les necesita, porque sin ellos no puede haber desarrollo nacional. Yo soy uno de tales expertos. También yo espero mi momento. ¿Comprendes ahora por qué quiero quedarme, aunque pudiera marchar?

Se sintió conmovida, pero a duras penas.

—Pero, nuestro hijo...

—¡Ah, nuestro hijo! —la interrumpió John—. Para cuando se convierta en un hombre, nosotros, los prácticos, ya habremos tenido nuestra oportunidad. La ideología no tendrá la importancia que ahora tiene. Se elegirá a las personas por lo que sepan hacer, por lo que se les haya preparado, técnicamente, no por lo que piensen o sueñen. Quiero ser de los que creen aquí una nación moderna ¡porque sabemos cómo hacerlo! Nuestro hijo disfrutará de su vida. Se sentirá orgulloso de su pueblo..., como lo estoy yo. Pero él verá el fruto de lo que siembren hombres como yo.

Se detuvo, recordando las semanas y meses de duros trabajos, de comida escasa, de ropa inadecuada. Pero, lo que recordaba en realidad, no era aquello. Eran los hombres y mujeres con quienes había trabajado, los campesinos, los mineros, tan ansiosos de cumplir con su deber bajo directrices extrañas, nuevas, tan respetuosos con los jóvenes que se suponía debían instruirles en métodos mejores, tan heroicamente valientes cuando dichos métodos fracasaron y ellos perdieron hasta sus pobres casitas y sus pequeñas parcelas. Los recordaba uno por uno, cada cual con una historia, cada cual con una esperanza, hasta que los finales desastres de la naturaleza y la dirección falta de experiencia les habían conducido al borde de la muerte por hambre. «Ya hemos pasado hambre antes de ahora», se decían entre sí, un rostro demacrado mirando a otro. Y mientras, buscaban semillas o frutos silvestres que comer, para salvar sus vidas, como lo habían hecho antes.

—Nuestro pueblo es digno de ser salvado —siguió diciendo John Sung a su esposa—. Me quedaré con él. Formo parte de él y me siento orgulloso de que mi hijo crezca aquí.

De ese modo, palabra por palabra, animó a Mercy, que fue cobrando fuerzas de él hasta decir, por fin, que estaba dispuesta a cumplir con su parte, montando su escuela de música en los límites de la universidad nacional, en la capital.

—Pero viviré aquí sola; no volveré con mi hermana —concluyó.

«No envíes más comida —escribía madame Liang a su hija Joy—. Este otoño las cosechas han sido buenas. Hay abundancia de arroz; el trigo basta, o casi, para nuestras necesidades; mandan mucho de Canadá y Francia. El año próximo cultivaremos bastante del nuestro, pero aunque así no sea, siempre podemos importar otra vez. Los dos países pueden comprar cantidades ilimitadas en Estados Unidos y reexpedírnoslas. A ellos les resulta comercial y a nosotros nos procura harina para pan y fideos.»

No hubiera sido una auténtica china de no haber sentido la satisfacción (que le divertía al darse cuenta de ella), de saber que el trigo que había impedido que su pueblo pereciese de hambre en los últimos años tan duros, y que había provisto a su restaurante de delicados panecillos ahumados que tanto gustaban a sus clientes, había crecido en los extensísimos campos de Kansas e Illinois. Creía en el éxito inevitable del comercio. Cualquiera que fuese la ideología proclamada, la vida se basaba en necesidades e intercambio. Todavía nunca había dejado de descubrir que, si pagaba lo suficiente por lo que quería, siempre podía encontrar lo necesario para mantener floreciente su restaurante. Y siempre estaba dispuesta a pagar, pese a las protestas de Chu San.

—Madame, ¿cómo vamos a permitirnos semejante precio por un puñado de huevos?

—¿Y cómo podemos permitirnos no tener huevos? ¿O harina, grasa, carne, pescado, azúcar?

Estaba convencida de que, ante tales necesidades, todas las ideologías fracasaban al fin. No había sino aguardar con paciencia a que los teóricos se enfrentaran a la masa hambrienta... o, sin llegar tan lejos, a los suficientemente ricos para convertirse en sibaritas. ¡Qué bien conocía ella su clientela!

—Ya te dije, niña mía, que no necesitábamos mandar comida a nuestro país —decía Hsuan en Nueva York, cuando Joy le leyó la carta de su madre.

El pintor sólo estaba vagamente interesado en las cartas, en cualquier carta de China, pues estaba embebido en su trabajo y le resultaba totalmente incidental el haber nacido en China. Por encima de todo era un artista, que hubiera sido feliz en cualquier lugar de cualquier país donde se le dejara dedicarse por entero a su arte. Su amigo más íntimo era un científico alemán, experto en cohetes, que trabajaba en Florida en el diseño de una nave aérea. Dicho científico, como bien sabía Hsuan, iría a cualquier país que le ofreciera medios más elevados de seguir adelante con su ciencia. Hsuan creía que hombres como los artistas y los científicos, eran supranacionales, consumidos por la magnitud de su propio talento. De vez en cuando soñaba con una sociedad de tales supranacionales, dedicados a la humanidad, sin tener en cuenta la división de naciones o razas. Pero no eran sino sueños inútiles, como bien sabía, sueños de hombres que, como él, no podrían someterse nunca ni a su propia organización. Otros serían quienes utilizaran sus frutos; gentes de otro tipo: comerciantes, tal vez hombres de negocios. ¿Qué importaba que el producto fuesen cuadros, naves espaciales, carne, fruta o verdura? Había quienes creaban y quienes distribuían. En cuanto a los ideólogos, los rechazaba como a seres ociosos, que no llevaban nada a cabo. Inmediatamente después de su arte, valoraba la ciencia. Tanto el arte como la ciencia se basaban en la lógica y los principios.

Entretanto, ya tenía programadas una serie de exposiciones en los Estados Unidos y más tarde en Europa. Hacía tiempo que tenía el deseo de pintar en Grecia. Ver aquel antiguo país a través de los ojos de un chino, resultaría interesante y nuevo. Respetaba la historia, no por sí misma, sino por la dimensión que daba al futuro.

—¿Has enviado aquellos veinte cuadros a San Antonio? —preguntó a su joven esposa.

Manténíala hacia ella una actitud semipaternal, con un toque de dignidad magisterial, como crítico y profesor de la pintura de ella. Esto proporcionaba a Joy la seguridad que necesitaba y la protección, ahora que estaba sola en el vasto paisaje y la abigarrada población de los Estados Unidos.

—Los mandé ayer. El portero me ayudó a empaquetarlos y la camioneta vino al mediodía. Deberán estar en San Antonio mucho antes de que lleguemos nosotros.

—¡Excelente, corazoncito y entraña mía! Ahora tengo hambre, y me gustaría un tazón de sopa con fideos para la comida del mediodía.

Ella se apresuró a cumplir la nueva tarea, y el pintor se instaló ante su caballete. Con su inclinación hacia temas grandes, expresados a través de la pequeñez infinitesimal, estaba pintando las Cataratas del Niágara desde el lado del Canadá. Al pie de la inmensidad, casi perdidas en las brumas y el agua pulverizada, empezó a crear, con su pincel más delicado, dos figuritas humanas, de pie, asidas de la mano. No representaban a nadie en particular y podrían haber sido cualquiera, a no ser porque él y Joy habían ido de viaje de novios a las Cataratas del Niágara, y las habían contemplado de pie, cogidos de la mano.

—Propongo —decía Liu Peng—, que vivamos juntos como camaradas varios meses, antes de casarnos oficialmente.

Grace Liang se desasíó de sus brazos.

—¿Es necesario?

Esperaba que la pregunta hubiese sonado ligera, para que él no pensara que era convencional, burguesa o cualquiera de aquellas clasificaciones que detestaba. Pero dentro de sí, estaba profundamente escandalizada, porque pertenecía a la generación posterior a la de sus padres. En aquel entonces los jóvenes, inspirados por los revolucionarios rusos, por ejemplo, habían hecho ostentoso alarde de sus ideas sobre el amor libre. No obstante, su propia madre había sufrido una revulsión, cuando el padre empezó a tomar concubinas.

—Al parecer el amor libre no se distingue en nada de las diversiones de las que siempre han disfrutado los hombres —había dicho la madre a sus hijas un día—. En la forma antigua de amor libre, había una ventaja..., para la concubina, claro. La concubina entraba en la casa y en la familia de su amante. Claro que esto resulta molesto para la esposa, a menos que desprecie a su esposo, en cuyo caso se siente feliz de no tener que cumplir con sus deberes de esposa.

Aquellas observaciones, que las jóvenes hijas apenas habían comprendido en su momento, volvían ahora a la mente de Grace. ¿Y qué otra cosa estaba, en realidad, pidiéndole Liu Peng sino que fuera su concubina, pero sin la protección que su padre se hubiese visto obligada a procurarle a la suya?

Una pregunta le brotó en el pensamiento, una pregunta que no se le había ocurrido antes, en la confusión del amor.

—¿Has tenido esposa alguna vez, Liu Peng?

La miró, abstraído, pensando en otra cosa.

—Sí, claro. ¿Cómo hubiera podido un hombre de mi edad escapar a una esposa?

—¿Pero tú escapaste?

—Naturalmente.

—¿Cómo?

—No estando nunca donde estaba ella.

—Entonces, ¿no la viste nunca?

—¡Nunca! Mis padres me prometieron de niño y me casaron por poderes.

Mis padres creyeron haber ganado, siguiendo adelante con la boda, pero gané yo, no estando nunca allí. De ese modo, nunca tuvieron el nieto que de mí querían, que era la primera finalidad del matrimonio.

Hablaba con brusquedad, con descuido y su rostro moreno y cuadrado no se alteró. Se hallaban sentados en el patio de la casa de Grace, una tarde de septiembre, a la caída de la tarde.

Era el festival de otoño, pero no habían tomado parte en los festejos populares del día. En vez de ello, habían pasado toda la mañana trabajando en la clínica, ella en la refinación de una droga que estaba destilando, emodina, que se encontraba en muchas plantas en forma de glucosa, él en el análisis de un trocito de un tumor, extraído el día anterior de la axila de un paciente. Se habían encontrado al mediodía para una sencilla comida en un pequeño restaurante, habían visto el desfile y las danzas populares desde un balcón del hospital y luego, antes de la puesta del sol, habían ido a casa de Grace. Estaban solos, pues, una vez servido el té, los sirvientes habían pedido permiso para ir a ver los fuegos artificiales, y ya se habían marchado.

Casi en seguida, pero después de un silencio, Liu Peng había hecho su proposición, que ella había evadido, deslizándose de sus brazos, al hacerlo. El se había sentado en la silla de bambú, reclinándose, con las manos detrás de la cabeza. Ella, por su parte, se había arrodillado junto al pequeño estanque, y echaba piedrecitas a los pececillos dorados que se movían en el agua. Ambos habían hablado, al parecer, desapasionadamente; sin embargo, cada pregunta, cada respuesta, iba cargada de intención. Grace continuó:

—Pero ¿has tenido... amantes?

—Tres.

—¿Y...?

—¿Quieres que te las describa? —replicó, mirando al cielo dorado con el sol poniente.

—Sólo si lo deseas —dijo como si no le importara.

Siguió cogiendo piedrecitas, haciendo un pequeño montón, al hablar él.

—Ni lo deseo ni dejo de desear. Aparecieron en mi vida en momentos distintos, compartimos la vida, más o menos, y nos separamos.

—Creí que habías dicho... describirlas.

—Tú habías dicho, si lo deseaba.

—Ya que estás dispuesto..., bueno, sí, descríbemelas.

—¿Por qué será que a las mujeres les gusta torturarse? Ya ves, a mí no me importa cuántos amantes hayas tenido.

—Yo no he tenido amantes —repuso brusca.

¿Cómo iba nadie a poder llamar a Clem un amante?

—En América todos tienen amantes —la voz sonaba áspera—. Es algo bien conocido.

—Pues no es cierto.

—Bah, ¡tú adoras a los americanos!

—¡Tampoco es cierto!

—No vamos a discutir sobre hechos. En cuanto a las tres mujeres que he conocido, la primera fue una chica que conocí cuando iba al colegio. Ella se escapó de casa para ir conmigo. Yo vivía solo en un cuartito, y allí vivimos juntos. Hacía unas sopas excelentes, en las que echaba tiras de pasta. Si nos quedaba algún dinero, comprábamos un huevo para la sopa. Cuando habíamos comido cuanto podíamos —o tal vez sólo cuanto sopa había—, hablábamos del anarquismo. En aquel entonces, yo era anarquista. Creía que la anarquía era el estado feliz del hombre. Aunque en nuestro colegio había muchas sociedades secretas, yo no me uní ni siquiera a la Sociedad de Anarquistas. Más tarde fui comprendiendo que la organización es necesaria para el progreso nacional, y dejé de ser anarquista.

—¿Qué fue de la chica?

—Quedó encinta, provocó un aborto y murió. Creo que eso fue lo que me hizo desear ser cirujano. La vieja que le practicó el aborto era sucia y torpe.

—¿Por qué no te casaste con la chica y os quedasteis con el niño?

—El matrimonio iba en contra de mis principios..., entonces yo lo consideraba una forma de esclavitud, sobre todo para la mujer. Además, yo estaba legalmente casado, aunque nunca hubiera visto a mi mujer. Ella vivía con mis padres, cuidándoles como una sirvienta al modo feudal.

—¿Y luego?

—¿Luego? ¡Oh, la segunda mujer! Era una buena comunista. Trabajábamos juntos en una brigada. Se me envió a trabajos forzados durante dos años, por ser intelectual, y me destinaron a una cooperativa que más tarde se convirtió en una comuna. Era muy bonita. Me enamoré a la manera burguesa, y hasta llegamos a hablar de matrimonio. Hasta que un día me la encontré tras unas balas de paja de arroz, con otro hombre. Aquello me hizo acabar con ella. Durante cuatro años viví sin mujeres. Luego tomé a una muchacha rusa. No resultó bien para ninguno de los dos. Su padre era un consejero técnico. Cuando todos los consejeros técnicos fueron devueltos a Rusia, ella se marchó con su padre. Sólo tenía dieciocho años. Desde entonces... nadie. Sólo tú.

—Pero sigues sin quererte casar.

—No estoy seguro. Tal vez si nuestra relación resulta... buena, sabes..., tal vez lo desee.

—¿Y si yo lo deseo ahora?

—Serías tonta. No me conoces lo bastante bien para casarte conmigo.

—¿Pero sí lo bastante para acostarme contigo?

—Espero que sí.

—Pero si sólo es para eso..., ¿no serviría cualquiera?

—No. Quiero ir en serio.

Grace guardó silencio un instante y luego, con un esfuerzo, hizo la pregunta.

—Creí que habías dicho (cuando nos besamos la primera vez) que nunca habías besado antes a una mujer.

—¡Y no lo había hecho! —rió—. Las chinas nunca pensaban en ello en aquellos días, y la rusa..., bueno, a mí eso de besar me parecía entonces repugnante..., una idea occidental. Pero contigo..., de pronto tuve deseos de hacerlo.

La joven meditó en ello, y luego le recordó:

—Sin embargo, cuando me trajiste el libro del Presidente, ¿recuerdas la noche de luna en el patio?, dijiste: «Casémonos y tengamos hijos..., hijos heroicos para nuestra patria.» Eso dijiste.

—¡Y tú contestaste que no estabas aún dispuesta!

—¡Ahora eres tú quien no lo está!

No contestó al momento y, cuando lo hizo, su voz sonó grave.

—He aprendido que el matrimonio entre dos personas como nosotros, no puede ser sólo para tener hijos. Antiguamente se hacía así, para que hubiera descendientes de la familia. ¿Es mejor crear ciudadanos para el Estado? Ahora sé que no basta. El matrimonio es, ante todo, para el hombre y la mujer. Cuando sepamos por experiencia acerca del amor, no sólo por pronunciar las palabras, entonces sí al matrimonio, sí a los hijos. Estaremos preparados para ambas cosas, porque nos conoceremos a nosotros mismos.

Apoyado en la silla, miraba al cielo, mientras la dorada luz le bañaba la cara. No la miraba, pero mientras esperaba que hablase, fue Grace la que le miró, siguiendo cada línea, la fuerte estructura de los huesos, los grandes ojos intensamente negros, las cejas espesas, las líneas sorprendentemente tiernas de su bella boca. Le amaba con profunda pasión física. Por primera vez en su vida, dedicada a la ciencia y a aprender, Grace amaba a un hombre por su cuerpo. No había explorado su mente, ni quería hacerlo, por temor a hallar en ella algo que le hiciera menos digno de su amor, del amor que ella quería que fuera. Deseaba que no hubiera hablado de las tres mujeres, aunque ella se lo había pedido. Después de todo, ¿qué importancia tenían? Nada importaba sino este instante en que estaban juntos y solos. Dejó que su vista recorriera el cuerpo sinuoso, extendido ante sus ojos. Sintió que el calor de su sangre aumentaba incontrolable, porque hasta ahora había estado rígidamente dominado por su cerebro inexorable.

El la miró, sorprendido, y ella vio que comprendía perfectamente lo que le estaba pasando. Sin una palabra se levantó de la silla. Despacio, con gracia felina, cruzó el patio. La barra había quedado sin poner en la puerta, para el regreso del viejo matrimonio. Liu Peng corrió la barra de hierro y la fijó.

—Ahora estamos solos.

La tomó de la mano derecha con su izquierda, y juntos caminaron en silencio a la casa, al dormitorio de ella. Grace había comprado una gran cama china, tallada y con baldaquino y cortinas. Liu Peng soltó las cortinas de sus ganchos de plata y las dejó caer, encerrando el lecho como una tienda. En silencio, fue quitándole la ropa a la muchacha, prenda a prenda, y ella le dejó hacer. En aquel momento inimaginado, sólo se avergonzó de no sentir vergüenza y mientras permanecía desnuda, también él se desnudó. Luego abrió la cortina para que ella pasara al cerrado lecho, la siguió, y juntó las cortinas. Durante un breve instante permanecieron el uno junto al otro. Luego se volvió hacia ella y Grace, en un estupor admirado de sí misma por permitirle lo que nunca había permitido a ningún hombre, y porque lo que antes le pareciera mal ahora le parecía bien, le dejó acercarse.

Mercy estaba sentada al lado de su alumna, escuchando la titubeante música que la jovencita intentaba extraer del viejo piano, en el aula de la

escuela de música. Escuchaba, mientras su oído preparado y agudo notaba cada discordancia, pero con sus pensamientos llevando un rumbo distinto. Su vida, aquellos días, era una distracción de fragmentos en los que no podía descubrir melodía ni unidad. Le parecía ser como tres personas distintas: madre, esposa, profesora..., pero no lograba saber cuál de las tres componía su ser auténtico, su ser primario. Habían transcurrido meses desde que John Sung se fuera a aquel punto remoto de la distante provincia de Sinkiang, y sus cartas eran escasas y secas. Intentaba perdonarle por lo que le parecía frialdad, ya que a él no le salían las palabras con facilidad, como forma de comunicación, y además, sabía que ni siquiera a ella podía hacerle partícipe del significado y propósito de su trabajo. Adivinaba, no, estaba segura, que de algún modo estaba comprometido en la fabricación de algún arma nuclear o más bien en la defensa química contra la radiación o venenos que un enemigo pudiera idear en contra de su pueblo.

El enemigo, se daba cuenta con tristeza, se había convertido, para las mentes de sus jóvenes alumnos, en los americanos y, por su propia seguridad y la de su hijo, no se atrevía a hablar de lo que sentía. Una y otra vez ansiaba decir en voz alta, cuando escuchaba frases de odio contra los americanos: «Vosotros no les conocéis como yo..., no son lo que pensáis.» Pero, prudente, guardaba silencio y este silencio pesaba también en su corazón como una carga. Por eso, pese a su anhelo privado, se sentía muy alejada de su esposo, sobre todo porque no sabía cuándo regresaría. Había veces, durante la noche, en que se despertaba al ruido de su propio sollozar; entonces pensaba que nunca volvería a verle.

Tampoco se atrevía a escribirle acerca de su hijo, pues no osaba describir en palabras lo que otros podían ver, es decir, el creciente temor que por el niño sentía. Al cumplir tres años, debería entrar en una escuela estatal, como todos los demás, pero ¿qué le enseñarían allí sino aquello en que ella creía cada vez menos? ¿Y cómo se atrevería a decirle, ni siquiera en casa y a solas, que los americanos no eran sus enemigos, sino una gente amable, descuidada, generosa, cuya naturaleza era amistosa? No podía enseñarle la verdad, porque entonces le enseñarían que ella era una traidora al querer a los americanos, a los que en vez de ello debería odiar, si era patriota.

En tal confusión, no sabía qué hacer, y por eso se abstenía de hacer nada y, al no hacer nada, se convertía en un alma solitaria. Ya no veía ni a su hermana mayor, de la que había oído decir que había aceptado a Liu Peng como amante. Tampoco confiaba en su madre. Sí, hasta tal punto había llegado, que no podía sentirse segura de que su madre pudiera haber vivido tantos años en su paz aparente y en su moderado lujo, cuando todos los de su clase se veían reducidos a la pobreza o perdían la vida. ¿Qué compromisos habría aceptado su madre? Y si los aceptaba porque creía que el pueblo se liberaría un día y tomaría el poder en sus manos, ¿no debería este amor ser lo primero en su corazón?

Al vivir sola, como lo hacía Mercy, en las tres pequeñas habitaciones del enorme edificio nuevo, donde todos eran desconocidos, no tenía con quién hablar, a quién confiar sus pensamientos, excepto a una sirvienta que dormía en la estrecha entrada por la noche, y cuidaba del niño durante el día; y aquella alma sencilla se hubiese sentido aterrada si hubiese escuchado las frases de duda. Y ¿quién podía asegurarle que era de fiar, que no saldría



corriendo a contar a alguno de los de arriba lo que había oído? Con su corazón cerrado y solo, Mercy no tenía más remedio que dedicarse por entero a su trabajo.

Como directora de la nueva escuela de música, se veía obligada a trabajar de firme, pues tenía asuntos que dirigir, al tiempo que alumnos que enseñar. Su escuela había empezado con once alumnos, de ellos nueve chicas. De los dos chicos, uno era un joven de veinte años, que hasta ese momento había recibido poca preparación. Una señora danesa, esposa de un hombre de negocios de Dinamarca, le había empezado a enseñar piano a los cinco años. Era hijo del cocinero de la dama, un hombre de cerca de Cantón y, un día que se hallaba arriba, la señora había oído al niño que tocaba el piano abajo, temeroso de que se lo prohibieran. Su padre, el cocinero, le tenía vedado entrar en la casa, confinándole en las habitaciones de los criados, al fondo del jardín, pero ese día había visto salir a su padre con la cesta de la compra y, como sabía que su madre dormía, se había deslizado al salón de la casa y, al no ver a nadie, había ido ansioso al piano. Nunca lo había tocado, ni había estado en el cuarto, pero a menudo oía a la señora danesa, que era una enamorada de la música y creía que él también haría brotar bellos sonidos de la gran caja negra. Estaba intentándolo con todo su ardor, ambas manitas en el teclado, como le había visto a ella, cuando de pronto ella había entrado en el salón. Aterrado, había intentado escaparse a través de las puertas de cristal abiertas, pero ella le había cogido del brazo. Nunca la había visto antes de cerca, y se dio cuenta de que tenía unos ojos extraños, color de cristal azul, y que su pelo no era blanco por la edad, como había supuesto, sino de color pálido, y que era joven, de piel blanca y rosada.

—Quédate —le había dicho, con la mano en su brazo—. No tengas miedo. Yo te enseñaré a tocar música.

Le hablaba en su idioma, no muy bien, pero lo bastante para persuadirle que fuera de nuevo al piano, donde, con su voz suave y amable, le había dado la primera de muchas lecciones. Cuando los gobernantes se apoderaron de todos los asuntos extranjeros, la señora danesa y su esposo se vieron obligados a regresar a su país y el chico, con sus padres, sus dos hermanas y tres hermanos, vino a Pekín, donde su padre era el cocinero mayor de un gran hotel nuevo. El hijo había continuado estudiando música, con uno y otro profesor, hasta que se abrió la nueva escuela de la universidad nacional. Aquí se hallaba contento pues la señora Sung, como llamaban a Mercy, le enseñaba personalmente y, con su ayuda, no sólo estaba haciendo grandes progresos, sino que ella le enseñó a escribir la música que componía y que hasta entonces sólo había podido tocar de memoria. Mercy era para él no sólo una excelente profesora y una buena amiga, sino una mujer muy bella, y a su alrededor tejía sus sueños de juventud, fantasías acerca de cómo un día la rescataría de un peligro desconocido o salvaría su vida.

De tales sueños juveniles, Mercy no tenía ni la más remota idea. Sólo se daba cuenta de que en este alumno había algo que un día le convertiría en un gran músico. A menudo se preguntaba qué sería de aquel talento dominador. ¿Estaría, debería ponerse al servicio de mentalidades poco comprensivas? ¿Se le negaría, se le cerraría la libertad que necesitaba para crear la música que le brotaba del alma y tendría que ser dirigido a gusto de algún mezuquino patriotero?

Se sentía profundamente agitada por aquellas cuestiones, cuyas respuestas temía, de modo que las preguntas le llevaban a nuevos pensamientos y a nuevas preguntas. ¿Qué sería de su propio hijo? Se preguntaba aquello constantemente, en su corazón, en su mente. ¿Sería un día como Chen, el joven músico, dotado pero sin poder para conseguir las cimas a que su talento le destinaba?

Preguntas tales carecían de respuesta; por eso, llegó a la conclusión, evitándola y evadiéndola cuanto pudo, de que había obrado mal con su hijo, al traerle a nacer en su propio país. Para algunos sí, podría ser bastante, pero no para este hijo de John Sung y de ella. Ellos eran intelectuales, artistas en la música y la ciencia, y su hijo había debido nacer entre los que crean y mandan. Pero ¿cómo y quién enseñaría a su hijo? ¿Y se educaría en lo que ella creía o en lo que cada vez creía menos? ¿Le enseñarían también a detestar a los americanos? Pensaba con cariño y remordimiento en los señores Brandon, en sus hijos, en cómo ella y sus hermanas habían pasado vacaciones libres y felices en aquella enorme casa, contentas y sin preocupaciones, sin temor a nada ni a nadie. En cambio aquí, en su propio país, siempre estaba con miedo, aunque no sabía por qué, ya que nadie la había molestado. Pero el miedo se palpaba en el aire, en los murmullos y susurros acerca de Fulano que ha desaparecido y Mengano que ha muerto de un modo extraño.

Tanto la alteraban sus pensamientos, que al fin escribió una carta a su madre, preguntándole si podía ir a visitarla, utilizando como excusa el que su hijo, nieto de su madre, crecía de tal modo que pronto iría al jardín de la infancia, y deseaba que conociera a su abuela desde sus primeros recuerdos. Madame Liang, al recibir la misiva, adivinó en ella algún sentido oculto, entristecedor, por lo que al instante tomó la decisión de volar a Pekín, llevándose sólo a Chou Ma, para ver por sí misma lo que pasaba, y juzgar cuánta razón tenía en sus temores.

—¿Y cuándo recibiste las últimas noticias de mi yerno? —preguntó a su hija Mercy.

No había hecho pregunta alguna hasta ese momento, la tarde del segundo día. Llegó al atardecer de la víspera, acostándose temprano después de la cena y tras haber admirado, durante una hora, al nieto que, según podía observar, era una criatura extraordinariamente inteligente. No lloró al verla, pero tampoco le sonrió con su sonrisa fácil. Estaba sentadito en su taburete de bambú, observándola con atención. Por su parte, ella no le mimó, ni tampoco hoy, sino que prosiguió su conversación en voz baja con Mercy.

—Apenas si recibo cartas. Tal vez una o dos al mes. Sé que no me llegan todas sus cartas, pues de vez en cuando hace referencia a algo que me dijo en otra y de lo que nada sé.

—Está en una zona altamente vigilada.

—Pero no trabaja en la bomba de hidrógeno.

Madame Liang alzó sus bellas cejas, en muda interrogación.

—No, mamá —insistió Mercy—. No trabajará nunca en armas explosivas que puedan ser utilizadas contra...

Pero madame Liang ya había mirado rápida el cuarto, poniéndose un dedo en los labios. Todas las puertas se hallaban cerradas, pues estaban a fines del

otoño, casi en invierno; las ventanas estaban entornadas y, además las habitaciones estaban en un tercer piso, por lo que no era factible que su conversación fuera escuchada. No obstante, Mercy guardó silencio, sorprendida por el gesto de su madre. En ese instante el chiquillo se bajó del taburete y se acercó a la abuela. Arrimándose a ella, le puso las manitas en las rodillas, mirándola a la cara; entonces ella le sonrió y le sentó en su regazo. Así, de cerca, se contemplaron mutuamente un largo instante. Y de pronto, el niño le entregó su confianza. Apoyó su cabecita en el hombro de la abuela y ésta, profundamente conmovida, le rodeó con sus brazos.

—Me reconoce —dijo a su hija—. Nos hemos conocido en otra encarnación.

Madame Liang, tan rebelde y revolucionaria en su juventud, se había negado a acudir al templo budista, incluso con su madre, pero ahora, al ir envejeciendo poco a poco, volvía a las enseñanzas de su niñez. Cuando era una jovencita decidida, siempre en rebeldía contra sus mayores, desdeñosa de la historia de su país, repudiando las enseñanzas de sus sabios, había carecido de ternura. Ahora entraba en una vejez solitaria y sentía que la ternura crecía en ella como una flor en la sombra y, al meditar con frecuencia sobre la muerte y la supervivencia del espíritu, buscaba el conocimiento y la sabiduría de los sabios del pasado. Con sus hijas, se había mostrado paciente y cumplidora de su deber de madre, pero no tierna. Pero ahora, sentía que su ser era invadido por un sentimiento cálido al mirar a su nietecito. Nunca había concebido un varón y este niño le era más próximo, a su manera, que cualquier otra criatura lo hubiera sido jamás. Porque, si bien madame Liang había sostenido en su juventud que la mujer era tan valiosa como el hombre, y que para una madre las hijas eran tan deseadas como los hijos, ocultas en ella permanecían las antiguas tradiciones heredadas, esperando a que su fiebre juvenil cediera, para volver a salir a flote. En este momento le parecía que su nieto era la criatura más preciosa que jamás hubo y pudo comprender los temores de su hija por haber traído a su hijo a nacer a un país cuyo futuro aún se desconocía.

—¿En qué piensas, mamá?

—Pienso —repuso despacio—, en el futuro de este niño. En el futuro de nuestro país y su gente no tengo dudas ni temores, sino sólo confianza y paz. Como lo ha hecho durante miles de años, en el pasado, nuestro pueblo se enderezará, manteniendo lo bueno de nuestra nueva vida y restaurando lo válido de la anterior. Pero durante esa transición, ¿dónde transcurrirá la vida de este niño? En nuestra extensa y antigua nación, cien años no suponen más que un día. Pero esos mismos cien años son más que lo que él puede vivir. ¿Sufrirá mientras descubrimos la sabiduría del pasado? ¿No deben de haber décadas de luchas y derramamientos de sangre? ¿Podrá él sobrevivir? ¿Oprimirán los tiranos su mente y su corazón, martirizando incluso su forma humana?

Al oír aquello, Mercy se inclinó para musitar a su madre:

—¡Ah, tú ves lo que yo temo!

Madame Liang siguió pensando, mientras seguía reteniendo al niño, que descansaba en paz contra su pecho. Su voz sonó muy queda:

—Mientras su padre viva, nada tienes que temer. Un científico de su categoría vale demasiado para que lo maten.

Las dos mujeres cruzaron sus miradas.

—Gracias, madre —dijo Mercy, sin darse cuenta de que sus palabras habían sido pronunciadas en inglés.

Desconocido para el mundo, todo ese tiempo, desconocido también para su pueblo, el momento se acercaba en aquel lugar solitario de una distante provincia donde John Sung vivía con cientos de jóvenes científicos, cada uno con un trabajo específico relacionado con la construcción del arma. Ni los mismos científicos sabían si resultaría el instante en que la más poderosa de las armas modernas quedaría libre de rasgar el espacio y soltar su furia. No obstante, sin palabras, alguna comunicación se había establecido, de modo que, cierto día, cierto año, meses después de la visita de madame Liang a su segunda hija en Pekín, los jóvenes científicos, en número de unos trescientos, preparados en su mayoría por el país al que ahora se les instaba a odiar, hallaron la forma de encontrarse cerca del remoto lugar en que la poderosa criatura iba a quedar suelta. Era la primera de su clase, y todos sentían que iba a ser causa de gloria y orgullo. Hasta el mismo John Sung, vacilaba en dejar su trabajo, lo había hecho en el último instante para, según se decía, salvar su conciencia, viendo por sí mismo el grado de adulteración a que habían llegado los demás científicos del país. Si todo resultaba como habían planeado, si constituía un éxito, habrían llegado al nivel, científicamente, que los convertiría en iguales a cualesquiera otros. De ellos sería el honor y la gloria.

Por tanto, él estaba entre los que esperaban aquel día, tan cerca como era posible del lugar, un punto desértico rodeado de montes altos y pelados. Pero se había anunciado un retraso, y otro, y otro. Salió el sol sobre la sierra de levante, ascendió al cenit y el fresco de la mañana se trocó en calor de mediodía. Volvió a anunciarse un tercer retraso, mientras la impaciencia consumía a cuantos esperaban. También John Sung empezó a dudar en su corazón de si el arma estaría lista para ser disparada y, ya estaba a punto de regresar a su laboratorio, cuando de pronto, por el altavoz, se anunció que empezaba la cuenta atrás. Se quedó, pues, empujando entre los que le empujaban hacia delante, según iban transcurriendo los segundos inexorables.

Pero, ay, el segundo final no llegó. Sin avisar, el enorme objeto, tembloroso con la impaciencia de su energía interna, estalló en tan terrible estruendo que la tierra se conmovió y el cielo pareció encenderse en fuego. Una lluvia de llamas y chispas estuvo cayendo en el desierto, en una extensión de kilómetros y, en aquella lluvia mortal, todo pereció.

El capitán Li subía la escalera del ala de la Universidad Nacional dedicada a la escuela de música. En la mano llevaba un sobre blanco con el sello de las oficinas del ministro Chao Chung.

—Entréguelo en su propia mano —le había ordenado el ministro—. Luego vuélvase, hasta quedarse de espaldas a ella. Déjela como si estuviera sola. Permanezca allá hasta que hable.

El capitán había saludado, dado media vuelta y salido del despacho. Los periódicos no habían comunicado la explosión en el desierto. No había habido

ningún aviso, nadie hablaba, ni siquiera en voz baja; no se permitieron funerales pero, de boca a oído, corría el rumor de que había sucedido una catástrofe en aquel lugar distante, si bien su naturaleza se desconocía, pues nadie osaba decir la verdad.

El capitán Li suponía que el sobre blanco contenía noticias secretas, pero era tan leal que ni se le ocurrió abrirlo para ver qué podían ser. En lugar de ello, recto e impassible, continuó con su tarea y, al atardecer, halló a la que buscaba, cuando estaba a punto de salir del cuartito que le servía de despacho. Cuando hubo llamado a la puerta y una vez que hubo entrado, al indicárselo ella, vio que estaba poniendo unos libros en una bolsa de tela que había sobre la mesa. Hizo entrechocar sus talones y saludó.

—Camarada Sung. Tengo un mensaje. Del ministro camarada Chao Chung.

Le entregó el sobre con ambas manos. Ella lo tomó, se sentó, en una silla tras la mesa y abrió el sobre con un fino cuchillo de bronce. Mientras sacaba el papel, él se volvió de espaldas. Ella lo leyó una, dos, tres veces y él escuchó un largo gemido.

—¿Está enferma, camarada? —preguntó sin volverse.

No le contestó, sino que volvió a gemir de aquella forma extraña, como si la respiración no pudiera salir de su garganta. Al capitán no le quedaba más que esperar, pero al sentir que callaba, tuvo que volverse y mirar por encima del hombro, por si se había desmayado o estaba muerta. No, no se había desmayado ni estaba muerta. Permanecía sentada, sujetando el papel, el rostro verdoso, de puro pálido y con sus ojos desencajados, negros y fijos. Cuando vio que la miraba, abrió la boca, y una voz estrangulada salió de su garganta.

—¿Sabe..., sabe usted qué noticias me ha traído?

—No, camarada. No hago sino cumplir órdenes.

—Entonces, váyase.

Y él, acostumbrado a la obediencia, abrió la puerta y salió.

Una vez que hubo salido, Mercy permaneció sentada largo tiempo, con el papel blanco aplastado entre los dedos. Los alumnos se marchaban hasta el día siguiente. Ya había casi cien. Había cumplido con su deber; había creado una buena escuela. Mientras esperaba que su marido regresara al hogar, ella había hecho su tarea. Pero ahora ya no volvería nunca, de modo que ella también había terminado. Tomaría a su hijo y juntos saldrían del país para siempre. No era tan valiente como su madre; o tal vez fuera que no confiaba tanto en el pueblo como su madre. Pero ¿cómo iba a poder escapar sola, con el niño? La vigilarían, la capturarían. No quería pedir ayuda a su madre. No, no, ni siquiera la madre debía saberlo. Si descubrían que la madre la había ayudado, ¿qué duros castigos harían recaer sobre ella? Tendría que hacer sola todo lo posible. Un momento..., ¿y si pidiera permiso para visitar a su tía en Hong Kong? Mejor no pedir nada..., marcharse, sencillamente, rápida y secretamente.

En ese momento oyó un piano. Alguien tocaba la *Tempestad* de Beethoven, de modo brillante, bellissimo. Claro, era Chen, no podía ser otro que Chen, que muchas veces se quedaba a practicar, cuando todos los demás ya se habían ido. De pronto supo lo que tenía que hacer. Se metió el arrugado papel en el seno y fue a buscar a Chen, siguiendo la música como si fuera un

faro de luz, hasta llegar al cuarto donde tocaba. Abrió la puerta suavemente y se le acercó. Al ver su cara, las manos del joven se estrellaron en las teclas.

—¿Qué ha pasado?

No pudo responderle; tan sólo pudo sacar el papel del seno y entregárselo. Lo leyó dos veces y se lo devolvió.

—¿Cómo puedo ayudarla? —preguntó.

En su tierno corazón se mezclaban la compasión y la alegría. Este era el momento con que había soñado.

No podía hablar. Tenía la boca seca, la lengua parecía hinchada en la boca, la garganta tensa.

—Tienes que ayudarme —pudo musitar al fin.

—Dígame sólo cómo y lo haré.

—Tengo que huir... Llegar hasta mi tía de Hong Kong. Mi hijo y yo..., tenemos que escaparnos. Sigue tocando..., alguien puede estar escuchando.

Se puso a tocar de nuevo, algo suave que sus manos recordaban, mientras ella seguía hablando, casi sin aliento.

—Si pudieras llevarme a la frontera, mi tía vendría a reunirse conmigo. Podríamos disfrazarnos..., tú podrías ser mi hermano. Nadie pensaría que estabas ayudándome..., no eres sino uno de los muchos que vienen aquí. Nos vestiríamos con ropa vieja, como aldeanos..., diríamos a todos que vamos hacia Cantón, donde tengo parientes...; no, eso no..., no sabemos hablar cantones.

—Yo hablo cantonés —dijo el muchacho, y la música bajo sus dedos pasó a tono menor.

—Le aseguro que nada sé de mi segunda hija —decía madame Liang en chino.

—No lo creo —replicó Chao Chung mirándole, y hablando en francés.

—El que me crea o no está fuera de mi control —siguió ella en su idioma.

Chao Chung persistió en mirarla y en hablar en francés.

—Es absurdo, madame, que discutamos en distintos idiomas. Dígame tan sólo la verdad y le prometo que no habrá castigo para usted.

—¿Por qué tengo que temer un castigo cuando no sé nada ni nada he hecho?

La voz de madame Liang era tranquila y Chao Chung se echó a reír.

—Pongámonos de acuerdo en inglés.

—Muy bien —madame Liang sonrió levemente—. Se lo repetiré en inglés. Mi hija no me dijo que intentaba visitar a su tía de Hong Kong. Me alegro de que tomara esa decisión. Ha sufrido una gran tragedia con la pérdida de su esposo. Era un hombre noble y distinguido. Todos hemos sufrido una gran pérdida, no sólo para el presente, sino para el futuro. El que sólo fuera uno entre muchos...

—No hay que decir cuántos —la interrumpió Chao Chung—. Esta pérdida, sumada a las recientes catástrofes, es más de lo que el pueblo puede soportar. Digamos sólo que varios de nuestros científicos...

—De acuerdo —le interrumpió a su vez madame Liang—, y yo nunca le diré cuánto sé, ni siquiera a usted, amigo mío. Sólo le diré que me alegro de que mi hija haya ido a visitar a mi hermana en Hong Kong, que no sé por qué

no me lo dijo ni por qué no siguió los procedimientos habituales para pedir permiso. Por todo esto, le pido excusas. Siempre ha sido la más impulsiva, la más independiente de mis hijas. Cuando vuelva, le rogaré que se presente a usted para solicitar su perdón. Ruego que pase por alto su equivocación. Estuvo demasiado tiempo en América.

Al pronunciar madame Liang estas palabras, la cara de Chao Chung cambió y la miró con aspereza. Ella le contestó con otra mirada inocente y dulce.

—¿No tiene más que añadir? —preguntó el ministro.

—Nada.

Llegar a la frontera pudiera no resultar difícil, se decía Mercy, pero llegar siendo ellos mismos sería imposible. Pero no se atrevió a decir a nadie lo que había planeado y continuó trabajando un par de días más, para poder, encubiertos por la música, concertar con Chen el ir juntos a un lugar cercano a la frontera, un pueblecito donde vivía su abuela paterna. El padre del chico era oriundo de la provincia meridional de Kwangtung, de donde había salido de joven para buscar trabajo en la ciudad de Shanghai, regresando a su aldea sólo para asistir al funeral de su padre. Aquello había sucedido cuando Chen contaba once años, y recordaba el pueblo y a su abuela.

—Volaremos a Cantón —decía Chen en voz baja, mientras sus dedos arrancaban música al piano—, pero tenemos que apresurarnos antes de que descubran nuestra ausencia. Pasado mañana es una festividad veraniega. Podemos partir mañana en el vuelo nocturno, aunque por separado. Por la mañana estaremos en Cantón. Yo sé cómo llegar al pueblo de mi abuela. Es un pequeño trayecto por ferrocarril. Si alguien le hace preguntas, diré que somos hermanos, que vamos a visitar a nuestra vieja abuela. En el pueblo nos cambiaremos de ropa, usando unas viejas prendas y regresaremos inmediatamente a la ciudad. Por la mañana temprano, pero no demasiado, para podernos confundir en la multitud, nos apresuraremos hacia la frontera, con cestas de frutas y verduras para vender.

Siguieron hablando, mientras la música ocultaba sus voces, para ordenar todos los detalles, y lograron hacer lo que habían planeado. La festividad, el haber avisado Mercy a la sirvienta que se iba al Sur y que hasta dentro de cuatro días no volvería, facilitaron las cosas, al parecer, hasta el momento de cruzar la frontera, con un cesto de melocotones tardíos en un brazo y la criatura al otro. Entre la muchedumbre, pasó con facilidad al territorio de Hong Kong. Al saberse a salvo, se volvió a mirar si Chen la había seguido. Ella le había persuadido de que siguieran juntos, asegurándole que en América tendría un gran éxito con la música y ganaría dinero que podría guardar para sí, al menos en su mayor parte, mientras que en su propio país, ¿quién podía decir cuál sería su destino? Joven, bien dotado, pensando sólo en ella, creyó cuanto Mercy le dijo, y le prometió seguirla muy de cerca, mientras pasaban la frontera. Ella le esperaba, pero cuando el chico ya ponía los pies en la línea fronteriza, un oficial le agarró del hombro.

—Tú no eres campesino —le dijo con aspereza—. ¿Cuándo se ha visto un labrador con manos como las tuyas? —Alzó bruscamente la derecha de Chen y

la mostró a los que les rodeaban.— ¿Es ésta la mano callosa de un campesino? Si hasta el asa del cesto le hace ampollas. ¡Tú, un paso atrás!

Chen no pudo sino obedecer y Mercy, que le observaba, sintió que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. ¿Qué había hecho a aquel inocente y brillante muchacho? ¿Por qué le había pedido su ayuda? Y sin embargo, sin él, no podría haber escapado con tanta facilidad, o tal vez nunca. En cuanto a Chen, ni siquiera volvió la cabeza para mirarla por última vez, pues no quería que el oficial supiera que tenía algo que ver con ella, por temor de que también fuera detenida de algún modo.

Pero ya estaba segura en el otro territorio, y con ella el niño A pie subió hasta casa de su tía, dejando que cuantos pasaban creyeran que era lo que parecía, una joven aldeana con toscas ropas, el rostro polvoriento y en la cabeza un pañuelo azul que le ocultaba el cabello.

Pero, mientras caminaba, sufría por Chen. ¿Qué le reservaría su suerte? Si no le fusilaban como traidor o le encarcelaban, lo menos que le harían sería condenarle a trabajos forzados en algún distante lugar donde no habría música. Nunca lo sabría.

—Tu hermana es una desertora —decía enfadado Liu Peng.

Grace no respondió. Esperó a que él continuara. La noticia de la escapatoria de Mercy ya le había llegado a través del canal habitual de los sirvientes. La mujer que solía encargarse del pequeño piso y del niño, había venido la noche anterior a hablar con la pareja de la casa del *hutung* los Tres Zorros, y habían estado charlando juntos una hora, susurrando casi en alto, contándose todo cuanto sabían de las hermanas Liang. Una se había escapado con su hijo; otra había aceptado como esposo sin matrimonio al famoso cirujano Liu Peng; la tercera se había quedado en América. Desaprobaban a las tres hermanas, pues las viejas tradiciones tenían honda raíz en el corazón de aquellas gentes ignorantes. Pero su desaprobación no se inmiscuía para nada en sus deberes, y seguían fieles a sus nuevos patronos como lo habían sido a los antiguos que jugaban y fumaban opio.

Así pues, Grace se enteró de la marcha de su hermana a través de Wang Ma. La anciana había entrado en el dormitorio de la joven y, cerrando la puerta tras ella, había empezado a contar con un fuerte susurro:

—Anteanoche, Hermana Mayor, su segunda hermana preparó alguna ropa para ella y su hijo y tomó la nave voladora nocturna que va al Sur. No dijo que iba a visitar a su madre, pero tampoco dijo que no iba. Sumando aquí y allá, se puede decir que no, porque un oficial, Li, vino esta tarde para preguntar si estaba en esta casa. Aquella alma humilde, que sólo es su sirvienta, le ha dicho que su ama se había ido al Sur a visitar a su honorable madre. El ha dicho que no, puesto que no ha avisado a nadie, en la escuela de música, que se iba a ver a su honorable madre, como seguramente lo hubiese hecho de pensar efectuar tal visita. La sirvienta sólo le ha podido contestar que nada sabía, ya que sus superiores nada le habían dicho. Sumando dos y dos, mi vieja, la sirvienta, y esta humilde persona que soy yo, creemos que se ha escapado.

—¿Escapado adonde?

—¿Quién sabe? —La anciana se había encogido los hombros cargados.—



Pero sólo hay dos modos de escapar, uno a su marido, el otro a Hong Kong. La verdad es —y la anciana se acercó tanto que Grace tuvo que volver la cabeza para escapar de aquel apestoso aliento—, la verdad es, Hermana Mayor, que su segunda hermana nunca fue feliz aquí. Y recibió malas noticias el día anterior, pues se pasó toda la noche llorando.

—¿Dijo algo?

—La Segunda Hermana no dijo nada, entonces ni nunca.

Grace aceptaba como verdadera la versión, pues los sirvientes siempre saben la verdad acerca de aquellos a los que atienden. Por eso esperaba a que Liu Peng continuara. Era el final de la jornada; habían tomado la cena y se hallaban sentados en la habitación central un ratito, antes de acostarse.

—Tu hermana ha cruzado la frontera. Con ella iba un alumno, un joven llamado Chen, pero le cogieron antes de que la cruzara. El oficial encargado fue listo y, aunque Chen iba vestido de campesino, sus manos le traicionaron. Las tenía suaves y limpias. Le han devuelto aquí, a la capital, para interrogarle y castigarle. Ya ha confesado.

—¿Qué ha confesado?

Parte del sufrimiento de Grace por su amor a Liu Peng estaba en que siempre se sentía consciente de su presencia física. Mientras hablaba, no podía evitar el ver sus ojos, sus manos extraordinariamente expresivas, cómo se asentaba su cabeza sobre los anchos hombros, la gracia de su cuerpo ágil, que tan familiar le era ya y que, no obstante, tenía un encanto aún más poderoso.

—Sencillamente, que quería irse a América porque cree que allí su talento le hará rico.

La voz de Liu Peng, resonante y fuerte, expresó su desprecio al pronunciar las palabras. Grace se echó a reír.

—¡El pecado capital de querer ir a América, de desear dinero!

—Dices más verdad de lo que crees —Liu Peng no se reía—. Por mi parte, no comprendo cómo un joven, en nuestro país de hoy, puede desviarse tan profundamente, después de haber asistido a una escuela de adoctrinamiento. Empiezo a estar de acuerdo con el Presidente en que el viejo fuego revolucionario está desapareciendo entre nuestros hombres. Cierto que se refiere sobre todo a nuestras fuerzas armadas, donde se prepara a nuestros jóvenes soldados, que nada saben de los malos tiempos del pasado y no pueden compartir las amarguras de aquellos días y por lo tanto, no aprecian la dulzura del presente. Las reminiscencias de nuestros viejos revolucionarios no les conmueven para hacerles sentir lo que no experimentaron.

Grace estaba interesada, pese al encanto físico del hombre. Su cerebro también podía conmoverla.

—Tal vez los jóvenes necesiten un nuevo idealismo; es posible que el nacionalismo en vez de la revolución, los conmoviera.

Liu Peng consideró esta respuesta. La atracción que esta mujer tenía para él no era ante todo física, sino intelectual. Nunca había conocido una mujer con la que poder intercambiar ideas mejor que abrazos. Cierto que su pasión era recíproca y profunda, pero la de él se excitaba antes por su creciente admiración de los instintos intelectuales de ella, su habilidad profesional. Por eso, aunque nunca se había permitido a sí mismo hacerle preguntas que su secreta curiosidad le sugería, sentía la excitación de su forma de ser extraña, de lo que conocía de aquel gran enemigo desconocido, los americanos, su

experiencia personal en aquel país prohibido, los Estados Unidos. Su curiosidad aumentaba al aumentar su asombro ante la técnica y capacidad de la joven. Había recibido una preparación muy elevada; poseía una perfección de técnica que él, como hombre sincero, no podía menos de reconocer superior a la suya; ello le hacía ser a veces brusco, incluso con ella, sabiendo que la hería, pero sin poder darle una explicación. Pero empezaba a comprender que Grace era la primera mujer que de verdad le hiciera sentir amor. Las otras no habían sido sino carne para su carne.

Grace hablaba y Liu Peng se obligó a escucharla.

—No creo que estemos haciendo bien al regresar, en tiempos tan adelantados, a los primitivos métodos de la revolución. Las naciones crecen con el crecimiento de su gente.

—¿En qué estás pensando?

—En la reciente decisión de abolir las diferencias profesionales en el ejército, por ejemplo. La decisión de abolir los títulos oficiales, los uniformes y las condecoraciones y de llamar a todos «camarada», sea cual sea su posición.

—Pero eso es para eliminar la importancia que pueda dar el rango, así como la esperanza de una fama personal y una recompensa financiera.

—Sin embargo, son incentivos necesarios, ¡son cosas por las que viven los hombres!

—¡Eso no es más que una mentalidad burguesa!

—¡Viejas frases hechas! —le replicó ella, riendo.

Liu Peng se irritaba siempre ante la risa de ella. ¿Cómo se atrevía a reír? El conflicto de sus mentes acaloraba su cuerpo. Necesitaba dominarla, obligarla a seguir su voluntad y sus costumbres.

—No tienes idea de lo que estás hablando —le gritó, golpeándose las rodillas con ambas manos.

—Pues entonces dime de qué hablas tú —repuso atrevida.

No tenía intención de decirle ni ahora ni nunca, lo que había sabido tan sólo el día anterior por mediación de su amigo oficial, el superior del capitán Li, pero el mismo capitán, al que ahora sólo se le llamaba camarada Li, al tiempo que le había transmitido una invitación para cenar, le había insinuado algo sobre la importante política que estaba a punto de llevarse a efecto.

—El camarada que es mi superior le invita a cenar —le había dicho.

—¿Por qué con tanta urgencia? —había sido la pregunta de Liu Peng.

—Han llegado nuevas órdenes de la cumbre.

La voz del camarada Li había sonado baja e importante.

Liu Peng había retrasado una operación, aunque de mala gana, para cenar con su amigo militar, al que conocía desde que fueran juntos a la escuela en Nankín, capital meridional del régimen nacionalista.

—El Presidente —le había contado su amigo mientras comían un excelente pato a la pekinesa—, ha decretado que hay que buscar una forma nueva de continuar la lucha contra los terratenientes, campesinos ricos y elementos destacados de todas clases. Si no se mantiene esta lucha revolucionaria, teme que nuestro pueblo se deslice hacia el revisionismo, e incluso el fascismo.

—¿Cuál es esa forma nueva?

—Ya lo verás —había sido la misteriosa respuesta.

—¿Qué es lo que voy a ver? —persistió Liu Peng.

—Los jóvenes se levantarán. El Presidente utilizará a nuestra juventud. La rebelión, que antecede a la revolución, es connatural a la juventud.

Se olvidaron de comer mientras continuaba la revelación, y ya amanecía cuando Liu Peng se despidió de su amigo.

—No se lo digas a nadie —le ordenó éste.

—A nadie.

Pero el oficial le sujetó por el hombro.

—Esa camarada tuya... Liang, la doctora..., fue educada en América.

—No hay razón para que yo vaya a contárselo —protestó Liu Peng.

Y verdaderamente no había razón alguna; sólo que esta noche ella le estaba desafiando con su risa, y cuando se atrevía a hacerlo, él utilizaba todas las armas posibles contra ella, para someterla. Por eso, a pesar de sus promesas, le indicó, en cierta manera, los planes de los que había tenido noticia la noche anterior. Grace le escuchó, incrédula.

—¡Me dejás helada, me dejás aterrada! —exclamó—. ¿Quieres decir, acaso puedes insinuar... que charlas y adoctrinamiento revolucionario van a ser corrientes incluso en el ejército? ¿Que van a enseñar a nuestros hombres a disparar con mejor puntería y a dominar la técnica de la guerra moderna? ¡Pero si eso es una idea medieval! ¡Es la locura del pasado, las supersticiones de los boxers que creían que sus ideas les harían inmunes a las armas occidentales! ¡Qué castigo tuvo que sufrir nuestro pueblo por aquel disparate! ¡Cuántas desgracias! ¿Y ahora va a repetirse lo mismo? Tú sabes, como lo sé yo, que ninguna ideología puede ocupar el lugar de la difícil disciplina de *aprender*. Esto siempre es válido, sea cual fuere la profesión. ¡No podemos pasarnos sin «expertos»!

—Tampoco podemos pasarnos sin un espíritu revolucionario —insistió testarudo Liu Peng.

—¡Pero eso significará otra purga!

Su rostro, su voz se habían puesto graves. En ese momento se había olvidado de él, cosa que Liu Peng no podía soportar.

—¿Por qué tenemos que enfadarnos entre nosotros mismos?

La pregunta era exigencia y el médico se puso en pie con brusquedad. De dos zancadas cubrió el espacio que había entre ellos y la tomó en sus brazos. Ella se rindió inmediata y totalmente. Le había enseñado a expresar su amor en besos, en abrazos y ahora, aplastada contra él, sentía como aquella dulce debilidad ya bien conocida, ascendía por su sangre. Todos los argumentos, todas las disputas concluían en sus brazos y se sentía contenta de que así fuera. No podía soportar las diferencias esenciales de cada parte de sus existencias separadas más que así, por su amor físico. La aristocrática madre, suave y firme, disciplinada e independiente, había forjado a las hijas. El padre de él, un campesino «rico» (cuya «riqueza» consistía en cinco hectáreas de tierra trabajadas por asalariados), luchador, analfabeto, de estrecha mentalidad, había sido quien creara aquel hijo rebelde. Por eso, en brazos de su amante, Grace se preguntaba por qué le amaba, por qué era amada de él, y no sabía contestarse más que con el sencillo argumento de que su corazón le decía simplemente que le amaba. En aquellos momentos, que instintivamente evitaba, sabía que ella no respetaba ni podría nunca respetar la mentalidad del hombre, reducida y limitada por las angostas teorías revolucionarias. Sabía que si cedía, llegaría a compadecerse de él, pero no cedería. Renunciaría a

criticarle recordando, cuando él no estaba presente, la fuerza y hermosura de su cuerpo, la natural alegría que gozaban al hacerse al amor, la lección, que tan pronto aprendiera él, de expresar su amor en palabras y caricias.

Cuando al fin él quedó dormido en sus brazos recordó, súbitamente, que había olvidado por completo a Mercy, ¡su hermana!

Madame Liang inspeccionaba las cocinas, seguida de cerca por Chu San. Comentaba y corregía lo que veía: los inmensos tableros de madera para cortar la carne no estaban frotados lo bastante, hasta quedar blancos; las cacerolas para guisar no brillaban como ella hubiese deseado; el desagüe no se limpiaba con bastante rapidez ni se separaban pronto los restos para que los pobres pudiesen aprovecharlos.

¿Pobres hambrientos? Allí estaban siempre, al ponerse el sol, como siempre habían estado, deslizándose por la puerta de atrás, tendiendo sus cuencos vacíos, mudos y temerosos, mirando a ambos lados. Podía ser un delito tener hambre y mendigar. En estos tiempos era muy fácil cometer cualquier delito. Hasta no haberlo hecho, uno no sabía, muchas veces, que había quebrantado la ley. En otros tiempos no había tenido nada de criminal el padecer hambre y pedir limosna, pero ahora, cualquier cosa podía ser considerada delito.

Chu San asentía con la cabeza después de cada orden pronunciada por madame Liang. Su memoria era como una cinta magnetofónica. Cuando la dama hubo terminado de inspeccionar también los comedores, los camareros y los cocineros, así como sus uniformes, se dirigió a sus habitaciones privadas y reflexionó acerca de su situación. No era buena, porque no estaba clara. Desde que Mercy y su hijo, el nieto de ella, llegaran a casa de su hermana en Hong Kong, madame Liang se sentía vigilada. Exteriormente, todo seguía igual. Sus componendas con los de arriba no habían variado. Técnicamente, durante diez años, todo cuanto antes poseyera en privado era ahora del Estado por lo que, técnicamente, también ella era una empleada estatal, con un sueldo. La verdad era que, de hecho, ella regentaba su restaurante como siempre lo hiciera, sin presentar una contabilidad formal, aunque estaba dispuesta y preparada a presentarla cuando se la exigieran. Naturalmente, si la petición hubiese sido formulada alguna vez, se habría irritado mucho, ya que ello hubiera implicado una desconfianza hacia ella que no podía tolerar.

Con sus asuntos ya en orden, se sentó a tomar una taza de té verde, en su propia salita, y siguió reflexionando. ¿Se sentía inquieta a causa, quizá, de la falta de tranquilidad patente en toda la nación? La falta de tranquilidad iba tomando la forma de una rebelión juvenil, a la que no había dado importancia hasta el momento, porque los jóvenes siempre son rebeldes. Además, su agitación, aquí, en su propio país, le parecía mucho menos grave que los informes que leía en los periódicos acerca de la delincuencia juvenil en otros países, en especial en los Estados Unidos. Ciertamente, su tercera hija, Joy, jamás había mencionado en sus cartas los motines de los jóvenes americanos, pero tal vez también tuviera que preocuparse de la censura. ¿Quién podría saber cómo era hoy día el mundo exterior? Tal tipo de curiosidad estaba prohibida, porque podía llevar a la comunicación y de la comunicación a la crítica.

Suspiró, sintiéndose de pronto vieja y solitaria. Sin embargo, debería estar satisfecha. Su nieto y dos de sus hijas estaban a salvo. Antes o después llegaría una carta de su tercera hija, desde Nueva York, comunicándole que Mercy y el pequeño habían llegado. Las cartas de su hermana, desde Hong Kong, habían transmitido en forma oculta e inteligente aquel mensaje.

«Tu segunda hija me visita durante unos días. Luego volverá con su hermana.» La clave estaba en la palabra «volverá». No volvería a Grace, pues ambas estaban ya muy distanciadas. Por eso, sólo podía significar volver a Joy, a América. Tampoco sería en pocos días. Los americanos eran también orgullosos, y también protegían sus fronteras. Habría que firmar e intercambiar numerosos papeles, dar muchas garantías, antes de que Mercy pudiera entrar en un puerto americano. Pero una vez allí, madame Liang podía apaciguar su corazón y no preocuparse más, aunque nunca volviera a verles..., no, había que hacer frente a la verdad. Jamás volvería a ver a su hija Joy, nunca conocería a su yerno Hsuan, el gran artista que rehusaba con toda decisión regresar a su propio país. No volvería a ver a Mercy..., ni a su nieto. ¡Ah, aquél era el auténtico dolor de su corazón! Nunca más vería al precioso chiquillo, al menos, no en la presente encarnación. Crecería en otro país, sería un extraño para su propio pueblo. Se casaría y tendría hijos, todos ellos extranjeros, pues bien sabía que su madre no le permitiría abandonar la seguridad del otro lado. Y pasaría mucho tiempo antes de que la paz retornara a este dolorido país suyo..., mucho tiempo.

¿Quién sabía lo que estaba ocurriendo? Siempre había creído estar al corriente, pero ahora no podía ni siquiera intentar saber. Los jóvenes inconscientes, instigados y autorizados secretamente, iban destruyendo, matando e incendiando, todo en nombre del anciano Presidente. Claro que se podría poner fin a todo ello retirando aquellas autorizaciones. Pero en el Ejército se ocultaban otras desavenencias, más profundas, más escondidas. El jefe del Estado Mayor... ¿le habrían purgado? No se le había visto desde el décimo mes del año anterior. Y si había muerto, ¿cuántos más habrían desaparecido con él? De pronto recordó que, durante varios meses, no se habían visto personalidades militares en su restaurante. Y ahora volvía a hablarse por doquier de otro Gran Salto Adelante, a pesar del fracaso anterior. La lucha entre ideólogos y técnicos, entre expertos industriales y militares, volvía a revivir. En su ancianidad el Presidente insistía en que el espíritu revolucionario compensaría la falta de conocimientos técnicos; la idea era tan poco práctica que madame Liang no podía permitirse ni el lujo de sentirse irritada, no fuera a ser que se traicionara y se perdiera en el caos de los que osaban mostrar su desaprobación. No podía hacer sino esperar a que muriera el viejo Presidente, como lo esperaban muchos otros, para que el pueblo prevaleciera.

En medio de su meditación, se le ocurrió el aterrador pensamiento de que pudiera ser ella la que muriera antes de dicho momento, y de que nunca vería la restauración de la prudencia del pasado. Ahora estaba completamente sola, excepto por Grace, su hija mayor que vivía en Pekín. Quiso no pensar en ella, temiendo el momento de la confrontación, cuando ya no pudiera ignorar por más tiempo la situación en que Grace vivía. Pero no tenía otra alma a la que volverse, si enfermaba... o la arrestaban. Siempre cabía la posibilidad de ser arrestado por pecados desconocidos e inconscientes contra el Estado. Lo había

sabido durante muchos años, pero hasta este momento no había temido nada, porque no se había sentido tan sola.

Al pensar en la soledad, pensó de nuevo en el niño a quien nunca más tendría ocasión de ver..., su nieto. Sin su nieto se sentía realmente abandonada, pues nada había para ella en el futuro. Sus hijas... ¿qué eran sino mujeres? Si no había hijo, nieto, no había futuro. El pensamiento se afianzó en su mente con toda la fuerza de una convicción. Rió y su risa sonó amarga. Las viejas supersticiones seguían con ella, seguirían hasta que muriera. Nunca se vería libre de ellas y además, comprendió de pronto, no quería verse libre de ellas. Pero ¿qué le sucedería cuando muriera? ¿Qué sucedería cuando pereciera toda su generación y sólo quedaran estos jóvenes crueles e ignorantes? ¿Quién quedaría allí para restaurar la sabiduría del pasado? ¡Miles de años de sabiduría y grandeza destruidos en un puñado de años!

Se levantó, impulsada por la abrumadora responsabilidad.

—¡Chou Ma! —llamó a voces—. ¡Chou Ma, ven aquí!

La anciana, que nunca andaba lejos de su señora, entró corriendo en el cuarto.

—Aquí estoy.

—Me voy a Pekín, a ver a mi hija. Es todo cuanto me queda.

En Pekín la estación era mediados de verano, cuando madame Liang llegó a casa de su hija mayor. Había retrasado el viaje hasta que se le hubiese pasado aquel humor depresivo y le había costado más de lo que pensaba, por dos motivos: primero, deseaba tener la seguridad de que su segunda hija y el niño habían llegado sanos y salvos a los Estados Unidos. Había recibido dicha seguridad gracias a la carta de su hija menor, Joy, que había escrito a su tía de Hong Kong, la cual, a su vez, había remitido dicha carta, astutamente oculta en un frasco de coco en dulce, a su hermana. Al recibir las noticias así filtradas, madame Liang había leído la carta tres veces y luego una más, antes de quemarla con una cerilla y echar a volar las cenizas desde la ventana. En pocas palabras Joy le había descrito su alegría por tener a salvo a Mercy y al niño; le había explicado que aquello sólo había sido posible gracias a los señores Brandon y que ya nadie debía preocuparse sino por sí mismo.

*Oh, madre mía —escribía Joy—, ven con nosotros. Nunca has visto a mi marido. Es muy bueno conmigo. Soy tan feliz. Espero mi primer hijo. Ven a conocer a tus nietos. Pienso en ti todo el tiempo. Madre, Hsuan es un gran artista, pero yo voy mejorando. He ganado un premio con un retrato tuyo. Tuve que hacerlo de memoria. Madre, ven y quédate con nosotros el resto de tus días. Viviremos todos juntos.*

Hacía tiempo que madame Liang había optado por no llorar, sin importarle la pena que pudiera caer sobre ella, pero al leer las palabras cariñosas, al pensar en los nietos, las lágrimas tanto tiempo contenidas acudieron a sus ojos. ¿Por qué no abandonar un país tan inquieto? La agitación continuaría mientras ella viviera. Su país era tan vasto, sus gentes tan incontables que deberían transcurrir décadas, tal vez siglos, antes de que el antiguo orden fuera restaurado de nuevo o de que pudiera implantarse un orden nuevo. Y

ella empezaba a dudar de que pudiera haber ningún orden, a menos que se reconstruyera el que el pueblo había ido levantando a lo largo de cinco mil años de su historia. ¿Qué casa, una vez destruida, puede alzarse otra vez con todo su significado anterior? Y ¿cómo podrían saber, por lo menos hasta que hubiese pasado esta generación, qué había de salvar de la anterior? No, por larga que fuera su vida, no podía tener esperanza de ver la paz. Por tanto, ¿para qué quedarse como testigo de revoluciones y contrarrevoluciones que no podía evitar ni poner término? Se sentía dolorosamente tentada a abrirse camino hasta los Estados Unidos. Sentada sola en sus habitaciones, se imaginaba que ya estaba en el otro país, en paz, rodeada de sus nietos. Pero luego le vino el pensamiento de su hija mayor. ¿Cómo iba a dejarla en la ignorancia de saber dónde había ido su madre? Entonces tomó la decisión de partir al instante para Pekín, sin llevar consigo a Chou Ma ni a Chu San. Deseaba estar a solas con su hija.

Era la primera velada en casa de su hija, en el *hutung* de los Tres Zorros. Grace y ella se hallaban sentadas en el patio, con abanicos de hojas de palmera en las manos, esperando que Liu Peng regresara a casa. Madame Liang tenía buen cuidado de no hacer el menor reproche a su hija y se comportaba como si Liu Peng fuera su verdadero yerno en vez de un intruso en la morada. Mientras esperaban, se alzó una ligera brisa, y madame Liang dejó el abanico a un lado.

—Tal vez Liu Peng me pueda decir si es cierto que ejércitos chinos luchan entre sí en el Sur.

—¿Qué has oído? —preguntó Grace.

—Que en la ciudad de Wuchow, en la frontera entre Kwantung y Kwangsi hay luchas entre los partidarios y los contrarios del Presidente. Dos mil hogares han sido destruidos o casi, y unas diez mil personas se hallan sin hogar..., eso he oído.

—Liu Peng lo sabrá.

Al pronunciar Grace este nombre, cayó el silencio entre madre e hija; ésta parecía aguardar a que fuese la madre quien tomase de nuevo la palabra. Pero madame Liang sintió que no era éste el momento propicio para hablar mal de Liu Peng. Siguió hablando de los terribles acontecimientos.

—Me temo que muchos se están valiendo de lo que llaman «lucha de clases» para vengarse de antiguos enemigos, al tiempo que bandidos e inútiles se aprovechan del desorden para matar y saquear. En Nanning, capital de la provincia de Kwangsi, como sabes, la gente cierra y atranca sus puertas a la caída de la tarde. Las calles están a oscuras y sólo los ladrones o los grupos rivales andan por ellas. Se han cerrado las escuelas durante año y medio. Se abrieron durante un breve período, la primavera última, pero han vuelto a cerrarse a causa de los desórdenes. Y Nanning no es sino una entre muchas de las ciudades que padecen. Ay, nuestro país se encuentra desgarrado y nuestro pueblo engañado.

—Mamá, quisiera que no hablaras de esas cosas, sólo porque no quieres decirme lo que deseas decirme, en realidad Háblame de lo que piensas.

Llevaba tanto tiempo sin hablar inglés que ahora hablaba sólo chino, en todo momento. Madame Liang, aunque sorprendida interiormente de que su hija ocultara de forma tan inteligente sus secretos pensamientos, no se dejó vencer con tanta facilidad.

—Háblame de tu trabajo, hija mía —dijo con voz dulce y cariñosa.

—¡Mamá, eres tan... deliciosa! —Su hija soltó su risa clara.— ¿Acaso crees que no sé por qué has venido? Pero, como quieras..., se cumplirán tus deseos. ¿Cuál es mi trabajo? Mi trabajo, Honorable, es estudiar la medicina popular china, analizarla químicamente y comprobar si contiene los elementos necesarios para curar la enfermedad que se supone que cura.

Madame Liang ignoró la cariñosa burla en la risa de su hija. La verdad es que la respuesta de Grace la había interesado.

—¿Y encuentras que los elementos sirven?

—Con asombrosa frecuencia, sí —Grace estaba ya seria—. Y el doctor Tseng es, sorprendentemente, un buen médico. Conoce perfectamente el cuerpo humano. Su diagnóstico es siempre exacto. Donde falla es en lo toscos que son los remedios que prescribe. Tampoco entiende de la existencia de gérmenes. En algún punto, a lo largo de su enseñanza, mamá, nuestro pueblo rehusó o se le prohibió desarrollar las técnicas de la ciencia moderna, basada en la libertad de pensamiento y experimentación.

La inteligencia rápida de madame Liang se asió a la palabra «libertad».

—Ah, ahí está la raíz del asunto. Los antiguos dirigentes no permitían libertad al creador, ni tampoco los nuevos.

Antes de que Grace pudiera responder se oyó un fuerte golpe en la puerta de madera; el anciano sirviente salió corriendo de la cocina para retirar la barra y Liu Peng entró. Era un hombre más alto de lo normal, más moreno que la mayoría de los del Norte. Parecía cansado, con ojeras bajo sus negras cejas. El pantalón, por debajo de las rodillas, así como sus zapatos de paño, mostraban manchas de sangre.

Se inclinó ligeramente ante madame Liang y se volvió a Grace:

—Permítanme que me cambie de ropa. He tenido demasiadas operaciones hoy. Ha habido encuentros en las afueras de la ciudad.

—No faltaba más; descanse. Debe estar muy agotado —repuso madame Liang con cortesía.

Pero a los pocos minutos ya había vuelto; Grace le sirvió una taza de té, entregándosela. La tomó con ambas manos, se inclinó de nuevo ligeramente en dirección a madame Liang, bebió el té y dejó la taza sobre una mesita auxiliar de bambú.

—¿Hablaban ustedes de los nuevos dirigentes, cuando he entrado, madame Liang?

Antes de que la dama pudiese responder, la hija respondió por ella.

—Mi madre hablaba de la ciencia y de por qué nuestro pueblo, pese a su larga historia, no desarrolló, sin embargo, una técnica moderna.

Pero madame Liang rehusó ser protegida así.

—Y añadía que se debía a la opresión de los que están arriba, el que tales técnicas no se hubiesen desarrollado.

—¡Tiene usted toda la razón, madame! —asintió de buena gana Liu Peng, ante la sorpresa de madame Liang—. Los emperadores, atrincherados en la rigidez del confucianismo, no permitieron iniciativa ni innovación. Fue la muerte de la ciencia.

Con tales ánimos, madame Liang quiso concluir lo que había empezado.



—Y he dicho después, lo estaba diciendo cuando usted ha entrado, joven señor, que tampoco nuestros actuales dirigentes nos permiten libertad de pensamiento.

—Debe haber orden antes de que pueda haber libertad —declaró Liu Peng trasasándola con sus negros ojos.

Aquella discusión continuó durante los días de la visita de madame Liang. Casi en contra de su voluntad empezó a descubrir en aquel joven fuerte y dominante un poder que no sabía analizar, pero que se veía obligada, aunque a duras penas, a admirar. Pasaba sola largas horas, ya que los dos jóvenes iban a trabajar todos los días, pero Grace volvía antes que Liu Peng y madre e hija pasaban juntas algunos ratos.

Durante uno de ellos, madame Liang se dirigió a su hija:

—Tus hermanas me ruegan que abandone este atormentado país y vaya a pasar mi vejez con ellas, donde están ahora.

La tarde era lluviosa; había refrescado el aire tras una tormenta. Las dos mujeres se hallaban sentadas en la habitación central, mientras la lluvia se escurría desde el tejado de azulejos formando una plateada cortina ante la puerta abierta que daba al patio. Aunque a madame Liang la jornada le había parecido larga y silenciosa sabía, por los ruidos distantes que le llegaban pese a los muros que encintaban el patio, que había desazón en la ciudad. Había estado oyendo exclamaciones y gritos, sollozos en voz alta y quejas, pero no quiso hacer preguntas al matrimonio de servidores. Cuanto pudiera ocurrir estaba más allá de su comprensión y ya eran bastante timoratos. Una vez, al mediodía, al ir ella misma a abrir la puerta para mirar lo que pasaba al otro lado, ambos se habían atrevido a asirla por los brazos, rogándole que no hiciese tal cosa.

—Es bien sabido que aquí vive el famoso doctor Liu Peng, por eso estamos seguros mientras no abramos la puerta, pero si la abrimos, ¿cómo vamos a hacernos responsables de la vida de usted? Chusmas de jóvenes incontrolados recorren las calles a la búsqueda de los que desean matar.

—Pero ¿quiénes son sus posibles víctimas, incluso aquí, en la capital?

—Aquellos que creen que son ricos, los que les parece que no obedecen al Presidente.

Por eso, madame Liang les había hecho caso, permaneciendo el día entero tras las puertas atrancadas, mientras la lluvia caía constantemente, como ahora.

—¡No es posible que pienses abandonar tu país! —exclamó Grace.

—Pero si no puedo ayudar en nada, si han de transcurrir años antes de que volvamos a tener paz, si debo vivir mi vida en soledad, sin nietos...

La voz de madame Liang se quebró. En su rostro apareció una expresión angustiada. Componiéndose, siguió:

—Y tú, hija mía, viviendo así con ese hombre, que es tu amante, pero no tu marido..., ¡oh, te comprendo muy bien! Tiene una poderosa personalidad. Pero tú, que eres una mujer tan fuerte..., ¡no, no comprendo por qué no es tu marido!

Durante unos momentos, Grace guardó silencio. Luego contestó:

—Nunca le obligaré a nada. Que sea libre. Yo no puedo más que decidir por mí misma. Y nunca le dejaré.

—Eso ya lo sé. Sé también que eres muy capaz de tomar decisiones acerca de tu vida. No te olvides que, también yo, fui revolucionaria en mi juventud. ¡Por desgracia, tengo parte de la culpa de que mi país se encuentre ahora en semejante torbellino! Sin embargo, hubo un tiempo, cuando me uní a Sun Yat-sen para derrocar al Gobierno, en que creí que estaba sirviendo a mi país. ¡Ah, pensar que creíamos obrar tan bien! ¡Y cuan equivocados estábamos! Nunca pudimos crear el nuevo Gobierno que habíamos soñado. Éramos menos de quinientos y sin embargo cambiamos las vidas de los cientos de millones de nuestros compatriotas. En la desolación que creamos vino esto... esto...

Se interrumpió para escuchar. Del otro lado de los muros llegó un largo y sollozante alarido. En algún sitio, no muy lejos, se oyó una explosión, seguida del crepitar de llamas que devoraban viejas maderas. Grace corrió a la puerta abierta, pero antes de que hubiera podido cruzarla, para atravesar la cortina de lluvia, madame Liang le había asido la muñeca.

—¿Qué podemos hacer contra ellos?

—Estoy pensando en Liu Peng.

Pero madame Liang no soltó la muñeca. En lugar de ello tiró de su hija hasta hacerla entrar de nuevo en el cuarto.

—Piensa en ti..., ¡piensa en ti! ¿Es acaso algo más que un hombre? En todo este desorden ¿qué puede obligarle a seguir contigo para siempre? ¿Dónde están mis nietos? En una tierra extranjera, porque sus padres no les permiten vivir aquí. ¿Dónde están tus hijos? Te estoy haciendo una pregunta ¿acaso te atreves siquiera a tener un hijo? ¡No, no te atreves! ¿A esto le llaman orden? En nombre de nuestros antepasados, ¿es esto decencia? No sabes contestarme. Me iré a América. Dejaré de confiar en mi pueblo. Tal vez, cuando sólo sea un espíritu, un fantasma que vaga miles de años, vuelva a nacer en paz en mi propia tierra...

Lloraba ahora, ella que nunca lo hacía. Soltó la muñeca de su hija y se sentó, para llorar. Grace tuvo miedo porque, desde que naciera, jamás había visto llorar a su madre. Se arrodilló ante ella, acarició las frías manos de su madre y la consoló con palabras cariñosas.

—¡Mamá, no llores! Seré una hija mejor para ti..., sí, lo seré..., lo intentaré. Incluso le pediré a Liu Peng que permita una ceremonia..., no la antigua, pero iremos juntos a la oficina de matrimonios. No seré orgullosa nunca más. Y tendremos hijos para que tú puedas tener nietos también aquí. ¿Te gusta eso, mamá? ¿Nietos en ambos hemisferios del mundo? Mamá, no pienses que me he olvidado de los años que pasé en América..., años felices. De nada sirve hablar de ellos, pero no los olvido. Allí aprendí tanto. Algún día, cuando toda esta confusión haya pasado..., cuando hayamos vuelto a encontrar nuestra senda... El nuestro es un gran pueblo, mamá, digno de todo, incluso de nuestras vidas. Por eso me quedo con Liu Peng. No sé explicarlo... sólo sé que no puedo dejarle... nunca... nunca..., lo mismo que tampoco puedo dejar a nuestro pueblo...

Madame Liang se había enjugado los ojos mientras escuchaba.

—Tampoco yo puedo..., volvía a soñar. Es cierto que yo colaboré a crear este caos y que debo quedarme con los míos. Yo... ni siquiera sé por qué me he ido de casa. Tengo que volver. Es mi hogar. El hogar de uno es para vivir

en él como a uno le guste. Debo volver a mi hogar. Permaneceré allí el resto de mis días..., calladamente.

—Mamá, no...

No permitió a su hija terminar la frase. Se puso en pie, apartó a la joven y se fue a recoger sus cosas en el cofre. Poco antes del amanecer, cuando la ciudad se había calmado para reposar, se dirigió al aeropuerto, en compañía de Grace. Liu Peng no había vuelto. Había mandado recado, con un mensajero, de que tenía que trabajar durante toda la noche, pues había muchos heridos. El avión llevaba pocos pasajeros, pues los que habían deseado huir, habían abandonado la ciudad hacía tiempo.

Ahora de nada serviría la huida, ya que la confusión se había establecido por doquier y aquí la gente conocía al menos todos los posibles escondrijos de la capital.

—Mamá, vuelve —dijo Grace, tomando con fuerza la mano de su madre.

Pero ésta movió la cabeza.

—Perdóname. No tengo derecho a reprocharte nada..., yo que ayudé a empezar todo Cuidate hija mía, y perdóname, perdóname...

No esperó a oír las negativas, los ruegos de su hija. Caminó con decisión por la pasarela, tomó asiento, se reclinó y cerró los ojos. Volvía a su casa.

La ciudad parecía en calma cuando madame Liang llegó a ella, horas más tarde, en autobús desde el aeropuerto. La media luz se cernía sobre las calles, por las que transitaban pocas personas. Esperó un poco al no ver vehículo alguno, pero como su cofre era pesado, lo dejó en el suelo y se sentó sobre él a descansar y esperar, hasta que se acercó un triciclo, conducido por un anciano. Se detuvo al ver la indicación y una vez que madame Liang hubo montado, pedaleó durante más de media hora, mientras aumentaba la oscuridad. Una vez ante su puerta, madame Liang descendió y le pagó.

—¿Espero hasta que alguien abra la puerta? —preguntó el viejo tras de dejar el cofre en el umbral de piedra.

—No. Hay gente.

No obstante, el hombre permaneció allí, pero nadie venía, por lo que la dama empujó la puerta con ambas manos, sin resultado. Sintió que en la puerta había una barra que nunca había estado allí antes y, a la luz del triciclo, leyó unas frases groseras, pintarrajeadas en rojo: «Esta mansión capitalista deberá convertirse en cenizas.»

—Van a quemar mi casa —dijo jadeante, volviéndose hacia el viejo conductor.

El no sabía leer, de modo que desconocía el significado de las palabras escritas, pero comprendió la expresión de su rostro.

—Han incendiado muchas.

Seguía esperando, porque no sabía qué otra cosa hacer. Estaba solo y ella también. El nunca había tenido una casa, un hogar; ahora ella tampoco lo tenía. ¿Dónde irían?

Ambos se hacían la misma pregunta sin palabras. Unos desconocidos, les proporcionaron la respuesta. En ese mismo instante apareció un grupo de vagabundos, cantando a voces calle abajo. Eran todos muy jóvenes, casi unos niños y, también ellos carecían de hogares. Con su cántico desaforado se

detuvieron a mirar a las dos personas detenidas ante la puerta cerrada. Entonces, al verles tan viejos y desamparados, su canto se convirtió de pronto en una risa salvaje. Madame Liang les preguntó a voces quiénes eran, pero ellos rieron aún más fuerte y, mostrándoles sus rojos cinturones, siempre riendo, se cerraron a su alrededor. Aterrorizada, se aferró al viejo conductor del triciclo que intentó escudarla con sus brazos. Inútil. No podía protegerla. Con piedras y palos cayeron sobre los dos ancianos golpeándoles y machacándoles hasta darles muerte. Cuando quedaron allí tendidos, los jóvenes prosiguieron su camino, cantando.

De las tres hijas de madame Liang, sólo la mayor estuvo presente en el funeral. Fue el funeral más hermoso celebrado durante los últimos años y todos se sorprendieron ante la cantidad de gente que se reunió en torno al féretro. El funeral en sí fue una extraña mezcla de antiguo y moderno. Así, sacerdotes budistas entonaron sus salmodias y letanías fúnebres, aunque madame Liang no había sido budista. El ministro de una pequeña iglesia cristiana acudió de su escondite, encomendando su alma, aunque ella jamás fuera cristiana. Personas desconocidas, seres a los que ella protegiera y alimentara durante años, acudieron en silencio al comedor principal de su restaurante, ahora vacío, a excepción del catafalco en donde yacía. Todo el mobiliario de la espaciosa mansión había sido destruido por los violentos jóvenes. Sus habitaciones personales habían sido saqueadas y robadas sus posesiones privadas. Ahora dichas habitaciones permanecían cerradas. Tan sólo se había limpiado el comedor principal, disponiéndolo para el singular funeral.

Entre los participantes se hallaba también el ministro Chao Chung. Llegó tarde, con su séquito, llevando un ramo de flores blancas que puso al lado de madame Liang. Permaneció un momento allí, de pie, mirando su rostro que, hasta en la muerte, permanecía bello y sin desfigurarse, si bien pálido como la cera. Chou Ma la había vestido con su túnica de brocado de raso, color rosa oscuro, y había peinado sus cabellos. Las crueles heridas de su cuerpo permanecían ocultas y, tendida en el ataúd, parecía estar dormida.

Nadie hubiera podido saber los pensamientos que se ocultaban tras la frente del ministro. Pero adivinaban que eran pensamientos dolorosos, tal vez recuerdos del pasado y temor por el futuro. ¿Quién podría saberlo? Al observar el semblante atractivo y entristecido, Grace sólo podía preguntarse a su vez: ¿Cuánto había en la vida de su madre de lo que ella no había tenido conocimiento, y que ya nunca sabría? Aunque Liu Peng se hallaba a su lado, se sintió repentinamente sola. El amor entre ellos había aumentado con esta muerte, porque Liu Peng, que adivinaba su soledad, se había mostrado más tierno que de costumbre con ella. Pero Grace era bien consciente del lazo tan tenue que entre ellos había y, aunque hasta en sueños le defendía apasionadamente, deseaba ahora que lo que les unía no fuese tan leve.

Concluido el funeral, cuando el cuerpo de madame Liang fue confiado a la tierra, Grace regresó a la casa del *hutung* de los Tres Zorros. Allí todo permaneció lo mismo y, sin embargo, nada era igual. Incluso su amor por Liu Peng era distinto. Ahora que su madre se había ido, había más soledad en su corazón. Sentía responsabilidad, un deber hacia su difunta madre. A madame

Liang le había sostenido la fe, no en los dioses, sino en su propio pueblo. Si bien era cierto que ese mismo pueblo la había matado, de un modo extraño, su fe se había transmitido, reflexionaba Grace, repasando la vida de su madre. Ahora tan sólo empezaba a comprenderla. Era como si aquella hermosa mujer, tan constante, tan callada, se estuviera comunicando con su hija de alguna forma desconocida que no podía explicarse. Era como si la hija estuviera absorbiendo en sí el espíritu de su madre. Con ese espíritu se sentía más fuerte, hasta en su amor, y se volvió tan decidida que hasta Liu Peng notó en ella un cambio que no era capaz de comprender.

Así fueron pasando los días, hasta que una noche se negó incluso a aceptar el amor de Liu Peng, cosa que jamás ocurriera antes. El saltó de la cama que compartían y le gritó:

—¡Cómo! ¿Es que has dejado de amarme?

Ella permaneció quieta, mirándole, con las manos unidas tras la nuca.

—Te amo más que nunca —repuso con sinceridad—. Pero he cambiado. Ahora soy algo más que una mujer enamorada.

—¿Qué tonterías son éstas? —exigió, sentándose en la cama y mirándola con el ceño fruncido.

Sorprendido, vio que no había temor en sus ojos, sino que le miraba con tranquilidad. Su voz sonaba suave.

—Tú y yo no hemos pensado más que en nosotros mismos. Me admira que el amor pueda ser tan egoísta. Ahora me doy cuenta de que el nuestro ha sido una especie de amor a medias, que no ha ido más allá de dos personas de esta casa. Antes o después morirá, a menos que crezca, y sólo podrá crecer si también lo hacemos nosotros, para sostenerlo. Liu Peng, yo no haré lo que han hecho mis hermanas. Yo no podría irme y vivir en paz en otro lugar. Pero yo he elegido como mi madre. He elegido quedarme..., no por ti..., no sólo por ti..., he elegido como ella. Tengo fe en nuestro pueblo. Liu Peng, no puedo seguir viviendo como lo hemos hecho hasta ahora. Quiero que te cases conmigo. Quiero casarme contigo. Deseo tener hijos de ti. Deseo vivir como se hacía antes..., como marido, mujer e hijos...

Liu Peng la escuchaba enfurruñado, pero fijos sus ojos, sin parpadear, en los de ella.

—¿Y si me niego?

—Entonces —le devolvió la mirada igual de firme, también sin parpadear—, nos separaremos. Tengo que cumplir una tarea y la cumpliré.

—No me quieres —musitó.

—Te quiero, y quiero algo más. Quiero... —se interrumpió, sonriendo, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas—. ¿Te casarás conmigo? —preguntó, no en tono de súplica, sino tan graciosamente, que Liu Peng no pudo resistir.

Pero no cedería con facilidad. No estaba en su forma de ser el rendirse. Y mientras guardaba silencio, luchando consigo mismo, ella le estudió con toda ternura. Era un hombre poderoso, voluntarioso, impulsivo, irritable; un hombre de emociones fuertes, honrado, un hombre con una capacidad infinita de crecer, un hombre que podía perderse por falta de conocimientos, a menudo imprudente por no saber, un aldeano, hijo de aldeanos, un hombre del pueblo... ¡así era, eso era, un hombre del pueblo! Le amaba por lo que era y por amarle, compartía la fe de su madre en quienes eran como él.

Al fin habló, casi gruñendo, como si estuviera enfadado.

—Me casaré contigo porque no puedo vivir sin ti. Eres una burguesa, pero no puedo vivir sin ti. Si tienes que tener niños, tenlos. Yo no puedo vivir sin ti.

Ella le escuchó, se echó a reír y tiró de él, hasta que su cabeza quedó sobre su pecho. En medio de su risa, exclamó:

—¡Oh, cuánto te amo!

## LA AUTORA Y SU OBRA



*Aunque nacida en los Estados Unidos, en Hillsboro, Tennessee, el 26 de junio de 1892, Pearl Sydenstricker Buck fue llevada a China cuando contaba pocos meses de edad, y en ese país creció y se educó, hasta que al cumplir diecisiete años, sus padres, él holandés y ella francesa, misioneros ambos al norte del Yang-tse, la envían a completar sus estudios en los Estados Unidos. Estudió en el Randolph-Macon College, y después de algunos años en la Universidad se casó con el misionero norteamericano John Lossing Buck, cuyo apellido hará universal, y con quien vuelve a China para vivir en ella por espacio de otros cinco años. Al cabo de pocos meses de estar en aquel país adonde habían ido como misioneros, aceptan un puesto en la Universidad de Nanking, en la Escuela de Agricultura: él como director y ella como profesora de lengua inglesa. Son los años de la invasión japonesa y del movimiento nacionalista surgido para oponerse a ella. En estos años surge la figura de Chiang Kai-Chek. China es todavía para los occidentales un país remoto, exótico y misterioso. En realidad sólo cuenta verdaderamente para algunos geógrafos. Las potencias internacionales ignoran la invasión japonesa. En 1927, los Buck huyen ante las revueltas comunistas en Nanking. Pasados los meses de turbulencias Pearl vuelve a su cargo de profesora, esta vez a la Universidad Nacional del Sudeste, aunque continúa viviendo en Nanking.*

*En 1929 escribe su primer libro que será el más famoso de todos los suyos: Viento del este, viento del oeste. Sin embargo esta novela despertó*

*poca atención. En 1931 apareció La buena tierra. Y esta vez la fama le llega casi por sorpresa. Se trasladó a vivir a los Estados Unidos donde se divorció de su marido, el misionero John Lossing Buck, para casarse con el editor de sus libros, Richard J. Walsh, en 1935. En este intervalo de tiempo ha publicado las tres novelas que constituyen la trilogía El corazón de Dios, Hijos y La casa dividida. Es la historia de la familia Wang. Es probablemente la mejor de sus obras, aunque otras hayan alcanzado mayor fama. La madre apareció en 1934. Ella es también como el resumen y el núcleo de toda la obra de Pearl S. Buck: la mujer china, sin nombre, apenas identificada, pero que en la lejanía desde la que la autora evoca sus recuerdos y vivencias, adquiere todo el carácter de un mito. En realidad todas sus novelas de ambiente chino, que son las verdaderamente importantes, inciden una y otra vez sobre el mismo blando misterio: la mujer china.*

*Su última novela, Las tres hijas de madame Liang, vuelve al mismo tema, situando la acción en los difíciles momentos de la revolución cultural. El misterio que rodea los acontecimientos chinos de la mitad de la década de los sesenta tenía forzosamente que excitar la indignación de una autora consagrada al estudio del alma de la mujer china. A pesar de ello, Pearl S. Buck nunca alcanzará probablemente el grado de realismo y poesía de sus primeras obras de ambiente chino, vividas y escritas sobre una tierra que ama entrañablemente.*

*Es ocioso repetir la lista de los premios obtenidos por la autora, desde el Pulitzer 1936 hasta el Nobel de 1938, que el lector conoce sobradamente.*

*En la actualidad está consagrada de lleno a una Fundación para la igualdad de las razas y a otras instituciones del mismo carácter. Continúa, pues, con otros medios su obra misionera.*

**CARLOS AYALA**